



VICTORIA AVEYARD



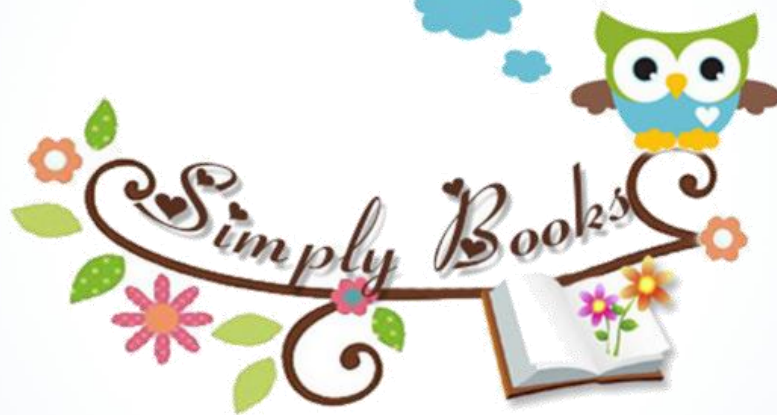
RED QUEEN

EL PODER ES UN JUEGO PELIGROSO

Este libro llega a ti
gracias a



2



¡Descubre tu próxima aventura!

VICTORIA AVEYARD

Créditos

MODERADORA

Aria

TRADUCTORAS

Abby Galines
Agus901
Akanet
Any Diaz
Aria
Axcia
Boom
bluedelacour
Crys
Isa4418
kuami
Kyda
Lectora
Loby Gamez
Looney Ivashkov
magdys83
maggiih
Malu_12
Mari187
Mica
Nelly Vanessa
nelshia
Niki26
Pachi15
Valalele
vivi

CORRECTORAS

Crys
Kuami
Loby Gamez
maggiih
Maria_clio88
mayelie
Pachi15
PepitaCPollo



3

RECOPILACIÓN y REVISIÓN

Sttefanye & Aria

DISEÑO

Aria

Índice

Sinopsis	Capítulo 16
Capítulo 1	Capítulo 17
Capítulo 2	Capítulo 18
Capítulo 3	Capítulo 19
Capítulo 4	Capítulo 20
Capítulo 5	Capítulo 21
Capítulo 6	Capítulo 22
Capítulo 7	Capítulo 23
Capítulo 8	Capítulo 24
Capítulo 9	Capítulo 25
Capítulo 10	Capítulo 26
Capítulo 11	Capítulo 27
Capítulo 12	Capítulo 28
Capítulo 13	Epílogo
Capítulo 14	Sobre la autora
Capítulo 15	



Sinopsis

*S*raceling se encuentra con La Selección en la arrolladora historia de la escritora debutante Victoria Aveyard sobre Mare de diecisiete años, una chica común cuyo una vez latente poder mágico la lleva a las peligrosas intrigas del palacio del rey. ¿Su poder la salvará o la condenará?

El mundo de Mare Barrow está dividido por la sangre; aquellos con la común sangre Roja, sirven a la élite de sangre Plata, dotados con habilidades sobrehumanas. Mare es una Roja, que malvive como una ladrona en una pobre aldea rural, hasta que un giro del destino le lanza frente a la corte de Plata. Ante el rey, los príncipes y todos los nobles, descubre que tiene su propia habilidad.

Para cubrir esta imposibilidad, el rey la fuerza a jugar el papel de una princesa de Plata perdida y la desposa a uno de sus propios hijos. Mientras Mare se ve metida más y más en el mundo de los Plateados, lo arriesga todo y usa su nueva posición para ayudar a la Guardia Escarlata —una creciente rebelión Roja— incluso mientras su corazón le tira hacia una dirección imposible. Un movimiento erróneo puede conducirlo a la muerte, pero en el peligroso juego en el que participa, la única certeza es la traición.



1

dió el Primer Viernes. Hace que la aldea se llene de personas y ahora, en el calor del pleno verano, esa es la última cosa que alguien quiere. Desde mi lugar en la sombra, no es tan mal, pero el hedor de los cuerpos, todos sudados por el trabajo de la mañana, es suficiente para hacer que la leche se corte. El aire brilla con calor y humedad, e incluso los charcos de la tormenta de ayer están calientes, girando con rayos de arcoíris de aceite y grasa.

El mercado se desinfla, con todos cerrando sus puestos por el día. Los comerciantes están distraídos, descuidados, y es fácil para mí tomar lo que sea que quiera de sus mercancías. Para el momento en que he terminado, mis bolsillos resaltan con baratijas y he tomado una manzana para el camino. Nada mal para unos pocos minutos de trabajo. Mientras el montón de gente se mueve, me dejo llevar por la corriente humana. Mis manos se mueven rápidamente entrando y saliendo, siempre en toque fugaces. Algunos billetes del bolsillo de un hombre, un brazalete de la muñeca de una mujer, nada demasiado grande. Los aldeanos están demasiado ocupados moviéndose alrededor para notar a una carterista en medio de ellos.

Los altos edificios con pilares por los cuales la ciudad está nombrada —Los Pilares, muy original— se elevan todos a nuestro alrededor, tres metros arriba del enlodado terreno. En la primavera la orilla más baja queda bajo el agua, pero ahora es agosto, cuando la sequía y la insolación acechan la aldea. Casi todos esperan por el primer viernes de cada mes, cuando el trabajo y la escuela terminan temprano. Pero yo no. No, preferiría mejor estar en la escuela, aprendiendo nada en una clase llena de niños.

No que estaría en la escuela mucho más. Mi cumpleaños número dieciocho se acerca y con eso, el reclutamiento. No soy aprendiz. No tengo un trabajo, así que seré enviada a la guerra como todos los otros *holgazanes*. No es de sorprender que no haya trabajo, con cada hombre, mujer y niño tratando de evitar el ejército.

Mis hermanos fueron a la guerra cuando cumplieron dieciocho, enviados a pelear contra los Lakelanders. Solo Shade puede raramente escribir, y me envía cartas cuando puede. No he oído de mis otros hermanos, Bree y Tramy, por más de un año. Pero no tener noticias significaba buenas noticias. Las familias podían pasar años sin saber nada, solo para encontrar a sus hijos e hijas esperando en el umbral de su puerta, con permiso de irse a casa o algunas veces felizmente dado de baja. Pero generalmente recibes una carta hecha con papel duro, sellada con el sello de la corona del rey debajo de un pequeño agradecimiento por la vida de tu hijo. Tal vez incluso recibas algunos botones de sus uniformes rasgados y destruidos.



Tenía trece cuando Bree se fue. Me besó en la mejilla y me dio un solo par de pendientes para compartir con mi hermanita, Gisa. Eran abalorios de piedra colgando, del difuminado color rosa del atardecer. Perforamos nuestras orejas esa noche. Tramy y Shade mantuvieron la tradición cuando se fueron. Ahora Gisa y yo teníamos en cada oreja un juego con tres pequeñas piedras que nos recordaban a nuestros hermanos luchando en algún lugar. Realmente no creía que tuvieran que irse, no hasta que el legionario con su armadura pulida apareció y se los llevó uno detrás del otro. Y este otoño, vendrían por mí. Ya había empezado a ahorrar y robar, para comprarle a Gisa unos aretes cuando me fuera.

No pienses en eso. Eso es lo que mamá siempre dice, sobre el ejército, sobre mis hermanos, sobre todo. *Buen consejo, mamá.*

Calle abajo, en el cruce de los caminos Mill y Marcher, la multitud crecía y más aldeanos se unían a la corriente. Una pandilla de niños, pequeños ladrones en entrenamiento, ondeaban a través de la refriega con dedos pegajosos y minuciosos. Son muy pequeños para ser buenos en esto, y los oficiales de Seguridad son rápidos para intervenir. Normalmente los niños serían enviados al ganadero, o a la cárcel en el puesto avanzado, pero los oficiales querían ver el Primer Viernes. Lo resolvieron dándoles a los cabecillas algunos golpes fuertes antes de dejarlos ir. *Pequeños mercenarios.*

La más pequeña presión en mi muñeca me hace girar, actuando por instinto. Agarro la mano suficientemente tonta para robarme, apretándola tan fuerte que el pequeño granuja no será capaz de escapar. Pero en lugar de un niño flacucho, me encuentro mirando un sonriente rostro.

Kilorn Warren.

Un aprendiz de pescador, huérfano de guerra y probablemente mi único amigo real. Solíamos golpearnos el uno al otro cuando éramos niños, pero ahora que éramos más grandes, y que él era treinta centímetros más alto, trataba de evitar altercados. Él tenía sus usos, supongo. Alcanzar las repisas altas, por ejemplo.

—Te estás volviendo más rápida. —Se ríe, sacudiéndose de mi agarre.

—O tú te estás volviendo más lento.

Pone los ojos y arrebató la manzana de mi mano.

—¿Estás esperando a Gisa? —pregunta, dándole una mordida a la fruta.

—Tiene un pase por el día. Trabajando.

—Entonces sigamos moviéndonos. No quiero perderme el espectáculo.

—Y qué tragedia sería eso.

—Tsk, tsk, Mare —se burla, sacudiéndome un dedo—. Se supone que esto sea divertido.

—Se *supone* que sea una advertencia, tonto.

Pero él ya está caminando con sus largas zancadas, obligándome a casi trotar para alcanzarlo. Su paso ondea sin equilibrio. *Piernas de mar*, las llama él, aunque no ha



estado en el lejano mar. Supongo que largas horas en el bote pesquero de su capitán, incluso en el río, están teniendo algún efecto.

Al igual que mi papá, el padre de Kilorn fue enviado a la guerra, pero a diferencia del mío que regresó con una pierna y un pulmón menos, el lord Warren regresó en una caja de zapatos. La madre de Kilorn huyó después de eso, dejando a su joven hijo valerse por sí mismo. Casi se murió de hambre pero de alguna manera siguió metiéndose en peleas conmigo. Lo alimentaba así no tendría que patear un saco de huesos, y ahora, diez años después, aquí está él. Al menos es aprendiz y no enfrentará la guerra.

Llegamos al pie de la colina, donde la multitud es más densa, empujando y dando codazos por todos lados. La asistencia al Primer Viernes es obligatoria, al menos que seas, como mi hermana, un “trabajador esencial”. Como si tejer seda sea esencial. Pero los Plateados aman su seda, ¿o no? Incluso los oficiales de Seguridad, unos pocos de todos modos, pueden ser sobornados con algunas piezas cosidas por mi hermana. No es que sepa algo de eso.

Las sombras alrededor de nosotros se profundizan mientras subimos las escaleras de piedra, hacia la cima de la colina. Kilorn los sube de dos en dos, casi dejándome atrás, pero se detiene para esperar. Sonriéndome con suficiencia y quita un mechón caído del cabello rubio oscuro de sus ojos verdes.

—A veces me olvido que tienes piernas de niña.

—Mejor que el cerebro de alguno —espeto, dándole un ligero golpe en la mejilla mientras paso. Su risa me sigue hacía arriba de los escalones.

—Estás más malhumorada de lo normal.

—Solo odio estas cosas.

—Lo sé —murmura, solemne por una vez.

Y entonces estamos en la arena, el sol abrasadoramente caliente sobre nuestras cabezas. Construida hace diez años, la arena es fácilmente la estructura más grande en Los Pilares. No es nada comparada con los edificios colosales en las ciudades, pero aun así, los elevados arcos de acero, y los miles de metros de hormigón, son suficientes para hacer que una niña de la aldea pierda el aliento.

Los oficiales de Seguridad están por todas partes, sus uniformes negros y plata resaltan en la multitud. Este es el Primer Viernes, y no pueden esperar por ver los actos. Portan con ellos largos rifles o pistolas, a pesar de que no los necesitan. Como es de costumbre, los oficiales son Plateados, y los Plateados no tienen nada que temer a nosotros los Rojos. Todos saben eso. No somos sus iguales, a pesar de que no lo sabrías al vernos. La única cosa que sirve para distinguirnos, por fuera al menos, es que los Plateados están de pie rectos. Nuestras espaldas están dobladas por el trabajo, una esperanza sin respuesta y la inevitable decepción con nuestro tipo de vida.

Dentro de la descubierta arena está tan caliente como fuera y Kilorn, siempre en sus dedos, me guía hacia algo de sombra. No tenemos asientos aquí, solo largas bancas de cemento, pero los pocos nobles Plateados disfrutan de frescos y confortables palcos. Ahí tienen bebidas, comida, incluso *hielo* en pleno verano, sillas acolchonadas, luces



eléctricas, y otras comodidades que nunca disfrutaré. Los Plateados ni siquiera parpadean ante nada de eso, quejándose sobre las “miserables condiciones”. Les daré una condición miserable, si alguna vez tengo la oportunidad. Todo lo que nosotros tenemos son bancos duros y unas cuantas pantallas chirriantes casi demasiado brillantes y ruidosas para soportar.

—Te apuesto la paga de un día a que hoy es otro Brazosfuertes —dice Kilorn, tirando el corazón de la manzana hacia el piso de la arena.

—No apuesto —le digo de regreso. Muchos Rojos apuestan sus ganancias en las peleas, esperando ganar un poco de algo que les ayude a pasar otra semana. Pero yo no, ni siquiera con Kilorn. Es más fácil cortar la bolsa de un corredor de apuestas que tratar de ganarle dinero—. No deberías desperdiciar así tu dinero.

—No es un desperdicio si estoy en lo correcto. *Siempre* hay un Brazosfuerte venciendo a alguien.

Los Brazosfuertes generalmente logran al menos la mitad de las peleas, sus talentos y habilidades se adaptan mejor a la arena que la mayoría de los demás Plateados. Parecen disfrutar estar dentro, usando su fuerza sobrehumana para desechar a otros campeones como muñecas de trapo.

—¿Qué pasa con el otro? —pregunto, pensando sobre el alcance de Plateados que podrían aparecer. Telkies, Veloces, Ninfas, Verdinos, Pieldepídras, todos ellos terribles de mirar.

—No estoy seguro. Con suerte algo genial. Podría necesitar algo de diversión.

Kilorn y yo realmente estamos de acuerdo sobre el Hito del Primer Viernes. Para mí, ver a dos campeones desgarrarse el uno al otro no es disfrutable, pero Kilorn lo ama. *Dejemos que se destruyan entre ellos, dice. Ellos no son nuestra gente.*

No entiende de lo que se tratan los Hitos. Esto no es entretenimiento sin motivo, con la intención de darnos algún respiro del riguroso trabajo. Este es un mensaje frío y calculador. Solo los Plateados pueden pelear en las arenas porque solo un Plateado puede sobrevivir a la arena. Pelean para demostrarnos su fuerza y poder. *No estás a la altura para nosotros. Somos mejores. Somos dioses.* Está escrito en cada golpe sobrehumano del suelo de campeones.

Y tienen absolutamente razón. El mes pasado vi a un vencejo pelear contra un Telky, y a pesar de que el vencejo podía moverse más rápido de lo que ve el ojo, el Telky lo paró en seco. Solo con el poder de su mente, levantó al otro luchador del suelo. El vencejo empezó a ahogarse, creo que el Telky tenía algún agarre invisible en su garganta. Cuando el rostro del vencejo se volvió azul, terminaron la pelea. Kilorn vitoreó. Había apostado por el Telky.

—Damas y caballeros, Plateados y Rojos, bienvenidos al Primer Viernes, el Hito de Agosto. —La voz del anunciador hace eco alrededor de la arena, amplificado por las paredes. Suena aburrido, como siempre y no lo culpo.

Antes, los Hitos no eran peleas, eran ejecuciones. Los prisioneros y enemigos del estado eran transportados a Archeon, la capital, y matados enfrente de una multitud Plateada. Supongo que eso les gustaba a los Plateados, y las peleas empezaron. No



para matar sino para entretener. Luego se convirtieron en los Hitos y se esparcieron a otras ciudades, a diferentes arenas y diferentes audiencias. Eventualmente se les dio acceso a los Rojos, confinados a los asientos baratos. No pasó mucho tiempo hasta que los Plateados construyeron arenas por todos lados, incluso en aldeas como Los Pilares, y la asistencia que una vez fue un regalo se convirtió en una maldita obligación. Mi hermano Shade dice que es porque las ciudades con arena disfrutaron una notable reducción en crímenes de Rojos, en desacuerdo, incluso los pocos actos de rebelión. Ahora los Plateados no tienen que usar la ejecución o las legiones o incluso seguridad para mantener la paz; dos campeones nos espantan igual de fácil.

Hoy, los dos en cuestión buscan el trabajo. El primero en salir a la arena blanca es anunciado como Cantos Carros, un Plateado de Harbor Bay en el este. Las pantallas de video destellan una clara imagen del guerrero y nadie necesita decirme que es un Brazosfuerte. Tiene brazos como troncos de árbol, marcados y con venas extendiendo su propia piel. Cuando sonrío, puedo ver que le faltan todos los dientes o están rotos. Tal vez tuvo un conflicto con su cepillo de dientes cuanto estaba creciendo.

Junto a mí, Kilorn aclama y los otros aldeanos gritan con él. Un oficial de Seguridad tira una hogaza de pan hacia los más ruidosos para provocarlos. A mi derecha, otras manos le pasan a un niño gritando una pieza de papel amarillo brillante. Papeles Lec, raciones extra de electricidad. Todo esto para hacernos vitorear, hacernos gritar, obligarnos a mirar, incluso si no queremos hacerlo.

—¡Eso es, dejarlo que os escuche! —dice el anunciador monótonamente, obligando tanto entusiasmo en su voz como puede—. Y ahí tenemos a su oponente, directo desde la capital, Samson Merandus.

El otro guerrero luce pálido y debilucho junto al pedazo de musculo con forma de humano, pero su armadura de acero azul es fina y pulida hasta un alto brillo. Probablemente es el segundo hijo de un segundo hijo, tratando de ganar renombre en la arena. A pesar de que debería estar asustado, luce extrañamente calmado.

Su nombre me suena familiar, pero eso no es raro. Muchos Plateados pertenecen a familias famosas, de renombre, con docenas de miembros. La familia gobernante de nuestra región, el Valle Capital, es la Casa Welle, aunque nunca he visto al Gobernador Welle en toda mi vida. Nunca la visita más que una o dos veces al año, e incluso entonces, *nunca* se rebaja a entrar a una aldea Roja como la mía. Vi su bote una vez, una cosa brillante con banderas verdes y doradas. Él es un Verdino, y cuando pasa, los árboles en la orilla florecen y las flores aparecen en la tierra. Pensé que era hermoso, hasta que uno de los chicos mayores arrojó rocas hacia el bote. Las piedras cayeron al río sin causar daño. De todas formas pusieron al chico en los ganaderos.

—Seguro ganará el Brazosfuerte.

Kilorn frunce el ceño ante el pequeño campeón.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuál es el poder de Samson?

—A quién le importa, aun así va a perder —me burlo, acomodándome para mirar.

La habitual llamada suena sobre la arena. Muchos se ponen de pie, entusiasmados por mirar, pero yo me quedo sentada en una protesta silenciosa. Tan



calmada como puedo lucir, la ira hierve en mi piel. Ira y celos. *Somos dioses*, hace eco en mi mente.

—Campeones, tomen posición.

Lo hacen, enterrándose en sus talones en lados opuestos de la arena. Las pistolas no están permitidas en peleas en la arena, así que Cantos saca una espada corta y delgada. Dudo que la necesite. Samson no saca ningún arma, sus dedos simplemente se retuercen a su costado.

Un bajo zumbido eléctrico corre a través de la arena. *Odio esta parte*. El sonido vibra en mis dientes, en mis huesos, pulsando hasta que creo que algo podría romperse. Termina abruptamente con un repique. *Empieza*. Exhalo.

Parece como un baño de sangre inmediatamente. Cantos sale disparado hacia el frente como un toro, levantando arena a su paso. Samson intenta esquivar a Cantos, usando su hombro para deslizarse alrededor del Plateado, pero el Brazosfuerte es rápido. Agarra la pierna de Samson y lo avienta a través de la arena como si estuviera hecho de plumas. Las aclamaciones posteriores cubren el rugido de dolor de Samson mientras colisiona contra la pared de cemento, pero está escrito en su rostro. Antes de que pueda esperar ponerse de pie, Cantos está sobre él, levantándolo hacia el cielo. Golpea la arena en un montón de lo que solo pueden ser huesos rotos pero de alguna manera se levanta de nuevo.

—¿Es un saco de boxeo? —Se ríe Kilorn—. ¡Deja que lo tenga, Cantos!

A Kilorn no le importa una hogaza extra de pan o unos pocos minutos más de electricidad. No es por eso que aclama. Él realmente quiere ver sangre, *sangre plateada*, manchado la arena. No importa si esa sangre es todo lo que no somos, todo lo que no podemos ser, todo lo que *queremos*. Solo necesita verla y engañarse pensando que son realmente humanos, que pueden ser heridos y vencidos. Pero sé mejor que eso. Su sangre es una amenaza, una advertencia, una promesa. *No somos lo mismo y nunca lo seremos*.

No está decepcionado. Incluso en los palcos pueden ver el líquido metálico e iridiscente cayendo de la boca de Samson. El sol de verano se refleja como un espejo acuoso, pintando un río bajando por su cuello y en su armadura.

Esta es la verdadera división entre Plateados y Rojos: el color de nuestra sangre. Esta simple diferencia de alguna manera los hace más fuertes y listos y *mejores* que nosotros.

Samson escupe, enviando un rayo de sol de sangre plateada a través de la arena. A tres metros de distancia, Cantos aprieta su agarre en su espada, listo para incapacitar a Samson y terminar con esto.

—Pobre tonto —baluceo. Parece que Kilorn está en lo correcto. *Nada más que un saco de boxeo*.

Cantos golpea a través de la arena, sosteniendo en alto su espada, sus ojos ardiendo. Y luego se congela a la mitad, su armadura rechinando por la repentina parada. Desde la mitad de la arena, el guerrero sangrando apunta a Cantos, con una mirada asesina.



Samson truena sus dedos y Cantos camina, sincronizado perfectamente con los movimientos de Samson. Su boca cae abierta, como si fuera lento o estúpido. *Como si su mente estuviera ida.*

No puedo creer lo que ven mis ojos.

Un silencio sepulcral cae sobre la arena mientras observamos, sin entender la escena delante de nosotros. Incluso Kilorn no tiene nada que decir.

—Un Susurrador. —Respiro en voz alta.

Nunca antes había visto a uno en la arena, dudo que alguien lo haya hecho. Los Susurradores son raros, peligrosos y poderosos incluso entre los Plateados, incluso en la *capital*. Los rumores sobre ellos varían, pero desembocan en algo simple y espeluznante: pueden entrar en tu cabeza, leer tus pensamientos y *controlar tu mente*. Y eso es exactamente lo que Samson está haciendo, susurrando su camino dentro de la armadura y el musculo de Cantos, hasta su cerebro, donde no hay defensas.

Cantos levanta su espada con manos temblorosas. Está tratando de luchar contra el poder de Samson. Pero tan fuerte como es, no hay pelea contra el enemigo en su mente.

Otro giro de la mano de Samson y la sangre plateada salpica a través de la arena mientras Cantos introduce su espada directamente a través de su armadura, hacia la carne de su propio estómago. Incluso en los asientos de arriba, puedo escuchar el enfermizo sonido de metal cortando carne.

Mientras la sangre sale a borbotones de Cantos, jadeos hacen eco a través de la arena. Nunca antes habíamos visto tanta sangre aquí.

Luces azules surgen a la vida, bañando el piso de la arena con un brillo fantasmal, señalando el fin del encuentro. Curadores Plateados corren a través de la arena apresurándose a llevar al caído Cantos. No se supone que los Plateados mueran aquí. Se supone que los Plateados peleen valerosamente, demuestren sus talentos, den un buen espectáculo, pero no *morir*. Después de todo, ellos no son Rojos.

Los oficiales se mueven más rápido de lo que alguna vez haya visto. Unos pocos son vencejos apresurándose en un borrón mientras nos sacan. No nos quieren alrededor por si Cantos muere en la arena. Mientras tanto, Samson camina a pasos largos desde la arena como un titán. Su mirada recae en el cuerpo de Cantos, y espero ver una mirada arrepentida. En lugar de eso, su rostro está en blanco, sin emociones, y tan frío. La pelea no fue nada para él. *Nosotros* no somos nada para él.

En la escuela, aprendimos sobre el mundo antes del nuestro, sobre ángeles y dioses que vivían en el cielo, controlando la tierra con manos amables y amorosas. Algunos dicen que esas son solo historias, pero no creo.

Los dioses todavía nos controlan. Han bajado desde las estrellas. Y ya no son amables.



2

Nuestra casa es pequeña, incluso para los estándares de Los Pilares, pero al menos teníamos vistas. Antes de su lesión, durante uno de sus permisos del ejército, papá construyó la casa muy alta para que así pudiéramos ver el río. Incluso con la neblina estival podías ver las zonas despejadas que antes eran bosques, y que ahora se había quedado en el olvido. Parecía una enfermedad, pero al norte y oeste, las montañas vírgenes son un recordatorio de la quietud. *Hay mucho más.* Más allá de nosotros, más allá de los Plateados, más allá de todo lo que conozco.

Subo las escaleras hasta la casa, sobre la madera desgastada de las manos que ascienden y descienden cada día. Desde esta altura puedo ver algunos barcos en el río, enarbolando orgullosamente sus banderas. *Plateados.* Ellos son los únicos suficientemente ricos como para usar el transporte privado. Mientras disfrutan de transporte con ruedas, embarcaciones de placer, incluso aeroplanos a gran altura, nosotros no tenemos nada más que nuestros propios pies, o un patinete si tenemos suerte.

Los barcos deben estar dirigiéndose a Summerton, la pequeña ciudad que pertenece a la comunidad donde está la residencia de verano del rey. Gisa estuvo ahí hoy, ayudando a la costurera ya que es su aprendiz. A menudo van al mercado de ahí cuando visita el rey, para vender su mercancía a los comerciantes y nobles Plateados que siguen a la realeza como patitos. El propio palacio es conocido como el Salón del Sol y se supone que es una maravilla, pero nunca lo he visto. No sé por qué la realeza tiene una segunda casa, especialmente cuando el palacio de la capital es tan magnífico y hermoso. Pero como todos los Plateados, no actúan por necesidad. Están impulsados por la carencia. Y lo que quieren, lo consiguen.

Antes de abrir la puerta al caos habitual, acaricio la bandera que ondea en el porche. Tres estrellas rojas en tela amarillenta, una para cada hermano, y hay espacio para más. *Espacio para mí.* La mayoría de las casas tienen banderas así, algunas con rayas negras en vez de estrellas como recordatorio a los niños muertos.

Cuando entro, mamá está sudando sobre el fogón, removiendo una olla de guisado mientras mi padre la mira desde su silla de ruedas. Gisa está bordando en la mesa, haciendo algo hermoso y exquisito que sobrepasa todo entendimiento.

—Estoy en casa —le digo a nadie en particular. Papá responde con un gesto, mamá asiente, y Gisa no levanta la mirada de su trozo de seda.

Llevo mi bolsa de mercancía robada junto a ella, dejando que las monedas suenen al máximo.



—Creo que tengo suficiente para obtener un buen pastel para el cumpleaños de papá. Y más baterías, lo suficiente para durar el mes.

Gisa observa la bolsa, frunciendo el ceño con aversión. Tiene solo catorce años pero es muy aguda para su edad.

—Un día la gente vendrá y se llevarán todo lo que tienes.

—Los celos no te sientan bien, Gisa —la regaña, palmeándola en su cabeza. Sus manos vuelan hacia su perfecto, brillante cabello rojo, y meticulosamente cepillado en su moño.

Siempre he deseado su cabello, aunque nunca se lo he dicho. Donde el de ella es como el fuego, mi cabello es lo que llamaríamos un río revuelto. Oscuro en la raíz, pálido en los extremos, naranja amarillo como el color de nuestro cabello con el estrés de la vida de Los Pilares. La mayoría mantiene sus cabellos cortos para ocultar sus extremos grises, pero yo no. Me gusta recordar que incluso mi cabello sabe que la vida no debería ser así.

—No estoy celosa —resopla, regresando a su trabajo. Da puntadas sobre unas hermosas flores, cada una con unas deslumbrante y hermosas hebras contra la suave seda negra.

—Es hermoso, Gee. —Dejo que mi mano toque una de las flores, maravillándome de la sensación sedosa. Levanta la mirada y sonríe suavemente, mostrando incluso los dientes. Por mucho que nos peleamos, ella sabe que es mi pequeña estrella.

Y todos saben que soy la más celosa, Gisa. No puedo hacer otra cosa que robar a la gente que puede realmente hacer cosas.

Una vez que termine su aprendizaje, podrá abrir su propia tienda. Los Plateados vendrán de todas partes a pagarle por pañuelos, banderas y ropa. Gisa logrará lo que hacen unos pocos Rojos y vivir bien. Podrá proveer para nuestros padres y darme a mí y a mis hermanos trabajos para liberarnos de la guerra. Gisa va a salvarnos un día, con nada más que la aguja e hilo.

—Como la noche y el día, mis niñas —murmura mamá, pasando un dedo a través de su cabello canoso. No lo dice como un insulto sino como la cruda realidad. Gisa es hábil, bonita y dulce. Yo soy un poco más áspera, como mamá dice amablemente. La oscuridad a la luz de Gisa. Supongo que lo único en común que ambas compartimos son los aretes, y el recuerdo de nuestros hermanos.

Papá respira con dificultad desde su rincón y golpea su pecho con su puño. Esto es habitual, ya que realmente solo tiene un único pulmón. Por suerte la habilidad de un médico Rojo lo salvó, reemplazando el pulmón perforado por un dispositivo que podía respirar por él. No fue un invento de los Plateados, ya que no tienen necesidad de este tipo de cosas. Tienen a los curanderos. Pero los curanderos no pierden su tiempo ayudando a los Rojos, o incluso trabajando en primera línea del frente manteniendo a los soldados vivos. La mayoría de ellos permanecen en las ciudades, prolongando la vida de los antiguos Plateados, cuidando hígados destruidos por el alcohol y cosas así. Por lo que estamos obligados a ir al mercado clandestino de tecnología e inventos para satisfacer nuestras propias necesidades. Algunos son cosas absurdas, la mayoría no



funcionan, pero un trozo metálico salvó la vida de mi padre. Siempre puedo oírlo latiendo, un pequeño pulso que mantiene la respiración de papá.

—No quiero pastel —refunfuña. No se me escapa que su mirada se va hacia su creciente barriga.

—Bueno, dime lo que *quieres*, papá. Un reloj nuevo o...

—Mare, considero que algo que robaste de la muñeca de alguien no es algo nuevo.

Antes de que otra guerra se inicie en la casa de los Barrow, mamá retira el guiso del fogón.

—La cena está servida. —Lo lleva a la mesa y el humo fluye sobre mí.

—Huele muy bien, mamá —miente Gisa. Papá no es tan discreto y le hace una mueca a la comida.

Sin querer dejarla en evidencia, pruebo un poco del guiso. No es tan malo como de costumbre, para mi sorpresa es agradable.

—¿Has utilizado esa pimienta que te traje?

En lugar de asentir, sonreír y darme las gracias por haberme dado cuenta, se sonroja y no contesta. Sabe que lo robé, al igual que todos mis regalos.

Gisa pone sus ojos sobre su sopa, sintiendo hacia dónde va esto. Una pensaría que a estas alturas estaría acostumbrada, pero su desaprobación cala en mí.

Suspirando, mamá esconde su rostro entre sus manos.

—Mare, sabes que te lo agradezco... pero desearía...

Termino por ella:

—¿Qué fuera como Gisa?

Mamá niega. Otra mentira.

—No, claro que no. No me refería a eso.

—Por supuesto. —Estoy segura de que pueden sentir mi amargura al otro lado de la aldea. Hago lo mejor que puedo para evitar que mi voz se rompa—. Es la única manera en que puedo ayudar antes... antes de que me vaya.

Mencionar la guerra es una forma rápida para silenciar a mi familia. Incluso los jadeos de mi padre se detienen. Mamá gira su cabeza, con sus mejillas rojas de ira. Debajo de la mesa, la mano de Gisa se cierra alrededor de la mía.

—Sé que estás haciendo todo lo que puedes, por las razones correctas —susurra mamá. Tarda mucho en decir esto, pero de todos modos me reconforta.

Mantengo mi boca cerrada, y asiento.

Entonces, Gisa salta de su asiento como si hubiera sido sorprendida.

—Ah, me olvidaba. Me detuve en el puesto de camino de regreso de Summerton. Había una carta de Shade.

Es como una bomba.



Mamá y papá compiten, para buscar la sucia envoltura que Gisa saca de su bolsillo. Les permito el paso, y examinen el papel. Ninguno sabe leer, así que tratan de averiguar todo lo que puedan del papel.

Papá olfatea la carta, tratando de captar el aroma.

—Pino. Sin humo. Está bien. Está lejos de Choke.

Todos suspiramos de alivio con eso. Choke es la bombardeada franja de tierra que conecta a Norta con los lagos, es donde se lleva a cabo la mayor parte de la guerra. Los soldados pasan la mayor parte de su tiempo, agachados en trincheras condenadas a explotar o presionados, lo que provocará finalmente una masacre. El resto de la frontera es principalmente lago, aunque en el extremo norte se convierte en una tundra demasiado fría y estéril como para luchar. Papá fue herido en Choke hace años, cuando una bomba cayó en su unidad. Ahora el Choke está básicamente destruido por décadas de batalla, el humo de las explosiones es una constante niebla y nada puede crecer allí. Está muerto y gris, como el futuro de la guerra.

Finalmente él me pasa la carta para leerla, la abro con gran expectación, impaciente de miedo por ver lo que dice Shade.

Querida familia, estoy vivo. Obviamente.

Eso obtiene una risita de papá y mía, e incluso una sonrisa de Gisa. A mamá no le divierte mucho, aun cuando Shade siempre comienza de ésta manera.

Nos han comunicado que debemos alejarnos del frente, como probablemente papá, el sabueso ha adivinado. Es agradable volver al campamento principal. Es Rojo como el amanecer aquí, apenas ves a los oficiales Plateados. Y sin el humo de Choke, se puede ver como el sol asciende más intenso cada día. Pero no me quedaré durante mucho tiempo. El comando tiene la intención de reconvertir la unidad de combate del lago, y fuimos asignados a uno de los nuevos buques de guerra. Conocí a una doctora de su unidad quien dijo que conocía a Tramy y que está bien. Recibió un poco de metralla cuando se alejaba de Choke, pero se recuperó muy bien. No hay infección, ni daño permanente.

Mamá suspira en voz alta, negando.

—¡Ni daño permanente! —se burla.

Todavía no sé nada sobre Bree pero no estoy preocupado. Es el mejor de nosotros, y aparecerá con su permiso de cinco años. Pronto estará en casa, mamá, así que deja de preocuparte. No tengo nada más que informar, por lo menos que pueda escribir en una carta. Gisa, no seas demasiado presumida aunque mereces serlo. Mare, no seas una mocosa todo el tiempo y deja de golpear a ese chico, Warren. Papá, estoy orgulloso de ti. Siempre. Los quiero a todos.

Su hijo y hermano predilecto, Shade.

Como siempre, las palabras de Shade nos afectan a todos. Casi puedo oír su voz si hago el suficiente esfuerzo. Entonces las luces por encima de nosotros de repente empiezan a parpadear.



—¿Nadie puso la ración de periódicos que traje ayer? —pregunto antes de que las luces se apaguen, dejándonos en la oscuridad. Mientras mis ojos se adaptan, puedo ver a mi madre negando.

Gisa suspira:

—¿No podemos hacer esto de nuevo? —Su silla roza el suelo mientras se levanta—. Me voy a la cama. Traten de no gritar.

Pero no gritamos.

Parece ser como son las cosas en mi mundo... *demasiado cansada para luchar*. Mamá y papá se retiran a su habitación, dejándome sola en la mesa. Normalmente me suelo escapar un rato, pero no puedo encontrar las ganas para hacer nada más que ir a dormir.

Subo por otra escalera al desván, donde Gisa ya está roncando. Puede dormir como ningún otro, cayendo en un minuto o menos, mientras que a veces yo puedo tardar horas. Me instalo en mi cama, simplemente tumbada ahí sosteniendo la carta de Shade. Como dijo papá, huele fuertemente a pino.

El río suena bien esta noche, tropezando con las piedras de la orilla como si arrullara para dormir. Incluso la vieja nevera, una máquina con batería oxidada que generalmente suena tan fuerte que me provoca dolor de cabeza, no me molesta ésta noche. Pero luego un silbido interrumpe mi descenso al sueño. *Kilorn*.

No. Vete.

Otro silbido, más fuerte ésta vez. Gisa se mueve un poco, rodando sobre su almohada.

Refunfuñando interiormente, y odiando a Kilorn, salgo de mi cama y bajo por la escalera. Alguien más habría tropezado sobre el desorden en la sala principal, pero tengo gran equilibrio gracias a los años de huir de los oficiales. Estoy abajo en la escalera sobre los pilotes en un segundo, aterrizando los tobillos en el barro. Kilorn está esperando, apareciendo entre las sombras debajo de la casa.

—Espero que te gusten los ojos morados porque no tengo ningún problema en darte un...

La expresión en su rostro me detiene.

Ha estado llorando. *Kilorn no llora*. Sus nudillos están sangrando demasiado, y apuesto que hay alguna pared dañada en algún lugar cercano. A pesar de mí misma, a pesar de la hora, no puedo evitar sentirme *preocupada*, incluso miedo por él.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? —Sin pensarlo, tomo su mano en la mía, sintiendo la sangre debajo de mis dedos—. ¿Qué pasó?

Se toma un momento para responder, preparándose. Ahora me aterra.

—Mi maestro... se cayó. Murió. Ya no soy un aprendiz.

Trato de contener un suspiro, pero resuena de todos modos, burlándose de nosotros. Aunque no tenía que hacerlo, sabía lo que trataba de decir, y prosigue.



—Mi entrenamiento no está terminado y ahora... —Tropieza sobre sus palabras—. Tengo dieciocho años... los demás pescadores tienen aprendices. No estoy trabajando. No *tengo* trabajo.

Las siguientes palabras son como un cuchillo en mi corazón. Kilorn suspira irregularmente, y de alguna manera me hubiese gustado no haberlo escuchado.

—Me van a enviar a la guerra.



3

*H*a estado sucediendo durante la mayor parte de los últimos cien años. No creo que incluso deba llamarse una guerra más, pero no hay una palabra para esta forma superior de destrucción. En la escuela nos dijeron que comenzó por la tierra. Las Lakeland son planas y fértiles, bordeadas por inmensos lagos llenos de peces. No como las rocosas colinas cubiertas de bosque de Norta, donde las tierras de cultivo apenas nos pueden alimentar. Incluso los Plateados sintieron la tensión, por lo que el rey declaró la guerra, conectándonos en un conflicto donde ninguna de las partes realmente podía ganar.

El rey Lakelander, otro Plateado, respondió del mismo modo, con el pleno apoyo de su propia nobleza. Querían nuestros ríos, para tener acceso a un mar que no se congelaba la mitad del año, y los molinos de agua que salpican nuestros ríos. Los molinos son los que hacen fuerte a nuestro país, proporcionando electricidad suficiente para que incluso los Rojos puedan tener algo. He oído rumores de las ciudades más al sur, cerca de la capital, Archeon, donde los Rojos enormemente cualificados construyen máquinas más allá de mi comprensión. Para el transporte por tierra, agua y cielo, hay armas que llueven destrucción dondequiera que los Plateados puedan necesitar. Nuestro profesor nos dijo orgullosamente que Norta era la luz del mundo, una nación compuesta por gran tecnología y poder. Todo lo demás, como Lakelands o el sur de Piamonte, vive en la oscuridad. Tuvimos suerte de nacer aquí. *Suerte*. La palabra me da ganas de gritar.

Pero a pesar de nuestra electricidad, la comida Lakelander, nuestras armas, sus números, ninguna de las partes tiene mucha ventaja sobre la otra. Ambas tienen oficiales Plateados y soldados Rojos, luchando con habilidades, armas y el escudo de mil cuerpos Rojos. Una guerra que se suponía iba a terminar menos de un siglo atrás, todavía se prolonga. Siempre me ha hecho gracia que luchemos por la comida y el agua. Incluso los altos y poderosos Plateados necesitan comer.

Pero ahora esto no es gracioso, no cuando Kilorn va a ser la próxima persona a la que diga adiós. Me pregunto si me dará un pendiente así puedo recordarlo cuando el refinado legionario se lo lleve.

—Una semana, Mare. Una semana y me habré ido. —Su voz se quiebra, aunque tose para intentar encubrirlo—. No puedo hacer esto. Ellos... ellos no me tomarán.

Pero puedo ver la lucha salir de sus ojos.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. —Dejo escapar.



—No hay nada que nadie pueda hacer. Nadie ha escapado del reclutamiento y vivido.

No tiene que decirme eso. Todos los años, alguien trata de salir. Y cada año, son arrastrados de nuevo a la plaza del pueblo y ahorcados.

—No. Encontraremos una manera.

Incluso ahora, encuentra la fuerza para sonreírme.

—¿Nosotros?

El calor en mis mejillas viene más rápido que cualquier llama.

—Estoy condenada al mismo reclutamiento que tú, pero no van a conseguirme. Así que correremos.

El ejército siempre ha sido mi destino, mi castigo, sé eso. Pero no el suyo. Ya ha tomado demasiado de él.

—No hay ningún lugar al que podamos ir —farfulla, pero al menos está discutiendo. Al menos no se da por vencido—. Nunca sobreviviremos al norte en invierno, al este está al mar, el oeste hay más guerra, el sur está radiado todo el infierno y por todas partes están los Plateados y Seguridad.

Las palabras salen como un río.

—También el pueblo. Arrastrándose con los Plateados y la Seguridad. Y logramos robar en sus propias narices y escapar con la cabeza. —Mi mente corre, intentando con todas mis fuerzas encontrar algo, cualquier cosa, que pueda ser de utilidad. Y entonces me golpea como un rayo—. El comercio en el mercado negro, el que *ayudamos* a mantener en funcionamiento, contrabandea todo, desde cereales hasta bombillas. ¿Quién puede decir que no podemos pasar de contrabando?

Abre la boca, a punto de decir mil razones por la que esto no funcionará. Pero entonces, sonrío. Y asiente.

No me gusta involucrarme en los asuntos de otras personas. No tengo tiempo para ello. Y sin embargo, aquí estoy, escuchándome decir cuatro palabras de condena.

—Déjame todo a mí.

Las cosas que no le podemos vender a los dueños de las tiendas habituales, se las llevamos a Will Whistle. Es viejo, demasiado débil para trabajar los almacenes de madera, por lo que barre las calles de día. Por la noche, vende todo lo que desea de su vagón mohoso, desde café fuerte restringido, a especies exóticas de Archeon. Tenía nueve años con un puñado de botones robados cuando tomé mi oportunidad con Will. Me pagó tres peniques por ellos, sin hacer preguntas. Ahora soy su mejor cliente y probablemente la razón por la que se las arregla para mantenerse a flote en un lugar tan pequeño. En un buen día incluso le podría llamar amigo. Pasaron años antes de que descubriera que Will era parte de una operación mucho más grande. Algunos lo llaman el subterráneo, otros el mercado negro, pero lo único que me importa es lo que pueden hacer. Tienen traficantes, gente como Will, en todas partes. Incluso en Archeon, por imposible que parezca. Transportan mercancías ilegales por todo el país.



Y ahora estoy apostando a que pueden hacer una excepción y transporten a una persona en su lugar.

—Absolutamente no.

En ocho años, Will nunca me ha dicho que no. Ahora el viejo tonto arrugado está prácticamente cerrándome las puertas de su vagón en mi cara. Estoy feliz de que Kilorn se quedase atrás, por lo que no tiene que verme fallarle.

—Will, *por favor*. Sé que puedes hacerlo...

Niega, su barba blanca moviéndose.

—Incluso si *pudiera*, soy un comerciante. La gente con la que trabajo no son del tipo de gastar su tiempo y esfuerzo en llevar a otro corredor de un lugar a otro. No es nuestro negocio.

Puedo sentir mi única esperanza, la única esperanza de Kilorn, deslizándose a través de mis dedos.

Will debe ver la desesperación en mis ojos porque se ablanda, apoyándose en la puerta de vagón. Suspira y mira atrás, en la oscuridad del vagón. Después de un momento, se da la vuelta alrededor y hace gestos, haciéndome señas. Lo sigo con mucho gusto.

—Gracias, Will —balbuceo—. No sabes lo que esto significa para mí...

—Siéntate y cállate, chica —dice una voz aguda.

Fuera de las sombras del vagón, apenas visible a la tenue luz de una sola vela azul de Will, una mujer se levanta. Una chica, diría, ya que apenas parece más grande que yo. Pero es mucho más alta, con el aire de un viejo guerrero. El arma en su cadera, metida en un cinturón rojo estampado con soles, eso, sin duda no estaba autorizado. Es demasiado rubia y para ser de Los Pilares, a juzgar por el ligero sudor en su cara, no está acostumbrada al calor o la humedad. Es un extranjero, un outlander, y fuera de la ley. *Justo la persona que quiero ver.*

Me saluda desde la pared del vagón, y se sienta de nuevo solo cuando entro. Will nos sigue de cerca y todos colapsamos en una silla desgastada, sus ojos revoloteando entre la chica y yo.

—Mare Barrow, conoce a Farley —murmura, y ella aprieta su mandíbula.

Su mirada se posa en mi cara.

—Usted desea transportar una carga.

—A mí misma y a un chico... —Pero ella sostiene una gran mano callosa, cortándome.

—*Carga* —dice ella de nuevo, con los ojos llenos de significado. Mi corazón salta en el pecho; esta chica Farley podría ser del tipo de ayuda—. ¿Y cuál es el destino?

Ordeno mi cerebro, intentando pensar en un lugar seguro. El viejo mapa de la clase aparece ante mis ojos, destacando la costa y los ríos, marcando las ciudades y aldeas, y todo lo demás. Desde Harbor Bay al oeste de Lakeland, la tundra del norte de



los residuos radiados de las Ruinas y la Colada, que es toda la tierra peligrosa para nosotros.

—En algún lugar a salvo de los Plateados. Eso es todo.

Farley parpadea, su expresión inmutable.

—La seguridad tiene un precio, chica.

—Todo tiene un precio, *chica*. —Devuelvo el fuego, igualando su tono—. Nadie lo sabe más que yo.

Un largo momento de silencio se extiende a través del vagón. Puedo sentir la noche consumiéndose, tomando los minutos preciosos de Kilorn. Farley debe sentir mi inquietud e impaciencia, pero no hace ninguna prisa para hablar. Después de lo que parece una eternidad, su boca se abre por fin.

—La Guardia Escarlata acepta, Mare Barrow.

Toma toda la restricción que tengo para saltar de mi asiento con alegría. Pero algo me tira, manteniendo una sonrisa en mi rostro.

—Se espera el pago en su totalidad, el equivalente de mil coronas —continúa Farley.

Eso casi derriba al aire de mis pulmones. Incluso Will parece sorprendido, sus cejas blancas mullidas desaparecen en el nacimiento del cabello.

—*¡Mil!* —Me las arreglo para no ahogarme. Nadie tiene esa cantidad de dinero, no en Los Pilares. Eso podría alimentar a mi familia durante un año. *Muchos años*.

Pero Farley no ha terminado. Tengo la sensación de que disfruta de esto.

—Esto se puede pagar en billetes, monedas tetrarcas, o el trueque equivalente. Por artículo, por supuesto.

Dos mil coronas. Una fortuna. Nuestra libertad vale una fortuna.

—Su carga se moverá pasado mañana. Usted debe pagar entonces.

Apenas puedo respirar. Menos de dos días para acumular más dinero de lo que he robado en toda mi vida. *No hay ninguna manera*.

Ni siquiera me da tiempo para protestar.

—¿Aceptas los términos?

—Necesito más tiempo.

Niega y se inclina hacia adelante. Huelo pólvora en ella.

—¿Aceptas los términos?

Es imposible. Es una tontería. *Es nuestra mejor oportunidad*.

—Acepto los términos.

Los próximos momentos pasan en una falta de definición mientras voy a casa a través de las sombras. Mi mente está en llamas, tratando de encontrar una manera de conseguirle a mis manos algo que incluso se acerque al precio de Farley. No hay nada en Los Pilares, eso es seguro.



Kilorn sigue esperando en la oscuridad, viéndose como un pequeño niño perdido. Supongo que lo es.

—¿Malas noticias? —dice, tratando de mantener su voz, pero tiembla de todos modos.

—El subterráneo puede sacarnos de aquí. —Por su bien, me mantengo tranquila mientras explico. Dos mil coronas bien podrían ser el trono del rey, pero hago que parezca como si nada—. Si alguien puede hacerlo, podemos hacerlo. Nosotros *podemos*.

—Mare. —Su voz es fría, más fría que el invierno, pero la mirada hueca en sus ojos es peor—. Se acabó. Perdimos.

—Pero si solo...

Agarra mis hombros, me sostiene a distancia de un brazo con agarre firme. No duele pero me impresiona de igual manera.

—No me hagas esto, Mare. No me hagas creer que hay una manera de salir de esto. No me des esperanza.

Tiene razón. Es cruel darle esperanza donde no debería tener. Solo se convertirá en decepción, resentimiento, ira, todas las cosas que hacen más difíciles esta vida de lo que ya es.

—Solo déjame asimilarlo. Tal vez... tal vez entonces realmente pueda conseguir mi cabeza en orden, poderme entrenar adecuadamente, darme la oportunidad de luchar por ahí.

Mis manos encuentran sus muñecas y las sostengo con tensión.

—Hablas como si ya estuvieses muerto.

—Tal vez lo estoy.

—Mis hermanos...

—Tu padre se aseguró de que sabían lo que estaban haciendo mucho antes de que se fueran. Y no ayuda que todos sean del tamaño de una casa. —Fuerza una sonrisa, tratando de hacerme reír. No funciona—. Soy un buen nadador y marinero. Ellos me necesitan en los lagos.

Es solo cuando envuelve sus brazos alrededor de mí, abrazándome, que me doy cuenta de que estoy temblando.

—Kilorn... —murmuro en su pecho. Pero las próximas palabras no pasarán. *Debería ser yo*. Pero mi tiempo se está acercando rápidamente. Solo puedo esperar que Kilorn sobreviva el tiempo suficiente para verlo de nuevo, en los cuarteles o en una trinchera. Tal vez entonces encontraré las palabras correctas para decirle. Tal vez entonces entenderé cómo me siento.

—Gracias, Mare. Por todo. —Se aleja, dejándome ir demasiado rápido—. Vete ya, tendrás suficiente por el momento si la legión viene hacia ti.

—Por él, asiento. Pero no tengo planes de dejarlo luchar y morir solo.



Para el momento en el que me instalo en mi cama, sé que no voy a dormir esta noche. Tiene que haber algo que pueda hacer, e incluso si me toma toda la noche, voy a averiguarlo.

Gisa tose en su sueño y es un pequeño sonido cortés. Incluso inconsciente, se las arregla para ser una dama. No es de extrañar que encaje tan bien con los Plateados. Es todo lo que les gusta en una Roja: calmada, contenida, y sin pretensiones. Es una buena cosa que sea la que tiene que lidiar con ellos, ayudando a los tontos súper humanos que escogen seda y tejidos de primera calidad para la ropa que van a usar una sola vez. Ella dice que se acostumbran a ello, a la cantidad de dinero que gastan en cosas tan triviales. Y en el Gran Jardín, el mercado en Summerton, el dinero aumenta diez veces. Junto con su lorda, Gisa cose encaje, seda, piel, incluso las piedras preciosas para crear arte usable para la élite Plateada quienes parecen seguir a los miembros de la realeza de todo el mundo. El desfile, como lo llama, una marcha interminable de pavos reales acicalándose, cada uno más orgulloso y ridículo que el anterior. Todos Plateados, todos tontos, y todo el estado obsesionado.

Los odio aún más de lo normal esta noche. Las medias probablemente serían suficiente para salvarme, Kilorn, y la mitad de Los Pilares del reclutamiento.

—Gisa. Despierta. —No susurro. La niña duerme como un tronco—. *Gisa.*

Ella esnifa y gime en su almohada.

—A veces quiero matarte —se queja.

—Qué dulce. ¡Ahora *despierta!*

Sus ojos todavía están cerrados cuando me abalanzo, aterrizando sobre ella como un gato gigante. Antes de que pueda empezar a gritar y quejarse e involucrar a mi madre, coloco una mano sobre su boca.

—Solo escúchame, eso es todo. No hables, solo escucha.

Resopla contra mi mano, pero asiente al mismo tiempo.

—Kilorn...

Su piel limpia se coloca de color rojo brillante con la mención de él. Incluso se ríe, algo que nunca hace. Pero no tengo tiempo para su amor platónico de colegiala, no ahora.

—Deja de hacer eso, Gisa. —Suspiro temblorosamente—. Kilorn va a ser reclutado.

Y luego su risa se ha ido. El reclutamiento no es una broma, no para nosotros.

—He encontrado una manera de sacarlo de aquí, para salvarlo de la guerra, pero necesito tu ayuda para hacerlo. —Me duele decirlo, pero de alguna manera las palabras salen de mis labios—. Te necesito, Gisa. ¿Me ayudarás?

No duda en responder, y siento una gran oleada de amor por mi hermana.

—Sí.

Es una buena cosa que sea bajita, o el uniforme adicional de Gisa nunca me encajaría. Es grueso y oscuro, no del todo adecuado para el sol del verano, con botones



y cremalleras que parecen cocinarse en el calor. El paquete en mi espalda se mueve, casi llevándome con el peso de la ropa e instrumentos de costuras. Gisa tiene su propio paquete y estrecho uniforme, pero no parece molestarle en absoluto. Está acostumbrada al trabajo duro y una vida dura.

Navegamos la mayor parte de la distancia río arriba, aplastada entre las fanegas de trigo en la barcaza de un granjero benevolente del que Gisa se hizo amiga hace años. La gente confía en ella por aquí, como nunca pueden confiar en mí. El agricultor nos deja a kilómetro y medio por recorrer, cerca del sendero sinuoso en el que los comerciantes se dirigen a Summerton. Ahora pasamos con ellos, hacia lo que Gisa llama la Puerta del Jardín, aunque no hay jardines para ser vistos. En realidad es una puerta de vidrio espumoso que nos ciega antes de incluso tener la oportunidad de entrar. El resto de la pared parece estar hecha de la misma cosa, pero no puedo creer que el rey Plateado fuese tan estúpido como para esconderse detrás de las paredes de cristal.

—No es de cristal —me dice Gisa—. O al menos, no del todo. Los Plateados descubrieron una manera de calentar el diamante y mezclarlo con otros materiales. Es totalmente inexpugnable. Ni siquiera una bomba podría pasar a través de esto.

Paredes de diamante.

—Eso parece necesario.

—Mantén la cabeza agachada. Déjame hablar a mí —susurra.

Me quedo detrás de ella, con los ojos en la carretera mientras veo que se desvanece el asfalto negro agrietado de pavimento y piedra blanca. Es tan suave que casi me deslizo, pero Gisa agarra mi brazo, manteniéndome firme. Kilorn no tendría un problema caminando en esto, no con sus piernas del mar. Pero entonces Kilorn no estaría aquí en absoluto. Él ya se ha dado por vencido. *Yo no lo haré.*

A medida que nos acercamos a las puertas, entrecierro los ojos para ver al otro lado. Aunque Summerton solo existe para la temporada, abandonada antes de la primera helada, es la ciudad más grande que he visto. Hay calles ruidosas, tiendas, bares, casas y patios, todos ellos apuntan hacia una monstruosidad brillante de cristal-diamante y mármol. Y ahora sé de dónde obtuvo su nombre. El Salón del Sol brilla como una estrella, llegando a un centenar de metros en el aire en una masa de torsión de torres y puentes. Partes de ello se oscurecen aparentemente a voluntad, para darles a los ocupantes privacidad. No se puede tener a los campesinos con el rey y su corte. Es impresionante, intimidante, magnífica, y esto es solo la casa de *verano*.

—Nombres —grita una voz ronca, y Gisa para en seco.

—Gisa Barrow. Esta es mi hermana, Mare Barrow. Me está ayudando a traer algunas mercancías para mi lorda. —Ella no se inmuta, manteniendo su voz, incluso, casi aburrida. El oficial de Seguridad me asiente y cambio mi bolso, haciendo un espectáculo de ello. Las manos de Gisa muestran nuestras tarjetas de identificación, ambas desgarradas, sucias y listas para desmoronarse, pero son suficientes. El hombre debe conocer a mi hermana porque apenas mira su identificación. La mía la escruta, buscando entre mi rostro y mi imagen por un buen minuto. Me pregunto si está susurrando también y puede leer mi mente. Eso pondría fin a esta pequeña excursión



muy rápidamente y probablemente me ganaría una sogá de cable alrededor de mi cuello.

—Muñecas. —Suspira, ya aburrido con nosotras.

Por un momento, estoy desconcertada, pero Gisa saca la mano derecha sin pensar. Sigo el gesto, señalando mi brazo al oficial. Él golpea un par de bandas rojas alrededor de las muñecas. Los círculos se encogen hasta que están apretados como grilletes, no hay eliminación de estas cosas por nuestra cuenta.

—Muévanse —dice el oficial, señalando con un gesto vago de la mano. Dos chicas jóvenes no son una amenaza en sus ojos.

Gisa asiente en señal de agradecimiento, pero yo no. Este hombre no merece un gramo de agradecimiento de mi parte. Las puertas se abren a nuestro alrededor y vamos. Mis latidos vibran en mis orejas, ahogando los sonidos del Gran Jardín mientras entramos en un mundo diferente.

Es un mercado como nunca he visto, salpicado de flores, árboles y fuentes. Los Rojos son pocos y rápidos, haciendo mandados y vendiendo sus propias mercancías, todos marcados por sus bandas rojas. Aunque los Plateados no llevan ninguna banda, son fáciles de detectar. Gotean con joyas y metales preciosos, una fortuna en cada uno de ellos. Un resbalón de uno de esos y puedo ir a casa con todo lo que necesitare siempre. Todos son altos, hermosos y fríos, moviéndose con una gracia lenta que ningún Rojo puede reclamar. Simplemente no tenemos el tiempo para movernos de esa manera.

Gisa me guía más allá de una panadería con pasteles espolvoreados en oro, un tendero que muestra las frutas de colores brillantes que nunca he visto antes, y hasta un zoológico lleno de animales salvajes más allá de mi comprensión. Una pequeña niña, Plateada juzgando por su ropa, alimenta con pequeños trozos de manzana a una criatura como un caballo manchado con un cuello increíblemente largo. Unas calles más allá, una joyería brilla en todos los colores del arco iris. Hago nota de ello, pero mantener mi cabeza recta aquí es difícil. El aire parece a pulso, vibrante de vida.

Justo cuando creo que no puede haber nada más fantástico que este lugar, veo más de cerca a los Plateados y recuerdo exactamente quiénes son. La niña es una Telky, levitando a los manzanos diez metros en el aire para alimentar a la bestia de cuello largo. Un florista pasa las manos a través de una maceta de flores blancas y explora el crecimiento, curvándose alrededor de sus codos. Es un Verdino, un manipulador de las plantas y la tierra. Un par de Ninfas se sientan junto a la fuente, entreteniendo perezosamente a los niños con orbes flotantes en el agua. Uno de ellos tiene el cabello naranja y los ojos llenos de odio, incluso mientras hay otros niños alrededor de él. En toda la plaza, cada tipo de Plateado va sobre sus vidas extraordinarias. Hay tantos, cada uno grandioso, maravilloso, poderoso y tan alejado del mundo que conozco.

—Así es como vive la otra mitad —murmura Gisa, sintiendo mi asombro—. Es suficiente para hacer que me enferme.

La culpa me domina. Siempre he estado celosa de Gisa, su talento y todos los privilegios que le brindan, pero nunca he pensado en el costo. Ella no pasa mucho



tiempo en la escuela y tiene pocos amigos en Los Pilares. Si Gisa fuera normal, tendría muchos. Sonreiría. En cambio, la chica de catorce años, trabaja con la aguja y el hilo, poniendo el futuro de su familia en su espalda, viviendo en un mundo que odia.

—Gracias, Gee —le susurro a la oreja. Ella sabe que no me refiero solo por hoy.

—La tienda de Salla está ahí, con el toldo azul. —Señala en una calle lateral, una pequeña tienda de sándwiches entre un par de cafeterías—. Voy a estar en el interior, si me necesitas.

—No lo haré —le respondo con rapidez—. Incluso si las cosas van mal, no voy a conseguir que te involucres.

—Bien. —Luego toma mi mano, apretándola firmemente por un segundo—. Ten cuidado. Está lleno hoy, más de lo habitual.

—Más lugares para esconderse —le digo con una sonrisa.

Pero su voz es grave.

—Más oficiales también.

Seguimos caminando, cada paso que nos acerca al momento exacto en que me dejará sola en este extraño lugar. Un repiqueteo de pánico me atraviesa cuando Gisa levanta suavemente el paquete de mis hombros. Hemos llegado a su tienda.

Para calmarme, divago en voz baja.

—No hables con nadie, no hagas contacto visual. Mantente en movimiento. Acuérdate del camino, a través de la Puerta del Jardín. El oficial quita mi banda y sigo caminando. —Asiente mientras hablo, los ojos muy abiertos, cautelosos y tal vez incluso con esperanza—. Son dieciséis kilómetros hasta casa.

—Dieciséis kilómetros hasta casa —hace eco.

Deseando por todo el mundo que pueda ir con ella, veo a Gisa desaparecer bajo el toldo azul. Ha llegado tan lejos. Ahora es mi turno.



4

*H*e hecho esto miles de veces antes, viendo la multitud como un lobo hace con un rebaño de ovejas. Buscando por el débil, el lento, el tonto. Solo que ahora, soy mucho más la presa. Podría elegir a uno rápido, quien me agarrará en la mitad de un latido del corazón, o peor, un susurro que probablemente me podía sentir viniendo a un kilómetro de distancia. Incluso la niña Telky me puede vencer si las cosas se tuercen. Así que voy a tener que ser más rápida que nunca, más inteligente que nunca, y lo peor de todo, tener más suerte que *nunca*. Es enloquecedor. Afortunadamente, nadie presta atención a otro siervo rojo, otro insecto vagando más allá de los pies de los dioses.

Me dirijo de nuevo a la plaza, con los brazos colgando flácidos pero listos a mis costados. Normalmente este es mi baile, caminar por las zonas más congestionadas de una multitud, dejando que mis manos atrapen los monederos y bolsas como telas de araña atrapan moscas. No soy tan estúpida como para intentarlo aquí. En lugar de ello, sigo a la multitud alrededor de la plaza. Ahora no estoy cegada por mi fantástico entorno sino que miro más allá de ellos, a las grietas de la piedra y a los oficiales de Seguridad de uniforme negro en cada sombra. El mundo imposible de Plateados viene con más claridad. Los Plateados apenas se miran unos a los otros, y *nunca* sonríen. La chica Telky parece aburrida alimentando a su extraña bestia, y los comerciantes ni siquiera regatean. Solo los Rojos parecen vivos, lanzándose alrededor de los hombres y mujeres de movimiento-lento por una vida mejor. A pesar del calor, del sol, las banderas brillantes, nunca he visto un lugar tan frío.

Lo que más me preocupa son las cámaras de vídeo negras ocultas en el dosel o los callejones. Hay solo unas pocas en casa, en el puesto de seguridad o en la arena, pero están por todas partes en el mercado. Solo puedo oírlas zumbando en firme recordatorio: *alguien está mirando aquí*.

La marea de multitud me lleva por la avenida principal, más allá de las tabernas y cafeterías. Los Plateados se sientan en un bar al aire libre, mirando pasar a la multitud mientras disfrutan de sus bebidas por la mañana. Algunas pantallas de video están establecidas en las paredes o colgando de los arcos. Cada una muestra algo diferente, que va desde antiguos combates en la arena a programas de noticias brillantemente coloreados que no entiendo, todos mezclándose en mi cabeza. El agudo zumbido de las pantallas, el sonido lejano de estática, zumbando en mis oídos. Cómo pueden soportarlo, no lo sé. Pero los Plateados ni siquiera parpadean ante los videos, casi lo ignoran completamente.



El Salón proyecta una sombra que brilla tenuemente, y me encuentro mirando con estúpido asombro otra vez. Pero entonces un ruido monótono me chasquea fuera de ello. Al principio suena como el tono de la arena, la que se utiliza para iniciar una Hito, pero este es diferente. Lento y más pesado de alguna manera. Sin pensarlo, me dirijo al ruido.

En el bar junto a mí, todas las pantallas de video parpadean en la misma emisión. No es un discurso real, sino un informe de prensa. Incluso los Plateados se detienen para observar en silencio embelesado. Cuando termina el zumbido, comienza el informe. Una mullida mujer rubia, Plateada, sin duda, aparece en la pantalla. Lee un pedazo de papel y parece asustada.

—Plateados de Norta, les pedimos disculpas por la interrupción. Hace trece minutos hubo un ataque terrorista en la capital.

Los Plateados de alrededor jadean, estallando en murmullos temerosos.

Solo puedo parpadear con incredulidad. ¿Ataque terrorista? ¿En los Plateados?

¿Es eso posible?

—Este fue un atentado organizado a los edificios del gobierno en el oeste de Archeon. Según los informes, la Corte Real, La Sala de Tesorería, y el Palacio Whitefire han sido dañados, pero los de la Corte y los de la Tesorería no estaban en la sesión de esta mañana. —La imagen de la mujer cambia a imágenes de un edificio en llamas. Los oficiales de Seguridad evacúan a las personas del interior, mientras que las Ninfas atacan con agua las llamas. Curanderos, marcados por una cruz de color negro y rojo en sus brazos, corren de aquí para allá entre ellos—. La familia real no estaba en la residencia en Whitefire, y no hay víctimas reportadas en este momento. Se espera que el rey Tiberias se dirija a la nación dentro de una hora.

Un Plateado a mi lado aprieta su puño y lo estampa contra la barra, enviando grietas de araña a través de la parte superior de roca sólida. *Un brazo de hierro.*

—¡Son los Lakelanders! ¡Están perdiendo el norte por lo que van a venir al Sur para asustarnos! —Algunos abuchean con él, maldiciendo a los Lakelands.

—¡Debemos acabar con ellos, empujarlos a través de todo el camino hasta la Prairie! —ecos de otros Plateados. Muchos animando en acuerdo. Necesito con toda mi fuerza no romperme ante estos cobardes que nunca verán la primera línea o enviarán a sus hijos luchar. Su guerra Plateada se está pagando con sangre Roja.

A medida que más y más rollos de metraje, muestran la fachada de mármol del palacio de justicia explotando en polvo o una pared de vidrio blindado resistiendo a una bola de fuego, una parte de mí se siente feliz. Los Plateados no son invencibles. Tienen enemigos, enemigos que pueden hacerles daño, y por una vez, no se esconden detrás de un escudo Rojo.

Retorna la locutora, más pálida que nunca. Alguien susurra fuera de la pantalla y baraja a través de sus notas, sus manos temblando.

—Parece que una organización ha asumido la responsabilidad por el atentado de Archeon —dice, tambaleándose un poco. Los hombres gritando se calman



rápidamente, ansiosos de escuchar las palabras en la pantalla—. Un grupo terrorista autodenominado La Guardia Escarlata lanzó este video hace unos momentos.

—¿La Guardia Escarlata?

—¿Quién demonios?

—¿Algún tipo de broma?

Y otras preguntas confusas se elevan alrededor de la barra. Nadie ha oído hablar de la Guardia Escarlata antes.

Pero yo sí.

Eso es lo que Farley se llamaba a sí misma. Ella y Will. Pero son *contrabandistas*, ambos, no terroristas o bombarderos o cualquier otra cosa que la emisión podría decir. *Es una coincidencia, no pueden ser ellos.*

En la pantalla, me saluda un espectáculo terrible. Una mujer se para en frente de una cámara inestable, un pañuelo escarlata atado alrededor de su cara por lo que solo su cabello dorado y sus ojos azules penetrantes brillan. Sostiene una pistola en una mano y una bandera roja hecha jirones en otra. Y en su pecho, hay una placa de bronce en forma de un sol desecho.

—Somos la Guardia Escarlata y estamos a favor de la libertad y la igualdad de todas las personas —dice la mujer. Reconozco su voz.

Farley.

—Empezando por los Rojos.

No necesito ser un genio para saber que un bar lleno de violentos, enfadados Plateados es el último lugar donde una chica Roja quiere estar. Pero no me puedo mover. No puedo apartar los ojos de la cara de Farley.

—Creen que son los amos del mundo, pero su reinado como reyes y dioses llega a su fin. Hasta que no nos reconozcan como *humanos*, como *iguales*, la lucha estará en su puerta. No en un campo de batalla, sino en sus ciudades. En sus calles. En sus casas. No nos ven, y por lo tanto, estamos en todas partes. —Su voz tararea con autoridad y aplomo—. Y vamos a levantarnos, Rojo como el amanecer.

Rojo como el amanecer.

La filmación termina, volviendo a la rubia con la boca abierta. Los rugidos ahogan el resto de la emisión cuando los Plateados alrededor de la barra encuentran sus voces. Gritan sobre Farley, llamándola un terrorista, un asesina, un diablo Rojo. Antes de que sus ojos puedan caer sobre mí, vuelvo a salir a la calle.

Pero por toda la avenida, desde la plaza del Ayuntamiento, Plateados hierven en cada bar y cafetería. Trato de arrancar la banda roja alrededor de mi muñeca, pero la estúpida se mantiene firme. Otros Rojos desaparecen en callejones y puertas, tratando de huir, y soy lo suficientemente inteligente como para seguirlos. Cuando encuentro un callejón, los gritos comienzan.

Contra todo instinto, miro por encima del hombro para ver a un hombre Rojo sostenido por el cuello. Le suplica a su agresor Plateado, mendigando.



—¡Por favor, no lo sé, no sé quién demonios son esas personas!

—¿Qué es la Guardia Escarlata? —le grita el Plateado a la cara. Lo reconozco como una de las Ninfas que estaba jugando con los niños hace menos de media hora—. ¿Quiénes son?

Antes de que el Rojo pueda responder, un chorro de agua va contra él, más fuerte que la caída de los martillos. La Ninfa levanta una mano y el agua sube, otra vez salpicándole. Plateados rodean la escena, mofándose con júbilo, animándolo. El Rojo chisporrotea y jadea, tratando de recuperar el aliento. Él proclama su inocencia con cada segundo libre, pero el agua sigue llegando. La Ninfa, con los ojos abiertos con odio, no muestra señales de detenerse. Saca agua de las fuentes, de cada copa, cayéndole una y otra vez.

La Ninfa lo está ahogando.

El toldo azul es mi faro, guiándome por las calles en pánico mientras que esquivo a los Rojos y a los Plateados por igual. Por lo general, el caos es mi mejor amigo, haciendo mi trabajo de ladrón mucho más fácil. Nadie se da cuenta de un monedero que falta cuando están huyendo de una turba. Pero Kilorn y dos mil escudos ya no son mi prioridad. Solo puedo pensar en conseguir a Gisa y salir de la ciudad, que sin duda se convertirá en una prisión. *Si cierran las puertas...* No quiero pensar en ser atrapada aquí, atrapada detrás de un vidrio con la libertad fuera de nuestro alcance.

Los oficiales corren de un lado a otro por la calle, porque no saben qué hacer o a quién proteger. Algunos acorralan Rojos, obligándolos a arrodillarse. Tiemblan y suplican, repitiendo una y otra vez que ellos no saben nada. Estoy dispuesta a apostar que soy la única en toda la ciudad, que incluso había oído hablar de la Guardia Escarlata antes de hoy.

Eso me envía una nueva punzada de miedo. Si soy capturada, si les digo lo poco que sé, ¿qué van a hacerle a mi familia? ¿A Kilorn? ¿A los Pilares?

No me pueden atrapar.

Usando los puestos para ocultarme, corro tan rápido como puedo. La calle principal es una zona de guerra, pero mantengo mis ojos hacia adelante, en el toldo azul más allá de la plaza. Paso la joyería y aminoro. Solo una pieza podría salvar a Kilorn. Pero en el latido de corazón que me toma para detenerme, una lluvia de vidrio raspa mi rostro. En la calle, un Telky tiene sus ojos en mí y apunta de nuevo. No le doy la oportunidad y salgo, deslizándome bajo cortinas y puestos de venta y las armas extendidas hasta que regreso a la plaza. Antes de darme cuenta, el agua chapotea alrededor de mis pies mientras corro a través de la fuente.

Una onda azul de espuma me golpea de lado, en el agua revuelta. No es profunda, no más de dos metros hasta el fondo, pero el agua se siente como el plomo. No puedo moverme, no puedo nadar, *no puedo respirar*. Apenas puedo pensar. Mi mente solo puede gritar *Ninfa*, y recuerdo al pobre hombre Rojo en la avenida, ahogándose en sus propios pies. Mi cabeza golpea la parte inferior de piedra y veo las estrellas, *chispas*, antes de borrarse mi visión. Cada centímetro de mi piel se siente electrificado. El agua cambia alrededor, de nuevo a normal, y rompo la superficie de la



fuelle. Aire grita de nuevo en mis pulmones, quemando mi garganta y mi nariz, pero no me importa. *Estoy viva.*

Pequeñas y fuertes manos me agarran por el cuello, tratando de sacarme de la fuente. *Gisa.* Mis pies empujan fuera la parte inferior y caemos al suelo juntas.

—Tenemos que irnos —grito, luchando por mis pies.

Gisa ya está corriendo por delante de mí, hacia la puerta del jardín.

—¡Muy perspicaz! —grita por encima de su hombro.

No puedo dejar de mirar hacia atrás a la plaza mientras la sigo. La muchedumbre de Plateados mana, buscando a través de los puestos con la voracidad de los lobos. Los pocos Rojos dejados atrás se encojen en el suelo, pidiendo clemencia. Y en la fuente de la que acababa de escapar, un hombre con el cabello de color naranja flota boca abajo.

Mi cuerpo tiembla, cada nervio en llamas mientras empujamos hacia la puerta. Gisa sostiene mi mano, las dos tirando a través de la multitud.

—Dieciséis kilómetros —murmura Gisa—. ¿Conseguiste lo que necesitabas?

El peso de mi vergüenza estrellándose mientras niego. No había tiempo. Apenas llegué a la avenida antes de que el informe llegara. *No había nada que pudiera hacer.*

El rostro de Gisa cae, plegado en un pequeño ceño fruncido.

—Pensaremos en algo —dice, su voz tan desesperada como me siento.

Pero la puerta se perfila más adelante, creciendo con cada segundo que pasa. Me llena de pavor. Una vez que pase por ella, una vez que me vaya, Kilorn realmente se habrá ido.

Y creo que por eso ella lo hace.

Antes de que pueda detenerla, agarrarla, o alejarla, la pequeña mano inteligente de Gisa se desliza en la bolsa de alguien. No en cualquier persona, sin embargo, sino en un Plateado escapando. Un Plateado con ojos de plomo, una nariz dura, y unos hombros cuadrados que gritan “no te metas conmigo”. Gisa podría ser un artista con una aguja e hilo, pero no es ninguna carterista. Se necesita solo de un segundo para que él se dé cuenta de lo que está sucediendo. Y entonces alguien agarra a Gisa del suelo.

Es el mismo Plateado. Hay dos de ellos. *¿Gemelos?*

—No es un tiempo prudente para empezar a cosechar de los bolsillos de un Plateado —dicen los gemelos al unísono. Y luego están tres, cuatro, cinco, seis, rodeándonos en multitud. Multiplicándose. *Es un clonador.*

Hacen girar mi cabeza.

—Ella no quería causar ningún daño, es solo una niña estúpida...

—¡Solo soy un niña estúpida! —grita Gisa, tratando de patear al que le sostiene.

Se ríen juntos en un sonido horrible.

Me lanzo hacia Gisa, tratando de hacer palanca para apartarla, pero uno de ellos me empuja hacia el suelo. El camino de piedra dura golpea el aire de mis pulmones, y



jadeo en busca de aire, viendo con impotencia cómo otro gemelo pone un pie en mi estómago, sujetándome.

—Por favor. —Me ahogo, pero nadie me escucha. El chirrido en mi cabeza se intensifica a medida que cada cámara se gira para mirarnos. Me siento electrificada de nuevo, esta vez de miedo por mi hermana.

Un oficial de Seguridad, el que nos dejó en el interior esta mañana, avanza con el arma en la mano.

—¿Qué es todo esto? —gruñe, mirando a los Plateados idénticos.

Uno por uno, se funden de nuevo juntos, hasta que solo quedan dos: el que sostiene a Gisa y el que me fija a la tierra.

—Es una ladrona —dice, sacudiendo a mi hermana. Para su crédito, ella no grita.

El oficial la reconoce, su duro rostro retorciéndose en un ceño de una fracción de segundo.

—Conoce la ley, chica.

Gisa baja la cabeza.

—Conozco la ley.

Me esfuerzo tanto como puedo, tratando de detener lo que viene. Vidrio estalla cuando una pantalla cercana se agrieta y parpadea, rota por los disturbios. Pero no hace nada para detener al funcionario quién agarra a mi hermana, empujándola al suelo.

Mi propia voz grita, uniéndose al estrépito del caos.

—¡Fui yo! ¡Fue mi idea! ¡Lastímame a mí! —Pero no escuchan. No les importa.

Solo puedo ver cómo el oficial pone a mi hermana a mi lado. Tiene los ojos en los míos mientras él trae la culata de su arma, rompiéndole los huesos de la mano de coser.



5

*K*ilorn me encontrará en cualquier lugar que trate de esconderme, así que sigo moviéndome. Corro como si pudiera alejarme de lo que le he hecho a Gisa, por cómo le he fallado a Kilorn, por cómo he destruido todo. Pero aún no puedo alejarme de la mirada en los ojos de mi madre cuando traje a Gisa a la puerta. Vi la sombra sin esperanza cruzar por su rostro y corrí antes de que mi padre en silla de ruedas apareciera. No podría enfrentarlos a ambos. *Soy una cobarde.*

Así que corro hasta que no puedo pensar, hasta que todos los malos recuerdos se desvanecen, hasta que solo pueda sentir ardor en mis músculos. Incluso me digo que las lágrimas en mis mejillas son por la lluvia.

Cuando finalmente me detengo para recobrar el aliento, estoy fuera de la aldea, a pocos kilómetros por ese terrible camino al norte. La luz se filtra a través de los árboles alrededor de la curva, iluminando una posada, una de las muchas en éste antiguo camino. Está atestado como cada verano, lleno de funcionarios y trabajadores de temporada que siguen la corte real. No viven en Los Pilares, no conocen mi rostro, así que son presa fácil para robarles. Lo hago todos los veranos; pero Kilorn siempre está conmigo, sonriendo con una bebida mientras me observa trabajar. *Supongo que no voy a ver su sonrisa por mucho más tiempo.*

Un bramido de risas atronadoras se escuchan mientras unos hombres salen tambaleándose de la posada, borrachos y felices. Sus monederos sonando, pesados por el pago del día. *Dinero plateado*, por servir, sonreír y saludar a los monstruos disfrazados de lordes.

Causé mucho daño, sobre todo a los que más quiero. Debería dar la vuelta y regresar a casa, para enfrentarlos a todos con, al menos, un poco de coraje. En cambio, me instalo en las sombras de la posada, contenta de permanecer en la oscuridad.

Supongo que causar dolor es para lo único que sirvo.

No me cuesta mucho llenarme los bolsillos del abrigo. Los borrachos entran cada pocos minutos y me presiono contra ellos, poniendo una sonrisa para ocultar mis manos. Nadie se da cuenta, a nadie le importa, cuando desaparezco otra vez. Soy una sombra, nadie se acuerda de las sombras.

La medianoche va y viene y todavía estoy aquí, esperando. La luna en lo alto es un perfecto recordatorio del tiempo, de cuánto llevo fuera. *Un último bolsillo*, me digo. *Uno más y me voy.* He estado diciéndomelo durante una hora.



Cuando sale el siguiente hombre, no lo pienso. Sus ojos están puestos en el cielo y no me nota. Llegar es muy fácil, es demasiado fácil enganchar un dedo alrededor de las cuerdas de su monedero. Debería saber que nada es fácil, pero los disturbios y los ojos hundidos de Gisa me han hecho una tonta por el dolor.

Cierra su mano alrededor de mi muñeca, su agarre es fuerte y extrañamente caliente, mientras me saca de las sombras. Intento resistirme, escapar y huir, pero es demasiado fuerte. Cuando gira, el fuego en sus ojos me da miedo, el mismo temor que sentí esta mañana. Pero le doy la bienvenida a cualquier castigo que pida. Me lo merezco completamente.

—Ladrona —dice, una extraña sorpresa en su voz.

Parpadeo, luchando para no reírme. Ni siquiera tengo fuerza para protestar.

—Obviamente.

Me mira, escudriñándose del rostro a las botas desgastadas. Me hace sufrir. Después de un largo momento, suspira y me deja ir. Aturdida, solo puedo contemplarlo. Cuando una moneda de plata gira en el aire, apenas tengo el ingenio para atraparla. *Un tetarca. Un tetarca de plata vale como una corona.* Mucho más que cualquiera de las monedas robadas que tengo en los bolsillos.

—Eso debe ser más que suficiente para ayudarte a salir del apuro —dice antes de que pueda responder.

A la luz de la posada, sus ojos brillan de un dorado rojizo, el color del calor. Mis años evaluando a las personas no me fallan, hasta ahora. Su cabello negro es demasiado brillante, su piel demasiado pálida para ser un siervo. Pero su físico parece más de un leñador, con hombros anchos y piernas fuertes. Es joven, un poco mayor que yo, aunque no tan seguro de sí mismo como debe ser cualquier chico de diecinueve o veinte años de edad.

Debería besar sus botas por dejarme ir y darme este regalo, pero la curiosidad me gana. Siempre lo hace.

—¿Por qué? —La palabra sale dura y áspera. Después de un día como hoy, ¿cómo puedo ser algo más?

La pregunta le sorprende y se encoge de hombros.

—Lo necesitas más que yo.

Quiero tirar la moneda en su rostro y decirle que puedo cuidarme, pero una parte de mí sabe la verdad. *¿El día de hoy no te ha enseñado nada?*

—Gracias —me obligo a decir, a través de mis dientes apretados.

De alguna manera, se ríe de mi reacia gratitud.

—No te hagas daño. —Entonces cambia de lugar, dando un paso más cerca. *Es la persona más extraña que he conocido*—. Vives en el pueblo, ¿no?

—Sí —respondo, señalándome. Con mi cabello despeinado, ropa sucia y ojos derrotados, ¿qué otra cosa podría ser? Él es todo lo contrario, camisa fina y limpia, sus zapatos son de suave cuero brillante. Me mira, jugando con su collar. Lo pongo nervioso.



La luz de la luna hace que parezca pálido, sus ojos penetrantes.

—¿Te gusta? —pregunta, desviando—. ¿Vivir ahí?

Su pregunta casi me hace reír, pero no parece divertido.

—¿A alguien le gusta? —respondo finalmente, preguntándome a qué diantres está jugando.

Pero en lugar de replicar con rapidez, respondiendo como Kilorn haría, se calla. Una mirada oscura cruza por su rostro.

—¿Vas a regresar? —dice de repente, señalando el camino.

—¿Por qué?, ¿miedo a la oscuridad? —digo arrastrando las palabras, doblando los brazos sobre mi pecho. Pero en el fondo de mi estómago, me pregunto si debo temer. *Es fuerte, rápido y aquí estás sola.*

Me devuelve la sonrisa, y me alivia de una forma inquietante.

—No, pero quiero asegurarme de que mantengas las manos para ti misma el resto de la noche. ¿Puedes salir del bar y caminamos de casa en casa, sí? Soy Cal, por cierto —agrega, extendiendo una mano.

No la tomo, recordando el calor de su piel. En cambio, me muevo hacia el camino, mis pasos rápidos y silenciosos.

—Mare Barrow —contesto sobre mi hombro.

No pasa mucho para que sus largas piernas estén cerca.

—Entonces, ¿siempre eres así de agradable? —se burla y, por alguna razón, me siento como si fuese un objeto de estudio. Pero la fría plata en mi mano me mantiene tranquila, me recuerda lo que tiene en sus bolsillos. *Plata para Farley. Qué apropiado.*

—Los lordes deben pagarte bien para que lleves coronas —replico, tratando de asustarlo sobre el tema.

Funciona de maravilla y lo deja estar.

—Tengo un buen trabajo —explica, tratando de dar el tema por terminado.

—Al menos uno lo tiene.

—Pero tú...

—Diecisiete —termino por él—. Todavía tengo algún tiempo antes del reclutamiento.

Estrecha sus ojos, los labios en una línea sombría. Algo duro se arrastra en su voz, afilando sus palabras.

—¿Cuánto tiempo?

—Cada día menos. —Solo diciéndolo en voz alta hace que duelan mis entrañas. *Y Kilorn tiene incluso menos que yo.*

Sus palabras mueren y nuevamente se me queda mirando, me examina mientras caminamos por el bosque. *Pensando.*



—Y no hay trabajo —murmura, más para sí mismo que para mí—. No hay forma de que puedas evitar el servicio militar obligatorio.

Su confusión me desconcierta.

—Tal vez las cosas son diferentes de dónde provienes.

—Así que robas.

Robo.

—Es lo mejor que puedo hacer. —Sale de mis labios. Una vez más, recuerdo que causar dolor es lo que mejor hago—. Mi hermana tiene un trabajo. —Dejo salir antes de recordar. *No, no lo tiene. Ahora ya no. Por tu culpa.*

Cal ve mi lucha con las palabras, preguntándome si debo corregirme o no. Es lo único que puedo hacer para mantener mi rostro serio, para evitar romperme totalmente frente a un desconocido. Pero debe intuir lo que estoy tratando de ocultar.

—¿Estuviste en el Salón hoy? —Creo que ya conoce la respuesta—. Los disturbios fueron terribles.

—Lo fueron. —Casi me ahogo con las palabras.

—Hiciste... —Presiona, de la manera más tranquila y calmada.

Es como hacerle un agujero a un embalse, todo empieza a desbordarse. No podía detener las palabras incluso si quisiera.

No menciono Farley o la Guardia Escarlata, o incluso a Kilorn. Solo que mi hermana me llevó al Gran Jardín, que me ayudó a robar el dinero que necesitábamos para sobrevivir. El posterior error de Gisa, su lesión, lo que significaba para nosotros. Lo que le he hecho a mi familia. Lo que he estado haciendo, decepcionando a mi madre, avergonzando a mi padre, robando a la gente de mi comunidad. Aquí en el camino, rodeada simplemente de oscuridad, le cuento a un extraño lo horrible que soy. No hace preguntas, incluso cuando lo que digo no tiene sentido. Solo escucha.

—Es lo mejor que puedo hacer —aseguro de nuevo, antes de que mi voz se agote totalmente.

Entonces, plata brilla por el rabillo de mi ojo. Está sacando otra moneda. A la luz de la luna, solo puedo ver el contorno de la corona del rey llameante grabada en el metal. Cuando la presiona en mi mano, espero volver a sentir su calor, pero está frío.

No quiero tu compasión, quiero gritarle, pero eso sería muy descortés. La moneda puede comprar lo que Gisa ya no puede.

—Lo siento mucho por ti, Mare. Las cosas no deberían ser así.

Ni siquiera tengo fuerzas para fruncir el ceño.

—Hay peores vidas para vivir. No sientas lástima por mí.

Me deja en el borde de la aldea, dejándome caminar a través de las casas de Los Pilares sola. Algo en el lodo y las sombras, incomoda a Cal, y desaparece antes de que tenga la oportunidad de mirar atrás y darle las gracias al siervo extraño.



Mi casa está tranquila y oscura, pero aun así, me estremezco con miedo. Parece que la mañana fue hace cien años, parte de otra vida donde fui estúpida, egoísta y, tal vez, incluso un poco más feliz. Ahora no tengo nada más que un amigo reclutado y a mi hermana con los huesos rotos.

—No deberías preocupar a tu madre de esta forma. —La voz de mi padre retumba detrás de mí, en uno de los pilares. No lo he visto en el suelo desde hace tantos años, que me cuesta recordarlo.

Mi voz chilla en sorpresa y temor.

—¿Papá? ¿Qué estás haciendo? ¿Cómo has...? —Pero apunta con el pulgar encima de su hombro, señalando la plataforma de poleas colgando de la casa. Lo usó por primera vez.

—Se fue la luz. Pensé en echarle un vistazo —dice, rudo como siempre.

La silla de ruedas pasa delante de mí, deteniéndose en la caja de servicio que hay en el suelo. Cada casa tiene una, permite regular la carga eléctrica que mantiene las luces encendidas.

Papá resopla, su pecho sonando con cada respiración. Tal vez Gisa será como él, su mano un desastre metálico, su cerebro roto y amargado con la idea de lo que podría haber sido.

—¿Por qué no *usaste* el periódico que te traje?

En respuesta, papá saca un trozo de periódico de su camisa y lo mete en la caja. Normalmente la cosa echaría chispas, pero no pasa nada. *Roto*.

—No funciona. —Suspira papá, sentado en su silla.

Ambos nos quedamos mirando la caja de servicio, sin saber qué decir, sin movernos, sin querer volver arriba. Papá huyó igual que yo, incapaz de permanecer en una casa dónde mamá seguramente estaría llorando por Gisa y por los sueños perdidos, mientras mi hermana intentaba no unírsele.

Golpea la caja, como si golpeando la maldita cosa de repente pudiese devolvernos luz, calor y esperanza. Sus golpes se vuelven más duros, más desesperados y la ira emana de él. No por mí o por Gisa, sino por el mundo. Hace mucho tiempo nos llamó hormigas, hormigas rojas ardiendo a la luz del sol Plateado. Destruídas por la grandeza de los demás, perdiendo la batalla por nuestro derecho a existir, porque no somos especiales. No evolucionamos como ellos, con poderes y fuerzas más allá de nuestra limitada imaginación. Nos quedamos igual, estancados en nuestros propios cuerpos. *El mundo cambia a nuestro alrededor y nosotros nos quedamos igual*.

Entonces también me enojo, maldiciendo a Farley, Kilorn, el reclutamiento, cada pequeña cosa que puedo pensar. La caja de metal es fría al tacto, mucho tiempo después de haber perdido el calor de la electricidad. Pero hay vibraciones aún, profundamente en el mecanismo, esperando a ser encendido. Me pierdo intentando encontrar la electricidad, para traerla de vuelta y demostrar que incluso una pequeña



cosa buena puede pasar en un mundo tan malo. Algo afilado toca mis dedos, sobresaltándome. *Es un cable pelado o un interruptor defectuoso*, me digo. Se siente como un pinchazo, como una aguja clavándose en mis nervios, pero no hay más dolor.

Por encima de nosotros, la luz del porche cobra vida.

—Bueno, qué lujo —murmura papá.

Se gira en el lodo, rodando hacia la polea. Lo sigo en silencio, no quiero mencionar la razón por la que tenemos tanto miedo del lugar que llamamos hogar.

—No más escapadas. —Suspira, abrochándose al cinturón de la plataforma.

—No más escapadas —coincido, más para mí que para él.

La plataforma protesta por el esfuerzo, subiéndolo hasta el porche. Soy más rápida por la escalera, así que lo espero en la parte superior y lo ayudo a soltarse de la plataforma.

—¡Maldita cosa! —refunfuña papá cuando finalmente desabrochamos la última hebilla.

—Mamá se pondrá feliz de que salgas de casa.

Me mira con severidad, agarrando mi mano. Aunque papá apenas trabaja ahora, reparando baratijas y tallando para niños, sus manos todavía son ásperas y callosas. Como si acabara de volver de las líneas del frente. *La guerra nunca se va*.

—No se lo digas a tu madre.

—Pero...

—Sé que parece como si nada, pero es suficientemente algo. Pensará que es un pequeño paso en un gran viaje, ¿ves? Primero salir de casa por la noche, luego durante el día y después rodando alrededor del mercado con ella como hace veinte años. Entonces las cosas vuelven a ser como eran. —Sus ojos se oscurecen mientras habla, luchando para mantener su voz baja y plana—. No voy a mejorar, Mare. Nunca voy a *sentirme* mejor. No puedo darle esperanzas, no cuando sé que nunca sucedería. ¿Entiendes?

Muy bien, papá.

Sabe que eso me da esperanzas y se suaviza.

—Desearía que las cosas fueran diferentes.

—Todos lo deseamos.

A pesar de las sombras, puedo ver la mano rota de Gisa cuando subo al desván. Normalmente duerme hecha un ovillo, acurrucada bajo una manta delgada; pero ahora está de espaldas, con su herida elevada sobre una pila de ropa. Mamá arregló su férula, mi pobre intento de ayuda, y las vendas son frescas. No necesito luz para saber que su pobre mano está negra, llena de moretones. Duerme intranquila, su cuerpo dando vueltas, pero su brazo se mantiene quieto. Incluso durmiendo, le duele.

Quiero llegar a ella, pero ¿cómo puedo arreglar los terribles acontecimientos del día?



Saco la carta de Shade de la cajita donde guardo todas sus correspondencias. Sin duda, esto me calmará. Sus bromas, sus palabras, su voz atrapada en las páginas siempre me calman. Pero al analizar la carta una vez más, un sentimiento de pavor crece en mi estómago.

—*Rojo como el amanecer...* —dice la carta. Ahí está, más claro que el agua en mi rostro. Las palabras de Farley en su video, el grito de guerra de la Guardia Escarlata, de puño y letra de mi hermano. La frase es demasiado extraña para ignorarla y pasarla por alto. Y la siguiente frase—, *ver salir el sol más fuerte...* —Mi hermano es inteligente pero práctico. No le importan los atardeceres o amaneceres, o ingeniosas formas de hablar. *Crece dentro de mí*, pero en vez de la voz de Farley en mi cabeza, es la de mi hermano hablando. *Se levantan, rojo como el amanecer.*

De alguna manera, Shade sabía. Varias semanas atrás, antes del atentado, antes de la transmisión de Farley, Shade sabía sobre la Guardia Escarlata y trató de decírnos. ¿Por qué?

Porque es uno de ellos.



6

Cuando la puerta se abre de golpe al amanecer, no estoy asustada. Las requisas de seguridad son normales, a pesar de que usualmente obtenemos una o dos al año. Esta sería la tercera.

—Vamos, Gee —murmuro, ayudándola a salir de su cama y a bajar por la escalera. Se mueve precariamente, apoyándose en su brazo bueno, y mamá nos espera en el piso. Sus brazos se cierran alrededor de Gisa, pero sus ojos están en mí. Para mi sorpresa, no parece enfadada o siquiera decepcionada. En su lugar, su mirada es suave.

Dos oficiales esperan al lado de la puerta, sus armas colgando de sus costados. Los reconozco del puesto de avanzada del pueblo, pero hay otra figura, una mujer joven de rojo con una insignia de una corona de tres colores sobre su corazón. *Un sirviente de la realeza, un Rojo que le sirve al rey*, me doy cuenta, y empiezo a entender. Esta no es una requisita común.

—Nos sometemos a la búsqueda y captura —refunfuña mi padre, diciendo las palabras que debe cada vez que esto sucede. Pero en vez de dividirse para hurgar por nuestra casa, los oficiales de Seguridad se quedan firmes.

La joven mujer da un paso adelante y, para mi horror, se dirige a mí.

—Mare Barrow, usted ha sido convocada a Summerton.

La mano buena de Gisa se cierra alrededor de la mía, como si pudiera contenerme.

—¿Q-qué? —me las arreglo para tartamudear.

—Ha sido convocada para Summerton —repite ella, y hace señas hacia la puerta—. La escoltaremos. Por favor proceda.

Convocada. Por un Rojo. Nunca en mi vida había escuchado tal cosa. Así que, ¿por qué yo? ¿Qué he hecho para merecer esto?

Pensándolo mejor, soy una criminal y probablemente soy considerada una terrorista debido a mi asociación con Farley. Mi cuerpo hormiguea con nervios, cada musculo tenso y preparado. Tendré que correr, a pesar que los oficiales bloquean la puerta. *Será un milagro si logro llegar hasta una ventana.*

—Cálmate, todo está aclarado después de ayer. —Ríe, confundiendo mi miedo—. El Salón y el mercado están bien controlados ahora. *Por favor proceda.* —Para mi sorpresa, sonrío, aun cuando los oficiales de Seguridad aprietan sus armas. Asienta un escalofrío en mi sangre.



Rechazar a la Seguridad, rechazar una *convocación real*, significaría la muerte, y no solo para mí.

—Está bien —farfallo, desenredando mi mano de la de Gisa. Se mueve para aferrarse a mí, pero nuestra madre la hala hacia atrás—. ¿Te veré más tarde?

La pregunta cuelga en el aire, y siento la mano tibia de papá rozar mi brazo. *Está despidiéndose*. Los ojos de mamá nadan con lágrimas no derramadas, y Gisa está tratando de no parpadear, para recordar cada último segundo. *Ni siquiera tengo algo que pueda dejarle*. Pero antes de que pueda retrasarme o permitirme llorar, un oficial me toma del brazo y me aleja.

Las palabras se escapan de mis labios, a pesar de que salen apenas como algo más que un susurro.

—Te amo.

Y entonces la puerta se cierra detrás de mí, dejándome fuera de mi hogar y mi vida.

Me apresuran a través del pueblo, por el camino hacia la plaza del mercado. Pasamos por la casa destartalada de Kilorn. Normalmente ya estaría despierto, a mitad de camino hacia el río para empezar el día temprano cuando aún está fresco, pero esos días se han ido. Ahora apuesto a que duerme la mitad del día, disfrutando las pocas comodidades que puede antes del servicio militar obligatorio. Parte de mí quiere gritarle una despedida, pero no lo hago. Irá a buscarme más tarde, y Gisa le dirá todo. Con una risa silenciosa recuerdo que Farley me estará esperando hoy, con una fortuna como pago. Estará decepcionada.

En la plaza, un brillante transporte negro espera por nosotros. Cuatro ruedas, ventanas de vidrio, redondeado hasta el suelo, parece una bestia lista para ingerirme. Otro oficial está sentado en los controles y enciende el motor cuando nos acercamos, arrojando humo negro en el aire de la madrugada. Soy obligada a entrar en la parte trasera sin una palabra, y el sirviente apenas se desliza al lado antes de que el transporte despegue, corriendo por el camino a una velocidad que nunca he imaginado siquiera. *Esta será mi primera, y última, vez montada en uno*.

Quiero hablar, preguntar qué está sucediendo. Cómo van a castigarme por mis crímenes, pero sé que mis palabras caerán en oídos sordos. Así que contemplo por la ventana, observando el pueblo desaparecer a medida que entramos en el bosque, por el familiar camino norteño. No está tan poblado como ayer, y oficiales de Seguridad esparcen el camino. *El Salón está controlado*, el sirviente había dicho. Supongo que esto es a lo que se refería.

La pared de cristal de diamante brilla, reflejando el sol mientras sube desde los bosques. Quiero entrecerrar los ojos, pero me mantengo quieta. Debo mantener mis ojos abiertos aquí.

La puerta es empujada por uniformes negros, todos oficiales de Seguridad chequeando y revisando a los viajeros a medida que entran. Cuando nos detenemos, la sirvienta mujer me saca del transporte, pasando la línea y a través de la puerta. Nadie protesta, o siquiera se molesta en chequear por identificaciones. Ella debe ser conocida aquí.



Una vez que estamos adentro, me mira.

—Soy Ann, por cierto, pero mayormente nos llamamos por los apellidos. Dime Walsh.

Walsh. Me suena familiar. Junto con su cabello descolorido y piel bronceada, solo puede significar una cosa.

—¿Tú eres de...?

—Los Pilares, igual que tú. Conocí a tu hermano Tramy, y lamento que conociera a Bree. Un verdadero rompecorazones, ése. —Bree tenía una reputación alrededor del pueblo antes de que se fuera. Me dijo una vez que no le temía al servicio militar obligatorio tanto como los demás porque la docena de mujeres sedientas de sangre que estaba dejando atrás eran mucho más peligrosas—. Sin embargo, no te conozco a ti. Pero sin duda lo haré.

No puedo evitar resoplar.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Quiero decir que vas a estar trabajando largas horas aquí. No sé quién te contrató o qué te dijeron acerca del trabajo, pero empieza a desgastarte. No es solo cambiar las sábanas y limpiar platos. Tienes que ver sin mirar, escuchar sin oír. Somos objetos allá arriba, estatuas vivientes para servir. —Suspira levemente y se voltea, abriendo una puerta construida justo en un lado de la compuerta—. Especialmente ahora, con este negocio de la Guardia Escarlata. Nunca es un buen momento para ser un Rojo, pero esto es muy malo.

Da un paso a través de la puerta, aparentemente en la pared sólida. Me toma un momento darme cuenta que está bajando por un tramo de escaleras, desapareciendo en la penumbra.

—¿El trabajo? —presiono—. ¿Qué trabajo? ¿Qué es esto?

Da una vuelta en las escaleras, prácticamente rodando los ojos.

—Has sido convocada para llenar un puesto —dice como si fuera la cosa más obvia en el mundo.

Trabajar. Un empleo. Casi me caigo de pensarlo.

Cal. Quizás hasta esté trabajando con él. Mi corazón salta ante la perspectiva, sabiendo qué significa esto. *No moriré, ni siquiera voy a luchar. Trabajaré y viviré. Y más tarde, cuando encuentre a Cal, puedo convencerlo de que haga lo mismo por Kilorn.*

—¡Sígueme, no tengo tiempo para sostener tu mano!

Temblando detrás de ella, descendiendo a un túnel sorprendentemente oscuro. Pequeñas luces brillan en las paredes, por lo que apenas es posible ver. Tuberías pasan sobre la cabeza, zumbando con el agua corriendo y la electricidad.

—¿A dónde vamos? —Finalmente respiro.

Casi puedo oír la consternación de Walsh a medida que se voltea, confundida.

—Al Salón del Sol, por supuesto.



Por un segundo, creo que puedo sentir mi corazón detenerse.

—¿Q-qué? ¿El palacio, el palacio de verdad?

Golpea suavemente la insignia en su uniforme. La corona hace un guiño en la luz baja.

—Sirves al rey ahora.

Tienen un uniforme listo para mí, pero apenas lo noto. Estoy demasiado deslumbrada por lo que me rodea, la piedra bronceada y el piso de mosaico reluciente de este pasillo olvidado en la casa de un rey. Otros sirvientes se apresuran pasando en un desfile de uniformes rojos. Examino sus rostros, buscando a Cal, queriendo agradecerle, pero nunca aparece.

Walsh se queda a mi lado, susurrando consejos.

—No digas nada. No escuches nada. No hables con nadie, porque ellos no te hablarán.

Apenas puedo mantener las palabras; los últimos dos días han sido una ruina en mi corazón y alma. Creo que la vida simplemente ha decidido abrir compuertas, tratando de ahogarme en un remolino de giros y vueltas.

—Viniste en un día ocupado, tal vez el peor que veremos jamás.

—Vi los barcos y los dirigibles Plateados que han estado yendo río arriba por semanas —digo—. Más de lo habitual, aun para esta época del año.

Walsh me apresura, empujando una bandeja de tazas brillantes en mis manos. Seguramente estas cosas pueden comprar mi libertad y la de Kilorn, pero el Salón está resguardado en cada puerta y ventana. Nunca podría deslizarme de tantos oficiales, aun con todas mis habilidades.

—¿Qué está sucediendo hoy? —pregunto tontamente. Un mechón de mi cabello oscuro cae en mis ojos, y antes de que pueda intentar apartarlo con un soplo, Walsh empuja el cabello hacia atrás y lo amarra con un minúsculo pasador, sus movimientos rápidos y precisos—. ¿Es esa una pregunta estúpida?

—No, tampoco sabía al respecto, no hasta que comenzamos a prepararnos. Después de todo, no han tenido una en veinte años, desde que la reina Elara fue seleccionada. —Habla tan rápido que sus palabras casi se entremezclan—. Hoy es La Prueba de la Reina. Las hijas de las Casas Altas, las grandes familias Plateadas, han venido todas a ofrecerse al príncipe. Hay un gran festín esta noche, pero ahora están en el Jardín Espiral, preparándose para presentarse, esperando ser elegidas. Una de esas chicas podrá ser la próxima reina, y están abofeteándose las unas a las otras como tontas por la oportunidad.

Una imagen de un montón de pavos reales destella en mi mente.

—Así que, qué, ¿ellas dan una vuelta, dicen unas pocas palabras, baten sus pestañas?

Pero Walsh resopla, negando.

—Difícilmente. —Entonces sus ojos brillan—. Tú tienes el deber de servir, así que podrás verlo por ti misma.



Las puertas se ciernen por delante, hechas de madera tallada y vidrio que fluye. Un sirviente las abre, permitiendo que se muevan a través de ellas a la línea de uniformes rojos. Y luego es mi turno.

—¿Vienes? —Puedo escuchar la desesperación en mi voz, casi rogándole a Walsh que se quede conmigo. Pero retrocede, dejándome sola. Antes de que pueda retrasar la línea o de otra manera arruinar la asamblea organizada de sirvientes, me obligo a moverme hacia adelante y hacia a la luz del sol de lo que llamó el Jardín Espiral.

En primera instancia creo que estoy en el medio de otra arena como la que está de vuelta en casa. El espacio se curva hacia abajo en un bol inmenso, pero en lugar de bancos de piedra, mesas y sillas de felpa llenan la espiral de terrazas. Plantas y fuentes atraviesan los escalones, dividiendo las terrazas en cajas. Se unen en la parte inferior, decorando un círculo herboso anillado con estatuas de piedras. Delante de mí está un área en forma de caja llena de seda roja y negra. Cuatro asientos, cada uno hecho de hierro implacable, se ven en el suelo.

¿Qué demonios es este lugar?

Mi trabajo pasa en un borrón, siguiendo las órdenes de los otros Rojos. Soy una servidora de cocina, debo limpiar, asistir a los cocineros, y actualmente, preparar la arena para el evento por venir. Porque los miembros de la realeza necesitan una arena, no estoy segura. En casa son usadas solo para hitos, para ver a Plateados contra Plateados, ¿pero qué podría significar aquí? Esto es un palacio. Sangre nunca manchará estos pisos. Aun así la no-arena me llena con una sensación terrible de presentimiento. La sensación de picazón regresa, latiendo bajo mi piel en olas. Para el momento que finalizo y vuelvo a la entrada de los sirvientes, La Prueba de la Reina está a punto de empezar.

Los otros sirvientes se van retirando, moviéndose a una plataforma elevada rodeada por puras cortinas. Me apresuro detrás de ellos y tropiezo en la línea, justo cuando otro juego de puertas se abre, directamente entre la caja de los miembros de la realeza y la entrada de los sirvientes.

Está iniciando.

Mi mente retrocede al Gran Jardín, a las hermosas, crueles criaturas que se llaman humanos. Todas ostentosas y vanas, con miradas duras y peores temperamentos. Estos Plateados, las Casas Altas, como los llama Walsh, no serán diferentes. *Quizás hasta sean peores.*

Entran como una multitud, como una bandada de colores que se dividen alrededor del Jardín Espiral con fría gracia. Las diferentes familias, o casas, son fáciles de distinguir; todos usan los mismos colores que el resto. Púrpura, verde, negro, amarillo, un arcoíris de sombras moviéndose hacia la caja de su familia. Rápidamente pierdo la cuenta de todos ellos. *¿Cuántas casas hay?* Más y más se unen a la multitud, algunos deteniéndose para hablar, otros abrazando con brazos tiesos. Esto es una *fiesta* para ellos, me doy cuenta. Es más probable que tengan poca esperanza en poner adelante una reina y esto son solo unas vacaciones.

Pero unos pocos no parecen de humor para celebrar. Una familia de cabello plateado en seda negra se sienta en silencio enfocado a la derecha de la caja del rey. El



patriarca de la casa tiene una barba puntiaguda y ojos negros. Más abajo, una casa de azul marino y blanco murmuran juntos. Para mi sorpresa, reconozco a uno de ellos. Samson Merandus, el murmullo que vi en la arena hace unos días. A diferencia de los otros, contempla oscuramente el piso, su atención en otro lugar. Tomo nota para evitar encontrarme con él o sus habilidades mortales.

Extrañamente, sin embargo, no veo ninguna chica en edad para casarse con un príncipe. Tal vez se están preparando en otro lugar, ansiosamente esperando su oportunidad para ganar una corona.

Ocasionalmente, alguien presiona un botón cuadrado de metal en su mesa para encender una luz, indicando que requieren un sirviente. Quién esté más cerca de la puerta los atiende, y el resto de nosotros nos movemos a lo largo, esperando nuestro turno de servir. Por supuesto, en el segundo que me muevo al lado de la puerta, el miserable patriarca de ojos negros golpea el botón de su mesa.

Gracias a los cielos por mis pies, los cuales nunca me han fallado. Casi salto a través de la multitud, bailando entre cuerpos errantes mientras que mi corazón golpea dentro de mi pecho. En lugar de robarles a estas personas, se supone que les sirva. La Mare Barrow de la semana pasada no sabría si reírse o llorar por esta versión de sí misma. *Pero ella fue una chica tonta, y ahora paga el precio.*

—¿Lord? —digo, enfrentando al patriarca que había pedido servicio. En mi cabeza, me maldigo. *No digas nada* es la primera regla, y ya la había roto.

Pero no parece notarlo y simplemente sostiene una copa de agua vacía, una mirada aburrida en su rostro.

—Están jugando con nosotros, Ptolemus —le refunfuña a un joven hombre musculoso a su lado. Asumo que es suficientemente desafortunado para ser llamado Ptolemus.

—Una demostración de poder, padre —responde Ptolemus, bebiendo enteramente su propia copa. La extiende hacia mí, y la tomo sin dudar—. Nos hacen esperar porque pueden.

Ellos son los miembros de la realeza quienes todavía tienen que hacer acto de presencia. Pero al oír a estos Plateados discutir al respecto de ellos, así, con tanto desdén, es desconcertante. Nosotros los Rojos insultamos al rey y a los nobles si podemos conseguir salirnos con la nuestra, pero creo que esa es nuestra prerrogativa. Estas personas nunca han sufrido un día en su vida. ¿Qué problemas podrían tener unos con otros?

Quiero quedarme y escuchar, pero hasta yo sé que va contra las reglas. Me doy la vuelta, subiendo un tramo de escaleras fuera de la caja de ellos. Hay un lavabo escondido detrás de unas flores de colores brillantes, probablemente, así que no tengo que ir todo el camino de vuelta en torno a la no-arena para rellenar sus bebidas. Fue entonces cuando un metálico, tono agudo, reverbera a través del espacio, al igual que el que está en el comienzo del Primer Viernes de Hitos. Se emite un sonido un par de veces, la pronunciación de una melodía orgullosa, anunciando lo que debe ser la entrada del rey. A su alrededor, las Casas Altas se ponen de pie, de mala gana o no. Me doy cuenta de que Ptolemus le murmura algo a su padre otra vez.



Desde mi punto de vista, escondida detrás de las flores, estoy al mismo nivel con la caja del rey y ligeramente detrás de él. Mare Barrow, a pocos metros del rey. ¿Qué pensaría mi familia o Kilorn de ese asunto? Este hombre nos manda a morir, y de buena gana me he convertido en su siervo. Me enferma.

Él entra rápidamente, hombros fijados y rectos. Incluso desde atrás, parece mucho más gordo de lo que parece en las monedas y las emisiones, pero también más alto. Su uniforme es de color negro y rojo, con un corte militar, aunque dudo que alguna vez haya pasado un solo día en las trincheras en las cuales los Rojos mueren. Insignias y medallas brillan en su pecho, un testimonio de las cosas que nunca ha hecho. Incluso lleva una espada dorada a pesar de los muchos guardias alrededor de él. La corona en la cabeza es familiar, hecho de oro rojo trenzado y hierro negro, cada punto de un estallido de llamas curvándose. Parece quemar su cabello negro como la tinta salpicada de gris. Qué apropiado, porque el rey es un quemador, como lo fue su padre, y su padre antes que él, y así sucesivamente. Destructivos, potentes controladores de calor y fuego. Una vez, nuestros reyes solían quemar a los disidentes con nada más que un toque en llamas. Este rey quizá no queme Rojos ya, pero todavía nos mata con la guerra y la ruina. Su nombre es uno que he conocido desde que era una niña sentada en el aula, todavía con ganas de aprender, como si eso pudiera llevarme alguna parte. *Tiberias Calore Sexto, rey de Norta, Llama del Norte*. Un bocado si alguna vez hubo uno. Escupiría en su nombre si pudiera.

La reina lo sigue, asintiendo a la multitud. Mientras que la ropa del rey es oscura y de corte severo, su atuendo azul marino y blanco es espacioso y luminoso. Se inclina solo a la casa de Samson, y me doy cuenta que está usando los mismos colores que ellos. Debe ser su pariente, a juzgar por el parecido familiar. El mismo cabello rubio cenizo, ojos azules y sonrisa en punta, haciéndola ver como un felino depredador salvaje.

Tan intimidante como los miembros de la realeza parecen, no son nada comparados con los guardias que les siguen. Aunque soy una Roja nacida en el barro, sé quiénes son. Todo el mundo sabe lo que un Centinela parece, porque nadie quiere conocerlos. Ellos flanquean el rey en cada emisión, en cada discurso o decreto. Como siempre, sus uniformes parecen llama, vacilante entre el rojo y el naranja, y sus ojos brillan detrás de las máscaras negras temibles. Cada uno lleva un rifle negro con punta de una bayoneta de plata brillante que podría cortar el hueso. Sus habilidades son aún más aterradoras que sus apariencias, guerreros élite de diferentes casas Plateadas, entrenados desde la infancia, que han jurado al rey y su familia durante toda su vida. Son suficientes para hacerme temblar. Pero las Casas Altas no tienen miedo en absoluto.

En algún lugar profundo en las cajas, los gritos se inician.

—¡Muerte a la Guardia Escarlata! —grita alguien, y otros se unen rápidamente. Un escalofrío me atraviesa como recuerdo de los acontecimientos de ayer, ahora tan lejos. Cuán rápido este grupo se podía poner en contra...

El rey parece agitado, palideciendo al ruido. No está acostumbrado a los arrebatos como este y casi gruñe a los gritos.



—¡La Guardia Escarlata, y todos nuestros enemigos, están siendo tratados! — retumba Tiberias, y su voz resuena entre la multitud. Se les hace callar como el chasquido de un látigo—. Pero eso no es por lo que estamos aquí para hacer frente. Hoy honramos la tradición, y ningún diablo Rojo va impedir eso. Ahora es el rito de La Prueba de la Reina, para traer adelante a la hija más talentosa para casarse con el hijo más noble. En esto encontramos la fuerza, para unir a las Casas Altas, y el poder, para asegurar la regla Plateada hasta el final de los días, para derrotar a nuestros enemigos, en las fronteras, y dentro de ellas.

—Fuerza —ruge la multitud. Es aterrador—. Poder.

—El tiempo ha llegado de nuevo para defender este ideal, y mis dos hijos honran nuestra costumbre más solemne. —Agita una mano, y dos figuras dan un paso adelante, flanqueando a su padre. No puedo ver sus rostros, pero ambos son del mismo alto y de cabello negro, como el rey. También usan uniformes militares—. El príncipe Maven, de la Casa Calore y Merandus, hijo de mi esposa real, la reina Elara.

El segundo príncipe, más pálido y más ligero que el otro, levanta una mano en señal de saludo severo. Se gira a la izquierda y a la derecha, y echo un vistazo a su rostro. A pesar de que tiene una seria mirada real para él, no puede tener más de diecisiete años. De rasgos afilados y de ojos azules, podría congelar el fuego con su sonrisa, que desprecia este espectáculo. Estoy de acuerdo con él.

—Y el príncipe heredero de la Casa Calore y Jacos, hijo de mi difunta esposa, la reina Coriane, heredero del reino de Norta y la Corona Quemante, Tiberias Séptimo.

Estoy demasiado ocupada riéndome del absurdo total del nombre al notar al joven saludando y sonriendo. Finalmente levanto mis ojos, solo para decir que estaba tan cerca del futuro rey. Pero me da mucho más de lo que esperaba.

Las copas de cristal en mis manos caen, aterrizando sin causar daños en el fregadero de agua.

Conozco esa sonrisa, y conozco esos ojos. Quemaron los míos tan solo anoche. Él me consiguió este trabajo; me salvó de la conscripción. Era uno de nosotros. *¿Cómo puede ser esto?*

Y entonces se vuelve totalmente, saludando a su alrededor. No hay duda de ello.

El príncipe heredero es Cal.



7

*V*uelvo a la plataforma de la servidumbre con una sensación de vacío en mi estómago. Cualquier felicidad que he sentido antes había desaparecido por completo. No me atrevo a mirar atrás, a verlo de pie en ropa fina, con cintas y medallas y los aires reales que odio. Como Walsh, él lleva la insignia de la corona en llamas, pero la suya es de un negro azabache, diamante, y rubí. Contrasta contra el negro oscuro de su uniforme. Atrás se quedaron las ropas grises que llevaba ayer por la noche, que utiliza para mezclarse con los campesinos como yo. Ahora cada centímetro luce como de un futuro rey, Plateado hasta el hueso. Pensar que confiaba en él.

Los otros sirvientes se alejan, dejándome al final de la fila mientras mi cabeza da vueltas. Él me consiguió este trabajo, me *salvó*, salvó a mi familia, y es uno de ellos. Peor que ser uno de ellos. Es un príncipe. *El* príncipe. La persona a la que todo el mundo en esta monstruosidad de espiral de piedra está aquí para ver.

—Todos ustedes han venido a honrar a mi hijo y al reino, y por eso los honro —dice el rey Tiberias, rompiendo mis pensamientos como si fueran de cristal. Levanta sus brazos, señalando las grandes tribunas de personas. Aunque intento con todas mis fuerzas mantener mis ojos en el rey, no puedo evitar mirar a Cal. Él sonríe, pero no llega a sus ojos.

—Honro tu derecho a gobernar. El futuro rey, el hijo de mi hijo, será de tu sangre plateada, así como será de la mía. ¿Quién va a reclamar tu derecho?

El patriarca de cabello plateado grita en respuesta.

—¡Reclamo La Prueba de la Reina!

En toda la espiral, los líderes de las diferentes casas gritan al unísono.

—¡Reclamo La Prueba de la Reina! —hacen eco, apoyando una tradición que no entiendo.

Tiberias sonríe y asiente.

—Entonces ha comenzado. Lord Provos, si hace los honores.

El rey se gira hacia un lugar el cual supongo es la Casa Provos. El resto del espiral sigue su mirada, sus ojos aterrizando en una familia vestida con rayas doradas y negras. Un hombre mayor, de cabello gris con vetas de color blanco, da un paso adelante. Con su extraña ropa parece una avispa a punto de picar. Cuando retuerce su mano, no sé qué esperar.



De repente, la plataforma se tambalea, se mueve hacia los lados. No puedo evitar saltar, casi golpeando al siervo a mi lado, mientras nos deslizamos a lo largo de una pista que no se ve. Mi corazón se eleva a mi garganta mientras veo el resto del Jardín Espiral dar vueltas. Lord Provos es un *Telky*, moviendo la estructura a lo largo de la vía pre-reconstruida con nada más que el poder de su mente.

Toda la estructura gira bajo su mando, hasta el césped se ensancha en un enorme círculo. Las terrazas bajas tiran de regreso, alineando los niveles superiores, y la espiral se convierte en un cilindro enorme abierto al cielo. A medida que las terrazas se mueven, el suelo baja, hasta que se detiene casi a veinte metros debajo de la multitud más abajo. Las fuentes se convierten en cascadas, derramándose desde la parte superior del cilindro hasta la parte inferior, donde llenan profundas, estrechas piscinas. Nuestra plataforma se desliza a una parada situada sobre la casilla del rey, lo que nos permite una vista perfecta de todo, incluyendo el suelo muy por debajo. Todo eso toma menos de un minuto, con lord Provos transformando el Jardín Espiral en algo mucho más siniestro.

Pero cuando Provos toma su asiento de nuevo, el cambio todavía no ha acabado. El zumbido de electricidad sube hasta que cruje por todas partes, por lo que los pelos de mis brazos se erizan. La luz blanca-púrpura brilla cerca del piso del jardín, chispeando con la energía de los pequeños, invisibles puntos en la piedra. Ningún Plateado se levanta para dominarlo, como Provos hizo con la arena. Me doy cuenta de por qué. Este no es cualquier Plateado haciendo algo, sino está realizando una maravilla de tecnología, de electricidad. *Un relámpago sin trueno*. Los rayos de luz se cruzan y entrecruzan, tejiéndose en una red cegadora brillante. Con solo mirarla me duelen los ojos, enviando afiladas dagas de dolor a través de mi cabeza. Cómo los otros pueden soportarlo, no tengo idea.

Los Plateados parecen impresionados, intrigados por algo que no pueden controlar. En cuanto a nosotros los Rojos, miramos boquiabiertos en completo asombro.

La red se cristaliza mientras la electricidad se expande y dobla. Y luego, tan repentinamente como vino, el ruido cesa. Los helados rayos se solidifican en el aire, creando un claro, escudo púrpura entre el piso y nosotros. Entre nosotros y *lo que sea* que pudiera aparecer por allí.

Mi mente se vuelve loca, preguntándose qué podría requerir un escudo hecho de relámpago. No puede ser un oso o una manada de lobos o cualquiera de los raros animales del bosque. Incluso las criaturas de los mitos, los grandes gatos o los tiburones de aguas o los dragones, plantearían algún daño en contra de los muchos Plateados. ¿Y por qué habría bestias en La Prueba de la Reina? Esta se supone que es una ceremonia para elegir reinas, no para pelear contra monstruos.

Como si me contestara, el suelo en el círculo de estatuas, ahora en el pequeño centro del piso cilíndrico, se abre ampliamente. Sin pensarlo, me empujo, con la esperanza de tener una mejor visión con mis propios ojos. El resto de los criados se amontonan conmigo, tratando de ver lo que esta cámara de horrores puede traer.

La chica más pequeña que he visto en mi vida surge de la oscuridad.



Gritos se elevan mientras una casa en seda marrón y piedras preciosas rojas le aplauden a su hija.

—Rohr, de la Casa Rhambos —grita la familia, anunciándola al mundo.

La chica, de no más de catorce años, sonríe a su familia. Es pequeña en comparación con las estatuas, pero sus manos son extrañamente grandes. El resto de ella parece que podría alejarse con una fuerte brisa. Da un giro sobre el ring de estatuas, siempre sonriendo. Su mirada aterriza en Cal, quiero decir en el príncipe, tratando de seducirlo con sus ojos de gacela o con el ocasional tirón de su cabello rubio miel. En pocas palabras, parece tonta. Hasta que se acerca a una estatua de piedra sólida y sacude la cabeza con un sencillo, simple movimiento.

La Casa Rhambos habla de nuevo.

—Brazosfuertes.

Debajo de nosotros, la pequeña Rohr destruye el suelo en un torbellino, convirtiendo las estatuas en pilas pulverizados de polvo mientras agrieta el suelo bajo sus pies. Es como un terremoto en diminuta forma humana, rompiendo cualquier cosa en su camino.

Así que esto es un concurso.

Uno muy violento, con la intención de mostrar la belleza de una chica, su esplendor y fuerza. *La hija más talentosa*. Esto es una muestra de poder, para emparejar al príncipe con la chica más poderosa, para que sus hijos puedan ser los más fuertes de todos. Y ha estado ocurriendo por cientos de años.

Me estremezco al pensar en la fuerza del dedo meñique de Cal.

Él aplaude educadamente mientras la chica Rhambos termina su espectáculo de destrucción organizada y retrocede a la plataforma descendente. Las aclamaciones de la Casa Rhambos siguen mientras desaparece.

Luego viene Heron de la Casa Welle, la hija de mi propio gobernador. Es alta, con una cara como su tocaya pájaro. La tierra destruida cambia a su alrededor mientras junta de nuevo el piso.

—Greenwarden —cantan sus familiares. Una *Verdina*. A su orden, los árboles crecen en un abrir y cerrar de ojos, sus puntas raspando el escudo del rayo. Creando chispas donde las ramas tocan, prendiéndole fuego a las hojas frescas. La chica de al lado, una Ninfa de la Casa Osanos, se eleva ante la ocasión. Usando las fuentes de la cascada, empapa el bosque contenido de fuego en un huracán de aguas blancas, dejando árboles carbonizados y solo tierra arrasada.

Esto sigue por lo que parece horas. Cada chica se levanta para mostrar su valor, y cada una encuentra una arena más destruida, pero están entrenadas para lidiar con cualquier cosa. Se extienden en edad y apariencia, pero todas son deslumbrantes. Una chica, de apenas doce años, hace explotar todo lo que toca como una especie de bomba andante.

—*Olvido* —grita su familia, describiendo su poder. Mientras elimina la última de las estatuas blancas, el escudo de relámpago se mantiene firme. Silba contra su fuego, y el ruido resuena en mis oídos.



La electricidad, los Plateados, y los gritos se mezclan en mi cabeza cuando veo a Ninfas y Verdinas, Veloces, Brazosfuertes, Telkies, y lo que parece un centenar de otros tipos de Plateados mostrándose debajo del escudo. Cosas que nunca soñé posible suceden delante de mis ojos mientras las chicas transforman su piel en piedra o gritan y rompen las paredes de vidrio. Los Plateados son mayores y más fuerte de lo que jamás temí, con poderes que ni siquiera sabía que existían. ¿Cómo podía esta gente ser real?

Llegué hasta aquí y de repente estoy de vuelta en la arena, mirando a los Plateados explayarse en todo lo que no somos.

Me asombro cuando una Animos controla criaturas que invoca y unas miles de palomas bajan desde el cielo. Cuando las aves se zambullen de cabeza contra el escudo de relámpagos, estallando en pequeñas nubes de sangre, plumas, y electricidad mortal, mi asombro se convierte en repugnancia. El escudo echa chispas de nuevo, quemando lo que queda de las aves hasta que brilla como nuevo. Casi vomito con el sonido de aplausos cuando los Animos de sangre fría se hunden de nuevo en el suelo.

Otra chica, espero que la última, se levanta en una arena ahora reducida a polvo.

—Evangeline, de la Casa Samos —grita el patriarca de la familia de cabellos plateados. Habla solo, y su voz hace eco a través del Jardín Espiral.

Desde mi punto de vista, me doy cuenta de que el rey y la reina se sientan un poco más rectos. Evangeline ya tiene su atención. En gran diferencia, Cal baja su mirada a sus manos.

Mientras que las otras chicas llevaban vestidos de seda y unas pocas tenían extrañas, doradas armaduras, Evangeline aparece en un traje de cuero negro. Chaqueta, pantalón, botas, todo tachonado con dura plata. No, no era plata. Era de hierro. La plata no era tan aburrida ni tan dura. Su casa le aplaudió, todos sobre sus pies. Pertenecía a Ptolemus y el patriarca, pero otros gritaron también, otras familias. Querían que ella fuera la reina. *Es la favorita.* Ella saluda, con dos dedos en su frente, primero a su familia y luego al palco del rey. Ellos le devuelven el gesto, descaradamente favoreciendo a esta Evangeline.

Tal vez esto se parece más a las Hitos de lo que creía. Excepto que en vez de mostrarles a los Rojos dónde estamos, este es el rey mostrándose a sus súbditos, poderosos como son, en *dónde* pertenecen. *Una jerarquía dentro de la jerarquía.*

He estado tan preocupada por los juicios que casi no noto cuándo me toca servir de nuevo. Antes de que alguien me pueda empujar en la dirección correcta, me pongo en camino hacia la casilla de la derecha, apenas oyendo al patriarca Samos hablar.

—Magnetron. —Creo que dice, pero no tengo ni idea de lo que significa.

Me muevo por los estrechos pasillos que antes fueron calzadas abiertas, hasta los Plateados que requieren servicio. La casilla está en el fondo, pero soy rápida y me toma muy poco tiempo llegar a ellos. Me parece un clan particularmente gordo, vestidos de seda amarillo chillón y horribles plumas, todos disfrutando de un pastel enorme. Platos y tazas vacías salen de la casilla, y me pongo a trabajar limpiándolas, con las manos rápidas y con práctica. Una pantalla de video resuena dentro de la caja, mostrando a Evangeline, quien parece haberse detenido en el suelo.



—Qué farsa es esta —gruñe uno de los gordos pájaros amarillos mientras mete su rostro—. La chica de Samos ya ganó.

Extraño. Ella parece ser la más débil de todas.

Apilo los platos pero mantengo mis ojos en la pantalla, mirándola caminar a través del gastado piso. No parece como que haya algo con lo que ella pueda trabajar, para mostrar lo que puede hacer, pero no parece importarle. Su sonrisa es terrible, como si estuviera totalmente convencida de su propia magnificencia. *No se ve magnífica para mí.*

Entonces, los clavos de hierro en su chaqueta se mueven. Flotan en el aire, cada uno de ellos en una ronda dura de balas de metal. Entonces, como disparos de un arma de fuego, salen de Evangeline, se hunde en el polvo y en las paredes e incluso en el escudo del rayo.

Puede controlar el metal.

Varias cajas le aplauden, pero ella está lejos de haber terminado. Gemidos y sonidos metálicos hacen eco desde algún lugar muy profundo donde no encontramos en la estructura del Jardín Espiral. Incluso la familia gorda deja de comer para mirar alrededor, perpleja. Están confundidos e intrigados, pero puedo sentir las vibraciones muy por debajo de mis pies. Sé a qué temer.

Con un ruido estremecedor, tubos de metal astillan el piso de arena, elevándose desde muy abajo. Irrumpen a través de las paredes que rodean a Evangeline en una corona de trenzado metal gris y plata. Parece que ella se está riendo, pero el ensordecedor crujido de metales lo ahoga. Chispas caen del escudo relámpago, y ella misma se protege con un trozo, sin siquiera sudar. Finalmente deja caer el metal con un remate horrible. Lleva sus ojos hacia el cielo, a las cajas que la rodean. Su boca está bien abierta, mostrando pequeños dientes afilados. *Parece hambrienta.*

Comienza lentamente, un ligero cambio en el equilibrio, hasta que todas las casillas se tambalean. Los platos chocan con las copas de cristal del piso y ruedan, cayendo encima de la barandilla para romperse en la protección del relámpago. Evangeline está tirando de nuestra caja, inclinándola, lo que provoca que nosotros nos inclinemos. Los Plateados alrededor graznan y tiemblan, sus aplausos se convierten en pánico. No son los únicos, cada casilla en nuestra fila se mueven con nosotros. Mucho más abajo, Evangeline dirige con una mano, su ceño fruncido con concentración. Al igual que los combatientes Plateados en el ring, ella quiere mostrarle al mundo de lo que está hecha.

Ese es el pensamiento en mi cabeza mientras una bola amarilla de piel y ropa de plumas choca contra mí, lanzándome en el carril con el resto de los cubiertos.

Todo lo que veo es color púrpura mientras me caigo, el escudo del rayo levantándose a mi encuentro. Silba con electricidad, chamuscando el aire. Apenas tengo tiempo de entender, pero sé que el vidrio vetado de color púrpura me cocinará viva, me electrocutará en mi uniforme rojo. Apuesto a que los Plateados solo se preocuparán por esperar que alguien me limpie.

Mi cabeza golpea el escudo, y veo estrellas. No, no estrellas. Chispas. El escudo hace su trabajo, iluminándome con rayos de electricidad. Mi uniforme se quema,



chamuscado y ahumado, y espero ver mi piel igual. *Mi cadáver olerá maravilloso.* Pero, de alguna manera, no siento nada. *Debo estar en tanto dolor que no puedo sentirlo.*

Pero... *puedo* sentirlo. Siento el calor de las chispas, corriendo de arriba abajo por mi cuerpo, incendiando todos mis nervios. No es uno malo, sin embargo. De hecho me siento, bien, *viva*. Como si hubiera estado viviendo ciega toda mi vida y ahora hubiera abierto los ojos. Algo se mueve bajo mi piel, pero no son las chispas. Miro mis manos, mis brazos, maravillada por el relámpago mientras se desliza sobre mí. Tela quemándose en la distancia, carbonizada y negra por el calor, pero mi piel no cambia.

El escudo sigue tratando de matarme, pero no puede.

Todo está mal.

Estoy viva.

El escudo desprende un humo negro, empezando a dividirse y a romperse. Las chispas son más brillantes, más furiosas, pero se están debilitando. Trato de esforzarme para llegar a mis pies, pero el escudo se rompe debajo de mí y caigo de nuevo, sobre mí misma.

De alguna manera me las arreglo para aterrizar en un montón de polvo no cubierto por el metal dentado. Definitivamente magullada y débil de mis músculos, pero todavía en una sola pieza. Mi uniforme no tiene tanta suerte, apenas está junto en un lío carbonizado.

Lucho por levantarme, sintiendo más del uniforme caer. Por encima de nosotros, murmullos y jadeos se hacen eco a través del Jardín Espiral. Puedo sentir todos los ojos en mí, la chica Roja quemada. El pararrayos humano.

Evangeline me mira fijamente, con los ojos muy abiertos. Parece enfadada, confundida... y asustada.

De mí. De alguna manera, tiene miedo de mí.

—Hola —le digo estúpidamente.

Evangeline responde con una lluvia de fragmentos de metal, todos agudos y mortales, señalado mi corazón, mientras rasgan el aire.

Sin pensarlo, elevo mis manos, con la esperanza de salvarme de lo peor de ella. En lugar de capturar una docena de cuchillas dentadas en mis manos, siento algo muy diferente. Igual que con las chispas de antes, mis nervios cantan, vivos con un poco de fuego interior. Se mueven, detrás de mis ojos, debajo de mi piel, hasta que me siento más que yo misma. Entonces estalla dentro de mí, el poder y la energía pura.

Un chorro de luz, no, de *rayos*, entra en erupción de mis manos, ardiendo a través del metal. Las piezas chillan y el humo, se derrite en el calor. Caen inofensivamente al suelo mientras las explosiones de rayos resuenan en la pared. Dejan un agujero humeante de un metro de ancho, apenas esquivando a Evangeline.

Su boca cae abierta en estado de shock. Estoy segura de que me veo igual mientras miro mis manos, preguntándome qué demonios me acaba de suceder. En lo alto, un centenar de Plateados más poderosos se preguntan lo mismo. Levanto la mirada para verlos a todos viéndome.



Incluso el rey se inclina sobre el borde de la casilla, su corona llameante recortada contra el cielo. Cal está justo al lado de él, mirándome con ojos muy abiertos.

—Centinelas.

La voz del rey es afilada como una navaja de afeitar, llena de amenazas. De repente, el rojo anaranjado de los uniformes de los Centinelas arde desde casi cada caja. Los guardias de élite esperan otra palabra, otra orden.

Soy buena ladrona porque sé cuándo huir. Ahora es una de esas veces.

Antes de que el rey pueda hablar, brinco, empujando a la aturdida Evangeline a deslizarle sobre sus pies delante de la escotilla aún abierta en el suelo.

—¡Atrápenla! —Resuena detrás de mí cuando caigo en la penumbra de la cámara anexa. El espectáculo de metal volando de Evangeline dejó agujeros en el techo, y aún puedo ver el Jardín Espiral. Para mi desgracia, parece que la estructura se está rompiendo, mientras cada uniformado Centinela es desplegado de sus casillas, todos corriendo tras de mí.

Sin tiempo para pensar, todo lo que puedo hacer es correr.

La antecámara debajo de la arena conecta un pasillo oscuro y vacío. Cámaras negras me miran mientras corro a toda velocidad, girando en los corredores y tras otro. Puedo sentirlos, siendo cazada por Centinelas no tan lejos detrás de mí. *Corre, repito en mi cabeza. Corre, corre, corre.*

Tengo que encontrar una puerta, una ventana, algo para escapar. Si puedo lograr salir, al mercado tal vez, podría tener una oportunidad. *Podría.*

El primer conjunto de escaleras que encuentro conduce a un largo pasillo reflejado. Pero las cámaras están allí también, en las esquinas del techo como grandes bichos negros.

Una ráfaga de disparos explota por encima de mi cabeza, obligándome a caer al suelo. Dos Centinelas, sus uniformes con el color del fuego, chocan a través de un espejo y cargan en mí. *Son igual que Seguridad, me digo. Solo torpes oficiales que no te conocen. No saben lo que puedes hacer.*

No sé qué puedo hacer.

Esperan que corra así que hago lo contrario, dirigiéndome hacia un par de ellos. Sus armas son grandes y poderosas, pero voluminosas. Antes de que puedan llegar para disparar, apuñalar, o ambas cosas, me dejo caer de rodillas en el suelo de mármol pulido, pasando entre los dos gigantes. Uno de ellos grita tras de mí, su voz haciendo explotar otro espejo en una tormenta de vidrio. Para el momento en que se las arreglan para cambiar de dirección, ya estoy lista y corriendo de nuevo.

Cuando por fin me encuentro con una ventana, es una bendición y una maldición. Brinco hasta detenerme frente a un panel gigante de vidrio de diamante, mirando el gran bosque. Está justo allí, justo al otro lado, más allá de un muro impenetrable.



De acuerdo, manos, ahora podría ser un buen momento para que hagan lo suyo. No pasa nada, por supuesto. No ocurre nada cuando lo necesito.

Una llamarada de calor me toma por sorpresa. Me giro para ver una pared de color rojo y anaranjado... y lo sé, los Centinelas me han encontrado. Pero la pared está caliente, parpadeando, casi sólida. *Fuego*. Y viene hacia mí.

Mi voz es débil, floja, derrotada, mientras me río de mi situación.

—Oh, muy bien.

Me giro para correr y me estampo contra una amplia pared de tela negra. Envuelve sus brazos fuertes alrededor de mí, me sostiene aun cuando trato de zafarme. *Golpéalo, enciéndelo*, grito en mi cabeza. Pero no pasa nada. El milagro no me salvará de nuevo.

El calor crece, amenazando con aplastar el aire de mis pulmones. Sobreviví al rayo hoy; no quiero tentar mi suerte con fuego.

Pero es el humo el que me va a matar. Grueso y negro y demasiado fuerte, me ahogo. Mi visión se arremolina, y mis párpados se vuelven pesados. Oigo pasos, gritos, el rugido del fuego mientras el mundo se oscurece.

—Lo siento —dice la voz de Cal. Creo que estoy soñando.



8

*E*stoy en el porche, viendo cómo mi mamá le dice adiós a mi hermano Bree. Lloro, aferrándome a él con fuerza, alisándole el cabello recién cortado. Shade y Tramy esperan para atraparla si sus piernas fallan. Sé que también quieren llorar, viendo a su hermano mayor irse, pero por el amor de mamá, no lo hacen. Junto a mí, papá no dice nada, se conforma con mirar al legionario. Incluso en su armadura de acero y tela a prueba de balas, el soldado parece pequeño al lado de mi hermano. Bree se lo podría comer vivo, pero no lo hace. No hace nada en absoluto cuando el legionario agarra su brazo, separándole de nosotros. Una sombra le sigue, cazando tras él en terribles alas oscuras. El mundo gira alrededor, y luego estoy cayendo.

Aterrizo un año más tarde, mis pies chapoteando atrapados en el barro debajo de nuestra casa. Ahora mamá se aferra a Tramy, rogando al legionario. Shade tiene que apartarla. En algún lugar, Gisa llora por su hermano favorito. Papá y yo guardamos silencio, ahorrándonos nuestras lágrimas. La sombra vuelve, esta vez arremolinándose alrededor, tapando el cielo y el sol. Aprieto los ojos y los cierro, esperando que me deje sola.

Cuando los abro de nuevo, estoy en los brazos de Shade, abrazándolo tan fuerte como puedo. No tiene el cabello corto aún, y su cabello castaño largo hasta la barbilla le hace cosquillas a la parte superior de mi cabeza. Presionándome contra su pecho, me estremezco. Mis oídos me pican bruscamente y me retiro, viendo gotas de sangre roja en la camisa de mi hermano. Gisa y yo nos habíamos perforado nuestras orejas otra vez, con el pequeño regalo que Shade nos dejó. Supongo que lo hice mal, ya que todo lo hago mal. Esta vez, siento la sombra antes de verla. Y se siente enfadada.

Me arrastra por un desfile de recuerdos, todas las heridas en carne viva todavía curándose. Algunos de ellos son incluso sueños. No, son pesadillas. Mis peores pesadillas.

Un nuevo mundo se materializa alrededor, formando un paisaje de sombra, humo y ceniza. *Choke*. Nunca he estado allí, pero he oído lo suficiente como para imaginarlo. El terreno es plano, salpicado por cráteres de un millar de bombas cayendo. Soldados en uniformes rojos manchados están agachados en cada uno de ellos, como la sangre que llena una herida. Floto a través de todos, buscando los rostros, en busca de los hermanos que perdí en el humo y la metralla.

Bree aparece por primera vez, luchando con un Lakelander azul en un charco de barro. Quiero ayudarlo, pero sigo flotando hasta que está fuera de mi vista. Tramy viene después, inclinándose sobre un soldado herido, intentando evitar que se



desangre. Sus rasgos suaves, así como los de Gisa, retorciéndose en agonía. Nunca olvidaré los gritos de dolor y frustración. Como con Bree, sin poderle ayudar.

Shade espera en la parte delantera de la línea, más allá incluso de los guerreros más valientes. Está de pie en la cima de una colina sin tener en cuenta las bombas o las armas o al ejército Lakelander que espera al otro lado. Incluso tiene el descaro de sonreírme. Solo puedo ver cuando el suelo bajo sus pies explota, la destrucción una columna de fuego y ceniza.

—¡Alto! —Me las arreglo para gritar, tratando de alcanzar el humo que una vez fue mi hermano.

La ceniza se concreta, re-formándose en la sombra. Me envuelve en la oscuridad, hasta que una ola de recuerdos me adelanta de nuevo. La mano de Gisa. El reclutamiento de Kilorn. Papá viene a casa medio muerto. Lo confunden, un remolino de colores demasiado brillantes que hace que me duelan los ojos. *Algo no está bien*. Los recuerdos se mueven hacia atrás a través de los años, como si estuviese viendo mi vida al revés. Y luego están los eventos que no me es posible recordar: aprender a hablar, caminar, mis hermanos menores pasándome entre ellos mientras mamá los regaña. *Esto es imposible*.

—Imposible —me dice la sombra. La voz es tan fuerte, que temo pueda romper mi cráneo. Caigo de rodillas, chocando con lo que se siente como hormigón.

Y entonces se van. Mis hermanos, mis padres, mi hermana, mis recuerdos, mis pesadillas, se fueron. Barras de hormigón y acero se elevan alrededor. *Una jaula*.

Lucho por levantarme, una mano en mi cabeza dolorida mientras las cosas entran en enfoque. Una figura me mira desde más allá de los barrotes. Una corona sobre sale en su cabeza.

—Me inclinaría, pero podría caerme —le digo a la reina Elara, e inmediatamente quiero poder regresar las palabras. Es una *Plateada*, no puedo hablar con ella de esa manera. Podría ponerme en el astillero, quitarme mis raciones, castigarme, castigar a mi familia. *No*, me doy cuenta mientras mi horror crece. *Ella es la reina. Solo podría matarme. Podría matarnos a todos*.

Pero no parece ofendida. En cambio, sonrío. Una oleada de náuseas me baña cuando me encuentro con sus ojos, y me doblo otra vez.

—Eso se ve como una reverencia para mí —ronronea, disfrutando de mi dolor.

Lucho con las ganas de vomitar y me estiro para agarrar los barrotes. Mi puño se aprieta alrededor del frío acero.

—¿Qué está haciéndome?

—No hay mucho de nada. Excepto esto... —Se estira a los barrotes para tocar mi sien. El dolor se triplica debajo de su dedo, y caigo contra los barrotes, apenas suficientemente consciente para aguantar—, esto es para evitar que hagas alguna tontería.

Las lágrimas pican mis ojos, pero las sacudo.



—¿Como estar de pie? —Me las arreglo para escupir. Casi no puedo pensar en el dolor, y mucho menos ser educada, pero aun así me las arreglo para contener una corriente de maldiciones. *Por el amor de Dios, Mare Barrow, guarda tu lengua.*

—Como que electrocutes algo. —Asiente.

El dolor mengua, y me da la fuerza suficiente para llegar a la banca de metal. Cuando descanso mi cabeza contra la fría pared de piedra, sus palabras se hunden en mí. *Electrocutar.*

Los flashes de recuerdos atraviesan mi mente, volviéndose trozos irregulares. Evangeline, el escudo del rayo, las chispas, y yo. *No es posible.*

—No eres Plateada. Tus padres son Rojos, tú eres Roja, y tu sangre es de color rojo —murmura la reina, rondando ante los barrotes de la jaula—. Eres un milagro, Mare Barrow, una imposibilidad. Aún no puedo entender algo, y los he visto a todos.

—¿Esa fue usted? —casi chillo, estirándome para sostener mi cabeza de nuevo—. ¿Estabas en mi mente? ¿En mis recuerdos? ¿En mis *pesadillas*?

—Si conoces el miedo de alguien, los conoces. —Parpadea como si fuera una criatura estúpida—. Y tenía que saber con qué estábamos tratando.

—No soy una *cosa*.

—Lo que está por verse. Pero debes estar agradecida por una cosa, pequeña chica rayo —se burla, poniendo su rostro contra los barrotes. De repente mis piernas se ponen rígidas, perdiendo toda sensación mientras me siento sobre ellas de manera equivocada. *Como si estuviera paralizada.* El pánico se eleva en mi pecho mientras me doy cuenta de que ni siquiera puedo mover los dedos de mis pies. Esto debe ser lo que papá siente, roto e inútil. Pero de alguna manera me pongo de pie, con mis piernas moviéndose por su cuenta, dirigiéndome hacia los barrotes. Por otro lado, la reina me observa. Su parpadeo coincide con mis pasos.

Susurra, y juega conmigo. Cuando estoy lo suficientemente cerca, agarra mi cara entre sus manos. Grito mientras el dolor en mi cabeza se multiplica. Lo que daría ahora por la simple condena del servicio militar.

—Hiciste eso frente a cientos de Plateados, personas que van a hacer preguntas, personas con poder —sisea en mi oreja, su enfermizo dulce aliento recorre mi rostro—. Esa es la única razón por la que todavía estás viva.

Mis manos se aprietan, y deseo los relámpagos de nuevo, pero no vienen. Sabe lo que estoy haciendo y se ríe abiertamente. Chispas estallan detrás de mis ojos, nublando mi visión, pero oigo un remolino de seda crujir. Mi vista regresa justo a tiempo para ver su vestido desaparecer por una esquina, y me deja bien y realmente sola en la celda. Apenas puedo regresar a la banca, luchando contra el impulso de vomitar.

El agotamiento se apodera de mí en oleadas, desde mis músculos y se hunde en mis huesos. Solo soy una humana, y no se supone que los humanos enfrenten un día como el de hoy. Con una sacudida, me doy cuenta de que mi muñeca está desnuda. La banda roja se fue, me la quitaron. ¿Qué puede significar eso? Las lágrimas pican mis ojos, amenazando con caer, pero no voy a llorar. Tengo mucho orgullo.



Puedo pelear mis lágrimas, pero no las preguntas. No la duda creciendo en mi corazón.

¿Qué me está pasando?

¿Qué soy?

Abro los ojos para ver a un oficial de Seguridad mirándome desde el otro lado de los barrotes. Sus botones de plata brillan a la luz baja, pero no son nada en comparación con la mirada rebotando en la cabeza calva.

—Tiene que decirle a mi familia dónde estoy. —Dejo escapar, sentada tiesa. *Por lo menos les dije que los quería*, me acuerdo, pensando en nuestros últimos momentos.

—No tengo que hacer nada más que llevarte arriba —responde, pero sin mucho entusiasmo. El oficial es un pilar de calma—. Cámbiate la ropa.

De repente, me doy cuenta de que todavía tengo un uniforme a medio quemar colgando. El oficial apunta a una ordenada pila de ropa cerca de los barrotes. Me da la espalda, lo que me permite cierta semblanza de privacidad.

La ropa es sencilla, pero está bien, más suave que cualquier cosa que haya llevado nunca antes. Una camisa blanca de manga larga y pantalón negro, decorado con una sola raya plateada a cada lado. Hay zapatos también, botas brillantes negras que se elevan a mis rodillas. Para mi sorpresa, no hay una puntada de rojo en la ropa. Pero por qué, no lo sé. *Mi ignorancia se está convirtiendo en un tema.*

—Muy bien —me quejo, luchando contra la última bota por mi pierna. Mientras se desliza en su lugar, el oficial se da la vuelta. No escucho el tintineo de las llaves, pero entonces, no veo una cerradura. Cómo planea dejarme salir de mi jaula sin puerta, no estoy segura.

Pero en lugar de abrir alguna puerta oculta, su mano se contrae nerviosa, y las barras de metal se arquean y abren. Por supuesto. El carcelero sería un...

—Magnetron, sí —dice con un movimiento de sus dedos—. Y en caso de que te lo estuvieras preguntando, la chica que casi freíste es una prima.

Casi me ahogo con el aire en mis pulmones, sin saber cómo responder.

—Lo siento. —Suenan como una pregunta.

—Siente haber fallado —responde sin una pizca de broma—. Evangeline es una perra.

—¿Rasgo de familia? —Mi boca se mueve más rápido que mi cerebro, y jadeo, dándome cuenta de lo que acabo de decir.

Él no parece hablar fuera de turno, a pesar de que tiene todo el derecho a hacerlo. En lugar de ello, el rostro del oficial da espasmos con la sombra de una sonrisa.

—Creo que lo descubrirás —dice, sus ojos negros suaves—. Soy Lucas Samos. Sígueme.

No tengo que preguntar para saber que no tengo otra opción en el asunto.

Me saca de mi celda hacia una escalera de caracol, a no menos de doce oficiales de Seguridad. Sin decir una palabra, me rodean en una formación bien practicada y me



obligan a ir con ellos. Lucas se queda a mi lado, marchando a tiempo con los demás. Manteniendo sus armas en la mano, como si estuvieran listos para la batalla. Algo me dice que los hombres no están aquí por mí, sino para defender y proteger a todos los demás.

Cuando llegamos a los niveles superiores más hermosos, las paredes de cristal son extrañamente negras. *Polarizadas*, me digo, recordando lo que dijo Gisa sobre el Salón del Sol. Los cristales de diamante pueden oscurecerse con una orden para ocultar lo que no debe ser visto. Obviamente, debo caer en esa categoría.

Con un sobresalto me doy cuenta de que las ventanas no cambian por algún mecanismo, sino por una oficial pelirroja. Ella agita una mano en cada pared que pasamos, y pone algo de poder bloqueando la luz, que nubla el cristal con una sombra delgada.

—Es una sombra, una dobladora de luz —susurra Lucas, notando mi asombro.

Las cámaras están aquí también. Mi piel pica, sintiendo su mirada eléctrica sobre mis huesos. Normalmente la cabeza me duele bajo el peso de tanta electricidad, pero el dolor nunca llega. Algo en el escudo me cambió. O tal vez soltó algo, revelando una parte de mí misma encerrada durante tanto tiempo. *¿Qué soy?* resuena en mi cabeza de nuevo, más amenazador que antes.

Solo cuando pasamos por un conjunto de monstruosas puertas pasa la sensación eléctrica. *Los ojos no me pueden ver aquí.* La cámara interior podría abarcar mi casa diez veces, con zancos y todo. Y justo enfrente de mí, su mirada de fuego arde en la mía, es la del rey, sentado en un trono de cristal de diamante tallado en un infierno. Detrás de él, una ventana llena de la luz del día se desvanece rápidamente a negro. Puede ser que sea el último atisbo de sol que vuelva a ver.

Lucas y los demás oficiales me empujan hacia adelante, pero no se quedan mucho tiempo. Con nada más que con una mirada hacia atrás, Lucas conduce a los demás fuera.

El rey se sienta delante de mí, la reina de pie a su izquierda, con los príncipes a su derecha. Me niego a mirar a Cal, pero sé que debe estar sorprendido. Mantengo mi mirada en mi nuevas botas, centrándome en mis dedos de los pies, así no cedo al temor de girar mi cuerpo como plomo.

—Te arrodillarás —murmura la reina, su voz suave como el terciopelo.

Debería arrodillarme, pero mi orgullo no me deja. Incluso aquí, en frente de los Plateados, frente al rey, mis rodillas no se doblan.

—No lo haré —digo, encontrando la fuerza para levantar la mirada.

—¿Disfrutas de tu celda, chica? —dice Tiberias, su voz real llenando la habitación. La amenaza en sus palabras es clara como el día, pero aun así me quedo de pie. Él ladea la cabeza, mirándome como si fuera un experimento que hay que aclarar más.

—¿Qué quieren de mí? —Me las arreglo para forzar y dejar salir.

La reina se inclina a su lado.



—Te lo dije, es Roja y creo que...

Pero el rey la calla como lo haría con una mosca. Ella frunce los labios y se retira, sus manos estrechadas con fuerza. *Los sirvientes a la derecha.*

—Lo que quiero de ti es imposible —encaja Tiberias. Su fulgor arde, como si estuviera tratando de quemar.

Recuerdo las palabras de la reina.

—Bueno, siento que no me puedas matar.

El rey se ríe.

—No dijeron que fueras lista.

El alivio me atraviesa. La muerte no me espera aquí. Todavía no.

El rey arroja un montón de papeles, todos cubiertos de escritos. La hoja de la parte superior tiene la información habitual, incluyendo mi nombre, mi fecha de nacimiento, mis padres, y la pequeña mancha marrón que es mi sangre. Mi foto también está allí, la de mi tarjeta de identificación. Me miro, a los ojos aburridos hartos de esperar en la fila para sacarme la foto. Cómo desearía poder saltar a la foto, a la chica cuyo único problema era el servicio militar obligatorio y hambre en el vientre.

—Mare Molly Barrow, nacida el 17 de noviembre de 302 de la Nueva Era, de Daniel y Ruth Barrow —recita Tiberias de memoria, dejando mi vida desnuda—. No tienes ocupación y estás programada para el servicio militar obligatorio en tu próximo cumpleaños. Asistes a la escuela de moderación, los resultados de tus pruebas académicas son bajos, y tienes una lista de delitos que te aterrizaría en la cárcel de la mayoría de las ciudades. Robo, contrabando, resistencia a la autoridad, por nombrar solo unas pocas. Todas juntas eres pobre, grosera, inmoral, poco inteligente, empobrecida, amarga, terca, y una plaga sobre tu pueblo y mi reino.

El impacto de sus contundentes palabras me toma un momento asimilarlas, pero cuando lo hacen, no discuto. Tiene toda la razón.

—Y sin embargo —continúa, poniéndose de pie. Tan cerca, puedo ver que su corona es mortalmente filosa. Los puntos pueden matar—. También eres algo más. Algo que no puedo comprender. Eres ambos, Roja y Plateada, una peculiaridad con consecuencias mortales que no puedes entender. Así que, ¿qué voy a hacer contigo?

¿Me estaba preguntando a mí?

—Podrías dejarme ir. No diría una palabra.

La aguda risa de la reina me interrumpe.

—¿Y qué pasa con las Grandes Casas? ¿Guardarían silencio también? ¿Olvidarían a la chica del rayo en uniforme rojo?

No. Nadie lo hará.

—Sabes mi consejo, Tiberias —añade la reina, con los ojos en el rey—. Y solucionará ambos de nuestros problemas.

Debe ser un mal consejo, malo para mí, porque Cal aprieta un puño. El movimiento atrae mi ojo, y finalmente lo miro totalmente. Sigue estando todavía,



estoico y silencioso, como estoy segura de que ha sido entrenado hacer, pero el fuego quema detrás de sus ojos. Por un momento, se encuentra con mi mirada, pero miro hacia otro lado antes de que pueda gritar y pedirle que me salve.

—Sí, Elara —dice el rey, señalando a su esposa—. No podemos matarte, Mare Barrow. —*Aún flota en el aire*—. Así que vamos a ocultarte de la vista para poder vigilarte, *protegerte*, y tratar de entenderte.

La forma en que sus ojos brillan me hace sentir como una comida a punto de ser devorada.

—¡Padre! —La palabra de Cal es como una ráfaga. Pero su hermano, el príncipe más pálido, más delgado, lo agarra por el brazo, reteniéndolo de más manifestaciones. Tiene un efecto calmante, y Cal da un paso atrás en la fila.

Tiberias continúa, haciendo caso omiso de su hijo.

—Ya no serás Mare Barrow, una Roja hija de Los Pilares.

—Entonces, ¿quién seré? —pregunto, mi voz tiembla de miedo, pensando en todas las horribles cosas que pueden hacerme.

—Tu padre era Ethan Titanos, general de la Legión de Hierro, murió cuando eras un bebé. Un soldado, un hombre Rojo, te tomó por su cuenta y te crió en la tierra, sin nunca decirte tu verdadero parentesco. Creciste creyendo que eras nada, y ahora, gracias al azar, estás completa de nuevo. Eres Plateada, una lordita perdida de la Gran Casa, una noble con gran poder, y un día, una princesa de Norta.

Por mucho que pudiera, no puedo reprimir un grito de sorpresa.

—¿Una Plateada... una princesa?

Mis ojos me traicionan, volando a Cal. *Una princesa debe casarse con un príncipe.*

—Vas a casarte con mi hijo Maven, y podrás hacerlo sin poner un pie fuera de la línea.

Juro que oigo mi mandíbula caer al suelo.

Un sonido miserable, vergonzoso escapa de mi boca mientras busco algo que decir, pero sinceramente estoy sin palabras. Delante de mí, el príncipe más joven parece igual de confundido, tan estupefacto como yo. Esta vez, es el turno de Cal detenerlo, aunque sus ojos están puestos en mí.

El joven príncipe se las arregla para encontrar su voz.

—No lo entiendo —espeta, encogiéndose de Cal. Da pasos rápidos hacia su padre—. Ella es... ¿qué? —Por lo general, estaría ofendida, pero tengo que estar de acuerdo con las reservas del príncipe.

—Silencio —dice su madre—. Obedecerás.

Él mira la mira, cada centímetro del joven hijo se rebela contra sus padres. Pero su madre se endurece, y el príncipe se echa atrás, conociendo su ira y poder, así como yo.

Mi voz es débil, casi inaudible.



—Esto parece un poco... demasiado. —Simplemente no hay otra manera de describirlo—. No querrán hacerme una lordita, y mucho menos una princesa.

El rostro de Tiberias se agrieta en una sombría sonrisa. Igual que la reina, sus dientes son deslumbrantemente blancos.

—Oh, pero yo sí, querida. Por primera vez en tu pequeña vida rudimentaria, tienes un propósito. —La burla se siente como una bofetada en mi cara—. Aquí estamos, en las primeras etapas de una inoportuna rebelión, con grupos terroristas o peleadores de la libertad, o cómo demonios se llamen tontos Rojos idiotas a sí mismos, espetando cosas en nombre de la igualdad.

—La Guardia Escarlata. —*Farley. Shade.* Tan pronto como el nombre se me cruza por la mente, oro porque la reina Elara esté fuera de mi cabeza—. Ellos bombar...

—La capital, sí. —El rey se encoge de hombros, rascándose la nuca.

Mis años en las sombras me han enseñado muchas cosas. Quién tiene la mayor cantidad de dinero, que ni siquiera te darías cuenta, y lo mentirosos que parecen. *El rey es un mentiroso*, me doy cuenta, viendo cómo fuerza otro encogimiento de hombros. Está tratando de ser desdenoso, y simplemente no funciona. Algo lo asustó de Farley, de la Guardia Escarlata. Algo mucho más grande que un par de explosiones.

—Y tú —continúa, inclinándose hacia adelante—, es posible que nos puedas ayudar a pararlo allí y evitar que sean más.

Me hubiera reído alto si no estuviera tan asustada.

—Casándome con... lo siento, otra vez, ¿cuál es tu nombre?

Sus mejillas se ponen blancas en lo que supongo es la versión Plateada de rubor. Después de todo, su sangre es plateada.

—Mi nombre es Maven —dice, su voz suave y tranquila. Igual que Cal y su padre, su cabello es de color negro brillante, pero las similitudes terminan ahí. Mientras que son amplios y musculosos, Maven es delgado, con ojos como el agua clara—. Y todavía no lo entiendo.

—Lo que Padre está tratando de decir es que ella representa una oportunidad para nosotros —dice Cal, cortando la explicación. A diferencia de su hermano, la voz de Cal es fuerte y con autoridad. Es la voz de un rey—. Si los Rojos la ven, Plateada por sangre pero Roja por naturaleza, criada por nosotros, pueden ser aplacados. Es como un viejo cuento de hadas, una plebeya se convierte en princesa. Es su campeona. Pueden mirarla a ella en vez de a los terroristas. —Y luego, más suave, pero más importante que cualquier otra cosa—: Es una distracción.

Pero este no es un cuento de hadas, ni incluso un sueño. *Es una pesadilla.* Estoy siendo bloqueada del resto de mi vida, obligada a ser otra persona. *A ser uno de ellos. Una marioneta.* Un espectáculo para mantener a la gente feliz, tranquila, y pisoteada.

—Y si captamos la historia correcta, las Grandes Casas están satisfechas también. Eres la hija perdida de un héroe de guerra. ¿Qué mejor honor les podemos dar?



Me encuentro con sus ojos, en silencio suplicante. Él me ayudó una vez, tal vez pueda hacerlo de nuevo. Pero Cal mueve la cabeza de lado a lado, negando lentamente. *No me puede ayudar aquí.*

—Esta no es una petición, lady Titanos —dice Tiberias. Utiliza mi nuevo nombre, mi nuevo título—. Seguirás con todo esto, y lo harás *adecuadamente*.

La reina Elara fija sus ojos claros en mí.

—Vivirás aquí, como es costumbre para las novias reales. Todos los días se programarán a mi criterio, y se te instruirá en todo y cualquier cosa posible para que seas... —Busca la palabra, mordiéndose los labios—, *adecuada*. —No quiero saber lo que eso significa—. Serás analizada. A partir de ahora vivirás en el filo de un cuchillo. Un paso en falso, una palabra mal, y sufrirás por ello.

Mi garganta se aprieta, como si pudiera sentir las cadenas que el rey y la reina están envolviendo alrededor.

—¿Qué pasa con mi vida...?

—¿Qué vida? —canta Elara—. Chica, caíste de cabeza en un milagro.

Cal aprieta los ojos cerrándolos por un momento, como si el sonido de la risa de la reina le doliera.

—Ella quiere decir su familia. Mare, la chica, tiene una familia.

Gisa, mamá, papá, los chicos, Kilorn; alejada de una vida.

—Oh, eso. —El rey sorbe, dejándose caer atrás en su silla—. Supongo que les daremos una asignación, para mantenerlos *callados*.

—Quiero que mis hermanos sean llevados a casa de la guerra. —Por una vez, siento como que he dicho algo bien—. Y mi amigo, Kilorn Warren. No dejen que las legiones se lo lleven tampoco.

Tiberias responde en la mitad de un latido. Unos soldados Rojos no significan nada para él.

—Hecho.

Suena menos como un indulto y más como una sentencia de muerte.



9

*L*ady Mareena Titanos, nacida de lady Nora Nolle Titanos y lord Ethan Titanos, general de la Legión de Hierro. Heredera de la Casa Titanos. Mareena Titanos. Titanos.

Mi nuevo nombre resuena en mi cabeza mientras las criadas Rojas me preparan para el próximo ataque. Las tres chicas trabajan de forma rápida y eficiente, sin hablar la una con la otra. Tampoco me hacen preguntas, a pesar de que deben querer hacerlas. *No digas nada*, recuerdo. No se les permite hablar conmigo y ciertamente no se les permite hablar sobre mí con nadie más. Incluso de las cosas extrañas, las cosas Rojas, que estoy segura que ven.

Durante muchos minutos de agonía, tratan de ponerme *presentable*, bañándome, peinándome, *pintándome* en la absurda cosa que se supone que debo ser. El maquillaje es lo peor, especialmente la gruesa pasta blanca aplicada en mi piel. Me ponen tres potes de eso, cubriendo mi rostro, cuello, clavícula y brazos con el brillante polvo húmedo. En el espejo, parece que la calidez ha sido quitada, como si el polvo hubiera cubierto el calor en mi piel. Con un jadeo, me doy cuenta de que se supone que oculte mi rubor natural, el florecimiento rojo en mi piel, la sangre *roja*. Estoy fingiendo ser Plateada y cuando terminen de pintar mi cara, realmente interpretaré el papel. Con mi nueva piel pálida; ojos y labios oscuros, parezco fría, cruel, una navaja viviente. Me veo Plateada. Me veo hermosa. Y lo odio.

¿Cuánto tiempo durará esto? Desposada con un príncipe. Incluso en mi cabeza, parece una locura. *Porque lo es. Ningún Plateado en su sano juicio se casaría contigo, mucho menos un príncipe de Norta. Ni para calmar la rebelión, ni para ocultar tu identidad, ni para nada.*

¿Entonces por qué hacen esto?

Cuando las criadas sujetan y me ponen una bata, me siento como un cadáver siendo vestido para su funeral. Sé que no está lejos de la verdad. Las chicas Rojas no se casan con príncipes Plateados. Nunca llevaré una corona o me sentaré en un trono. Algo pasará, tal vez un *accidente*. Una mentira me elevará y otro día una mentira me derribará.

El vestido es de un tono oscuro salpicado de púrpura con plateado, hecho de seda y encaje transparente. *Todas las casas tienen un color*, recuerdo, pensando en el arco iris de las familias. Los colores de los Titanos, *mi nombre*, deben ser de color púrpura y plateado.

Cuando una de las criadas alcanza mis pendientes, tratando de quitar la última parte de mi antigua vida, una oleada de miedo me atraviesa.



—¡No los toques!

La chica retrocede de un salto, parpadeando rápidamente y las otras se quedan inmóviles por mi arrebató.

—Lo siento, yo... —*Una Plateada no se disculparía.* Me aclaro la garganta, calmándome—. Deja los pendientes. —Mi voz suena fuerte, dura, *majestuosa*—. Puedes cambiar todo lo demás, pero deja los pendientes.

Las tres piezas baratas de metal, cada una un hermano, no van a ir a ninguna parte.

—El color te favorece.

Me doy la vuelta para ver a las criadas encorvadas en reverencias idénticas. Y de pie sobrepasándolas: Cal. Repentinamente, estoy muy contenta de que el maquillaje cubra el rubor extendiéndose.

Él hace un gesto rápido, su mano moviéndose en un gesto de quitarse y las criadas se escabullen de la habitación como ratones huyendo de un gato.

—Soy algo nueva en esta cosa real, pero no estoy segura de que debas estar aquí. En mi habitación —digo, poniendo tanto desprecio en mi voz como puedo. Después de todo, es su culpa que esté en este horrible lío.

Da unos pasos hacia mí y por instinto, doy un paso atrás. Mis pies atrapan el dobladillo de mi vestido, haciéndome elegir entre no moverme o caerme. No sé qué es menos deseable.

—Vine a disculparme, algo que en realidad no puedo hacer con una audiencia. —Se detiene, notando mi incomodidad. Un músculo tiembla en su mejilla mientras me mira por encima, probablemente recordando a la chica desesperada que trató de robarle apenas anoche. No me veo para nada como ella ahora—. Lo siento por involucrarte en esto, Mare.

—*Mareena.* —El nombre incluso *sabe* mal—. Ese es mi nombre, ¿recuerdas?

—Entonces es una buena cosa que Mare sea un apodo adecuado.

—No creo que nada sobre mí sea *adecuado*.

Los ojos de Cal me dan un vistazo, y mi piel arde bajo su mirada.

—¿Qué te parece Lucas? —dice finalmente, dando un complaciente paso atrás.

El guardia Samos, el primer Plateado decente que he conocido aquí.

—Él está bien, supongo.

Tal vez la reina lo alejará si revelo lo amable que fue el oficial conmigo.

—Lucas es un buen hombre. Su familia lo considera débil debido a su amabilidad —añade, sus ojos oscureciéndose un poco. Como si conociera el sentimiento—. Pero él te servirá bien y justamente. Me aseguraré de ello.

Qué considerado. Me está dando una especie de carcelero. Pero me muerdo la lengua. No servirá de nada interrumpir su misericordia.

—Gracias, su alteza.



La chispa vuelve a sus ojos y una sonrisa a sus labios.

—Sabes que mi nombre es Cal.

—Y tú sabes mi nombre, ¿no? —le digo con amargura—. Sabes de dónde vengo.

Apenas asiente, como si estuviera avergonzado.

—Tienes que protegerles. —*Mi familia*. Sus rostros nadan delante de mis ojos, ya tan lejos—. A todos ellos, por todo el tiempo que puedas.

—Por supuesto que lo haré. —Da un paso hacia mí, cerrando la brecha entre nosotros—. Lo siento —dice de nuevo. Las palabras resuenan en mi cabeza, haciendo eco en el recuerdo.

La pared de fuego. El humo asfixiante. Lo siento, lo siento, lo siento.

Fue Cal quien me atrapó antes, quien me impidió escapar de este lugar horrible.

—¿Lamentas detener mi única oportunidad de escapar?

—¿Quieres decir si hubieras pasado a los Centinelas, la Seguridad, las paredes, el bosque, para regresar a tu pueblo a esperar que la misma reina te persiguiera? —responde, tomando mis acusaciones con calma—. Detenerte fue lo mejor para ti y tu familia.

—Podría haber escapado. No me conoces.

—Sé que la reina destruiría el mundo buscando a la pequeña chica relámpago.

—No me llames así. —El apodo me molesta más que el nombre falso al que sigo tratando de acostumbrarme. *Pequeña chica relámpago*—. Así me llama tu madre.

Se ríe amargamente.

—Ella no es mi madre. Es de Maven, no la mía.

Solo por la tensión en su mandíbula, sé que no debo insistir en el asunto.

—Oh —es todo lo que puedo decir, mi voz muy suave. Se desvanece rápidamente, un eco débil contra el techo abovedado. Estiro el cuello, mirando mi nueva habitación por primera vez desde que llegué. Es más elegante que cualquier cosa que haya visto jamás: mármol y vidrio, seda y plumas. La luz ha cambiado al color anaranjado del atardecer. Viene la noche. Y con ello, el resto de mi vida.

—Me desperté esta mañana como una persona —murmuro, más para mí que para él—, y ahora se supone que debo ser alguien completamente diferente.

—Puedes hacer esto. —Le siento dar un paso hacia mí, su calor llenando la habitación de una manera que hace que mi piel hormiguee. Pero no levanto la vista. No lo haré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque *debes*. —Se muerde el labio, sus ojos moviéndose sobre mí—. Tan hermoso como es este mundo, es igual de peligroso. Las personas que no son útiles, las personas que cometen errores, pueden ser eliminadas. *Tú* puedes ser eliminada.

Y lo seré. Algún día. Pero esa no es la única amenaza que enfrento.



—Así que el momento en que arruine algo, ¿podría ser el último?

No habla, pero puedo ver la respuesta en sus ojos. *Sí.*

Mis dedos juegan con el cinturón de plata en mi cintura, tirándolo con fuerza. Si esto fuera un sueño, me despertaría, pero no lo hago. *Esto está sucediendo realmente.*

—¿Qué hay de mí? ¿Acerca de...? —Extiendo mi mano, mirando las cosas infernales—... ¿esto?

En respuesta, Cal sonríe.

—Creo que le pillarás el truco.

Entonces levanta su propia mano desnuda. Un extraño artilugio en su muñeca, más o menos como una pulsera con dos extremos de metal, haciendo clic, produciendo chispas. En lugar de desaparecer en un instante, las chispas brillan y estallan en llamas rojas, emitiendo una ráfaga de calor. *Él es un quemador, controla el calor y el fuego, recuerdo. Es un príncipe y uno peligroso debido a eso.* Pero la llama desaparece tan rápido como llega, dejando solo la alentadora sonrisa de Cal y el zumbido de las cámaras ocultas en algún lugar, observándolo todo.

Los Centinelas enmascarados en el borde de mi visión son un recordatorio constante de mi nueva posición. Soy casi una princesa, comprometida al segundo soltero más codiciado del país. Y soy una mentira. Cal se ha ido, dejándome con mis guardias. Lucas no es tan malo, pero los demás son severos y callados, nunca mirándome a los ojos. Los guardias e incluso Lucas son vigilantes para mantenerme encarcelada en mi propia piel, roja detrás de una cortina plateada que nunca puede ser removida. Si caigo, si incluso me deslizo, moriré. *Y otros morirán por mi fracaso.*

Mientras me escoltan hacia la fiesta, repaso la historia que la reina inculcó en mí, la bonita historia que ella iba a decirle a la corte. Es simple, fácil de recordar, pero todavía me hace temblar.

Nací en el frente de guerra. Mis padres murieron en un ataque contra el campamento. Un soldado Rojo me salvó de los escombros y me llevó a casa para una esposa que siempre quiso una hija. Me criaron en el pueblo llamado Los Pilares y estuve desconociendo mi derecho de nacimiento o mi habilidad hasta esta mañana. Y ahora he regresado al lugar que me corresponde.

El pensamiento me pone enferma. El lugar que me corresponde está en casa, con mis padres, Gisa y Kilorn. *No aquí.*

Los Centinelas dirigen el camino a través del laberinto de pasadizos en los niveles superiores del palacio. Al igual que el Jardín Espiral, la arquitectura es toda curva de piedra, vidrio y metal, girando lentamente hacia abajo. Hay vidrios de diamantes en cada esquina, mostrando impresionantes vistas del mercado, el valle del río y el bosque más allá. Desde esta altura, puedo ver las colinas que no sabía que existían alzándose a lo lejos, destacando contra el sol poniente.

—Los dos últimos pisos son apartamentos reales —dice Lucas, apuntando la pendiente en espiral del pasillo. La luz del sol brilla como una tormenta de fuego, arrojando manchas de luz sobre nosotros—. El ascensor nos llevará hasta el salón de



baile. Justo aquí. —Lucas se estira, deteniéndose junto a una pared de metal. Nos refleja débilmente, entonces se desliza cuando él agita una mano.

Los Centinelas nos dirigen a una caja sin ventanas y con intensa iluminación. Me obligo a respirar, aunque preferiría salir de lo que parece un enorme ataúd de metal.

Me sobresalto cuando el ascensor se *mueve* repentinamente, haciendo que mi pulso se acelere. Mi aliento sale en jadeos entrecortados cuando miro alrededor con los ojos abiertos por el miedo, esperando ver a los demás reaccionando de la misma manera. Pero a nadie parece importarle el hecho de que la caja en la que estamos se está *cayendo*. Solo Lucas nota mi incomodidad y ralentiza un poco el descenso.

—El ascensor se mueve hacia arriba y hacia abajo, así no tenemos que caminar. Este lugar es muy grande, lady Titanos —murmura, esbozando una sonrisa.

Estoy dividida entre el asombro y el miedo mientras caemos y doy un suspiro de alivio cuando Lucas abre las puertas del ascensor. Marchamos hacia el pasillo de espejos por donde corrí esta mañana. Los espejos rotos ya están arreglados, se ve como si nada hubiera sucedido.

Cuando la reina Elara aparece por la esquina, con sus propios Centinelas a cuestas, Lucas hace una inclinación. Ahora ella viste de negro, rojo y plateado, los colores de su marido. Con su cabello rubio y piel pálida, luce francamente macabra.

Me agarra por el brazo, acercándose a ella mientras caminamos. Sus labios no se mueven, pero igual escucho su voz, resonando en mi cabeza. Esta vez no duele ni me produce náuseas, pero la sensación todavía se siente rara e incorrecta. Quiero gritar, arañar para sacarla de mi cabeza. Pero no hay nada que pueda hacer excepto odiarla.

La familia Titanos fue olvidada, dice, su voz por todas partes. Ellos podían explotar cosas con un toque, como la chica Lerolan lo hizo en La Prueba de la Reina. Cuando trato de recordar a la chica, Elara proyecta una imagen de ella directamente en mi cerebro. Apenas parpadea allí, pero todavía veo a una chica joven vestida en color naranja volando una roca y arena como bombas militares. Tu madre, Nora Nolle, era una tormenta como el resto de la Casa Nolle. Las Tormentas controlan el clima, hasta cierto punto. No es común, pero de su unión resultó tu habilidad única para controlar la electricidad. No digas más, si alguien pregunta.

¿Qué es lo que realmente quieres de mí? Incluso en mi cabeza, mi voz tiembla.

Su risa rebota dentro de mi cráneo, la única respuesta que obtendré.

Recuerda la persona que debes ser, y recuérdalo bien, continúa, ignorando mi pregunta. Estás fingiendo ser criada por Rojos, pero eres Plateada de sangre. Ahora eres Roja en la cabeza, Plateada en el corazón.

Un escalofrío de miedo me atraviesa.

A partir de ahora hasta el final de tus días, debes mentir. Tu vida depende de ello, pequeña chica relámpago.



10

Elara me deja de pie en el pasillo, reflexionando sobre sus palabras.

Solía pensar que era solo la brecha, Plateado y Rojo, ricos y pobres, reyes y esclavos. Pero hay mucho más en el medio, cosas que no entiendo, y estoy justo en medio de ello. Crecí preguntándome si tendría comida para la cena; ahora estoy plantada en un palacio a punto de ser devorada viva.

Rojo en la cabeza, Plateado en el corazón siguen conmigo, guiando mis movimientos. Mis ojos permanecen bien abiertos, contemplando el gran palacio, que tanto Mare como Mareena nunca habían soñado, pero mi boca se presiona en una línea firme. Mareena está impresionada, pero mantiene sus emociones bajo control. Es fría e insensible.

Las puertas al final del pasillo están abiertas, revelando la sala más grande que he visto alguna vez, incluso más grande que la sala del trono. Creo que nunca me acostumbraré a la magnitud de este lugar. Paso a través de las puertas hacia un descansillo. Las escaleras me conducen hasta el suelo, donde cada casa se encuentra en fría expectación, mirando al frente. Otra vez, ellos mantienen sus colores. Algunos murmuran entre sí, probablemente hablando de mí y mi pequeño espectáculo. El rey Tiberias y Elara están de pie sobre una superficie elevada a pocos metros del suelo, frente a la multitud de sus súbditos. *Ellos nunca pierden la oportunidad para sentirse superiores a los demás.* O son muy vanidosos o muy conscientes. Para lucir poderoso se tiene que ser poderoso.

Los príncipes se emparejan con sus padres en diferentes trajes de color rojo y negro, ambos condecorados con medallas militares. Cal está de pie al lado derecho de su padre, su rostro tranquilo e impasible. Si él sabe con quién va a casarse, no parece muy feliz acerca de ello. Maven también está allí, al lado derecho de su madre, su rostro un nubarrón de emociones. Su hermano menor no es tan bueno como Cal en ocultar sus sentimientos.

Por lo menos no voy a tener que lidiar con un buen mentiroso.

—El derecho a La Prueba de la Reina es siempre un acontecimiento feliz, que representa el futuro de nuestro gran reino y los lazos que nos mantienen fuertemente unidos frente a nuestros enemigos —dice el rey, dirigiéndose a la multitud. Todavía no me han visto, allí de pie en el borde de la sala, bajando la vista hacia todos ellos—. Pero como vieron hoy, La Prueba de la Reina ha traído más que a una futura reina.

Él se vuelve hacia Elara, quien aprieta la mano del rey entre la suya con una sonrisa diligente. Su cambio de villana diabólica a una reina ruborizada es



sorprendente.

—Todos recordamos nuestra brillante esperanza contra la oscuridad de la guerra, nuestro capitán, nuestro *amigo*, el General Ethan Titanos —dice Elara.

La gente murmura sobre la sala, por afecto o tristeza. Incluso el patriarca Samos, el cruel padre de Evangeline, inclina su cabeza.

—Él dirigió a la Legión de Hierro hacia la victoria, haciendo retroceder a las líneas de guerra que se habían resistido durante casi cien años. Los Lakelanders le temían; nuestros soldados lo adoraban. —Dudo mucho que ni un solo soldado Rojo quisiera a su general Plateado—. Los espías Lakelander mataron a nuestro querido amigo Ethan, pasaron al otro lado de las líneas para destruir a nuestra única esperanza para la paz. Su esposa, lady Nora, una mujer buena y justa, murió con él. En ese fatídico día hace dieciséis años, la Casa de Titanos se perdió. Arrebatándonos a nuestros amigos. Nuestra sangre fue derramada.

El silencio se asienta en la sala mientras la reina hace una pausa para secar ligeramente sus ojos, enjugando lo que sé son lágrimas falsas y forzadas. Algunas de las chicas participantes de La Prueba de la Reina, están inquietas en sus asientos. No les importa un general muerto, y tampoco a la reina, en realidad. Esto se trata de mí, de que de alguna manera pueda meter a una chica Roja en la corona sin que nadie se dé cuenta. Es un truco de magia, y la reina es una ilusionista experta.

Sus ojos me encuentran, llameando hasta mi lugar en la parte superior de las escaleras, y todos siguen su mirada. Algunos miran confundidos, mientras otros me reconocen de esta mañana. Y unos pocos miran a mi vestido. Conocen los colores de la Casa de Titanos mejor que yo y entienden quién soy. O por lo menos, quién pretendo ser.

—Esta mañana vimos un milagro. Vimos a una chica Roja caer en la arena como un relámpago, blandiendo el poder que no debería tener. —Más murmullos se elevan, y algunos Plateados incluso se ponen de pie. La chica Samos parece furiosa, con sus ojos negros fijos en mí.

»El rey y yo entrevistamos extensamente a la chica, tratando de descubrir cómo llegó a ser. —Entrevistar *es una forma graciosa de describir revolviendo mi cerebro*—. Ella no es Roja, pero sigue siendo un milagro. Amigos míos, por favor denle la bienvenida de nuevo a lady Mareena Titanos, hija de Ethan Titanos. Perdida y ahora encontrada.

Con un movimiento de su mano, hace señas para que me acerque. Y obedezco.

Desciendo las escaleras entre aplausos forzados, especialmente centrada en no tropezar. Pero mis pies están seguros, mi rostro tranquilo, mientras me sumerjo hacia cientos de rostros perplejos, observando y sospechando. Lucas y mis guardias no me siguen, permanecen en el descansillo. Estoy sola delante de esta gente, una vez más, y nunca me he sentido tan desnuda, incluso con las capas de seda y polvo. De nuevo, estoy agradecida por todo el maquillaje. Es mi escudo entre ellos y la verdad de quién soy. Una verdad que ni siquiera entiendo.

La reina hace gestos hacia un asiento libre en la primera fila de la multitud, y me dirijo a ella. Las chicas de La Prueba de la Reina me observan, preguntándose por qué estoy aquí y por qué, de repente, soy tan importante. Pero solo sienten curiosidad, no



enojo. Me miran con lástima, enfatizan lo mejor que pueden mi triste historia. Excepto Evangeline Samos. Cuando finalmente llego a mi asiento, está sentada justo al lado, sus ojos mirando a los míos. Atrás quedaron sus ropas de cuero y broches de hierro; ahora lleva un vestido de aros metálicos entrelazados. Por la forma en la que sus dedos se aprietan, puedo decir que no quiere nada más que envolver sus manos alrededor de mi cuello.

—Salvada del destino de sus padres, lady Mareena fue secuestrada del frente y llevada a un pueblo Rojo a no más de dieciséis kilómetros de aquí —siguió el rey, haciéndose cargo por lo que puede decir el gran giro en mi historia.

»Criada por padres Rojos, trabajó como una sirvienta Roja. Y hasta esta mañana, creía que era uno de ellos. —El grito de asombro hace rechinar a mis dientes—. Mareena era un diamante en bruto, trabajando en mi propio palacio, la hija de mi difunto amigo bajo mis narices. Pero eso se acabó. Para expiar mi ignorancia, y como retribución a su padre y su casa por sus grandes contribuciones al reino, me gustaría aprovechar este momento para anunciar la unión de la Casa Calore y la resucitada Casa Titanos.

Otro jadeo, esta vez de las chicas de La Prueba de la Reina. *Ellas creen que les estoy quitando a Cal. Creen que soy su competencia.* Levanto mis ojos hacia el rey, suplicando silenciosamente para que siga antes de que una de las chicas me asesine.

Casi puedo sentir el frío metal de Evangeline atravesándome. Sus dedos firmemente enlazados, los nudillos blancos mientras resiste la tentación de despellejarme frente a todos. Al otro lado, su siniestro padre pone una mano en su brazo para calmarla.

Cuando Maven da un paso hacia adelante, la tensión en la sala se desinfla. Él tartamudea brevemente, tropezando con las palabras que le han enseñado, pero encuentra su voz.

—Lady Mareena.

Intentando con todas mis fuerzas no temblar, me pongo de pie y lo enfrento.

—A los ojos de su alteza real, mi padre y los nobles de la Corte, pediré tu mano en matrimonio. Me comprometo a ti, Mareena Titanos. ¿Aceptas?

Mi corazón palpita mientras habla. Aunque sus palabras suenan como una pregunta, sé que no tengo opción en mi respuesta. No importa cuánto quiera apartar la mirada, mis ojos se quedan fijos en Maven. Él me da la más pequeña de las sonrisas alentadoras. Me pregunto qué chica hubiera sido la elegida para él.

¿A quién habría elegido yo? Si nada de esto hubiera sucedido, si el maestro de Kilorn nunca hubiera muerto, si Gisa nunca se hubiera roto la mano, si nada hubiera cambiado. *Sí.* Es la peor palabra del mundo.

Reclutamiento. Supervivencia. Niños de ojos verdes con mis pies rápidos y el apellido Kilorn. Ese futuro era casi imposible antes; ahora es inexistente.

—Me comprometo a ti, Maven Calore —digo, martillando los últimos clavos en mi ataúd. Mi voz tiembla, pero no me detengo—. Acepto.

Eso lleva a tal finalidad, cierra una puerta para el resto de mi vida. Me siento



como si fuera a desplomarme pero de alguna manera me las arreglo para sentarme con elegancia.

Maven se mueve sigilosamente de regreso a su asiento, agradecido de estar fuera del centro de atención. Su madre le da una palmada en el brazo como consuelo. Ella sonríe suavemente, solo para él. Incluso los Plateados aman a sus hijos. Pero se vuelve fría de nuevo mientras Cal se pone de pie, su sonrisa desaparece en un suspiro.

El aire parece salir de la habitación cuando cada chica inhala, a la espera de su decisión. Dudo que Cal tenga algo que decir en la elección de una reina, pero juega bien su papel, al igual que Maven, justo como estoy tratando de hacer yo. Sonríe alegremente, incluso destellando sus dientes blancos que hacen suspirar a algunas chicas, pero sus cálidos ojos son terriblemente solemnes.

—Soy el heredero de mi padre, nacido con privilegios, poder y fuerza. Me deben su lealtad, al igual que yo les debo mi vida. Es mi deber servir a mi reino lo mejor que pueda y más allá. —Ha ensayado su discurso, pero la vehemencia de Cal no puede fingirse. Cree en sí mismo, de que será un buen rey, o morirá en el intento—. Necesito una reina que sacrifique tanto como lo haré yo, para mantener el orden, la justicia y el equilibrio.

Las chicas de La Prueba de la Reina se inclinan hacia adelante, impacientes por escuchar sus próximas palabras. Pero Evangeline no se mueve, una sonrisa obscena se tuerce en su rostro. La Casa Samos luce igual de apacible. Su hermano, Ptolemus, incluso reprime un bostezo. *Ellos saben quién ha sido elegida.*

—Lady Evangeline.

No hay grito de sorpresa, ningún impacto o entusiasmo en ella. Incluso las otras chicas, desconsoladas como están, se sientan únicamente con un encogimiento de hombros, abatidas. Todos lo vieron venir. Recuerdo a la gran familia de regreso en el Jardín Espiral, quejándose de que Evangeline Samos ya había ganado. *Tenían razón.*

Con una gracia fluida y fría, Evangeline se levanta de un salto. Apenas mira a Cal, en su lugar gira sobre su hombro para mofarse de las chicas cabizbajas. Regodeándose del momento de gloria. Esbozando una sonrisa en su rostro cuando sus ojos caen sobre mí. No me pierdo el destello salvaje de sus dientes.

Cuando se da la vuelta de nuevo, Cal repite la propuesta de su hermano.

—A los ojos de su alteza real, mi padre y los nobles de la Corte, pediré tu mano en matrimonio. Me comprometo a ti, Evangeline Samos. ¿Aceptas?

—Me comprometo, príncipe Tiberias —dice ella con una voz extrañamente alta y susurrante, contrastando con su dura apariencia—. Acepto.

Con una sonrisa triunfante, Evangeline se sienta de nuevo y Cal se retira a su asiento. Él mantiene una sonrisa inalterable en su lugar como la pieza de una armadura, pero ella parece no darse cuenta.

Entonces siento que una mano encuentra mi brazo, las uñas se clavan en mi piel. Lucho con el impulso de saltar de mi silla. Evangeline no reacciona, sigue mirando al frente hacia el lugar que un día será suyo. Si esto fuera Los Pilares, golpearía algunos de sus dientes. Sus dedos se clavan en mí, hasta la carne. Si extrae sangre, sangre roja,

nuestro pequeño juego terminará antes de que ni siquiera tenga la oportunidad de comenzar. Pero no llega a romper mi piel, dejando moretones que las doncellas tendrán que ocultar.

—Métete en mi camino y te mataré lentamente, niñita del rayo —murmura a través de una sonrisa. *Niñita del rayo*. El sobrenombre en verdad está empezando a sacarme de quicio.

Para consolidar su punto, el fino brazalete de metal en su muñeca se mueve, convirtiéndose en un círculo de pinchos afilados. Cada punta brilla, suplicando por derramar sangre. Trago saliva, tratando de no moverme. Pero ella lo suelta rápidamente, devolviendo la mano a su regazo. Una vez más, es la imagen de una tímida chica Plateada. Si alguna vez hubo una persona suplicando por un codazo en la cara, es Evangeline Samos.

Un rápido vistazo alrededor de la habitación me dice que la corte se ha vuelto silenciosa. Algunas chicas tienen lágrimas en sus ojos y lanzan miradas fulminantes de lobo hacia Evangeline e incluso a mí. Probablemente esperaban este día, toda su vida, solo para fallar. Quiero entregar mi compromiso, obsequiarlo a las que lo quieren tan desesperadamente, pero no. Debo parecer feliz. Debo *fingir*.

—Tan maravilloso y feliz como ha sido el día de hoy... —dice el rey Tiberias, ignorando el sentimiento en la sala—...debo recordarles por qué se ha tomado esta decisión. El poderío de la Casa Samos se unió con mi hijo, y todos los hijos que le siguen ayudarán a guiar a nuestra nación. Todos ustedes conocen el precario estado de nuestro reino, con la guerra en el norte y los estúpidos extremistas, enemigos de nuestra forma de vida, tratando de destruirnos desde adentro. La Guardia Escarlata puede parecer pequeña e insignificante para nosotros, pero representan un giro peligroso de nuestros hermanos Rojos. —Más de unas cuantas personas de entre la multitud se mofan del término *hermanos*, yo incluida.

Pequeña e insignificante. Entonces, ¿por qué me necesitan? ¿Por qué me utilizan, si la Guardia Escarlata no es nada para ellos? *El rey es un mentiroso*. Pero, ¿qué está tratando de ocultar? Todavía no estoy segura. Podría ser la fuerza de la Guardia. Podría ser yo.

Probablemente ambas cosas.

—Esta rebelde racha debería tomar fuerza —siguió—, terminará en derramamiento de sangre y una nación dividida, algo que no puedo soportar. Debemos mantener el equilibrio. Evangeline y Mareena ayudarán a hacer eso, por el bien de todos nosotros.

Los murmullos pasan a través de la multitud en las palabras del rey. Algunos asienten, otros miran a través de las elecciones de La Prueba de la Reina, pero nadie expresa su desacuerdo. Nadie levanta la voz. Nadie escuchará si lo hicieran.

Sonriendo, el rey Tiberias inclina su cabeza. Él ha ganado, y lo sabe.

—Fuerza y poder —repite. El lema hace eco más allá de él, mientras cada persona repite las palabras.

Las palabras tropiezan en mi lengua, sintiéndose extrañas en mi boca. Cal me



mira fijamente, viéndome cantar acompañada de todos los demás. En ese momento, me odio a mí misma.

—Fuerza y poder.

Sufro durante el banquete, mirando sin ver, escuchando sin oír. Incluso la comida, más comida de la que nunca he visto, sabe insípida en mi boca. Debería estar comiendo con glotonería, disfrutando de lo que probablemente es la mejor comida de mi vida, pero no puedo. Ni siquiera puedo hablar cuando Maven me murmura, con voz tranquila y a un nivel de seguridad.

—Lo estás haciendo bien —dice, pero trato de ignorarlo. Al igual que su hermano, lleva la misma pulsera metálica, el generador de llamas. Es un firme recordatorio de quién y qué es exactamente Maven, poderoso, peligroso, un incinerador, un Plateado.

Sentada en una mesa hecha de cristal, bebiendo un burbujeante líquido dorado hasta que mi cabeza da vueltas, me siento como una traidora. *¿Qué están comiendo mis padres para la cena de esta noche? ¿Saben dónde estoy? ¿O mamá está sentada en el porche, esperando a que regrese a casa?*

En cambio, estoy atrapada en una sala llena de personas que me matarían si supieran la verdad. Y la familia real por supuesto, me mataría si pudieran, *quienes* probablemente un día me matarán. Me han dado un vuelco de arriba abajo, intercambiando a Mare por Mareena, harapos por sedas, *Roja por Plateada*. Esta mañana era una sirvienta, esta noche soy una princesa. *¿Cuánto más cambiará? ¿Qué más voy a perder?*

—Ya tienes suficiente de eso —dice Maven, su voz flota a través del estruendo de la fiesta. Apartando mi elegante copa, reemplazándola con un vaso de agua.

—Me gustaba esa bebida. —Pero bebo ansiosamente el agua, sintiendo aclararse mi cabeza.

Maven solo se encoge de hombros.

—Me lo agradecerás más tarde.

—Gracias —espeto tan sarcásticamente como me es posible. No he olvidado la forma en que me miró esta mañana, como si fuera algo en la suela de su zapato. Pero ahora su mirada es más suave, más tranquila, más como la de Cal.

—Siento mucho lo de antes, Mareena.

Mi nombre es Mare.

—Estoy segura de que lo sientes. —Sale en su lugar.

—Realmente —dice él, inclinándose. Estamos sentados lado a lado, con el resto de la familia real en la mesa de honor—. Es solo... generalmente los príncipes más jóvenes pueden elegir. Es una de las ventajas de no ser el heredero —añade con una sonrisa muy forzada.

Oh.

—No sabía eso —respondo, sin saber realmente qué decir. Debería sentirme mal por él, pero no me atrevo a sentir ningún tipo de piedad por un príncipe.



—Sí, bueno, no deberías. No es tu culpa.

Mira hacia la sala del banquete de nuevo, lanzando su mirada como un sedal. Me pregunto qué cara está buscando.

—¿Ella está aquí? —murmuro, tratando de sonar arrepentida—. ¿La chica que habrías elegido?

Titubea, luego niega:

—No. No tengo a nadie en mente. Pero era bueno tener la opción de elegir, ¿sabes?

No, no lo sé. No puedo darme el lujo de elegir. Ni ahora ni nunca.

—No como mi hermano. Creció sabiendo que nunca tendría algo que decir en su futuro. Supongo que ahora estoy teniendo una muestra de lo que se siente.

—Tú y tu hermano tienen todo, príncipe Maven —susurro con voz tan ferviente que podría ser una oración—. Vives en un palacio, tienes fortaleza, tienes *poder*. No conoces las penurias, ni que traten mal e injustamente, y créeme, se hace mucho. Así que, discúlpame si no siento pena por ninguno de los dos.

Aquí estoy, dejando correr mi boca más que mi cerebro. Mientras me recupero, bebo el resto del agua en un intento por calmar mi temperamento, Maven solo se me queda mirando, sus ojos fríos. Pero el muro de hielo se desvanece, deritiéndose mientras su mirada se suaviza.

—Tienes razón, Mare. Nadie debe sentir lástima por mí. —Puedo oír la amargura en su voz. Con un escalofrío, lo veo lanzar una mirada hacia Cal. Su hermano mayor brilla como el sol, riendo con su padre. Cuando Maven se da la vuelta, se obliga a sonreír, pero hay una sorprendente tristeza en sus ojos.

Por mucho que lo intento, no puedo ignorar la sacudida repentina de compasión que siento por el príncipe olvidado. Pero pasa cuando recuerdo quién es él y quién soy yo.

Soy una chica Roja en un mar de Plateados, y no me puedo dar el lujo de sentir pena por nadie, menos aún por el hijo de una víbora.



11

*L*a multitud brinda al final de la fiesta, sus copas levantadas hacia la mesa real. Y así van, lordes y lordas en un arcoíris de colores tratando de mover su camino en su favor. Tendré que aprenderlos todos pronto, relacionando color a casa y casa a persona. Maven me susurra sus nombres, a pesar de que no voy a recordarlos mañana. Al principio es molesto, pero pronto me encuentro inclinándome para escuchar los nombres.

Lord Samos es el último en levantarse, y cuando lo hace, un silencio cae. Este hombre impone respeto, incluso entre titanes. Aunque su túnica negra es sencilla, con adornos de seda simple, y no tiene grandes joyas o insignias de las que hablar, tiene un innegable aire de poder. No necesito que Maven me diga que él es el más alto de las Casas Altas, una persona que se teme sobre todos los demás.

—Volo Samos —murmura Maven—. Jefe de la Casa Samos. Posee y opera las minas de hierro. Cada arma en la guerra proviene de su tierra.

Así que no es solo un noble. Su importancia viene de algo más que solo títulos.

El brindis de Volo es corto y va al grano.

—A mi hija —declara él, en voz baja, estable y fuerte—. La futura reina.

—¡Por Evangeline! —grita Ptolemus, poniéndose de pie al lado de su padre. Sus ojos brillan alrededor de la habitación, retando a cualquiera a oponerse a ellos. Algunos lordes y ladies parecen molestos, incluso enfadados, pero levantan sus copas junto el resto, saludando a la nueva princesa. Sus copas reflejan la luz, cada una, una pequeña estrella en la mano de un dios.

Cuando termina, la reina Elara y el rey Tiberias suben, los dos sonriendo a sus numerosos invitados. Cal también se levanta, a continuación Evangeline, luego Maven, y después de un tonto momento, me uno a ellos. Las muchas casas hacen lo mismo en sus mesas, y el raspado de sillas en el mármol suena como clavos en una piedra. Afortunadamente, el rey y la reina simplemente se despiden y dan la corta serie de pasos que conduce lejos de nuestra mesa alta. *Se acabó*. Lo he hecho a través de mi primera noche.

Cal toma la mano de Evangeline y la conduce detrás de ellos, con Maven y yo siguiéndolos por detrás. Cuando Maven toma mi mano, su piel es sorprendentemente fría.

Los Plateados, se hacen a ambos lados, viéndonos pasar en un silencio pesado. Sus rostros son curiosos, astutos, crueles, y detrás de cada sonrisa falsa hay un



recordatorio; *ellos están observando*. Todos los ojos me analizan, buscando grietas e imperfecciones, me retuerzo, pero no me puedo romper.

No puedo caer. Ni ahora, ni nunca. Soy una de ellos. Soy especial. *Soy un accidente. Soy una mentira. Y mi vida depende de mantener la ilusión.*

Maven aprieta sus dedos con los míos, alentándome.

—Ya casi termina —susurra mientras nos acercamos al final del pasillo—. Casi allí.

La sensación de ser sofocada pasa cuando dejamos la fiesta, pero las cámaras nos siguen con ojos pesados y eléctricos. Cuanto más lo pienso, más fuerte se vuelve su mirada, hasta que puedo sentir dónde están las cámaras antes de verlas. Tal vez esto es un efecto secundario de mi “condición”. Tal vez nunca había estado rodeada por esta cantidad de electricidad antes, y así es como todo el mundo lo siente. *O tal vez solo soy rara.*

De vuelta en el pasillo, un grupo de Centinelas espera para escoltarnos arriba. Pero entonces, ¿qué amenaza pueden representar para estas personas? Cal, Maven, y el rey Tiberias pueden controlar el fuego. Elara puede controlar *mentes*. ¿Qué podrían temer?

Nos levantaremos, Rojos como el amanecer. La voz de Farley, las palabras de mi hermano, el credo de la Guardia Escarlata, vuelven a mí. Ya atacaron a la capital; este podría incluso ser su próximo objetivo. *Yo* podría ser un objetivo. Farley podía meterme en otra misión de secuestro, revelándome ante al mundo en un intento de debilitar a los Plateados.

Mira sus mentiras, mira esta mentira, diría ella, empujando mi cara en la cámara, haciéndome sangrar rojo para que todo el mundo lo vea.

Pensamientos más locos y aún más locos me vienen a la mente, cada uno más aterrador y extravagante que el anterior. *Este lugar me está volviendo loca después de un solo día.*

—Eso salió bien —dice Elara, arrebatando su mano del rey cuando llegamos a los pisos de residencia. A él no parece importarle en lo más mínimo—. Lleva a las chicas a sus habitaciones.

Ella no dirige su orden a nadie en particular, pero cuatro centinelas se desprenden del grupo. Sus ojos brillan detrás de sus máscaras negras.

—Puedo hacerlo —dicen Cal y Maven al unísono. Se echan un vistazo el uno al otro, sorprendidos.

Elara levanta una ceja perfecta.

—Eso sería inapropiado.

—Escoltaré a Mareena, Mavey puede llevar a Evangeline —ofrece Cal rápidamente, y Maven frunce sus labios ante el apodo. *Mavey*. Probablemente Cal lo llamaba así cuando era un niño y ahora está atascado, el emblema de un hermano menor, siempre en la sombra, siempre segundo.

El rey se encoge de hombros.



—Déjalos, Elara. Las chicas necesitan una buena noche de sueño, y los Centinelas le darían pesadillas a cualquier dama —Se ríe, lanzando un guiño juguetón a los guardias. No responden, silenciosos como una piedra. No sé si se les permite hablar siquiera.

Después de un momento de silencio tenso, la reina se vuelve sobre sus talones.

—Muy bien. —Como cualquier mujer, odia a su marido por desafiarla, y como cualquier reina, odia el poder que el rey tiene sobre ella. *Una mala combinación.*

—A la cama —dice el rey, su voz un poco más enérgica y autoritaria. Los Centinelas se quedan con él, siguiéndolo cuando se va en sentido contrario de su esposa. Supongo que no duermen en la misma habitación, pero eso no me causa mucho impacto.

—Exactamente, ¿dónde está mi habitación? —pregunta Evangeline, mirando a Maven. La futura-reina-que-se-sonroja se ha ido, reemplazada por la diablesa afilada que reconozco.

Él traga saliva ante la vista de ella.

—Uh, por aquí, Señorita... seño... Mi lady. —Tiende un brazo para ella, pero solo pasa junto a él—. Buenas noches, Cal, Mareena. —Suspira Maven, haciendo un punto al mirarme.

Solo puedo asentir al príncipe retirándose. *Mi prometido.* El pensamiento me da ganas de vomitar. A pesar de que parecía educado, incluso agradable, él es un *Plateado*. Y es el hijo de Elara, lo que podría ser aún peor. Sus sonrisas y palabras amables no pueden ocultar eso de mí. Cal es igual de malo, elevado para gobernar, para perpetuar aún más este mundo de división.

Él mira a Evangeline desaparecer, sus ojos demorándose en su forma de retirarse de una manera que me hace sentir extrañamente molesta.

—Escogiste una verdadera ganadora —murmuro una vez que está fuera del alcance del oído.

La sonrisa de Cal muere con una contracción hacia abajo, y comienza a caminar hacia mi habitación, ascendiendo por la espiral inclinada. Mis pequeñas piernas luchan por mantenerse a ritmo con sus largas zancadas, pero él no parece darse cuenta, perdido en sus pensamientos.

Finalmente se vuelve, con los ojos como brasas.

—No elegí nada. Todo el mundo sabe eso.

—Por lo menos tú sabías que esto sucedería. Me desperté esta mañana incluso sin tener novio. —Cal se estremece ante mis palabras, pero no me importa. No puedo manejar su autocompasión—. Y, sabes, está la cosa de que vas a ser rey. Eso debe ser un impulso.

Se ríe para sí mismo, pero no se está riendo. Sus ojos se oscurecen, y da un paso hacia adelante, analizándome de pies a cabeza. En lugar de verse crítico, parece triste. Profundamente triste en las piscinas-de-oro-rojizas de sus ojos, un niño perdido, buscando a alguien que lo salve.



—Eres muy parecida a Maven —dice después de un largo momento que hace que mi corazón se acelere.

—¿Quieres decir comprometida con un desconocido? Tenemos eso en común.

—Ambos son muy inteligentes. —No puedo evitar resoplar. Cal, obviamente, no sabe que no puedo lograrlo en un examen de matemáticas para alguien de catorce años de edad—. Conocen a la gente, los entienden, ven a través de ellos.

—Hice un gran trabajo esa última noche. Definitivamente sabía todo el tiempo que eras el príncipe coronado. —Todavía no puedo creer que había sido la noche anterior. *Qué diferencia hace un día.*

—Tú sabías que no pertenecía.

Su tristeza es contagiosa, enviando un dolor sobre mí.

—Así que hemos cambiado de lugar.

De repente, el palacio no parece tan hermoso o tan magnífico. El metal duro y la piedra son demasiado intensos, demasiado brillantes, demasiado poco naturales, atrapándome dentro. Y debajo de todo eso, el zumbido eléctrico de las cámaras se oye. Ni siquiera es un sonido, sino un sentimiento en mi piel, en mis huesos, en mi sangre. Mi mente se acerca a la electricidad, como por instinto. *Para. Me digo. Para.* El vello de mi brazo se levanta como si algo ardiera debajo de mi piel, una energía crepitante que no puedo controlar. Por supuesto que regresa ahora, cuando es la última cosa que quiero.

Pero la sensación pasa tan rápido como llegó, y la electricidad se desplaza a un zumbido bajo de nuevo, dejando que el mundo vuelva a la normalidad.

—¿Estás bien?

Cal se queda mirándome, confundido.

—Lo siento —murmuro, negando—. Solo pensaba.

Él asiente, viéndose casi disculpándose.

—¿En tu familia?

Las palabras me golpean como una bofetada. Ni siquiera me habían pasado por la cabeza en las últimas horas, y eso me pone enferma. *Unas pocas horas de seda y realeza ya me han cambiado.*

—He enviado un comunicado para liberar a tus hermanos y tu amigo, y un oficial a tu casa, para decirles a tus padres dónde te encuentras —continúa Cal, pensando que eso podría calmarme—. No les podemos decir todo, sin embargo.

Solo puedo imaginar cómo pasó eso. *Oh, hola. Su hija es una Plateada ahora, y va a casarse con un príncipe. Usted nunca la volverá a ver, pero le enviaremos algo de dinero para ayudar. Trato justo, ¿no le parece?*

—Saben que trabajas para nosotros y tienes que vivir aquí, pero todavía creen que eres un sirviente. Por ahora, al menos. Cuando tu vida se haga más pública, vamos a averiguar cómo tratar con ellos.



—¿Puedo escribir para ellos por lo menos? —Las cartas de Shade eran siempre un punto brillante en nuestros días oscuros. Tal vez las mías sean lo mismo.

Pero Cal niega.

—Lo siento, eso simplemente no es posible.

—No lo creí.

Me introduce en mi habitación, la cual rápidamente se enciende a la vida. Luces activadas por movimiento, creo. Al igual que en el pasillo, mis sentidos se agudizan y todo lo eléctrico se convierte en una sensación de ardor en mi mente. Inmediatamente sé que no hay menos de cuatro cámaras en mi habitación y eso me hace retorcer.

—Es para tu propia protección. Si alguien fuera a interceptar las cartas, para averiguar sobre tu...

—¿Están las cámaras aquí para *mi propia protección*? —pregunto, haciendo un gesto hacia las paredes. Las cámaras apuñalan mi piel, observando cada centímetro de mí. Es desesperante, y después de un día como el de hoy, no sé cuánto más puedo soportar—. Estoy encerrada en este palacio de pesadilla, rodeada de muros y guardias y la gente que me va a hacer pedazos, y ni siquiera puedo conseguir un momento de paz en mi propia habitación.

En lugar de espetar de regreso, Cal parece desconcertado. Sus ojos arden alrededor. Las paredes están desnudas, pero él debe ser capaz de percibir las también. ¿Cómo puede alguien no sentir los ojos presionando?

—Mare, no hay ninguna cámara aquí.

Agito una mano hacia él, desdenosa. El zumbido eléctrico todavía rompe contra mi piel.

—No seas estúpido. Puedo sentir las.

Ahora él realmente parece perdido.

—¿Sentirlas? ¿Qué quieres decir?

—Yo... —Pero las palabras mueren en mi garganta cuando me doy cuenta: no siento nada. Ni siquiera *sabe* lo que estoy diciendo. ¿Cómo puedo explicarle, si no lo sabe? ¿Cómo puedo decirle que siento la energía en el aire como un pulso, como otra parte de mí? ¿Cómo otro sentido? ¿Incluso lo entendería?

¿Lo haría alguien?

—¿Es eso... no normal?

Algo parpadea en sus ojos mientras duda, tratando de encontrar las palabras para decirme que soy diferente. Incluso entre los Plateados, soy algo más.

—No que yo sepa —dice finalmente.

Mi voz suena pequeña, incluso para mí.

—No creo que nada más en mí sea normal nunca más.

Él abre la boca para hablar, pero lo piensa mejor. No hay nada que pueda decir para hacerme sentir mejor. No hay nada que pueda hacer por mí en absoluto.



En los cuentos de hadas, la pobre muchacha sonríe cuando se convierte en una princesa. En este momento, no sé si volveré a sonreír de nuevo.



12

Tu horario es el siguiente:

07:30 Desayuno

08:00 Protocolo

11:30 Almuerzo

13:00 Lecciones

18:00-cena.

Lucas te acompañará a todas. El horario no es negociable.

Su alteza real la reina Elara de la Casa Merandus.



84

*L*a nota es breve y al punto, por no mencionar grosera. Mi mente nada con el pensamiento de cinco horas de lecciones, recordando lo mal que me iba en la escuela. Con un gemido, tiro la nota de nuevo sobre la mesa de noche. Aterrizo en un charco de luz dorada de la mañana, solo burlándose de mí.

Igual que ayer, las tres doncellas revolotean dentro, silenciosas como un susurro. Quince minutos más tarde, después de sufrir para ponerme el pantalón de cuero ajustado, un vestido drapeado, y otra extraña, ropa poco práctica, nos acomodamos en lo más plano que puedo encontrar en el armario de las maravillas. Pantalón negro elástico pero resistentes, una chaqueta púrpura con botones de plata y botas grises pulidas. Además del cabello brillante y la pintura de guerra, casi parezco yo misma otra vez.

Lucas espera al otro lado de la puerta, un pie tocando el suelo de piedra.

—Un minuto de retraso —dice al segundo que entro en la sala.

—¿Vas a cuidarme todos los días o solo hasta que me familiarice con mi camino?

Camina junto a mí, guiándome con suavidad en la dirección correcta.

—¿Qué es lo que piensas?

—Aquí está una larga y feliz amistad, Oficial Samos.

—Igual, mi lady.

—No me llames así.

—Lo que usted diga, mi lady.

Después de la fiesta de noche, el desayuno luce opaco en comparación. El comedor, la habitación más pequeña, todavía es grande, con techo alto y vista al río, pero la larga mesa solo está puesta para tres. Por desgracia para mí, los otros dos resultan ser Elara y Evangeline. Ya están a medio camino de sus cuencos de fruta en el momento en que entro. Elara apenas me mira, pero la mirada perspicaz de Evangeline es suficiente para las dos. Con el rebote del sol fuera del atuendo de metal, parece una estrella deslumbrante.

—Debes comer rápidamente —dice la reina sin levantar la vista—. Lady Blonos no tolera las tardanzas.

Frente a mí, Evangeline se ríe en su mano.

—¿Sigues tomando Protocolo?

—¿Quieres decir que tú no lo haces? —Mi corazón salta ante la perspectiva de no tener que sentarme en las clases con ella—. Excelente.

Evangeline se burla de mí, sacudiéndose el insulto.

—Solo los niños toman Protocolo.

Para mi sorpresa, la reina toma mi lado.

—Lady Mareena creció bajo terribles circunstancias. No sabe nada de nuestras formas, de las expectativas que debe cumplir ahora. Seguramente entiendes sus necesidades, Evangeline.

La reprimenda es calmada, tranquila y amenazante. La sonrisa de Evangeline cae, y asiente, sin atreverse a encontrarse con los ojos de la reina.

—El almuerzo de hoy será en la Terraza de Cristal, con las damas de La Prueba de la Reina y sus madres. Trata de no regodearte —añade Elara, aunque nunca lo haría. Evangeline, por otro lado, se sonroja.

—¿Todavía están aquí? —Oigo preguntar—. ¿Incluso después de no ser elegida?

Elara asiente.

—Nuestros invitados estarán aquí por las próximas semanas, para honrar adecuadamente al príncipe y a su prometida. No se irán hasta después del baile de despedida.

Mi corazón se desploma en mi pecho hasta que rebota alrededor de mis dedos de los pies. Así que habrá más noches como anoche, con la multitud presionando y mil ojos. Harán preguntas también, preguntas que voy a tener que responder.

—Adorable.

—Y después del baile, nos iremos con ellos —continúa Elara, moviendo el cuchillo—. Para volver a la capital.

A la capital. *Archeon*. Sé que la familia real regresa al Palacio Whitefire al final de cada verano, y ahora iré también. Me tendré que ir, y este mundo que no puedo entender será mi única realidad. Nunca podré volver a casa. *Sabías esto*, me digo, *estuviste de acuerdo con esto*. Pero no duele menos.



Cuando escapo de nuevo al pasillo, Lucas me hace pasar. Mientras caminamos, me sonrío.

—Tienes sandía en la cara.

—Por supuesto que sí —espeto, limpiándome la boca con la manga.

—Lady Blonos vendrá aquí —dice, señalando el final del pasillo.

—¿Cuál es la historia acerca de ella? ¿Puede volar o hacer flores crecer de sus oídos?

Lucas me sonrío, siguiéndome la corriente.

—No del todo. Es una curandera. Ahora, hay dos tipos de curanderos: curanderos de piel y curanderos de sangre. Todos en la Casa Blonos son curanderos de sangre, lo que significa que pueden curarse a sí mismos. Podría tirarla a la parte superior de la sala y caminaría lejos sin un rasguño.

Me gustaría ver eso, pero no lo digo en voz alta.

—Nunca había oído de un curandero de sangre antes.

—No tenías que hacerlo, ya que no se les permite pelear en las arenas. Simplemente no tiene sentido que lo haga.

Vaya. Otro Plateado de proporciones épicas.

—Así que si tengo, eh, un episodio...

Lucas se ablanda, comprendiendo lo que estoy tratando de decir.

—Ella estará bien. Las cortinas, por otro lado...

—Es por eso que me la dieron a mí. Porque soy peligrosa.

Pero Lucas niega.

—Lady Titanos, se te fue dada porque tu postura es terrible y comes como un perro. Bess Blonos te va a enseñar cómo ser una dama y si la enciendes un par de veces, nadie te culpará.

Cómo ser una dama... eso será horrible.

Él golpea los nudillos en la puerta, haciéndome saltar. Se abre en silencio, con las bisagras moviéndose suaves, revelando una habitación iluminada por el sol.

—Volveré para llevarte a almorzar —dice. No me muevo, mis pies están plantados, pero Lucas me da un codazo a la temida habitación.

La puerta se cierra detrás de mí, esta vez dejando fuera la sala y todo lo que pueda calmarme. La habitación está bien pero es sencilla con una pared de ventanas, y totalmente vacía. El zumbido de las cámaras, las luces, la electricidad, es vibrante y fuerte aquí, casi quema el aire alrededor con su energía. Estoy segura de que la reina está mirando, lista para reírse de mis intentos de ser adecuada.

—¿Hola? —digo, esperando una respuesta, pero no sale nada.



Cruzo a las ventanas, con vista al patio. En lugar de otro bonito jardín, estoy sorprendida de encontrar que esta ventana no da afuera en absoluto, sino hacia abajo a una gigantesca habitación blanca.

El suelo está a varios pisos debajo, y una pista suena en el borde exterior. En el centro, unos extraños movimientos y giros de artilugios, dan vueltas y vueltas con el brazo de metal extendido. Hombres y mujeres, todos de uniforme, esquivan la máquina de hilar. Toman velocidad, girando más rápido, hasta que solo quedan dos. Son rápidos, entrando y esquivando con gracia y velocidad. A cada paso la máquina acelera, hasta que finalmente se ralentiza, cerrándose. *La vencieron.*

Esto debe ser algún tipo de entrenamiento, de seguridad o de Centinelas.

Pero cuando los dos aprendices pasan a dirigir la práctica, me doy cuenta de que no son de Seguridad en absoluto. El par dispara bolas de fuego de color rojo brillante en el aire, explotando objetivos a medida que suben y caen. Cada uno es un tiro perfecto, e incluso desde aquí arriba, reconozco las caras sonrientes. *Cal y Maven.*

Así que esto es lo que hacen durante el día. No aprenden a gobernar, para ser reyes, ni incluso lord correctos, sino que entrenan para la guerra. Cal y Maven son criaturas mortales, soldados. Pero su batalla no es solo en las líneas. Es aquí, en un palacio, en las transmisiones, en el corazón de cada persona que gobierna. Gobernarán, no solo por derecho de una corona, sino por la fuerza. *La fuerza y la energía.* Son todo lo que los Plateados respetan, y es todo lo que se necesita para mantener al resto de nosotros como esclavos.

Evangeline da pasos hasta el siguiente. Cuando los blancos vuelan, lanza un ventilador de plata sosteniendo dardos de metal para acabar con cada uno de ellos a la vez. No es de extrañar que se riera de mí en Protocolo. Mientras estoy aquí para aprender a comer bien, ella está en entrenamiento para matar.

—¿Disfrutando del espectáculo, lady Mareena? —canta una voz detrás de mí. Me doy la vuelta, mis nervios hormiguean un poco. Lo que veo no hace nada para calmarme.

Lady Blonos es un espectáculo horrible, y toma todos mis modales evitar que mi mandíbula caiga. *Curandera de sangre, capaz de curarse a sí misma.* Ahora entiendo lo que eso significa.

Debe ser mayor de cincuenta años, mayor que mi madre, pero su piel es suave y sorprendentemente tensa sobre sus huesos. Su cabello es perfectamente blanco, peinado hacia atrás, y sus cejas parecen fijas en un constante estado de shock, se arquean en su frente sin arrugas. Todo en ella es malo, desde sus labios demasiado llenos hasta la fuerte pendiente no natural de su nariz. Solo sus profundos ojos grises miran con vida. El resto, me doy cuenta, es falso. De alguna manera puede sanar o cambiarse a sí misma en esta cosa monstruosa en un intento de parecer más joven, más bonita, *mejor.*

—Lo siento —finalmente consigo decir—, entré, y usted no estaba...

—Lo observé —dice, ya odiándome—. Se pone de pie como un árbol en una tormenta.



Se apodera de mis hombros y los empuja hacia atrás, obligándome a ponerme derecha.

—Mi nombre es Bess Blonos, y voy a tratar de hacer de ti una dama. Serás princesa un día, y no podemos tenerte actuando como una salvaje, ¿verdad?

Salvaje. Por un breve y brillante momento, pienso en escupir en la tonta cara de lady Blonos. *Pero, ¿cuánto me costaría eso? ¿Qué lograría? Y solo probaría que está en lo correcto.* Lo peor de todo, es que me doy cuenta de que la necesito. Su entrenamiento me va a impedir algún deslizamiento y, más importante, me mantendrá viva.

—No. —Mi voz es un cascarrón vacío a sus respuestas—. No podemos permitir eso.

Exactamente tres horas y media más tarde, Blonos me libera de sus garras y voy de regreso a la atención de Lucas. Mis espaldas me duele de las lecciones de postura sobre cómo sentarme, pararme, caminar, e incluso dormir (*sobre tu espalda, con los brazos a los lados, siempre quieta*), pero no es nada comparado con el ejercicio mental en el que me puso. Perforó las reglas de la corte en mi cabeza, llenándome de nombres, protocolos, y etiqueta. En las últimas horas he recibido un curso acelerado de cualquier cosa y de todo lo que tengo que saber. La jerarquía entre las grandes casas está entrando lentamente en mi visión, pero estoy segura que voy a estropear algo de todos modos. Nosotros solo arañamos la superficie del Protocolo, pero ahora puedo ir a la estúpida función de la reina con al menos alguna idea de cómo actuar.

La Terraza de Cristal está relativamente cerca, solo un piso más abajo y a un pasillo otra vez, así que no tengo mucho tiempo para recuperarme antes de enfrentarme a Elara y a Evangeline de nuevo. Esta vez, cuando paso por la puerta, soy recibida por un vigorizante aire fresco. Estoy fuera por primera vez desde que me convertí en Mareena, pero ahora, con el viento en mis pulmones y el sol en mi rostro, me siento más como Mare de nuevo. Si cierro los ojos, puedo fingir que nada de esto ha sucedido. *Pero lo hizo.*

La Terraza de Cristal es tan adornada como el aula de Blonos estaba desnuda y hace honor a su nombre. Una marquesina de vidrio, con el apoyo de claras columnas, artísticamente cortadas, se extiende sobre nosotros, refractando el sol en un millón de colores danzantes para que coincida con las mujeres pululando alrededor. Es hermosa de una forma artificial, como todo lo demás en este mundo Plateado.

Antes de que tenga la oportunidad de tomar un respiro, un par de chicas dan pasos delante de mí. Sus sonrisas son falsas y frías, al igual que sus ojos. A juzgar por los colores de sus vestidos —azul oscuro y rojo en una, negro sólido en la otra—, pertenecen a la Casa Iral y a la Casa Haven.

Silks y Sombras, recuerdo, pienso regresando a las lecciones de Blonos sobre habilidades.

—Lady Mareena —dicen al unísono, inclinándose con rigidez. Hago lo mismo, inclinando mi cabeza de la manera en que lady Blonos me mostró.

—Soy Sonya de la Casa Iral —dice la primera, sacudiendo la cabeza con orgullo. Sus movimientos son ágiles y felinos. *Los Silks son rápidos y tranquilos, perfectamente equilibrados y ágiles.*



—Y yo soy Elane de la Casa Haven —agrega la otra, su voz apenas un susurro. Mientras la chica Iral es oscura, con la piel muy bronceada y el cabello negro, Elane es pálida, con rizos rojo brillante. La luz del sol baila en las manchas de su piel en un halo perfecto, dándole un aspecto impecable. Sombra, *dobladora de la luz*—. Queríamos darle la bienvenida.

Pero sus sonrisas puntiagudas y ojos entrecerrados no parecen darme la bienvenida en absoluto.

—Gracias. Son muy amables. —Me aclaro la garganta, tratando de sonar normal, y las niñas no pierden la acción, intercambiando miradas—. ¿También participaron en La Prueba de la Reina? —digo rápidamente, esperando distraerlas de mis terribles gracias sociales.

Eso solo parece prenderlas. Sonya se cruza de brazos, mostrando las uñas afiladas color hierro.

—Lo hicimos. Es evidente que no fuimos tan afortunadas como usted o Evangeline.

—Lo siento... —Sale antes de que pueda detenerlo. *Mareena no se disculparía*—. Quiero decir, saben que no tenía ninguna intención de...

—Sus intenciones están por verse —ronronea Sonya, más parecida a un gato con cada segundo que pasa. Cuando se vuelve, chasqueando los dedos de una manera que hace que las uñas corten a lo largo de unas con otros, me estremezco—. Abuela, ven a conocer a lady Mareena.

Abuela. Casi doy un suspiro de alivio, esperando que una mujer de edad llegue contoneándose y me salve de estas chicas que pican. Pero estoy muy equivocada.

En lugar de una vieja arrugada, me encuentro con una mujer formidable de acero y sombra. Igual que Sonya, tiene la piel de color café y cabello negro, aunque la suya es asesinada con vetas blancas. A pesar de su edad, sus ojos marrones lanzan chispas de vida.

—Lady Mareena, esta es mi abuela lady Ara, jefa de la Casa Iral —explica Sonya con una sonrisa en punta. La mujer mayor me ve, y su mirada es peor que cualquier cámara y penetra directamente—. ¿Tal vez la conoces como la Pantera?

—¿La Pantera? Yo no...

Pero Sonya sigue hablando, disfrutando de verme retorciéndome.

—Hace muchos años, cuando la guerra se calmó, los agentes de inteligencia se volvieron más importantes que los soldados. La Pantera fue el más grande de todos.

Una espía. Estoy de pie delante de una espía.

Me obligo a sonreír, aunque solo sea para tratar de esconder mi temor. El sudor se desata en mis palmas, y espero no tener que estrechar las manos.

—Un placer conocerla, mi lady.

Ara simplemente asiente.

—Supe de tu padre, Mareena. Y de tu madre.



—Los echo mucho de menos —contesto, diciendo las palabras para aplacarla.

Pero la Pantera parece perpleja, inclinando la cabeza hacia un lado. Por un segundo, puedo ver miles de secretos, duramente ganados en las sombras de la guerra, lo que se refleja en sus ojos.

—¿Los recuerdas? —pregunta, pinchando mi mentira.

Mi voz se atora, pero tengo que seguir hablando, seguir mintiendo.

—No lo hago, pero echo de menos tener padres. —Mamá y papá parpadean en mi mente, pero los alejo. Mi pasado Rojo es la última cosa en la que debo pensar—, me gustaría que estuvieran aquí para ayudarme a entender todo esto.

—Hmm —dice, tipografiándome de nuevo. Su sospecha me hace querer saltar del balcón—. Tu padre tenía los ojos azules, igual que tu madre.

Y mis ojos son de color marrón.

—Soy diferente en muchos sentidos, más incluso de lo que siquiera entiendo aun. —Es todo lo que puedo manejar decir, con la esperanza de que la explicación sea suficiente.

Por una vez, la voz de la reina es mi salvadora.

—¿Nos sentamos, ladies? —dice, haciéndose eco sobre la multitud. Es suficiente para sacarme de Ara, Sonya, y la tranquila Elane, a un asiento donde puedo respirar sola.

A medio camino de las lecciones, empiezo a sentir la calma de nuevo. Me dirigí a todos correctamente y solo hablé tanto como tenía que hacerlo, según las instrucciones. Evangeline hablaba suficiente por las dos, deleitando a las mujeres con su “amor eterno” por Cal y el honor que sentía al ser elegida. Pensé que las chicas de La Prueba de la Reina se unirían y la matarían, pero no lo hicieron, para mi molestia. Solo la abuela de Iral y Sonya parecían preocuparse porque estaba allí, aunque no empujaron más el interrogatorio. *Pero sin duda lo harán.*

Cuando Maven apareció alrededor de la esquina, estoy tan orgullosa de mi supervivencia en el almuerzo que ni siquiera estoy molesta por su presencia. De hecho, me siento extrañamente aliviada y dejo que un poco de mi acto frío caiga. Él sonríe, acercándose con unos pocos pasos largos.

—¿Aún con vida? —pregunta. En comparación con los Iral, es como un cachorro amigable.

No puedo evitar sonreír.

—Deberías enviar a lady Iral de regreso a los Lakelanders. Se rendiría en una semana.

Se obliga a una risa hueca.

—Es un hacha de guerra. Parece que no puede entender que no estará en la guerra por más tiempo. ¿Te interrogó en absoluto?

—Más bien como que me cuestionó. Creo que está enfadada porque le gané a su nieta.



El miedo parpadea en sus ojos, y lo entiendo. *Sí la Pantera está husmeando en mi dirección...*

—No debería molestarte así —murmura—. Voy a dejar que mi madre lo sepa, y se encargará de ella.

Por mucho que no quiero su ayuda, no veo ninguna otra manera de evitarla. Una mujer como Ara podría encontrar fácilmente las grietas de mi historia, y luego realmente terminaría aquí.

—Gracias, eso...eso sería muy útil.

El uniforme de Maven ha desaparecido, reemplazado por ropa casual construida para su forma y función. Me tranquiliza un poco, ver que por lo menos alguien viste de manera informal. Pero no puedo dejar que nada de él me calme. *Él es uno de ellos. No puedo olvidar eso.*

—¿Terminaste por el día? —dice, su rostro claro revela una sonrisa ansiosa—. Podría mostrarte los alrededores si quieres.

—No. —La palabra sale rápidamente, y su sonrisa se desvanece. Su ceño me desquicia tanto como su sonrisa—. Tengo Lecciones a continuación —agrego, con la esperanza de suavizar el golpe. Por qué me importan sus sentimientos, no lo sé exactamente—. Tu madre ama sus horarios.

Él asiente, viéndose un poco mejor.

—Lo hace de hecho. Bueno, no voy a entretenerte.

Toma mi mano suavemente. El frío que sentí en su piel antes se ha ido, reemplazado por un delicioso calor. Antes de que tenga la oportunidad de alejarme, él me deja parada allí sola.

Lucas me da un momento para mí misma antes de señalar:

—Sabes, conseguiríamos ir mucho más rápido si realmente te *movieras*.

—Cállate, Lucas.



13

*M*i próximo instructor me espera en una habitación desordenada, desde el piso al techo con más libros de los que he visto nunca, más libros de lo que jamás pensé *que existían*. Parecen antiguos y de un valor completamente incalculable. A pesar de mi aversión a la escuela y los libros de cualquier tipo, siento una atracción a ellos. Sin embargo, los títulos y las páginas están escritos en un idioma que no entiendo, un revoltijo de símbolos que nunca podría aspirar a descifrar.

Tan intrigantes como los libros, son los mapas colgados a lo largo de la pared, del reino y otras tierras, viejos y nuevos. Enmarcado contra la pared del fondo, detrás de un panel de vidrio, se encuentra un gran mapa colorido, hecho a partir de hojas de papel. Tiene, al menos, el doble de mi altura y domina la sala. Descolorido y rasgado, es un nudo enmarañado de líneas rojas, costas azules, bosques verdes y ciudades amarillas. Es el viejo mundo, el mundo de antes, con nombres viejos y viejas fronteras para los que ya no sirven.

—Es extraño ver el mundo como lo era antes —dice el instructor, apareciendo desde las estanterías de libros. Su traje amarillo, manchado y descolorido por la edad, lo hace parecer como un pedazo de papel humano—. ¿Puedes encontrar dónde estamos?

El tamaño del mapa me hace tragar, pero, como todo lo demás, estoy segura de que esto es una prueba.

—Puedo intentarlo.

Norta es el noreste. Los Pilares está en el Río Capital, y el río va al mar. Después de un minuto de incómoda búsqueda, por fin encuentro el río y la entrada cercana a mi pueblo.

—Allí —le digo, apuntando al norte, donde supongo que debería estar Summerton.

Asiente, feliz de saber que no soy una tonta total.

—¿Reconoces algo más?

Pero al igual que los libros, el mapa está escrito en un lenguaje desconocido.

—No puedo leerlo.

—No pregunté si podías leerlo —responde, todavía de forma agradable—. Además, las palabras pueden mentir. Mira más allá.



Con un encogimiento de hombros, me obligo a mirar de nuevo. Nunca fui buena estudiante en la escuela y este hombre lo averiguará muy pronto. Pero para mi sorpresa, me gusta este juego. Investigando el mapa, en busca de características que reconozco.

—Esa podría ser la Bahía Harbor —murmuro finalmente, rodeando el área alrededor de un cabo.

—Correcto —dice, su rostro arrugándose en una sonrisa. Las arrugas alrededor de sus ojos se profundizan con la acción, mostrando su edad—. Este es Delphie ahora —añade, señalando una ciudad más al sur. —Y Archeon está aquí.

Pone un dedo sobre el Río Capital, a pocos kilómetros al norte de lo que parece ser la ciudad más grande en el mapa, en todo el país del mundo de antes. *Las Ruinas*. He oído el nombre, en susurros entre los chicos mayores, y de mi hermano Shade. *La Ciudad de Ceniza*, *Los Restos*, la llamaba. Un temblor recorre mi espalda al pensar en un lugar así, todavía cubierto de humo y sombra de una guerra de hace más de mil años. *¿Será este mundo alguna vez así, si nuestra guerra no termina?*

El instructor retrocede para dejarme pensar. Tiene una idea muy extraña de la enseñanza; probablemente va a terminar con un juego de cuatro horas en una pared.

Pero, de repente, soy muy consciente del zumbido en esta habitación. O su falta. Todo este día he sentido el peso eléctrico de las cámaras, tanto que he dejado de notarlo. Hasta ahora, cuando no lo siento en absoluto. *Se ha ido*. Puedo sentir las luces todavía palpitantes con la electricidad, pero no hay cámaras. No hay ojos. Elara no me puede ver aquí.

—¿Por qué no hay nadie mirándonos?

Solo parpadea.

—Así que hay una diferencia —murmura.

No sé a qué se refiere. Y eso me enfurece.

—¿Por qué?

—Mare, estoy aquí para enseñarte historias, para enseñarte cómo ser Plateada y la forma de ser, ah, *útil* —dice, de manera cortante.

Lo miro, confundida. El miedo me recorre.

—Mi nombre es Mareena.

Pero solo agita una mano, ignorando mi débil declaración.

—También voy a tratar de entender exactamente *cómo* sucedió y cómo funcionan tus habilidades.

—Mis habilidades llegaron porque... porque soy una Plateada. Las habilidades de mis padres se mezclaron, mi padre fue un olvido y mi madre una tormenta —tartamudeo a través de la explicación que Elara me dio, tratando de hacerle entender— Soy una Plateada, señor.

—Para mi horror, niega.

—No, no lo eres, Mare Barrow, y no debes olvidarlo.



Lo sabe. Estoy acabada. Se acabó.

Debo pedir, rogar que guarde mi secreto, pero las palabras se quedan en mi garganta. El final se acerca y ni siquiera puedo abrir la boca para detenerlo.

—No hay necesidad de eso —continúa, señalando mi miedo—. No tengo planes de alertar a nadie de tu *herencia*.

El alivio que siento dura muy poco, lo cambio por otro tipo de miedo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere de mí?

—Soy, por encima de todas las cosas, un hombre curioso. Y cuando entraste a La Prueba de la Reina como una sirvienta Roja y acabaste siendo una dama Plateada perdida hace mucho tiempo, tengo que decir que tuve bastante curiosidad.

—¿Es por eso que no hay cámaras aquí? —Me enfurezco, alejándome. Mis puños se aprietan y deseo que el rayo venga a protegerme de este hombre—. ¿Así que no hay grabaciones *examinándome*?

—Aquí no hay cámaras porque tengo el poder para apagarlas.

Esperanza se enciende como luz en la oscuridad absoluta.

—¿Cuál es su poder? —pregunto con voz temblorosa. *Tal vez es como yo.*

—Mare, cuando una Plateada dice *poder*, significa *fiereza*, *fuerza*. *Habilidad*, por otro lado, se refiere a todas las pequeñas cosas tontas que podemos hacer. —*Pequeñas cosas tontas*. Como partir a un hombre por la mitad o ahogarlo en la plaza del pueblo—. Quiero decir que mi hermana fue la reina una vez, y eso aún significa algo por aquí.

—Lady Blonos no me enseñó eso.

Se ríe para sí mismo.

—Eso es porque lady Blonos te está enseñando tonterías. Nunca voy a hacer eso.

—Así que, si la reina *fue* su hermana, entonces usted es...

—Julian Jacos, a tu servicio. —Hace una cómica reverencia—. Jefe de la Casa Jacos, heredero de nada más que un par de libros viejos. Mi hermana fue la difunta reina Coriane y el príncipe Tiberias el Séptimo, Cal como todos lo llaman, es mi sobrino.

Ahora que lo dice, puedo ver el parecido. La coloración de Cal es la de su padre, pero la expresión cálida, el calor detrás de sus ojos tiene que venir de su madre.

—¿Así que, no me va a convertir en un experimento científico de la reina? —pregunto, aún desconfiada.

En lugar de verse ofendido, Julian se ríe en voz alta.

—Querida, a la reina lo que más le gustaría es que desaparecieses. Descubrir lo que eres, ayudarte a entender, es lo *último* que quiere.

—¿Pero va a hacerlo de todos modos?

Algo aparece en sus ojos, semejante a la ira.



—El alcance de la reina no es tan grande como quiere que pienses. Quiero saber lo que eres, y estoy seguro de que tú también.

Hace un momento estaba asustada, ahora siento curiosidad.

—Lo hago.

—Es lo que pensaba —asegura, sonriéndome sobre una pila de libros—. Lamento decir que también debo hacer lo que se me pidió, prepararte para el día en que des un paso adelante.

Mi cara cae, recordando lo que Cal explicó en la sala del trono. *Eres su campeona. Una Plateada volviéndose Roja.*

—Me quieren utilizar para detener una rebelión. De alguna manera.

—Sí, mi querido cuñado y su reina creen que puedes hacerlo, si se te utiliza adecuadamente. —Amargura gotea en cada palabra.

—Es una idea estúpida e imposible. No voy a ser capaz de hacer nada, y entonces... —Mi voz se desvanece. *Entonces me matarán.*

Julian sigue el hilo de mis pensamientos.

—Te equivocas, Mare. No comprendes el poder que tienes ahora, cuánto puedes controlar. —Pone las manos detrás de su espalda, extrañamente apretadas—. La Guardia Escarlata es demasiado drástica para la mayoría, y demasiado rápidos. Pero eres el cambio controlado, del tipo en que la gente puede confiar. Eres el fuego lento que sacia una revolución con unos discursos y sonrisas. Puedes hablar con los Rojos, decirles cuan nobles, cuan benevolentes, cuan *razonables* son el rey y sus Plateados. Puedes convencer a tu gente de que vuelvan a sus cadenas. Incluso los Plateados que cuestionan el rey, los que tienen dudas, pueden ser persuadidos por *ti*. Y el mundo seguirá siendo el mismo.

Para mi sorpresa, Julian parece desalentado por esto. Sin las cámaras vibrando, me olvido de mí misma y mi cara se arruga en una mueca de desprecio.

—¿Y no quiere eso? Es un Plateado, debe *odiar a* la Guardia Escarlata y a mí.

—Pensar que todos los Plateados son malvados es tan erróneo como pensar que todos los Rojos son inferiores —dice, con voz grave—. Lo que mi gente está haciéndole a ti y los tuyos está mal a los niveles más profundos de la humanidad. Oprimirlos, atraparlos en un ciclo sin fin de pobreza y muerte, ¿simplemente porque pensamos que son *diferentes* a nosotros? Eso no es *correcto*. Y como cualquier estudiante de historia te puede decir, eso terminará mal.

—Pero somos diferentes. —Un día, este mundo me enseñó eso—. No somos iguales.

Julian se inclina, con los ojos clavados en los míos.

—Estoy buscando probar que están equivocados.

Estás mirando a un bicho raro, Julian.

—¿Dejarás que te demuestre que estás equivocada, Mare?

—¿De qué sirve hacerlo? Nada va a cambiar.



Julian suspira, exasperado. Pasa su mano por su delgado cabello castaño.

—Durante cientos de años, los Plateados han caminado por la tierra como dioses vivientes y los Rojos han sido esclavos a sus pies, *hasta tú*. Si eso no es cambiar, no sé lo que es.

Puede ayudarme a sobrevivir. Mejor aún, podría incluso ayudarme a vivir.

—Entonces, ¿qué hacemos?



Mis días adquieren un ritmo, siempre el mismo horario. Protocolo en la mañana, Lecciones en la tarde, mientras Elara me hace desfilar en los almuerzos y cenas. La Pantera y Sonya aún parecen desconfiar de mí, pero no han dicho nada desde el almuerzo. La ayuda de Maven parece haber funcionado, por mucho que me cueste admitirlo.

En la próxima reunión, esta vez en el comedor personal de la reina, las Iralas me ignoran completamente. A pesar de mis lecciones de protocolo, el almuerzo sigue siendo abrumador mientras trato de recordar lo que me han enseñado. *Osanos, Ninfas, azul y verde. Welle, guardas Verdinos, verde y oro. Lerolan, Olvidos, naranja y rojo. Rhambos, Tyros, Normus e Iral y muchos más*. Cómo alguien realiza un seguimiento de esto, nunca lo sabré.

Como de costumbre, estoy sentada junto a Evangeline. Soy muy consciente de los muchos utensilios de metal sobre la mesa, todas armas letales en la mano cruel de Evangeline. Cada vez que levanta el cuchillo para cortar su comida, mi cuerpo se tensa, esperando el golpe. Elara sabe lo que estoy pensando, como siempre, pero continúa su comida con una sonrisa. Eso podría ser peor que la tortura de Evangeline, saber que se complace en ver nuestra guerra silenciosa.

—¿Y cómo le parece el Salón del Sol, lady Titanos? —pregunta la chica frente a mí, *Atara, Casa Viper, verde y negro. Los Animos que mataron a las palomas*—. Supongo que no hay comparación con la del *pueblo* en que vivía antes —dice la palabra *pueblo* como una maldición, y no me pierdo su sonrisa.

Las otras mujeres se ríen con ella, unos cuantos susurros en voces escandalizadas.

Me toma un minuto responder mientras trato de evitar que mi sangre hierva.

—El Salón y Summerton son muy diferentes de lo que estoy acostumbrada —me obligo a decir.

—Obviamente —afirma otra mujer, inclinándose hacia adelante para unirse a la conversación. Una Welle, a juzgar por su túnica verde y oro—. Recorrí el Valle de capital una vez, y debo decir que los pueblos Rojos son simplemente deplorables. Ni siquiera tienen caminos adecuados.

Apenas podemos alimentarnos, por no hablar de pavimentar las calles.



Mi mandíbula se aprieta hasta que creo que mis dientes pueden romperse. Trato de sonreír, pero en su lugar, termino haciendo una mueca mientras las otras mujeres expresan su acuerdo.

—Y los Rojos, bueno, supongo que es lo mejor que pueden hacer con lo que tienen —continúa la Welle, arrugando la nariz ante la idea—. Están adaptados a ese tipo de vida.

—No es culpa nuestra que nacieran para servir —declara una Rhambos en túnica marrón alegremente, como si hablara sobre el tiempo o la comida—. Es la naturaleza, simplemente.

La ira me agobia, pero una mirada de la reina me dice que no puedo actuar en consecuencia. En su lugar, debo cumplir con mi deber. Debo mentir.

—Es verdad —me oigo decir. Debajo de la mesa, mis manos se aprietan, y creo que mi corazón podría romperse.

Por todas partes de la mesa, las mujeres escuchan atentamente. Muchas sonríen, más asienten de cuando reafirmo sus terribles creencias acerca de mi pueblo. Sus caras me dan ganas de gritar.

—Por supuesto. —Sigo sin poder detenerme—. Ser forzado a vivir esas vidas, sin tregua, sin respiro, sin escapatoria; haría sirvientes a cualquiera.

Las pocas sonrisas se desvanecen, crispándose en desconcierto.

—Lady Titanos tiene los mejores profesores y mejor ayuda para asegurarnos de que se ajusta adecuadamente —dice Elara rápidamente, cortándome—. Ya ha comenzado con lady Blonos.

Las mujeres murmuran con admiración mientras las chicas intercambian miradas. Es tiempo suficiente para recuperarme, para recuperar el dominio de mí misma que necesito para sobrevivir a la comida.

—¿Qué intención tiene su alteza real con los rebeldes? —pregunta una mujer. Su voz ronca silencia el almuerzo, desviando la atención de mí.

Todos los ojos en la mesa se vuelven a la hablante, una mujer con uniforme militar. Algunas otras damas visten uniformes también, pero el suyo brilla con más medallas y cintas. La cicatriz fea en su rostro pecoso dice que puede realmente habérselas ganado. Aquí, en un palacio, es fácil olvidar que hay una guerra en marcha, pero la mirada encantada en su ojo dice que no, que *no puede*, olvidar.

La reina Elara suelta la cuchara con gracia practicada y una sonrisa igualmente practicada.

—Coronel Macanthos, apenas los llamaría rebeldes...

—Y ese es solo el ataque que aseguraron —responde la coronel, interrumpiendo a la reina—. ¿Qué pasa con la explosión en puerto de la Bahía, o el campo de aviación en Delphie para el caso? ¡Tres jets destruidos y dos más *robados* de una de nuestras propias bases!



Mis ojos se abren y no puedo dejar de jadear con algunas damas. *¿Más ataques?* Pero mientras las demás parecen asustadas, con las manos apretadas contra sus bocas, tengo que luchar contra el impulso de sonreír. *Farley ha estado ocupada.*

—¿Es usted ingeniera, Coronel? —La voz de Elara es fuerte, fría y determinante. No le da a Macanthos la oportunidad de negar—. Entonces no entiende cómo una fuga de gas en la Bahía tuvo la culpa de la explosión. Y recuérdeme, ¿usted comanda las tropas aéreas? Oh, no, lo siento mucho, su especialidad radica en las fuerzas de tierra. El incidente del aeródromo fue un ejercicio de entrenamiento supervisado por el propio señor general Laris. Le ha asegurado personalmente a su alteza la máxima seguridad en la base Delphie.

En una lucha justa, Macanthos probablemente podía destrozar a Elara con sus propias manos. Pero en cambio, Elara destrozó a la Coronel, con solo palabras. Y aún no ha terminado. Las palabras de Julian, resuenan en mi cabeza, *las palabras pueden mentir.*

—Su objetivo es hacer daño a civiles inocentes, Plateados y Rojos, para incitar el miedo y la histeria. Son pequeños, independientes y cobardes, escondiéndose de la justicia de mi marido. Denominar a todos los contratiempos y malentendidos de este reino, obra de estos malévolos; únicamente contribuye a sus esfuerzos por aterrorizarnos. No les den esa satisfacción a esos monstruos.

Unas cuantas mujeres en la mesa aplauden y asienten, coincidiendo con la mentira de la reina. Evangeline se une y la acción se propaga rápidamente, hasta que los únicos que nos quedamos en silencio somos la coronela y yo. Puedo asegurar que no cree nada de lo que la reina dice, pero no hay manera de que llame mentirosa a la reina. No aquí, no en su arena.

Aunque quiera quedarme quieta, sé que no puedo. Soy Mareena, no Mare; y tengo que apoyar a mi reina y sus miserables palabras. Mis manos se juntan, aplaudiendo por la mentira de Elara, mientras que la escarmentada coronel baja la cabeza.



Aunque estoy constantemente rodeada de sirvientes y Plateados, la soledad se establece. No veo mucho a Cal, debido a su apretada agenda de entrenamiento, entrenamiento y más entrenamiento. Incluso cuando sale de la sala, va a hacer frente a las tropas a la base más cercana o acompaña a su padre en los asuntos del Estado. Supongo que podría hablar con Maven, con sus ojos azules y media sonrisa, pero aún desconfío de él. Por suerte nunca estamos realmente solos. Es una tradición tonta de la corte, para evitar que los niños y niñas nobles sean *tentados*, como lady Blonos lo fue; pero dudo que alguna vez eso se aplique a mí.

A decir verdad, la mitad del tiempo se me olvida que tengo que casarme con él algún día. La idea de que Maven vaya a ser mi marido no parece real. Ni siquiera somos amigos, somos socios solamente. Tan agradable como es, mis instintos me



dicen que no le dé la espalda al hijo de Elara, que está escondiendo algo. Sea lo que sea, no sé.

Las clases de Julian lo hacen más soportable, la educación que antes temía es ahora mi punto brillante en un mar de oscuridad. Sin las cámaras y los ojos de Elara, podemos pasar el tiempo descubriendo lo que realmente soy. Pero es un proceso lento y nos estamos frustrando.

—Creo que sé cuál es tu problema —dice Julian al terminar mi primera semana.

Estoy de pie a unos metros de distancia, con los brazos extendidos, luciendo como la habitual tonta. Hay un artefacto eléctrico extraño a mis pies que, ocasionalmente, escupe chispas. Julian quiere que lo aproveche, que lo use; pero una vez más, no he podido producir el rayo que me metió en este lío en primer lugar.

—Tal vez tengo que estar en peligro de muerte —comento—. ¿Le pedimos el arma a Lucas?

Por lo general, Julian se ríe de mis chistes, pero ahora está demasiado ocupado pensando.

—Eres como una niña —dice finalmente. Arrugo la nariz ante el insulto, pero continúa de todos modos—. Así es como los niños suelen ser al principio, cuando no pueden controlarse. Sus habilidades se presentan en momentos de estrés o miedo, hasta que aprenden a aprovechar esas emociones y usarlas a su beneficio. Es un disparador, hay que encontrar el tuyo.

Recuerdo cómo me sentía en el Jardín Espiral, cayendo en lo que pensaba que era mi destino. Pero no fue el miedo corriendo por mis venas lo que me hizo crear el rayo a modo de escudo, fue la paz. Fue *saber* que mi fin había llegado y aceptar que no había nada que pudiera hacer para detenerlo, fue dejarme ir.

—Vale la pena intentarlo, al menos —me incita Julian.

Con un gemido, me enfrento a la pared. Julian la forró con algunos estantes de piedra, todos vacíos por supuesto, así tengo algo a lo que apuntar. Por el rabillo de mi ojo, lo veo apartarse, mirándome todo el tiempo.

Déjalo ir. Déjate llevar, mi voz susurra en mi cabeza. Mi ojos se cierran cuando me centro, dejando que mis pensamientos se aparten para que mi mente pueda centrarse, sentir la electricidad que anhelo tocar. La onda de energía vive bajo mi piel, se mueve sobre mí otra vez hasta que burbujea en todos mis músculos y nervios. Allí es, por lo general, donde se detiene, justo en el límite de los sentimientos; pero no esta vez. En lugar de tratar de aguantar, de detener esta fuerza, me dejo llevar. Y caigo en algo que no puedo explicar. Una sensación que es todo y nada, luz y oscuridad, frío y calor, vida y muerte. Pronto el poder es la única cosa en mi cabeza, borrando todos mis fantasmas y recuerdos. Incluso Julian y los libros dejan de existir. Mi mente está clara, un vacío negro tararea con fuerza. Ahora cuando empujo la sensación, esta no desaparece y se mueve dentro de mí, desde mis ojos hasta la punta de mis dedos. A mi izquierda, Julian jadea en voz alta.

—Mis ojos se abren para ver chispas púrpuras y blancas saltando desde el aparato a mis dedos, como la electricidad entre cables.



Por una vez, Julian no tiene nada que decir. Y yo tampoco.

No me quiero mover, temerosa de que cualquier pequeño cambio pueda hacer que el rayo desaparezca. Pero no se desvanece. Se mantiene saltando y girando en mi mano, como un gatito con una bola de lana. Parece tan inofensivo, pero recuerdo lo que casi le hice a Evangeline. *Este poder puede destruir si se lo permito.*

—Trata de moverlo —murmura Julian, mirándome con ojos emocionados y amplios.

Algo me dice que este relámpago obedecerá mis deseos. Es parte de mí, una parte de mi alma viva en el mundo.

Mi puño se aprieta en una bola y las chispas reaccionan a mis músculos tensos, cada vez más grandes, más brillantes y más rápidas. Se comen la manga de mi camisa, queman el tejido en cuestión de segundos. Como un niño que lanza una bola, muevo mi brazo como un látigo hacia los estantes de piedra y abro el puño en el último momento. El rayo vuela por el aire en un círculo de chispas brillantes, chocando con las estanterías.

El *boom* consecuencia de eso me hace gritar y caer en una pila de libros. Me caiga al suelo, con el corazón acelerado en el pecho y la estantería de piedra sólida se derrumba en una gran nube de polvo. Chispas parpadean sobre los escombros un momento antes de desaparecer, dejando nada más que restos.

—Lo siento por la estantería —digo desde debajo de una pila de libros caídos. Mi manga todavía humea en una ruina de hilo, pero no es nada comparado con el zumbido de mi mano. Mis nervios silban, hormigueando con un poder que se sentía bien.

La sombra de Julian se mueve a través del aire turbio, una profunda carcajada le sale del pecho mientras examina mi obra. Su sonrisa blanca brilla a través del polvo.

—Vamos a necesitar un aula más grande.

No se equivoca. Nos vimos obligados a encontrar una habitación, nueva y más grande, para practicar cada día; hasta que finalmente encontramos un lugar en los niveles subterráneos una semana más tarde. Aquí las paredes son de metal y concreto, más fuertes que la piedra decorativa y la madera de los pisos superiores. Mi objetivo es pésimo, por no decir otra cosa, y Julian es muy cuidadoso en mantenerse alejado durante mi práctica, pero se hace cada vez más fácil para mí llamar al rayo.

Julian toma notas todo el tiempo, apuntándolo todo, desde mis latidos hasta el calor de una taza recientemente electrificada. Cada nueva nota trae otra sonrisa perpleja pero feliz en su rostro, aunque no me dice el por qué. Dudo que lo entendiera aunque me lo dijese.

—Fascinante —murmura, leyendo algo de otro artefacto de metal que no puedo nombrar. Dice que mide la energía eléctrica, pero no lo conozco.

Froto mis manos juntas, observándolas *apagarse*, como lo llama Julian. Mis mangas se mantienen intactas en esta ocasión, gracias a mi nueva ropa. Es tejido ignífugo, como el que llevan Cal y Maven, aunque el mío debería llamarse a prueba de golpes.



—¿Qué es fascinante?

Vacila, no queriéndomelo decir, como si no me lo *pudiese* decir, pero finalmente se encoge de hombros.

—Antes de encender y freír esa pobre estatua. —Señala la pila humeante de escombros de lo que alguna vez fue un busto de algún rey—. Medí la cantidad de electricidad en esta habitación. De las luces, el cableado, ese tipo de cosas. Y ahora te acabo de medir.

—¿Y?

—Liberaste más del *doble* de lo que medí antes —dice con orgullo, aunque no entiendo por qué es tan importante. Con un golpe rápido, apaga la caja de chispas, como he empezado a llamarla. Puedo sentir la electricidad yéndose—. Inténtalo de nuevo.

Resoplando, me concentro de nuevo. Después de un momento de reflexión mis chispas regresan, tan fuertes como antes. Pero esta vez vienen desde mi interior.

La sonrisa de Julian divide su cara de oreja a oreja.

—¿Así que... ?

—Así que esto confirma mis sospechas. —A veces me olvido de que Julian es un erudito y un científico. Pero, siempre rápido, me lo recuerda—. Produces la energía eléctrica.

Ahora estoy realmente confundida.

—Bien. Esa es mi *capacidad*, Julian.

—No, pensaba que tu capacidad era el poder de manipularla, no crearla —dice, bajando la voz con gravedad—. Nadie puede *crear*, Mare.

—Pero eso no tiene sentido. Las Ninfas...

—Manipulan el agua que ya existe. No pueden utilizar lo que no existe.

—Bueno, ¿qué pasa con Cal? ¿Y con Maven? No veo que ardan muchas llamas a su alrededor que puedan manipular.

Julián sonríe, sacudiendo la cabeza.

—Has visto sus pulseras, ¿verdad?

—Siempre las usan.

—Las pulseras crean chispas diminutas que los chicos puedan controlar. Sin algo que encienda el fuego, son impotentes. Todos los elementos son iguales, manipulan metal, agua o la vida de las plantas existentes. Son tan fuertes como su entorno. No como tú, Mare.

No como yo. No soy como cualquier persona.

—Entonces, ¿qué significa?

—No estoy muy seguro. Eres algo completamente distinto. No Roja o Plateada. Algo diferente. Algo *más*.



—Algo diferente. —Esperaba que las pruebas de Julian me acercasen a algún tipo de respuesta, pero en lugar de eso solo generan más preguntas—. ¿Qué soy, Julian? ¿Qué hay de malo en mí?

De repente es muy difícil respirar y mis ojos se empañan. Tengo que contener las lágrimas calientes, tratar de ocultarlas de Julian. Todo esto me está agotando, creo. Lecciones, protocolo, este lugar donde no puedo confiar en nadie, donde ni siquiera soy yo misma. Es sofocante. Quiero gritar, pero sé que no puedo.

—No hay nada *malo* en ser diferente —oigo a Julian decir, pero las palabras son solo un eco. Mis propios pensamientos, los recuerdos de casa, de Gisa y Kilorn, lo ahogan.

—¿Mare?

Da un paso hacia mí, su rostro una imagen de bondad, pero se mantiene a un brazo de distancia. No por mi seguridad, por la suya propia. Para protegerse de mí. Con un suspiro, me doy cuenta de que las chispas han regresado, corriendo por mis antebrazos ahora, amenazando con engullirme en una tormenta brillante y furiosa.

—Mare, céntrate en mí. Mare, contrólalo.

Habla en voz baja, con calma, pero con firmeza. Incluso parece *asustado* de mí.

—*Contrólalo*, Mare.

Pero no puedo controlar nada. Ni mi futuro, ni mis pensamientos, ni siquiera esta *habilidad* que es la raíz de todos mis problemas.

Hay una cosa que todavía puedo controlar, sin embargo, por ahora al menos. Mis pies.

Como la miserable cobarde que soy, corro.

Los pasillos están vacíos mientras corro a través de ellos, pero el peso invisible de mil cámaras me aplaca. No tengo mucho tiempo hasta que Lucas o, peor aún, los Centinelas, me encuentren. Solo necesito respirar. Solo tengo que ver el cielo por encima de mí, no el vidrio.

Estoy de pie en el balcón unos diez segundos antes de darme cuenta de que está lloviendo, lavando, limpiando mi ebullición de ira. Las chispas se han ido y son reemplazadas por feas y feroces lágrimas que recorren mi rostro. Un trueno retumba en algún lugar lejano y el aire es cálido. Pero la temperatura húmeda se ha ido. El calor ha menguado y el verano se acabará pronto. El tiempo pasa. Mi vida se está yendo, no importa lo mucho que quiera que permanezca igual.

Cuando una mano fuerte se cierra alrededor de mi brazo, casi grito. Dos Centinelas están encima de mí, sus ojos oscuros detrás de sus máscaras. Ambos son dos veces mi tamaño y sin corazón, tratando de arrastrarme de nuevo a mi prisión.

—Mi lady —gruñe uno de ellos, sin sonar para nada respetuoso.

—Déjame ir —la orden es débil, casi un susurro. Trago aire como si me estuviera ahogando—. Solo dame unos minutos, por favor...

Pero no soy su jefa. No responden ante mí. Nadie lo hace.



—Ya ha oído a mi novia —dice otra voz. Sus palabras son firmes y duras, la voz de la realeza. *Maven*—. Déjala ir.

Cuando el príncipe da unos pasos hacia el balcón, no puedo evitar sentir una oleada de alivio. Los Centinelas se enderezan en su presencia, los dos inclinan las cabezas en su dirección. El que me sostiene habla primero.

—Debemos mantener a lady Titanos en su horario —admite, pero afloja su agarre—. Es una orden, señor.

—Entonces ustedes tienen una nueva orden —responde Maven, su voz como el hielo—. Voy a acompañar a Mareena a sus clases.

—Muy bien, señor —contestan los Centinelas al unísono, incapaces de rechazar a un príncipe.

Cuando se van pisando fuerte, sus capas de fuego goteando por la lluvia, suspiro en voz alta. No me di cuenta antes, pero me tiemblan las manos y tengo que apretar los puños para ocultar los temblores. Pero Maven es educado y finge no darse cuenta.

—Tenemos duchas funcionando en el *interior*, ya lo sabes.

Me limpio los ojos con las manos; aunque mis lágrimas se pierden en la lluvia, dejando solo una nariz moqueando y vergonzosamente algo de maquillaje negro. Afortunadamente, mi polvo de plata se mantiene. Está hecho de un material más fuerte que yo.

—Primera lluvia de la temporada —me las arreglo pare decir, obligándome a parecer normal—. Tenía que verla por mí misma.

—Bien —dice, parándose a mi lado. Giro la cabeza, con la esperanza de poder ocultar mi rostro un poco más de tiempo—. Lo entiendo, sabes.

¿De verdad, príncipe? ¿Entiendes lo que se siente al ser apartado de todo lo que amas, obligado a ser otro? ¿Mentir cada minuto de cada día por el resto de tu vida? ¿Sabiendo que hay algo mal contigo?

No tengo la fuerza para hacerles frente a sus cómplices sonrisas.

—Puedes dejar de pretender que sabes de mí o mis sentimientos.

Su expresión se amarga por mi tono, tuerce la boca en una mueca.

—¿Crees que no sé lo difícil que es estar aquí? ¿Con esta *gente*? —Lanza una mirada por encima del hombro, como si estuviese preocupado de que lo escuchasen. Pero no hay nadie escuchando excepto la lluvia y los truenos—. No puedo decir lo que quiero, hacer lo que quiero... con mi madre alrededor apenas puedo siquiera pensar en lo que quiero. ¡Y mi hermano...!

—¿Qué hay de tu hermano?

Las palabras se pegan a su boca. No las quiere decir, pero las siente.

—Es fuerte, tiene talento, es poderoso... soy su sombra. La sombra de la llama.

Lentamente, exhala, y me doy cuenta de que el aire que nos rodea es extrañamente caliente.



—Lo siento —añade, apartándose, dejando el aire frío. Ante mis ojos, se convierte de nuevo en el príncipe Plateado, adecuado para los banquetes y uniformes de gala—. No debería haber dicho eso.

—Está bien —murmuro—. Es bueno saber que no soy la única que se siente fuera de lugar.

—Eso es algo que debes saber sobre nosotros, los Plateados. Siempre estamos solos. Aquí y aquí —puntualiza, señalando su cabeza y su corazón—. Te mantiene fuerte.

Un relámpago estalla en el cielo, iluminando sus ojos azules, que parecen brillar.

—Eso es estúpido —le digo, y él ríe oscuramente.

—Es mejor que oculte ese corazón suyo, lady Titanos. No te va a llevar a dónde quieres ir.

Las palabras me hacen temblar. Finalmente me acuerdo de la lluvia y el lío que debo ser.

—Debería volver a mis clases —murmuro, con la intención de dejarlo en el balcón. En cambio, agarra mi brazo.

—Creo que puedo ayudarte con tu problema.

Levanto una ceja.

—¿Qué problema?

—No pareces el tipo de chica que llora porque se le ha caído un sombrero. Estás nostálgica. —Levanta una mano antes de que pueda protestar—. Puedo arreglar eso.



14

*S*uardias de seguridad patrullan por mi pasillo en parejas, pero con Maven de mi brazo, no me detienen. Aunque es de noche, mucho después de la hora en que debería estar en la cama, nadie dice una palabra. Nadie manda a un príncipe. Hacia dónde me está llevando ahora, no sé, pero me prometió conseguirme algo allí. *Mi hogar.*

Está tranquilo pero decidido, lucha contra una pequeña sonrisa. No puedo dejar de sonreírle. *Tal vez no es tan malo.* Nos detiene mucho tiempo después del que asumí que debía, ni siquiera salimos de los pisos de residencia.

—Aquí estamos —dice, y golpea la puerta.

Se abre después de un momento, revelando a Cal. Su aspecto me hace dar un paso atrás. Su pecho está desnudo, mientras que el resto de su extraña armadura cuelga de él. Accesorios metálicos están entretejidos en la tela, alguno de ellos abollados. No paso por alto el moratón encima de su corazón, o los rasguños leves en sus mejillas. Es la primera vez que lo veo en más de una semana, y lo he encontrado en un mal momento, obviamente. No me nota; se centra en eliminar más de su armadura. Me hace tomar aire.

—Conseguimos establecer el consejo, Mavey —comienza, pero se detiene cuando me ve de pie con su hermano—. Mare, ¿cómo puedo, uh, qué puedo hacer por ti? —Tropieza con sus palabras, perplejo.

—No estoy exactamente segura —le contesto, mirando de él a Maven. Mi prometido solo sonríe, levantando una ceja un poco.

—Para ser buen hijo, mi hermano tiene su propio criterio —dice, y su tono es sorprendentemente juguetón. Incluso Cal sonríe un poco, rodando los ojos—. Tú querías ir a casa, Mare, y te he traído hacia alguien que ha estado allí antes.

Después de un segundo de confusión, me doy cuenta de lo que Maven está diciendo y lo estúpida que soy por no darme cuenta antes. *Cal puede sacarme del palacio. Cal estaba en la taberna.... Él pudo salir de aquí, así que puede hacer lo mismo por mí.*

—Maven —dice Cal entre dientes, su sonrisa desaparece—. Sabes que no puedo. No es una buena idea...

Es mi turno de hablar, de conseguir lo que quiero.

—Mentiroso.

Me mira con sus ojos ardientes, su mirada me atraviesa. Espero que pueda ver mi determinación, mi desesperación, mi *necesidad.*



—Hemos tomado todo de ella, hermano —murmura Maven, acercándose—. ¿Sin duda, podemos darle esto?

Y luego, lentamente, a regañadientes, Cal asiente y me deja entrar en su habitación. Mareada por la emoción, me apresuro a entrar, casi saltando de un pie a otro.

Me voy a casa.

Maven se queda en la puerta, su sonrisa se desvanece un poco cuando me voy de su lado.

—No vendrás. —No es una pregunta.

Niega.

—Vas a tener bastante de qué preocuparte sin mí siguiéndote.

No tengo que ser un genio para ver la verdad en sus palabras. Pero solo porque no venga, no significa que voy a olvidar lo que ya ha hecho por mí. Sin pensarlo, echo mis brazos a su alrededor. No responde por un segundo, pero poco a poco envuelve su brazo por mis hombros. Cuando me muevo hacia atrás, un rubor plata pinta sus mejillas. Puedo sentir mi propia sangre correr caliente debajo de mi piel, golpeando en mis oídos.

—No se tarden —dice, moviendo sus ojos lejos de mí para mirar a Cal.

Cal apenas sonríe.

—Actúas como si nunca hubiese hecho esto antes.

Los hermanos comparten una risa, riendo solo uno para el otro como he visto a mis hermanos hacer mil veces antes. Cuando la puerta se cierra detrás de Maven, dejándome con Cal, no puedo evitar sentir menos animosidad hacia los príncipes.

La habitación de Cal es el doble del tamaño de la mía, pero está tan llena que parece más pequeña. Armadura, uniformes y trajes de combate llenan los huecos de las paredes, todo cuelga de lo que supongo que son modelos del cuerpo de Cal. Estos se elevan como fantasmas sin rostro, mirando con los ojos invisibles. La mayor parte de las armaduras son livianas, de placa de acero y tela gruesa, pero unas pocas son de alta resistencia, aptas para la batalla, no el entrenamiento. Incluso tiene un casco de metal brillante, con una placa frontal de cristal tintado. Una insignia resplandece en la manga, cosida en el material gris oscuro. La flamante corona negra y alas de plata. Lo cual significa, que fueron utilizados los uniformes, lo que Cal ha *hecho* en ellos, eso no lo quiero pensar.

Al igual que Julian, Cal tiene montones de libros apilados por todas partes, derramados en pequeños ríos de tinta y papel. No son tan antiguos como los de Julian aunque, la mayoría luce recientemente encuadernado, escrito a máquina y reimpresso en hojas revestidas de plástico para conservar las palabras. Y todos están escritos en común lenguaje de Norta, los Lagos, y Piedmont. Mientras Cal desaparece en su armario, quitándose el resto de su armadura, le echo un vistazo a sus libros. Son extraños, llenos de mapas, diagramas y cuadros, guías para la terrible arte de la guerra. Cada uno es más violento que el anterior, detallando los movimientos militares de los últimos años e incluso antes. Grandes victorias, derrotas sangrientas, armas y

maniobras, es suficiente para hacer girar mi cabeza. Las notas de Cal dentro de ellos son peores, destacando las tácticas que les favorece, cuáles valen la pena que le cueste la vida. En las imágenes, pequeños cuadrados representan los soldados, pero veo a mis hermanos y Kilorn y todo el mundo en ellos.

Más allá de los libros, por la ventana, hay una pequeña mesa y dos sillas. Sobre la mesa, un tablero de juego está preparado, las piezas ya colocadas. No lo reconozco, pero sé que es para Maven. Ellos deben juntarse todas las noches, para jugar y reír como los hermanos hacen.

—No vamos a tener mucho tiempo para visitas —dice Cal en voz alta, haciéndome saltar. Echo un vistazo al armario, y veo su alta y musculosa espalda mientras saca una camisa. Tiene muchas magulladuras y cicatrices, a pesar de que estoy segura de que tendría acceso a un ejército de curanderos si quisiera. Por alguna razón, ha elegido mantener las cicatrices.

—Siempre y cuando tenga la oportunidad de ver a mi familia —le contesto, moviéndome lejos, así ya no me quedo mirándolo.

Cal sale, esta vez completamente vestido de civil. Después de un momento, me doy cuenta de que es lo mismo que llevaba la noche que lo conocí. No puedo creer que no lo reconocí por lo que es desde el principio: un lobo con piel de cordero. Y ahora soy la oveja que finge ser un lobo.

Salimos de los pisos de residencia rápidamente, moviéndonos hacia abajo. Finalmente, Cal gira en una esquina, y nos dirige a una amplia sala de hormigón.

—Justo aquí.

Parece una especie de almacén, lleno de filas de extrañas formas cubiertas de lonas. Algunas son grandes, otras son pequeñas, pero todas están ocultas.

—Es un callejón sin salida —protesto. No hay otra salida que ir por el camino que vinimos.

—Sí, Mare, te he traído a un callejón sin salida —suspira, caminando por una fila en particular. Las lonas se mueven a su paso, y vislumbro el brillo del metal debajo.

—¿Más armaduras? —Me asomo a una de las formas—. Iba a decir que probablemente deberías conseguir alguna más. No parece como si tuvieses suficiente puestas. En realidad, es posible que desees ponerte alguna. Mis hermanos son bastante enormes y les gusta golpear a la gente. —Aunque, a juzgar por la colección de libros y músculos de Cal, él puede mantenerse por su propia cuenta. *Por no hablar de todo el asunto de controlar el fuego.*

Solo niega.

—Creo que voy a estar bien sin una. Además, me parezco a un oficial de seguridad en estas cosas. No queremos que tu familia se haga una idea equivocada, ¿verdad?

—¿Qué idea queremos que tengan? No creo que tenga exactamente permitido presentarte correctamente.



—Trabajo contigo, nos dieron permiso para pasar la noche. Simple —dice, encogiéndose de hombros. *La mentira viene tan fácilmente de estas personas.*

—Así que ¿por qué vienes conmigo? ¿Cuál es la historia?

Con una sonrisa socarrona, hace gestos hacia la forma de lona a su lado.

—Soy tu chofer. —Quita la sábana, dejando al descubierto un artefacto brillante de metal y pintura negra. Dos ruedas reparadas, espejos cromados, luces, y un largo asiento de cuero hacen un transporte como nunca he visto—. Es un ciclo —dice Cal, pasando una mano por encima de la manija de plata como un padre orgulloso. Él conoce y ama cada centímetro de la bestia metálica—. Rápido, ágil, y se puede ir a donde los medios de transporte no pueden.

—Parece... una trampa mortal —digo finalmente, incapaz de ocultar mi turbación.

Riendo, saca un casco de la parte posterior del asiento. Por supuesto, espero que no quiera que me lo ponga, y mucho menos que monte esta cosa.

—Eso es lo que dijo mi padre, y el Coronel Macanthos. No lo van a producir en masa para los ejércitos todavía, pero voy a conseguir más de ellos. Desde que se estrelló una vez he perfeccionado las ruedas.

—¿Tú lo construiste? —digo incrédula, pero él se encoge de hombros como si nada—. Vaya.

—Hay que esperar hasta que lo lleves —dice, sosteniendo el casco hacia mí. Como si fuera una señal, la pared del fondo se sacude, sus mecanismos de metal gimen en alguna parte, y comienza a moverse, dejando al descubierto la oscura noche.

Riendo, doy un paso lejos de la máquina de la muerte.

—Eso no pasará.

Pero Cal solo sonríe y sube una pierna sobre el ciclo, hundiéndose en el asiento. El motor ruge a la vida debajo de él, ronroneando y gruñendo con energía. Puedo sentir la batería en la máquina, alimentando el encendido. Ruego que funcione, para hacer el largo camino entre aquí y mi hogar. *Hogar.*

—Es perfectamente seguro, te lo prometo —grita sobre el motor. El faro arde, iluminando la oscura noche. Los ojos rojos-dorados de Cal se encuentran con los míos y extiende una mano—. ¿Mare?

A pesar del horrible hundimiento de estómago, me coloco el casco.

Nunca he montado en un dirigible, pero sé que esto debe sentirse como volar. Como libertad. El ciclo de Cal recorre el camino familiar de elegantes curvas de arco. Es un buen conductor, voy a otorgarle eso. El viejo camino está lleno de baches y agujeros, pero esquiva cada uno con facilidad, incluso cuando mi corazón se eleva en mi garganta. Cuando nos detenemos a medio kilómetro de la ciudad me doy cuenta que me estoy aferrando a él con tanta fuerza que tiene que hacer palanca para separarme. De repente siento frío sin su calor, pero empujo ese pensamiento.

—Divertido, ¿no? —dice, apagando el ciclo. Mis piernas y espalda ya están adoloridas del extraño y pequeño asiento, se baja con un salto adicional en su paso.

Con cierta dificultad, me deslizo fuera. Mis rodillas se tambalean un poco y mis fuertes latidos del corazón todavía zumban en mis oídos, pero creo que estoy bien.

—No va a ser mi primera opción de transporte.

—Recuérdame que te lleve en un transporte de aire en algún momento. Te quedarás con el ciclo después de eso —responde, mientras quita el ciclo de la carretera y lo cubre en los bosques. Después de lanzar un par de ramas frondosas sobre él, se queda atrás para admirar su obra. Si no supiera exactamente dónde mirar, no me daría cuenta de que está allí.

—Has hecho mucho esto, ya veo.

Cal se vuelve hacia mí, con una mano en el bolsillo.

—Los palacios puedan ser... congestionados.

—Y los bares llenos de gente, bares Rojos, ¿no lo son? —pregunto, empujando el tema. Pero comienza a caminar hacia la aldea, marcando un ritmo rápido como si estuviese corriendo más rápido que la pregunta.

—No voy a beber, Mare.

—Entonces, ¿qué, tu solo recoges ladrones y les repartes empleos quieran o no?

Cuando se detiene y se da la vuelta me golpeo contra su pecho, sintiendo por un momento el peso sólido detrás de su figura. Entonces me doy cuenta de que se está riendo profundamente.

—¿Acabas de decir lo quieran o no? —dice entre risas.

Mi rostro se sonroja debajo de mi maquillaje, y le doy un pequeño empujón. *Muy apropiado*, mi mente reprende.

—Solo tienes que responder a la pregunta.

Su sonrisa se mantiene, aunque la risa se desvanece.

—No hago esto por mí mismo —dice—. Tienes que entender, Mare. Yo no... voy a ser rey algún día. No puedo darme el lujo de ser egoísta.

—Creo que el rey sería la única persona *con* ese lujo.

Niega, sus ojos tristes me recorren.

—Me gustaría que fuera verdad.

El puño de Cal se abre y cierra, y casi puedo ver las llamas en su piel, calientes y resucitando con su ira. Pero pasa, dejando solo una brasa de arrepentimiento en sus ojos. Cuando por fin empieza a caminar de nuevo, es a un ritmo más indulgente.

—Un rey debe conocer a su gente. Es por eso que me escapo —murmura—. Lo hago en la capital también, y en el frente de guerra. Me gusta ver cómo son realmente las cosas en el reino, en lugar de ser informado por los asesores y diplomáticos. Eso es lo que un buen rey debe hacer.

Actúa como si debería avergonzarse por querer ser un buen líder. Tal vez, a los ojos de su padre y todos esos otros tontos, esa es la manera que debe ser. *La fuerza y el poder* son las palabras que Cal se ha visto obligado a saber. No bondad. No amabilidad.



No empatía o valentía o igualdad o cualquier otra cosa en la que un gobernante debe esforzarse.

—¿Y qué es lo que ves, Cal? —pregunto, haciendo un gesto hacia el pueblo próximo a nuestra vista entre los árboles. Mi corazón salta en mi pecho, sabiendo que estoy tan cerca.

—Veo un mundo al borde de una espada. Sin equilibrio, un mundo que va a caer. —Suspira, sabiendo que no es la respuesta que quiero oír—. No sabes cuan precarias son las cosas, lo cerca que este mundo está de volver a caer en la ruina. Mi padre hace todo lo que puede para mantener a todos a salvo, y también lo haré yo.

—Mi mundo ya está en la ruina —le digo, pateando el camino de tierra debajo de nosotros. A nuestro alrededor, los árboles parecen abrirse, revelando el lugar fangoso que llamo hogar. En comparación con el Salón, debe verse como un barrio pobre, como un infierno. *¿Por qué no puede ver eso?*—. Tu padre mantiene a tu gente segura, no a la mía.

—Cambiar el mundo tiene costos, Mare —dice—. Muchos morirán, Rojos por encima de todo. Y al final, no habría victoria, no para ti. Tú no conoces el cuadro completo.

—Dímelo —le suelto, odiando sus palabras—. Muéstrame el cuadro completo.

—Las Tierra de los lagos, son como nosotros, una monarquía, nobles, una elite de Plateados para gobernar el resto. Y los príncipes de Piedmont, nuestros propios aliados, nunca apoyarían una nación donde los Rojos son iguales. Prairie y Tiraxes son lo mismo. Incluso *si* Norta cambia, el resto del continente no dejaría que eso dure. Estaríamos invadidos, divididos, desgarrados. Más guerra, más muerte.

Recuerdo el mapa de Julian, la amplitud del gran mundo más allá de nuestro país. Todo controlado por Plateados y ningún lugar para que nosotros dirijamos.

—¿Y si te equivocas? ¿Qué pasa si Norta es el principio? ¿El cambio que los otros necesitan? No sabes a dónde lleva la libertad.

Cal no tiene una respuesta para eso, y caemos en un amargo silencio.

—Aquí es —murmuro, deteniéndome en el contorno familiar de mi casa.

Mis pies son silenciosos en el porche, al contrario de los fuertes pasos de Cal que hacen que las vigas de madera crujan. Su calor familiar mana de él, y por una fracción de segundo me lo imagino prendiendo la casa en llamas. Siente mi malestar y pone una mano cálida sobre mi hombro, pero eso no hace nada para tranquilizarme.

—Puedo esperar aquí si quieres —susurra, tomándome por sorpresa—. No queremos que por casualidad me reconozcan.

—No lo harán. Aunque mis hermanos te sirvan, probablemente no saben ni cómo es el poste de la cama. —*Shade lo haría*, pienso, *pero es lo suficientemente inteligente como para mantener la boca cerrada*—. Además, has dicho que quieres saber por qué no vale la pena luchar.

—Con eso abro la puerta, dando un paso a través de la casa que ya no es mía. Se siente como dar un paso atrás en el tiempo.



La casa ondula con un coro de ronquidos, no solo de mi padre, sino de la forma protuberante en la sala de estar también. Bree está desplomado en el sillón, un montón de músculos y mantas delgadas. Su cabello oscuro se encuentra aún muy afeitado al estilo del ejército, y hay cicatrices en sus brazos y rostro, recuerdos de su tiempo peleando. Debió haber perdido una apuesta con Tramy, de que quién se quedaba con mi cama. Shade no está por aquí, pero nunca ha sido del tipo de dormir. Probablemente está fuera rondando el pueblo con antiguas novias.

—Levántate y brilla. —Me río, quitándole la manta a Bree en un movimiento suave.

Se estrella contra el suelo, probablemente dañando al suelo más que a él, y rueda hasta estar cerca a mis pies. Durante medio segundo, parece que se va a volver a dormir.

Luego parpadea, con cara de sueño y confundido. En resumen, el mismo de siempre.

—¿Mare?

—¡Cierra tu boca, Bree, la gente está tratando de dormir! —gime Tramy en la oscuridad.

—¡TODOS USTEDES, CÁLENSE! —grita papá desde su dormitorio, haciéndonos saltar a todos.

Nunca me di cuenta de lo mucho que echaba de menos esto. Bree parpadea el sueño de sus ojos y me abraza, riendo desde lo profundo de su pecho. Un golpe seco cercano anuncia a Tramy saltar desde el altillo superior, aterrizando junto a nosotros en sus pies ágiles.

—¡Es Mare! —grita, tirando de mí desde el suelo y en sus brazos. Es más delgado que Bree pero no la habichuela verde que recuerdo. Hay nudos duros de músculo debajo de mis manos; los últimos años no han sido fáciles para él.

—Me alegro de verte, Tramy. —Respiro contra él, sintiendo que podría estallar.

La puerta del dormitorio se abre de golpe, revelando a mamá en un albornoz andrajoso. Abre su boca para regañar a los niños, pero al verme sus palabras mueren. En cambio, sonríe y junta sus manos.

—¡Oh, por fin has venido a visitarnos!

Papá le sigue, jadea y rueda su silla hasta la sala principal. Gisa es la última en despertar, pero solo asoma la cabeza por encima de la repisa del desván mirando hacia abajo.

Tramy finalmente me deja ir, me coloca de nuevo al lado de Cal, que está haciendo un trabajo maravilloso luciendo incómodo y fuera de lugar.

—Oí que cediste y conseguiste un trabajo —se burla Tramy, golpeándome en las costillas.

Bree se ríe, erizándose el pelo.

—El ejército no la querría de todos modos, hubiese robado su legión.



Lo empujo con una sonrisa.

—Parece que el ejército no te quiere tampoco. Fuiste dado de alta, ¿eh?

Papá responde por ellos, moviéndose hacia adelante.

—La carta decía algo de una lotería. Ganó una baja honorable para los chicos Barrow. Pensión completa también. —Puedo decir que no cree una palabra de ello, pero no presiona el tema. Mamá, por el contrario, se lo toma con mucha felicidad.

—Genial, ¿no es así? El gobierno finalmente hace algo por nosotros —dice, besando a Bree en la mejilla—. Y ahora, tú tienes un trabajo. —El orgullo irradia de ella como nunca lo he visto, por lo general se lo guarda todo para Gisa. *Está orgullosa de una mentira*—. Ya es hora de que esta familia tenga un poco de suerte.

Encima de nosotros, Gisa se burla. No la culpo. Mi suerte rompió su mano y su futuro.

—Sí, tenemos mucha suerte —bufa, finalmente moviéndose para unirse a nosotros.

Su marcha es lenta, baja la escalera con una mano. Cuando llega al piso, puedo ver su férula envuelta en tela de color. Con una punzada de tristeza, me doy cuenta de que es un trozo de su hermoso bordado que nunca terminó.

Extiendo la mano para abrazarla, pero se aleja, con los ojos puestos en Cal. Parece ser la única que se fija en él.

—¿Quién es ese?

Ruborizándome, me doy cuenta de que casi lo olvidé por completo.

—Oh, este es Cal. Es otro siervo que está en el Salón conmigo.

—Hola —dice, dando un estúpido movimiento de mano.

Mamá se ríe como una colegiala y mueve su mano en respuesta, su mirada persiste en sus brazos musculosos. Pero papá y mis hermanos no están tan encantados.

—Tú no eres de estas partes —gruñe papá, mirando fijamente a Cal como si fuera una especie de bicho—. Puedo olerlo en ti.

—Eso es solo el Salón, papá —protesto, pero Cal me interrumpe.

—Soy de puerto de la Bahía —dice, asegurándose de dejar caer sus *r* en el acento habitual del puerto—. Comencé a servir en Ocean Hill, la residencia real, y ahora viajo con el grupo cuando ellos se mueven. —Me mira de reojo, una mirada de complicidad en sus ojos—. Muchos de los siervos hacen eso.

Mamá deja salir su aliento retenido y alcanza mi brazo.

—¿Tú también? ¿Tienes que ir con esa *gente* cuando salen?

Quiero decirles que no elegí esto, que no me estoy yendo lejos de buena gana. Pero tengo que mentir, por su bien.

—Era la única posición que tenían. Además, es un buen dinero.

—Creo que tengo una idea bastante buena de lo que está pasando —gruñe Bree, cara a cara con Cal. Para su crédito, Cal apenas pone un ojo en él.



—Nada está pasando —dice fríamente, encontrándose con el resplandor del fuego en los ojos de Bree—. Mare optó por trabajar para el palacio. Ella firmó un contrato por un año de servicio, y eso es todo.

Con un gruñido, Bree se aleja.

—Me gustaba más el chico Warren —dice refunfuñando.

—Deja de ser un niño, Bree —le digo. Mi madre se estremece por mi voz áspera, como si se hubiese olvidado de cómo sueno después de solo tres semanas. Extrañamente, sus ojos se nublan con lágrimas. *Ella te olvidó. Es por eso que quiere que te quedes. Así no te olvidará.*

—Mamá, no llores —le digo, dando un paso adelante para abrazarla. Se siente tan delgada en mis brazos, más delgada de lo que recuerdo. O tal vez nunca me di cuenta de lo frágil que se ha puesto.

—No eres solo tú, querida, es... —Dirige su mirada lejos de mí, hacia papá. Hay dolor en sus ojos, un dolor que no entiendo. Los otros no pueden soportar verla. Incluso papá mira a sus pies inútiles. Un peso sombrío se asienta en la casa.

Y entonces me doy cuenta de lo que está pasando, de lo que están tratando de protegerme.

Mi voz tiembla cuando hablo, haciendo la pregunta de la cual no quiero saber la respuesta.

—¿Dónde está Shade?

Mamá se desploma en una silla en la mesa de la cocina antes de convulsionar en sollozos. Bree y Tramy no pueden soportar verla y se dan la vuelta. Gisa no se mueve, mira al suelo como si quisiera ahogarse en él. Nadie habla, dejando solo el sonido de las lágrimas de mi madre y la dificultad para respirar de mi padre para llenar el agujero que mi hermano una vez ocupó. *Mi hermano, mi hermano más cercano.*

Caigo hacia atrás, casi perdiendo el paso en mi angustia, pero Cal me estabiliza. Ojalá no lo hubiese hecho. Quiero a caer, sentir algo duro y real, de ese modo el dolor en mi cabeza no lastimaría tanto. Mi mano se acerca a mi oreja, tanteando las tres piedras que siempre llevo. La tercera, la piedra de Shade, se siente fría contra mi piel.

—No queríamos decírtelo en una carta —susurra Gisa, recogiendo su férula—. Él murió antes de que llegara la descarga.

La necesidad de electrificar algo, para derramar mi rabia y tristeza en un solo punto de poder, nunca se ha sentido tan fuerte. *Contrólalo*, me digo. No puedo creer que me preocupé porque Cal quemase la casa; *mi rayo puede destruirla tan fácilmente como el fuego.*

Gisa lucha contra las lágrimas, obligándose a decir las palabras.

—Trató de huir. Fue ejecutado. Decapitado.

Mis piernas dan pasos tan rápido que incluso Cal no tiene la oportunidad de agarrarme. No puedo oír, no puedo ver, solo puedo *sentir*. Pena, shock, dolor, todo el mundo gira alrededor. El zumbido de bombillas con electricidad me grita tan fuerte que creo que mi cabeza podría dividirse. La nevera crepita en la esquina, es vieja, su

batería pulsa como un corazón moribundo. Ellos se burlan de mí, me prueban, tratando de hacerme quebrar. Pero no lo haré. *No lo haré.*

—Mare. —Cal respira en mi oreja, con los brazos calientes alrededor, pero bien podría estar hablándome desde el otro lado de un océano—. ¡Mare!

Exhalo un suspiro doloroso, tratando de recuperar el aliento. Mis mejillas se sienten húmedas, aunque no recuerdo haber llorado. *Ejecutado.* Mi sangre hierve bajo mi piel. *Es una mentira. Él no huyó. Él estaba en la Guardia. Y ellos lo descubrieron. Lo mataron por eso. Lo asesinaron.*

Nunca he conocido una ira como esta. No cuando los chicos se fueron, no cuando Kilorn vino a mí. Ni siquiera cuando la mano de Gisa se rompió.

Un zumbido ensordecedor estalla a través de la casa mientras la nevera, las bombillas, y el cableado en las paredes dan una patada por la alta tensión. Electricidad zumba, haciéndome sentir viva, enfadada y peligrosa. Ahora estoy creando energía, empujando mi propia fuerza a través de la casa como Julian me enseñó.

Cal grita, sacudiéndome, tratando de alcanzarme de alguna manera. Pero no puede. El poder está en mí y no quiero dejarlo ir. Se siente mejor que el dolor.

Vidrio llueve sobre nosotros cuando las bombillas explotan, pareciendo maíz en una sartén. *Pop, pop, pop.* Casi ahoga el grito de mamá.

Alguien me saca de mis pies con áspera fuerza. Sus manos van a mi rostro, sosteniéndome mientras habla. No me consuela, no siento empatía, pero aun así me saca de ello. *Reconocería esa voz en cualquier lugar.*

—¡Mare, cálmate!

Levanto la mirada para ver sus ojos verdes claros y un rostro lleno de preocupación.

—Kilorn.

—Sabía que volverías finalmente —murmura—. Mantente atenta.

Sus manos son ásperas contra mi piel, pero calmantes. Él me trae de vuelta a la realidad, a un mundo en el que mi hermano está muerto. La única bombilla sobreviviente está por encima de nosotros, apenas iluminando la habitación y a mi aturdida familia.

Pero eso no es lo único iluminando la oscuridad.

Chispas púrpuras y blanco bailan alrededor de mis manos, más débiles a cada momento, pero claras como el día. Mi rayo. *No seré capaz de mentir para salir de ésta.*

Kilorn me coloca en una silla, su rostro una nube de tormenta de confusión. Los otros solo miran, y con una punzada de tristeza, me doy cuenta de que tienen miedo. Pero Kilorn no tiene miedo en absoluto, está enfadado.

—¿Qué te hicieron? —dice bruscamente, sus manos a centímetros de las mías. Las chispas se desvanecen por completo, dejando solo la piel y dedos temblorosos.



—No hicieron nada. —*Me gustaría que esto fuera su culpa. Me gustaría poder culpar de esto a alguien más.* Miro por encima de la cabeza de Kilorn a los ojos de Cal. Lo entiende, y asiente, comunicándose sin palabras. *No tengo que mentir acerca de esto.*

—Esto es lo que soy.

El ceño fruncido de Kilorn se profundiza.

—¿Eres una de *ellos*? —Nunca había escuchado tanta rabia, tanta *repugnancia*, en una sola frase. Me hace sentir como si estuviera muriendo—. *¿Lo eres?*

Mamá se recupera primero y, sin un atisbo de miedo, toma mi mano.

—Mare es mi hija, Kilorn —dice, clavándole una mirada aterradora que no sabía que era capaz de hacer—. Todos sabemos eso.

Mi familia murmura en acuerdo, reuniéndose a mi lado, pero Kilorn sigue sin estar convencido. Me mira como si fuera una extraña, como si no nos conociéramos de toda nuestra vida.

—Dame un cuchillo y confirmaré esto ahora —le digo, mirándolo—. Te mostraré de qué color sangro.

Esto le tranquiliza un poco y se aleja.

—Solo no lo entiendo.

Ya somos dos.

—Creo que estoy con Kilorn en esto. Sabemos quién eres, Mare, pero... —Bree se detiene, en busca de qué decir. Nunca ha sido bueno con las palabras—. *¿Cómo?*

Apenas sé qué decir, pero explico lo que puedo. Una vez más, estoy muy consciente de la presencia de Cal, siempre escuchando, así que dejo fuera a la Guardia y los hallazgos de Julian, para exponer las últimas tres semanas tan claramente como me es posible. Pretender ser Plateada, ser desposada por un príncipe, aprender a controlarme, suena descabellado, pero escuchan atentamente.

—No sabemos cómo ni por qué, solo lo *es*. —Termino, sosteniendo mi otra mano. No me pierdo el hecho de que Tramy se aleja—. Podríamos nunca saber lo que esto significa.

La mano de mamá aprieta la mía en una muestra de apoyo. El pequeño consuelo hace maravillas. Todavía estoy enfadada, todavía devastadoramente triste, pero la necesidad de destruir algo se desvanece. Estoy ganando de nuevo una cierta apariencia de control, lo suficiente como para mantenerlo a raya.

—Creo que es un milagro —murmura, forzando una sonrisa por mí—. Siempre hemos querido lo mejor para ti, y ahora, lo estamos consiguiendo. Bree y Tramy están a salvo, Gisa no tiene de qué preocuparse, podemos vivir felices, y (sus ojos llorosos encuentran los míos) tú, mi querida, eres alguien especial. *¿Qué más puede pedir una madre?*

Ojalá sus palabras fueran ciertas, pero asiento de todos modos, sonriéndole a mi madre y a mi familia. Estoy mejorando en mentir, y parecen creerme. Pero no Kilorn. Todavía hierva, tratando de contener otro estallido.



—¿Cómo es él, el príncipe? —pregunta mamá—. ¿Maven?

Terreno peligroso. Puedo sentir a Cal escuchar, a la espera de oír lo que voy a decir acerca de su hermano menor. *¿Qué puedo decir? ¿Que es amable? ¿Que estoy empezando a gustarle? ¿Que todavía no sé si puedo confiar en él? O peor, ¿que nunca podré confiar en nadie de nuevo?*

—No es lo que esperaba.

Gisa nota mi malestar y se vuelve hacia Cal.

—Entonces, ¿quién es él, tu guardaespaldas? —dice, cambiando de tema con un guiño mínimo.

—Lo soy —dice Cal, respondiendo por mí. Sabe que no quiero mentirle a mi familia, no más de lo necesario—. Y lo siento, pero tenemos que irnos pronto.

Sus palabras son como un cuchillo retorciéndose, pero debo obedecerlas.

—Sí.

Mamá está conmigo, aferrándose a mi mano con tanta fuerza que temo que pueda romperla.

—No vamos a decir nada, por supuesto.

—Ni una sola palabra —dice papá de acuerdo. Mis hermanos asienten, jurando guardar silencio.

Pero el rostro de Kilorn tiene un ceño oscuro. Por alguna razón, se ha puesto muy enfadado y ni para salvar mi vida puedo decir por qué. *Pero estoy enfadada también.* La muerte de Shade todavía pesa como una piedra terrible.

—¿Kilorn?

—Sí, no voy a hablar —gruñe. Antes de que pueda detenerlo, se levanta de su silla y se larga en un torbellino que hace girar el aire. La puerta se cierra detrás de él, sacudiendo las paredes. Estoy acostumbrada a las emociones de Kilorn, sus raros momentos de desesperación, pero esta rabia es algo nuevo en él. No sé qué hacer con ello.

El toque de mi hermana me trae de vuelta, recordándome que esto es un adiós.

—Este es un regalo —susurra en mi oído—. No lo desperdicies.

—Vas a volver, ¿no? —dice Bree, y Gisa se aleja. Por primera vez desde que se fue a la guerra, veo el miedo en sus ojos—. Eres una princesa ahora, tú haces las reglas.

Desearía hacerlas.

Cal y yo intercambiamos miradas. Puedo decir por lo apretado de su boca y la oscuridad en sus ojos cuál debe ser mi respuesta.

—Lo intentaré —susurro, mi voz quebrada. Una mentira más no puede hacer daño.



Cuando llegamos a la orilla de Los Pilares, el adiós de Gisa aún me persigue. No hubo acusación en sus ojos, a pesar de que he tomado todo de ella. Sus últimas palabras se hacen eco en el viento, ahogando todo lo demás. *No lo desperdicies.*

—Siento lo de tu hermano —espeta Cal—. No sabía que él...

—¿...ya estaba muerto? —*Ejecutado por desertión. Otra mentira.* La rabia se levanta de nuevo, y ni siquiera quiero controlarla. Pero ¿qué puedo hacer al respecto? ¿Qué puedo hacer para vengar a mi hermano, o incluso tratar de salvar a los demás?

No lo desperdicies.

—Tengo que hacer una parada más. —Antes de que Cal pueda protestar, pongo mi mejor sonrisa—. No pasará mucho tiempo en absoluto, te lo prometo.

Para mi sorpresa, asiente lentamente en la oscuridad.



—Un trabajo en el Salón, eso es muy prestigioso. —Will se carcajea mientras tomo asiento dentro de su auto. La vieja vela azul aún arde, echando una luz cambiante que nos rodea. Como sospechaba, Farley es cosa del pasado.

Cuando estoy segura de que la puerta y las ventanas están cerradas, bajo la voz.

—No estoy trabajando allí, Will. Ellos...

Para mi sorpresa, Will agita una mano.

—Ah, ya sé todo eso. ¿Té?

—Uh, no. —Mis palabras tiemblan con shock—. ¿Cómo hiciste...?

—Los monos reales eligieron a una reina la semana pasada, por supuesto que tenían que difundirlo en las ciudades Plateadas —dice una voz desde detrás de una cortina. La figura sale, revelando no a Farley sino a lo que parece una flaca forma humana. Su cabeza roza el techo, haciéndole caminar torpemente. Su cabello carmesí es largo, igualando el fajín rojo que cubre su cuerpo desde el hombro hasta su cadera. Lleva abrochada la misma insignia de sol que Farley llevaba en su vestido. Y no paso por alto la pistola en su cintura, llena de balas brillantes y un par de pistolas. Es un Guardia Escarlata también.

—Has estado en todas las pantallas Plateadas, *lady Titanos* —dice mi título como una maldición—. Tú y esa chica Samos. Dime, ¿es tan desagradable como parece?

—Este es Tristan, uno de los lugartenientes de Farley —dice Will. Se gira para darle una mirada de reprimenda—. Tristan, sé amable.

—¿Por qué? —me burlo—. Evangeline Samos es una imbécil sedienta de sangre.

Sonriendo, Tristan lanza una mirada de suficiencia a Will.

—No todos son monos —agrego en voz baja, recordando las amables palabras de Maven el día de hoy.

—¿Te refieres al príncipe al que estás prometida o al que espera en el bosque? —pregunta Will calmadamente, como si estuviera preguntando el precio de la harina.

En marcado contraste, Tristan entra en erupción, saltando de su asiento. Le bloqueo la puerta, mis dos manos extendidas. Afortunadamente me mantengo a raya. Lo último que necesito es electrificar a un miembro de la Guardia Escarlata.

—¿Trajiste a un Plateado aquí? —protesta—. ¿El *príncipe*? ¿Sabes lo que podríamos hacer si lo trajéramos dentro? ¿Lo que podríamos negociar?

A pesar de que se eleva por encima de mí, no cedo.

—Déjalo en paz.

—Unas semanas en el regazo de los lujos y tu sangre es Plateada como la de ellos —escupe, mirándome como si quisiera matarme—. ¿Vas a electrocutarme también?

Eso duele, y lo sabe. Dejo caer mis manos, con miedo de que puedan traicionarme.

—No lo estoy protegiendo a él, te estoy protegiendo *a ti*, estúpido idiota. Cal es un soldado nacido y criado, y él podría quemar todo este pueblo si realmente lo quisiera. —No es que él lo haría. *Espero*.

La mano de Tristan se desvía a su arma.

—Me gustaría verlo intentarlo.

Pero Will pone una mano arrugada en su brazo. El toque es suficiente para desinflar al rebelde.

—Es suficiente —susurra—. ¿A qué has venido aquí, Mare? Kilorn está a salvo, y también lo están tus hermanos.

Exhalo, sin dejar de mirar a Tristan. Él acaba de amenazar con secuestrar a Cal y retenerlo por un rescate. Y por alguna razón, la idea de una cosa así me desquicia hasta el núcleo.

—Mi... —Una palabra afuera y ya estoy luchando—. Shade era parte de la Guardia. —No es una pregunta, sino una verdad. Will baja la mirada, disculpándose, e incluso Tristan baja la cabeza—. Lo mataron por ello. Ellos mataron a mi hermano, y yo tengo que actuar como si no me molestara.

—Estarás muerta si no lo haces.

—Lo sé. Voy a decir lo que quieran, cuando llegue el momento. Pero... —Mi voz se traba un poco, en el borde por esta nueva dirección—. Estoy en el palacio, el centro de su mundo. Soy rápida, silenciosa, y puedo ayudar a la causa.

Tristan toma una respiración entrecortada, irguiéndose en toda su estatura. A pesar de su enojo anterior, ahora hay algo como orgullo brillando en sus ojos.

—Quieres unirme.

—Así es.

—Aprieta la mandíbula, su mirada penetrándome.



—Espero que sepas lo que estás haciendo. Esta no es solo mi guerra o la de Farley o la de la Guardia Escarlata, es tuya. Hasta el final. Y no para vengar a tu hermano, sino para vengarnos a todos nosotros. Luchar por los de antes y para salvar a los que aún están por venir.

Su mano nudosa alcanza la mía y, por primera vez, noto un tatuaje en su muñeca: una banda roja. Como las que nos hacen llevar. Solo que ahora él la usa para siempre. Es parte de él, como la sangre en nuestras venas.

—¿Estás con nosotros, Mare Barrow? —dice, su mano cerrándose sobre la mía. *Más guerra, más muerte*, dijo Cal. *Pero hay una posibilidad de que se equivoque. Hay una posibilidad de que podamos cambiarlo.*

Mis dedos se tensan, aferrándose a Will. Puedo sentir el peso de mi acción, la importancia detrás de ello.

—Estoy con ustedes.

—Nos levantaremos —exhala, al unísono con Tristan. Recuerdo las palabras y las digo con ellos—. Rojos como el amanecer.

A la luz de las velas parpadeantes, nuestras sombras parecen monstruos en las paredes.

Cuando me uno de vuelta a Cal en el borde de la ciudad, me siento más ligera de alguna manera, envalentonada por mi decisión y la perspectiva de lo que está por venir. Cal camina a mi lado, mirándome de vez en cuando, pero no dice nada. Donde yo arremeto y grito y fuerzo una respuesta de alguien, Cal es todo lo contrario. Tal vez es una táctica militar que aprendió en uno de sus libros: *que el enemigo venga a ti.*

Porque eso es lo que soy ahora. Su enemiga.

Me deja perpleja, al igual que su hermano. Los dos son amables, a pesar de que saben que soy una Roja, a pesar de que ni siquiera deberían verme en absoluto. Pero Cal me llevó a casa, y Maven fue bueno conmigo, ansioso de ayudar. *Son chicos extraños.*

Cuando entramos en el bosque de nuevo, la actitud de Cal cambia, endureciéndose a algo serio.

—Voy a tener que hablar con la reina para cambiar tu horario.

—¿Por qué?

—Casi explotaste allí —dice suavemente—. Vas a tener que ir a los entrenamientos con nosotros, asegurarte de que algo así no vuelva a ocurrir.

Julian me está entrenando. Pero incluso la pequeña voz en mi cabeza sabe que Julian no es sustituto para lo que Cal, Maven y Evangeline saben. Si aprendiera la mitad de lo que ellos saben, ¿quién sabe qué tipo de ayuda podría ser a la Guardia? ¿A la memoria de Shade?

—Bueno, si me saca del Protocolo, no voy a decir que no.

De pronto, Cal salta de su ciclo. Tiene las manos en llamas y una luz igualmente ardiente quema en sus ojos.



—Alguien nos mira.

No me molesto en interrogarlo. El sentido de soldado de Cal es fuerte, ¿pero qué podría amenazarlo aquí? ¿Qué podría temer en los bosques de una durmiente, pobre aldea? *Una aldea que trata con rebeldes*, me recuerdo.

Pero en lugar de Farley o revolucionarios armados, Kilorn sale de entre las hojas. Olvidé lo astuto que es, la facilidad con que puede moverse a través de la oscuridad.

Las manos de Cal se apagan con una nube de humo.

—Oh, tú.

Kilorn aparta sus ojos de mí, mirando a Cal. Inclina la cabeza en una reverencia condescendiente.

—Disculpe, su alteza.

En lugar de tratar de negarlo, Cal se pone un poco más erguido, luciendo como el rey que ha nacido para ser. El no contesta y se limita a continuar liberando a su ciclo de las hojas. Pero siento sus ojos en mí, observando cada segundo de lo que pasa entre Kilorn y yo.

—¿Realmente harás esto? —dice, luciendo como un animal herido—. ¿Realmente te irás? ¿Para ser una de ellos?

Las palabras duelen más que una bofetada. *Esto no es una opción*, quiero decirle.

—Ya viste lo que pasó ahí, lo que puedo hacer. Ellos pueden *ayudarme*. —Hasta yo estoy sorprendida de lo fácil que sale la mentira. Un día podría incluso ser capaz de mentirme a mí misma, engañar a mi mente para que piense que soy feliz—. Estoy donde se supone que debo estar.

Niega, una mano agarrando mi brazo como si pudiera tirarme de vuelta al pasado, donde nuestras preocupaciones eran simples.

—Se supone que debes estar aquí.

—Mare. —Cal espera pacientemente, apoyándose en el asiento de su ciclo, pero su voz es firme, una advertencia.

—Me tengo que ir. —Trato de empujar lejos a Kilorn, dejarlo atrás, pero no me suelta. Siempre ha sido más fuerte que yo. Y por mucho que quiera dejarle aferrarse a mí, simplemente no puede ser.

—Mare, por favor...

Una ola de calor pulsa contra nosotros, como un rayo fuerte de luz solar.

—Déjala ir —retumba Cal, de pie junto a mí. El calor sale de él, casi rizando el aire. La calma que lucha por mantener adelgaza, amenazando con deshacerse.

Kilorn se burla en su cara, buscando una pelea. Pero es como yo; somos ladrones, somos *ratas*. Sabemos cuándo luchar y cuándo correr. A regañadientes, se retira, dejando que sus dedos se arrastren a lo largo de mi brazo. Esta podría ser la última vez que nos veamos.

El aire se enfría, pero Cal no retrocede. Estoy comprometida con su hermano, él tiene que ser protector conmigo.



—Negociaste por mí también, para salvarme del reclutamiento —dice Kilorn en voz baja, finalmente entendiendo el precio que he pagado—. Tienes la mala costumbre de intentar salvarme.

Apenas puedo asentir, y tengo que poner el casco en mi cabeza para ocultar las lágrimas que brotan de mis ojos. Aturdida, sigo a Cal a su ciclo y me deslizo en el asiento detrás de él.

Kilorn retrocede, estremeciéndose cuando la ciclo acelera. Entonces me sonríe, sus rasgos encrespándose en una expresión que utiliza para hacerme querer darle un puñetazo.

—Le diré a Farley que le mandas saludos.

La ciclo gruñe como una bestia, arrancándome de Kilorn y Los Pilares y mi antigua vida. Temor se riza a través de mí como un veneno, hasta que tengo miedo de pies a cabeza. Pero no por mí. Ya no. Tengo miedo por Kilorn, por la idiotez que va a hacer.

Él va a encontrar a Farley. *Y va a unirse a ella.*



15

A la mañana siguiente, abro mis ojos para ver la sombra de una figura de pie junto a mi lado de la cama. *Esto es todo. Me fui, rompí las reglas, y me van a matar por ello.*

Pero no sin luchar.

Antes de que la figura tenga la oportunidad, salgo volando de la cama, lista para defenderme. Mis músculos se tensan cuando el encantador zumbido cobra vida dentro de mí. Pero en lugar de un asesino, estoy mirando un uniforme rojo. Y reconozco a la mujer que lo lleva.

Walsh está igual que antes, aunque sin duda yo no. Ella está de pie junto a un carrito de metal lleno con té, pan y cualquier otra cosa que pudiera desear para el desayuno. Siempre como la obediente sirvienta mantiene su boca cerrada con fuerza, pero sus ojos me gritan. Se queda mirando mi mano, a las chispas ahora muy familiares arrastrándose alrededor de mis dedos. Las aparto con una sacudida, haciendo que las venas de luz desaparezcan de nuevo dentro de mi piel.

—¡Lo siento mucho! —exclamo, alejándome de ella. Aun así, no habla—. Walsh...

Pero ella se ocupa con la comida. Entonces, para mi gran sorpresa, me vocaliza cinco palabras. Son palabras que estoy empezando a conocer como una oración, o una maldición. *Levántate, Rojo como el amanecer.*

Antes de que pueda responder, antes de que mi sorpresa pueda registrarse, Walsh presiona una taza de té en mi mano.

—Espera... —Estiro mi mano para alcanzarla, pero la esquivo, inclinándose en una profunda reverencia.

—Mi lady —dice ella, terminando abruptamente nuestra conversación.

La dejo ir, mirándola retirarse de la habitación hasta que no queda nada más que el eco de sus palabras no dichas.

Walsh también está en la Guardia.

La taza de té se siente fría en mi mano. Extrañamente fría.

Bajo la mirada para descubrir que no está llena de té, sino de agua. Y en la parte inferior de la taza, un trozo de papel libera tinta. La tinta se arremolina mientras leo el mensaje, el agua absorbiéndola, borrando cualquier rastro, hasta que no queda nada más que un líquido turbio y gris, y papel en blanco doblado. Sin evidencia de mi primer acto de rebelión.



El mensaje no es difícil de recordar. Es solo una palabra.

Medianoche.

Este conocimiento de que tengo una conexión con el grupo tan cerca de mí debería consolarme, pero por alguna razón, me encuentro temblando. *Tal vez las cámaras no son las únicas cosas que me observan aquí.*

Y no es la única nota que me espera. Mi nuevo horario está sobre la mesa de noche, escrito en la enloquecedoramente perfecta caligrafía de la reina.

Tu horario ha cambiado.

0630-Desayuno / 0700-Entrenamiento / 1000-Protocolo

1130-Almuerzo / 1300-Protocolo / 1400-Lecciones

1800-Cena.

Lucas te acompañará a todo. El horario no es negociable.

SAR reina Elara.



—¿Así que, finalmente te han ascendido a Entrenamiento? —Lucas me sonríe, una rara pequeña porción de orgullo brilla en su rostro mientras me lleva a mi primera sesión—. O has sido muy buena o muy mala.

—Un poco de ambas cosas.

Más mala, pienso, recordando mi episodio de anoche en casa. Sé que el nuevo horario es obra de Cal, pero no esperaba que trabase tan rápido. A decir verdad, estoy emocionada por el Entrenamiento. Si es algo como por lo que vi pasar a Cal y Maven, la práctica de la habilidad en particular, estaré irremediablemente muy por atrás, pero al menos tendré a alguien con quien hablar. Y si tengo mucha suerte, Evangeline estará mortalmente enferma y atrapada en la cama por el resto de su miserable vida.

Lucas sacude la cabeza, riendo.

—Prepárate. Los instructores son famosos por ser capaces de romper incluso a los soldados más fuertes. No tomarán bien tu insolencia.

—Yo no tomo bien el ser rota —replico—. ¿Cómo fue tu Entrenamiento?

—Bueno, fui directamente al ejército cuando tenía nueve años, por lo que mi experiencia fue un poco diferente —dice, sus ojos se oscurecen ante el recuerdo.

—¿Nueve? —La idea me parece imposible. Con habilidades o no, esto no puede ser verdad.

Pero Lucas se encoge de hombros como si no fuera nada.

—El frente es el mejor lugar para el entrenamiento. Incluso los príncipes fueron entrenados en el frente, por un tiempo.

—Pero ahora estás aquí —le digo. Mis ojos deteniéndose en el uniforme de Lucas, en el negro y plateado de Seguridad—. Ya no eres un soldado.

Por primera vez, la sonrisa seca de Lucas desaparece por completo.

—Eso te agota —admite, más para sí mismo que para mí—. Los hombres no están destinados a estar en guerra por mucho tiempo.

—¿Y qué pasa con los Rojos? —Me oigo preguntar. *Bree, Tramy, Shade, papá, el padre de Kilorn. Y otros mil. Un millón de otros*—. ¿Pueden soportar la guerra mejor que los Plateados?

Llegamos a la puerta de la sala de entrenamiento antes de que Lucas finalmente responda, pareciendo un poco incómodo.

—Esa es la forma en que funciona el mundo. Los Rojos sirven, los Rojos trabajan, los Rojos luchan. Es en lo que son buenos. Es lo que están *destinados* a hacer. —Tengo que morderme la lengua para evitar gritarle—. No todos son especiales.

La ira hierve dentro de mí, pero no digo ni una palabra contra Lucas. Perder los estribos, incluso con él, no será recompensado con una sonrisa.

—Puedo seguir sola a partir de aquí —le digo con rigidez.

Él nota mi malestar, frunciendo el ceño un poco. Cuando habla, su voz es baja y rápida, como si no quisiera ser escuchado.

—No tengo el lujo de las preguntas —murmura. Sus ojos negros se clavan en los míos, llenos de significado—. Y tú tampoco.

Mi corazón se aprieta, aterrorizada por sus palabras y su significado oculto. *Lucas sabe que hay más en mí de que lo que le han dicho.*

—Lucas...

—No es mi lugar el hacer preguntas. —Frunce el ceño, tratando de hacerme entender, tratando de hacerme sentir incómoda—. Lady Titanos. —El título suena más firme que nunca, convirtiéndose tanto en mi escudo como en el arma de la reina.

Lucas no hará preguntas. A pesar de sus ojos negros, su sangre Plateada, su familia Samos, no tirará del hilo que podría desentrañar mi existencia.

—Cumpla con su horario, mi lady. —Se aleja, más formal de lo que alguna vez lo había visto. Con un movimiento de su cabeza, hace un gesto hacia la puerta, donde un asistente Rojo espera—. Te recogeré después del Entrenamiento.

—Gracias, Lucas. —Es todo lo que puedo decir. Me ha dado mucho más de lo que sabe.

El asistente me entrega un traje negro elástico con rayas moradas y plateadas. Me señala una pequeña habitación, donde me cambio rápidamente, deslizándome fuera de mi ropa habitual y poniéndome el mono. Me recuerda a mis viejas ropas, las que usaba en Los Pilares. Desgastadas por el tiempo y el movimiento, pero lo suficientemente apretadas y delgadas para no hacerme desacelerar.

Cuando entro en la sala de entrenamiento, soy demasiado consciente de que todo el mundo me mira fijamente, por no hablar de las decenas de cámaras. El piso se siente suave y elástico bajo de mis pies, amortiguando cada paso. Una inmensa claraboya se eleva por encima de nosotros, mostrando un cielo azul de verano lleno de nubes para burlarse de mí. Unas escaleras de caracol conectan los diversos niveles seccionados en



las paredes, cada uno a diferentes alturas con diferentes equipos. También hay muchas ventanas, una de las cuales sé que da al salón de clase de lady Blonos. A dónde van las otras o quién podría estar observando desde ellas, no tengo ni idea.

Debería estar nerviosa por entrar en una habitación llena de guerreros adolescentes, todos ellos mejor entrenados que yo. En cambio, estoy pensando en el carámbano insufrible de hueso y metal conocido como Evangeline Samos. Apenas avanzo hasta la mitad del piso antes de que abra la boca, goteando veneno.

—¿Ya te has graduado de Protocolo? ¿Finalmente has dominado el arte de sentarte con las piernas cruzadas? —se burla, saltando desde una máquina de levantamiento de pesas. Su cabello plateado está recogido en una complicada trenza que me encantaría cortar, pero las hojas de metal mortalmente afiladas en su cintura hacen que me lo piense. Como yo, como todos los otros, lleva un traje adornado con los colores de su casa. En negro y plateado, tiene un aspecto mortal.

Sonya y Elane la flanquean con sonrisas coincidentes. Ahora que no me están intimidando, parece que están adulando a la futura reina.

Hago lo que puedo para ignorarlas y me encuentro buscando a Maven. Está en una esquina, separado de los demás. *Por lo menos podemos estar solos juntos.* Los susurros me siguen, mientras más de una docena de adolescentes nobles me miran caminar hacia él. Algunos inclinan sus cabezas, tratando de ser corteses, pero la mayoría parecen cautelosos. Las chicas están especialmente en el borde; después de todo, me he quedado con uno de sus príncipes.

—Has tardado bastante. —Maven se ríe una vez que me siento a su lado. No parece ser parte de la multitud, ni que quiera serlo—. Si no lo supiera mejor, diría que estabas tratando de mantenerte alejada de nosotros.

—Solo de una persona en particular —respondo, lanzando mi mirada de nuevo hacia Evangeline. Ella es el centro de atención cerca de la pared de los blancos, donde se exhibe ante sus compinches en un deslumbrante despliegue. Sus cuchillos de metal silban a través del aire, clavándose en el centro mismo de sus objetivos.

Maven me observa mirarla, sus ojos pensativos.

—Cuando volvamos a la capital, no tendrás que verla tanto —murmura—. Cal y ella estarán ocupados viajando por el país, cumpliendo con sus deberes. Y nosotros tendremos los nuestros.

La perspectiva de alejarme de Evangeline es emocionante, pero también me recuerda el reloj que corre constantemente moviéndose en mi contra. Pronto estaré obligada a dejar muy atrás el Salón, el valle del río, y a mi familia.

—¿Sabes cuándo volverás... —Doy un traspié, corriéndome—... quiero decir, ¿cuándo volveremos la capital?

—Después del Baile de Despedida. ¿Te han contado acerca de eso?

—Sí, tu madre lo mencionó, y lady Blonos está tratando de enseñarme a bailar... —Mi voz se apaga, sintiéndome avergonzada. Trató de enseñarme algunos pasos ayer, pero simplemente terminé cayéndome sobre mí misma. Robar puedo hacerlo muy bien, pero el baile aparentemente está fuera de mi alcance. —Palabra clave, *tratar*.



—No te preocupes, no tendremos que lidiar con la peor parte de eso.

La idea de bailar me aterra, pero me trago el miedo.

—¿Quién lo hará?

—Cal —dice sin dudarlo—. El hermano mayor tiene que tolerar demasiadas conversaciones tontas y bailar con un montón de chicas molestas. Recuerdo el año pasado... —Se detiene para reírse del recuerdo—. Sonya Iral pasó todo el tiempo siguiéndolo, interrumpiendo sus bailes, tratando de alejarlo para tener un poco de *diversión*. Tuve que intervenir y sufrir durante dos canciones con ella para darle un respiro a Cal.

El pensamiento de los dos hermanos unidos contra una legión de chicas desesperadas me hace reír, pensando en las longitudes a las que deben haber ido para salvarse el uno al otro. Pero mientras mi sonrisa se extiende, la sonrisa de Maven se desvanece.

—Al menos esta vez, tendrá a Samos colgada de su brazo. Las chicas no se atreverían a enfadarla.

Resoplo, recordando su agarre, fuerte y penetrante en mi brazo.

—Pobre Cal.

—¿Y cómo estuvo tu visita ayer? —dice, refiriéndose a mi excursión a casa. *Así que Cal no le ha puesto al corriente.*

—Difícil. —Es la única manera en que sé cómo describirlo. Ahora mi familia sabe lo que soy, y Kilorn se ha lanzado a los lobos. Y, por supuesto, Shade está muerto—. Uno de mis hermanos fue ejecutado, justo antes de que llegara la liberación.

Se mueve junto a mí, y espero que se sienta incómodo. Después de todo, fue su propio pueblo quien lo hizo. En cambio, pone una mano sobre la mía.

—Lo siento mucho, Mare. Estoy seguro de que no se lo merecía.

—No, no lo hacía —susurro, recordando por qué murió mi hermano. Ahora estoy en el mismo camino.

Maven me mira fijamente, como si estuviera tratando de leer el secreto en mis ojos. Por una vez me alegro por las lecciones de Blonos, o de lo contrario asumiría que Maven podría leer la mente como la reina. Pero no, él es un quemador y solo un quemador. Pocos Plateados heredan las habilidades de sus madres, y nadie ha tenido nunca más de una habilidad. Así que mi secreto, mi nueva lealtad a la Guardia Escarlata, es mío.

Cuando extiende una mano para ayudarme a levantarme, la tomo. A nuestro alrededor, los otros calientan, en su mayoría estirando o corriendo alrededor de la habitación, pero algunos son más impresionantes. Elane se desliza dentro y fuera de mi visión mientras dobla la luz a su alrededor hasta que desaparece por completo. Un niño Tejevientos, Oliver de la Casa Laris, crea un torbellino en miniatura entre sus manos, agitando pequeñas partículas de polvo. Sonya perezosamente intercambia golpes con Andros Eagrie, un bajo pero musculoso chico de dieciocho años. Como una seda, Sonya es brutalmente hábil y rápida y debería ser capaz de superarlo, pero



Andros coincide con ella golpe a golpe en una danza violenta. Los Plateados de la Casa Eagrie son Ojos, lo que significa que pueden ver el futuro inmediato, y Andros está utilizando sus habilidades en toda su extensión. Ninguno de los dos parece tener ventaja, creando un juego de equilibrio en lugar de fuerza.

Solo imagínate lo que realmente pueden hacer. Tan fuertes, tan poderosos. Y estos son solo los niños. Y justo así mi esperanza se evapora, cambiando a miedo.

—Filas—dice una voz, apenas un susurro.

Mi nuevo instructor entra sin hacer un ruido, Cal a su lado, con un Telky de la Casa Provos detrás de los dos. Como un buen soldado, Cal camina al paso con el instructor, quien parece pequeño y simple al lado del corpulento Cal. Hay arrugas en su piel pálida y su cabello es tan blanco como su ropa, una prueba de su verdadera edad y su casa. *La Casa Arven, la casa silenciosa*, recuerdo, pensando en mis lecciones. Una casa principal, llena de poder y fuerza y todas las cosas en las que los Plateados ponen su fe. Aún lo recuerdo desde antes de convertirme en Mareena Titanos, de cuando era una niña pequeña. Él se encargaba de supervisar las ejecuciones transmitidas en la capital, sintiéndose superior sobre los Rojos e incluso los Plateados condenados a morir. Y ahora sé por qué lo eligieron para hacerlo.

La chica Haven vuelve a la existencia, de pronto visible de nuevo, mientras que el viento batiendo en las manos de Oliver muere. Los cuchillos de Evangeline caen del aire, e incluso yo siento una manta de calma vacía que cae sobre mí, bloqueando mi sentido eléctrico.

Él es Rane Arven, el instructor, el verdugo, el *silencio*. Puede reducir un Plateado a lo que más odian: un Rojo. Puede *apagar* sus capacidades. Puede hacerlos *normales*.

Mientras miro embobada, Maven me empuja al lugar detrás de él, con Cal a la cabeza de nuestra fila. Evangeline lidera la fila al nuestro lado, y por una vez, no parece preocupada por mí. Sus ojos se quedan en Cal mientras se instala, pareciendo muy a gusto en su posición de autoridad.

Arven no pierde el tiempo presentándose. De hecho, casi no parece darse cuenta de que me he unido a su sesión.

—Vueltas—dice, su voz áspera y baja.

Bien. Algo que en realidad puedo hacer.

Nos ponemos en marcha en nuestras filas, rodeando la sala a un ritmo ligero en una calma dichosa. Me empujo más rápido, disfrutando del ejercicio que tanto extrañaba, hasta que acelero más allá de Evangeline. Entonces solo está Cal a mi lado, marcando el ritmo para el resto de ellos. Me sonrío peculiarmente, viéndome correr. Esto es algo que puedo hacer, algo que incluso disfruto.

Mis pies se sienten extraños en el suelo acolchado, rebotando con cada paso, pero la sangre que golpea en mis oídos, el sudor, el ritmo son todos familiares. Si cierro los ojos, puedo fingir que estoy de vuelta en la aldea, con Kilorn o mis hermanos o simplemente por mi cuenta. Simplemente libre.

Eso es hasta que una sección de la pared se balancea hacia afuera, golpeándome en el estómago.



Me tira al suelo, tumbándome, pero es mi orgullo lo que en realidad duele. El pelotón de corredores se aleja, y Evangeline sonríe sobre su hombro, viéndome quedarme atrás. Sólo Maven ralentiza su ritmo, esperando que me recupere.

—Bienvenida al entrenamiento. —Se ríe, viéndome quitarme de encima el obstáculo.

En toda la sala, otras partes de la pared cambian, formando barreras para los corredores. Todos los demás se lo toman con calma; están acostumbrados a esto. Cal y Evangeline van a la cabeza, moviéndose sobre y debajo de cada obstáculo cuando aparecen ante ellos. Por el rabillo del ojo, noto al Telky de Provos dirigiendo las piezas de la pared, haciéndolas moverse. Incluso parece estar sonriéndome.

Contengo la urgencia de golpear al Telky y obligo a volver a correr. Maven corre junto a mí, nunca más lejos de un paso, y es extrañamente exasperante. Mi ritmo se acelera, hasta que estoy corriendo y saltando vallas con todo lo que puedo. Pero Maven no es como los de Seguridad en casa, es difícil dejarlo atrás.

En el momento en que terminamos las vueltas, Cal es el único que no se ha puesto a sudar. Incluso Evangeline parece hecha polvo, aunque hace su mejor esfuerzo para ocultarlo. Mi respiración sale en pesados jadeos, pero estoy orgullosa de mí. A pesar del duro comienzo, me las he arreglado para mantener el ritmo.

El instructor Arven nos examina por un momento, sus ojos permanecen en mí, antes de girarse al Telky.

—Objetivos por favor, Theo —dice, otra vez en apenas un susurro. Como recorriendo una cortina para revelar el sol, siento que mis habilidades reaparecen.

El Telky asistente ondea una mano, desplazando una sección del suelo, revelando la extraña arma que vi desde la ventana del salón de clases de Blonos. Me doy cuenta de que no es un arma en absoluto, sino un cilindro. Solo el poder del Telky hace que se mueva, no alguna tecnología elevada y extraña. *Las habilidades son todo lo que tienen.*

—Lady Titanos —murmura Arven, haciéndome estremecer—. Entiendo que tiene una habilidad interesante.

Él está pensando en el relámpago, las chispas de color morado blanquecino de destrucción, pero mi mente se desvía a lo que dijo Julian ayer. *No solo controlo, puedo crear. Soy especial.*

Todos los ojos se vuelven hacia mí, pero aprieto mi mandíbula, tratando de convencerme de ser fuerte.

—Interesante, pero no inaudita, instructor —le digo—. Estoy muy ansiosa por aprender sobre ella, señor.

—Puede comenzar ahora —dice el instructor, y el Telky detrás de él se tensa.

En el momento justo, una de las pelotas objetivo vuela por el aire, más rápido de lo que pensaba que era posible.

—Controla, me digo, repitiendo las palabras de Julian. *Concéntrate.*



Esta vez, puedo sentir el tirón cuando succiono la energía eléctrica desde el aire y desde algún lugar dentro de mí. Se manifiesta en mis manos, brillando a la vida en pequeñas chispas. Pero la pelota golpea el suelo antes de que pueda lanzarlo, las chispas se esparcen en el suelo, desapareciendo. Evangeline se ríe detrás de mí, pero cuando me doy la vuelta para mirarla, mis ojos se encuentran con los de Maven en su lugar. Apenas asiente, instándome a intentarlo de nuevo. Y junto a él, Cal cruza sus brazos, su rostro oscuro con una emoción que no puedo descifrar.

Otro objetivo sale disparado hacia arriba, dando vueltas en el aire. Las chispas vienen más pronto ahora, vivas y brillantes mientras el blanco alcanza su cenit. Como antes en el salón de Julian, aprieto mi puño, y sintiendo la energía rugir a través de mí, la lanzó.

Forma un arco en un hermoso despliegue de luz destructiva, recortando el lado del objetivo que cae. Se rompe bajo mi poder, humeando y echando chispas mientras golpea el suelo con estrépito.

No puedo evitar sonreír, satisfecha. Detrás de mí, Maven y Cal aplauden, igual que algunos de los otros chicos. Evangeline y sus amigas ciertamente no lo hacen, parecen casi insultadas por mi victoria.

Pero el instructor Arven no dice nada, sin molestarse en felicitarme. Simplemente mira más allá de mí, hacia el resto de la unidad.

—Siguiente.

El instructor pone sobre el borde a la clase, obligándonos a pasar ronda tras ronda de ejercicios destinado a afinar nuestras habilidades. Por supuesto, me atraso en todos ellos, pero también puedo sentirme mejorar. Para el momento en que termina el período de sesiones, estoy chorreando sudor y dolorida por todas partes. La lección de Julian es una bendición, permitiéndome sentarme y recuperar mi fuerza. Pero incluso la sesión de esta mañana no puede drenarme por completo, *la medianoche se acerca*. Cuanto más rápido pasa el tiempo, más cerca de la medianoche estoy. Más cerca de dar el siguiente paso, de tomar el control de mi destino.

Julian no se da cuenta de mi malestar, probablemente porque está enterrado en una pila de libros recién encuadernados. Cada uno es de aproximadamente dos centímetros y medio de grosor y está cuidadosamente marcado con un año, pero nada más. Lo que posiblemente podrían ser, no lo sé.

—¿Qué son estos? —pregunto, levantando uno. Por dentro es un lío de listas: nombres, fechas, lugares y causas de la muerte. La mayoría simplemente dice pérdida de sangre, pero también hay enfermedades, asfixia, ahogamiento, y algunos detalles más específicos y horripilantes. Mi sangre corre helada en mis venas cuando me doy cuenta exactamente lo que estoy leyendo—. Una lista de muerte.

Julian asiente.

—Toda persona que murió combatiendo en la Guerra Lakelander.

Shade, pienso, sintiendo la comida revolverse en mi estómago. Algo me dice que no obtendrá su nombre en una de estas. Los desertores no reciben el honor de una línea de tinta. Enfadada, dejo que mi mente se extienda a la lámpara de escritorio que



ilumina mi lectura. La electricidad en ella me llama, tan familiar como mi propio pulso. Sin nada más que mi cerebro, la enciendo y la apago, parpadeando al paso de mi latido irregular.

Julian se da cuenta de la luz intermitente, con los labios fruncidos.

—¿Algo está mal, Mare? —pregunta secamente.

Todo está mal.

—No soy fan del cambio de horario —digo en su lugar, dejando la luz en paz. No es una mentira, pero no es la verdad tampoco—. No vamos a ser capaces de entrenar.

Él solo se encoge de hombros, con su ropa de color de pergamino girando con el movimiento. Parecen más sucias de alguna manera, como si estuviera convirtiéndose en las páginas de sus libros.

—Por lo que he oído, necesitas más orientación de la que te puedo dar.

Mis dientes se aprietan, masticando las palabras antes de que pueda escupirlas.

—¿Acaso Cal te ha dicho lo que pasó?

—Lo ha hecho —responde Julian de manera uniforme—. Y tiene razón. No lo culpes por ello.

—Puedo culparlo de lo que yo quiera —resoplo, recordando los libros de guerra y las guías de muerte por todo su cuarto—. Es igual que todos los demás.

Julian abre la boca para decir algo, pero lo piensa mejor en el último momento y vuelve a sus libros.

—Mare, yo no llamaría exactamente entrenamiento a lo que hacemos. Además, te veías muy bien en tu sesión de hoy.

—¿Lo has visto? ¿Cómo?

—He pedido verlo.

—¿Qu...?

—No importa —dice, mirando directamente a través de mí. Su voz es de repente melódica, tarareando con profundas y relajantes vibraciones. Exhalando, me doy cuenta de que tiene razón.

—No importa —repito. A pesar de que no está hablando, el eco de la voz de Julian todavía cuelga en el aire como una brisa calmante—. Así que, ¿en qué vamos a trabajar hoy?

Julián sonríe, divertido consigo mismo.

—Mare.

Su voz es normal otra vez, simple y familiar. Rompe los ecos, deslizándolos fuera de mí en una nube que se eleva.

—¿Qué... qué diablos ha sido eso?



—¿Tomo eso como un indicador de que lady Blonos no ha hablado mucho sobre la Casa Jacos en las lecciones? —dice, todavía sonriendo—. Me sorprende que nunca preguntaras.

En realidad, nunca me he preguntado sobre la habilidad de Julian. Siempre he pensado que sería algo débil, porque no parece tan pomposo como los demás, pero parece que eso no es cierto en absoluto. Es mucho más fuerte y más peligroso de lo que pensaba.

—Puedes controlar a la gente. Eres como *ella*. —El pensamiento de Julián, un simpatizante, una buena persona, siendo en realidad como la reina me hace temblar.

Toma la acusación con calma, llevando su atención a su libro.

—No, no lo soy. No tengo ni de cerca su fuerza. O su brutalidad. —Suspira, explicando—. Nos llaman cantantes. O al menos podríamos serlo, si hubiera alguno más de nosotros. Soy el último de mi casa, y el último, bueno, de mi tipo. No puedo leer la mente, no puedo controlar los pensamientos, no puedo hablar en tu cabeza. Pero puedo cantar, siempre y cuando alguien me escuche, siempre que pueda mirar a sus ojos, puedo hacer que una persona haga lo que quiera.

El horror corre a través de mí. *Incluso Julian.*

Poco a poco, me reclino, con ganas de poner distancia entre él y yo. Lo nota, por supuesto, pero no parece enfadado.

—Tienes razón en no confiar en mí —murmura—. Nadie lo hace. Hay una razón por la que mis únicos amigos son palabras escritas. Pero no lo hago a menos que absolutamente lo necesite, y nunca lo he hecho con malicia. —Entonces resopla, riendo oscuramente—. Si realmente quisiera, podría hacer mi camino hacia el trono hablando.

—Pero no lo has hecho.

—No. Y tampoco lo hizo mi hermana, sin importar lo que los demás puedan decir.

La madre de Cal.

—Nadie parece decir nada sobre ella. No a mí, de todos modos.

—A la gente no le gusta hablar de reinas muertas —espeta, alejándose de mí en un movimiento suave—. Pero hablaban cuando estaba viva. Coriane Jacos, la reina Cantante. —Nunca he visto a Julian de esta manera, ni una sola vez. Por lo general, es tranquilo, calmado, un poco obsesionado tal vez, pero nunca enfadado. Nunca tan herido—. Ella no fue elegida por La Prueba de la Reina, ya sabes. No como Elara, o Evangeline, o incluso tú. No, Tibe se casó con mi hermana porque él la amaba y ella lo amaba.

Tibe. Llamar a Tiberias Calore el Sexto, Rey de Norta, Llama del Norte, cualquier cosa con menos de ocho sílabas parece absurdo. Pero él fue joven una vez también. Era como Cal, un niño nacido para convertirse en rey.

—Ellos la odiaban porque éramos de una casa inferior, porque no teníamos la fuerza o el poder o cualquier otra cosa tonta que esas personas ratifiquen —continúa



Julian, todavía mirando a otro lado. Sus hombros y tiemblan con cada respiración—. Y cuando mi hermana se convirtió en reina, amenazó con cambiar todo eso. Era amable, compasiva, una madre que podría criar a Cal para ser el rey que este país necesitaba para unirnos a todos. Un rey que no tendría miedo del cambio. Pero eso nunca llegó a ser.

—Sé lo que es perder a un hermano —murmuro, recordando a Shade. No parece real, como si tal vez todo el mundo está mintiendo y él está en casa ahora, feliz y seguro. Pero sé que no es verdad. Y en algún lugar se encuentra el cuerpo decapitado de mi hermano como prueba de ello—. Me enteré ayer por la noche. Mi hermano murió en el frente.

Julian finalmente se da la vuelta, con los ojos vidriosos.

—Lo siento, Mare. No me he dado cuenta.

—No lo podías haber sabido. El ejército no informa de ejecuciones en sus pequeños libros.

—¿Ejecutado?

—Deserción. —La palabra sabe a sangre, como una mentira—. A pesar de que nunca lo haría.

Después de un largo momento de silencio, Julian pone una mano en mi hombro.

—Parece que tenemos más en común de lo que crees, Mare.

—¿Qué quieres decir?

—También mataron a mi hermana. Se puso en su camino, y fue removida. Y... —Su voz cae—... Van a hacerlo de nuevo, a cualquier persona que tengan que hacerlo. Incluso a Cal, incluso a Maven, y especialmente a ti.

Especialmente a mí. La pequeña chica rayo.

—Pensaba que querías cambiar las cosas, Julian.

—Lo hago ciertamente. Pero estas cosas llevan su tiempo, planificación, y demasiada suerte con la que contar. —Me mira de arriba a abajo, como alguien que de alguna manera sabe que ya he dado el primer paso hacia un camino oscuro—. NO te dejes llevar.

Demasiado tarde.



16

Después de una semana de mirar mi reloj, esperando la medianoche, empiezo a desesperarme. Por supuesto que Farley no puede comunicarse con nosotros aquí. Ni siquiera ella tiene tanto talento. Pero esta noche, cuando el reloj avanza, no siento nada por primera vez desde la Prueba de la Reina. No hay cámaras, no hay electricidad, *nada*. La electricidad está completamente cortada. He estado en apagones antes, demasiados para contarlos, pero este es diferente. Este no es un accidente. Este es para mí.

Moviéndome rápidamente, me pongo mis botas, ahora rotas por semanas de uso, y me dirijo hacia la puerta. Apenas llego al pasillo antes de escuchar a Walsh en mi oído, hablando en voz baja y rápida mientras me lleva a través de la oscuridad forzada.

—No tenemos mucho tiempo —murmura, apresurándome hacia la escalera de servicio. Está muy oscuro, pero sabe a dónde vamos, y yo confío en ella para que me lleve allí—. Conseguirán que vuelva la electricidad en quince minutos, si tenemos suerte.

—¿Y si no la tenemos? —Respiro en la oscuridad.

Me apresura a bajar por las escaleras y abre una puerta.

—Entonces espero que no estés demasiado apegada a tu cabeza.

El olor a tierra, suciedad y agua me golpea primero, trayendo todos mis recuerdos de la vida en el bosque. Pero a pesar de que parece un bosque, con árboles viejos y cientos de plantas pintadas de azul y negro por la luna, un techo de cristal se eleva por encima. *El conservatorio*. Unas sombras torcidas se extienden por la tierra, cada uno peor que el anterior. Veo Seguridad y Centinelas en cada rincón oscuro, esperando para capturarnos y matarnos como lo hicieron con mi hermano. Pero en lugar de sus horribles uniformes negros o de fuego, no hay nada excepto las flores que florecen bajo el techo de cristal de estrellas.

—Discúlpeme si no hago una reverencia —dice una voz, emergiendo de debajo de las copas de árboles de magnolia blancos. Sus ojos azules reflejan la luna, brillando en la oscuridad con fuego frío. *Farley tiene un verdadero talento para la teatralidad*.

Igual que en su emisión, lleva una bufanda roja en su rostro, ocultando sus rasgos. Pero no oculta una ruinosa cicatriz que recorre su cuello y desaparece bajo el cuello de su camisa. Parece reciente, apenas ha empezado a sanar. Ha estado ocupada desde la última vez que la vi. Pero por otro lado, también lo he estado yo.

—Farley —digo, inclinando mi cabeza en señal de saludo.



No me devuelve el asentimiento, pero de cualquier manera, no esperaba que lo hiciera. Toda negocios.

—¿Y el otro? —murmura. *¿El otro?*

—Holland lo está trayendo. En cualquier momento estará aquí. —Walsh suena sin aliento, emocionada incluso, por la persona a quien estamos esperando. Incluso los ojos de Farley brillan.

—¿Qué es? ¿Quién más se ha unido? —No me responden, intercambiando miradas en su lugar. Algunos nombres corren por mi cabeza, sirvientes y chicos de la cocina que apoyarían la causa.

Pero la persona que se nos une, no es un siervo. Ni siquiera es Rojo.

—*Maven.*

No sé si gritar o correr cuando veo que mi prometido aparece de entre las sombras. Es un príncipe, es un Plateado, es el enemigo, y sin embargo, aquí está, de pie con uno de los líderes de la Guardia Escarlata. Su acompañante, Holland, un antiguo siervo Rojo con años de servicio, parece hincharse de orgullo.

—Te lo dije, no estás sola, Mare —dice Maven, pero no sonríe. Su mano tiembla a su costado, está nervioso. Farley lo *asusta*.

Y puedo ver por qué. Ella da un paso hacia delante, pistola en mano, pero está tan nerviosa como él. Aun así, su voz no tiembla.

—Quiero escucharlo de tus labios, principito. Dime lo que le dijiste —dice, inclinando su cabeza hacia Holland.

Maven se burla cuando dice “principito”, sus labios se curvan en disgusto, pero no retrocede.

—Quiero unirme a la Guardia —dice con su voz llena de convicción.

Ella se mueve rápidamente, levantando su pistola y apuntándolo en el mismo movimiento. Mi corazón parece detenerse cuando presiona el cañón contra su frente, pero Maven no se inmuta.

—¿Por qué? —sisea.

—Porque este mundo está mal. Lo que mi padre ha hecho, lo que mi hermano va a hacer, *está mal*. —Incluso con una pistola contra su cabeza, se las arregla para hablar con calma, pero una gota de sudor resbala por su cuello. Farley no se aleja, esperando una respuesta mejor, y me encuentro haciendo lo mismo.

Sus ojos cambian, se mueven a los míos, y traga saliva.

—Cuando tenía doce años, mi padre me envió al frente, para endurecerme, para hacerme más como mi hermano. Cal es perfecto, ya ves, ¿por qué no podría yo ser lo mismo?

No puedo evitar estremecerme ante sus palabras, reconociendo el dolor en ellas. *Yo vivía bajo la sombra de Gisa, y él vivía bajo la de Cal. Conozco esa vida.*

Farley solloza, casi riéndose de él.

—No tengo ningún uso para los niñitos celosos.

—Desearía que fueran celos lo que traen hasta aquí —murmura Maven—. Pasé tres años en los barracones, siguiendo a Cal, a los oficiales y a los generales, observando los soldados luchando y muriendo por una guerra en la que nadie creía. Donde Cal vio honor y lealtad, yo vi locura. Vi desperdicio. Sangre en ambos lados de la línea divisoria, y tu pueblo dio mucho más.

Me acuerdo de los libros en la habitación de Cal, las tácticas y maniobras establecidas como un juego. El recuerdo me hace temblar, pero lo que dice Maven después me hiela la sangre.

—Había un niño, de sólo diecisiete, un Rojo del norte congelado. Él no me conocía de vista, no como todos los demás, pero me trataba muy bien. Me trataba como a una *persona*. Creo que fue mi primer amigo de verdad. —Tal vez es un truco de la luz de la luna, pero algo parecido a lágrimas brilla en sus ojos—. Su nombre era Thomas, y lo vi morir. Podría haberlo salvado, pero mis guardias me retuvieron. Su vida no valía perder la mía, es lo que dijeron. —Entonces las lágrimas se han ido, sustituidas por sus puños apretados y una voluntad de hierro—. Cal llama a esto equilibrio, los Plateados sobre los Rojos. Es una buena persona, y va a ser un gobernante justo, pero no cree que valga la pena intentar el cambio —dice—. Estoy tratando de decirte que no soy lo mismo que el resto de ellos. Creo que mi vida vale igual que la vuestra, y la daré con mucho gusto, si eso significa el cambio.

Es un príncipe, y lo peor de todo, el hijo de la reina. No quería confiar en él antes por esta misma razón, por los secretos que mantenía ocultos. *O tal vez esto era lo que estaba escondiendo desde el principio... su propio corazón.*

A pesar de que hace todo lo posible por parecer sombrío, para mantenerse erguido y que sus labios no tiemblen, puedo ver al chico debajo de la máscara. Una parte de mí quiere abrazarlo, consolarlo, pero Farley me detendría antes de que pudiera. Cuando baja la pistola, poco a poco, suelto la respiración que no me he dado cuenta que estaba sosteniendo.

—El chico dice la verdad —dice Holland. Se mueve para estar al lado de Maven, extrañamente protector con su príncipe—. Se ha sentido así desde hace meses, desde que regresó del frente.

—¿Y le hablaste sobre nosotros después de unas noches llenas de lágrimas? —se burla Farley, dirigiendo su temible mirada a Holland. Pero el hombre se mantiene firme.

—Conozco al príncipe desde la infancia. Cualquier persona cercana a él puede ver que su corazón ha cambiado. —Holland mira de reojo a Maven, como si recordara el chico que era—. Piensa en el buen aliado que podría ser. La diferencia que podría hacer.

Maven es diferente. Sé eso de primera mano, pero algo me dice que mis palabras no influirán a Farley. Sólo Maven puede hacer eso ahora.

—Júralo por tus colores —le gruñe a él.

Un antiguo juramento, según la Señora Blonos. Como jurar por tu vida, tu familia e hijos por venir, todo a la vez. Y Maven no duda en hacerlo.



—Juro por mis colores —dice, agachando la cabeza—. Me comprometo a la Guardia Escarlata. —Suenas como su propuesta de matrimonio, pero esto es mucho más importante, y más mortal.

—Bienvenido a la Guardia Escarlata —dice ella finalmente, quitándose su bufanda.

Me muevo en silencio sobre el suelo de baldosas hasta que siento su mano en la mía. Arde con un calor ya familiar.

—Gracias, Maven —le susurro—. No sabes lo que esto significa para nosotros. —*Para mí.*

Cualquier otro habría sonreído ante la posibilidad de reclutar un Plateado, y uno de sangre *real* para tal caso, pero Farley apenas reacciona en absoluto.

—¿Qué estás dispuesto a hacer por nosotros?

—Puedo darte información, inteligencia, lo que sea que puedas necesitar para seguir adelante con tu operación. Estoy sentado en los consejos de impuestos con mi padre...

—No nos importan los impuestos —le contesta Farley. Me dirige una mirada enfadada, como si fuera culpa mía que no le guste lo que le está ofreciendo—. Lo que necesitamos son nombres, ubicaciones, *objetivos*. Lo que hay que golpear y cuándo causar el mayor daño. ¿Puedes darme eso?

Maven se mueve, incómodo.

—Preferiría un camino menos hostil —murmura—. Sus métodos violentos no les están ganando amigos.

Farley se burla, dejando que el sonido haga eco sobre el conservatorio.

—Tu pueblo es mil veces más violento y cruel que el mío. Hemos pasado los últimos siglos bajo las botas de los Plateados, y no vamos a hacernos camino siendo *amables*.

—Supongo —murmura Maven. Puedo decir que está pensando en Thomas, en todas las personas a las que vio morir. Su hombro roza el mío cuando retrocede, poniéndose detrás para protegerse. A Farley no se le escapa eso y casi se ríe a carcajadas.

—El principito y la pequeña chica rayo. —Se ríe—. Son el uno para el otro. Uno, un cobarde, y tú... —Se vuelve hacia mí, sus ojos azul acero me queman... la última vez que nos vimos, estabas escarbando en el barro en busca de un milagro.

—Lo encontré —le digo. Para cimentar mi punto, mis manos producen chispas, echando luz púrpura sobre nosotros.

La oscuridad parece cambiar, y los miembros de la Guardia Escarlata se revelan con el fin de acabar con la amenaza, saliendo de los árboles y arbustos. Sus rostros están enmascarados con bufandas y pañuelos, pero no ocultan todo. El más alto debe ser Tristan, con sus largas extremidades. Puedo decir por la forma en que está de pie, tenso y listo para la acción, que tienen miedo. Pero el rostro de Farley no cambia. Sabe que la gente que está destinada a protegerla no servirá de mucho contra Maven, o

incluso contra mí, pero no parece intimidada en absoluto. Para mi gran sorpresa, finalmente sonrío. Su sonrisa es temible, llena de dientes y un hambre salvaje.

—Podemos bombardear y quemar cada centímetro de este país —murmura, mirando entre nosotros con algo como orgullo—, pero eso nunca va a causar el daño que los dos pueden hacer. Un príncipe Plateado poniéndose en contra de su corona, una chica Roja con habilidades. ¿Qué dirá la gente, cuando los vean con nosotros?

—Pensaba que querías... —empieza Maven, pero Farley le resta importancia.

—Los bombardeos son sólo una manera de llamar la atención. Una vez que la obtengamos, una vez que cada Plateado de este país desamparado esté mirando, necesitamos mostrarles algo. —Su mirada se vuelve calculadora mientras nos mide, sopesándonos contra lo que sea que tenga en mente—. Creo que lo harán muy bien.

Mi voz tiembla, temiendo lo que eso podría significar.

—¿Como qué?

—Como el rostro de nuestra gloriosa revolución —dice con orgullo, echando la cabeza hacia atrás. Su cabello dorado atrapa la luz de la luna. Por un segundo, parece llevar una brillante corona—. La gota de agua para romper la presa.

Maven asiente con fervor.

—Así que, ¿por dónde empezamos?

—Bueno, creo que es hora de que saquemos una página del libro de travesuras de Mare.

—¿Qué se supone que significa eso? —No lo entiendo, pero Maven sigue la línea del pensamiento de Farley fácilmente.

—Mi padre ha estado encubriendo otros ataques por la Guardia —murmura, explicando su plan.

Mi mente parpadea de nuevo hacia coronel Macanthos y su estallido en el almuerzo.

—El campo de aviación, Delphie, Bahía Harbor.

Maven asiente.

—Los llamé accidentes, ejercicios de entrenamiento, *miente*. Pero cuando apareciste en La Prueba de la Reina, incluso mi madre no podía persuadirles de ello. Necesitamos algo así, algo que nadie pueda ocultar. Para mostrar al mundo que la Guardia Escarlata es muy peligrosa y muy real.

—¿Pero eso no tendrá consecuencias? —Mis pensamientos se dirigen de nuevo hacia los disturbios, a las personas inocentes torturadas y asesinados por una horda sin sentido—. Los Plateados lo volverán en nuestra contra, las cosas se pondrán *peor*.

Farley mira hacia otro lado, incapaz de aguantar la mirada.

—Y más se unirán a nosotros. Más se darán cuenta que las vidas que vivimos están *mal* y que se puede hacer algo para cambiarlo. No hemos hecho nada durante demasiado tiempo; es el momento de hacer sacrificios y seguir adelante.



—¿Fue mi hermano tu sacrificio? —espeto, sintiendo una llamarada ira dentro de mí—. ¿Fue su muerte un sacrificio para ti?

Para su crédito, no trata de mentir.

—Shade sabía en lo que se estaba metiendo.

—Y ¿qué pasa con todos los demás? ¿Qué pasa con los niños y los ancianos que no se han enlistado en tu “gloriosa revolución”? ¿Qué sucede cuando los Centinelas comiencen a rodearlos para castigarlos cuando no te puedan encontrar?

La voz de Maven es cálida y suave en mi oído.

—Piensa en la historia, Mare. ¿Qué es lo que te ha enseñado Julian?

Él me ha enseñado sobre de la muerte. El antes. Las guerras. Pero más allá de eso, en un momento en que las cosas todavía podían cambiar, había revoluciones. El pueblo se levantaba, los imperios caían, y las cosas cambiaban. La libertad surgía, subiendo y bajando con la marea del tiempo.

—La revolución necesita una chispa —gruño, repitiendo lo que Julian diría en nuestras lecciones—. E incluso las chispas queman.

Farley sonríe.

—Tú debes saber eso mejor que nadie.

Pero todavía no estoy convencida. El dolor de perder a Shade, de saber que mis padres han perdido a un hijo, sólo se multiplicará si hacemos esto. ¿Cuántos Shades más morirán?

Curiosamente es Maven, no Farley, quien trata de influir en mí.

—Cal cree que el cambio no vale la pena el coste —dice. Su voz tiembla, por de nervios y la convicción—. Y va a gobernar un día... ¿quieres dejar que él sea el futuro?

Por una vez, mi respuesta es fácil.

—No.

Farley asiente, satisfecha.

—Walsh y Holland. —Dirige su cabeza hacia ellos—. Díganme que va a haber una pequeña fiesta aquí.

—El baile —ofrece Maven.

—Es un objetivo imposible —suelto—. Todo el mundo tendrá guardias; la reina *sabr*á si algo va mal...

—*No* lo sabrá —dice Maven, casi burlándose de la idea—. Mi madre no es todopoderosa, como quiere que creas. Incluso ella tiene límites.

¿Límites? ¿La reina? Sólo la idea hace que mi mente dé vueltas.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Sabes lo que puede hacer...?

—Sé que en medio de un baile, con tantas voces y pensamientos arremolinándose a su alrededor, será *inútil*. Y mientras nos quedemos fuera de su camino, mientras no le demos ninguna razón para atacar, no sabrá nada. Lo mismo



ocurre con los Ojos de Eagrie. No van a estar en busca de problemas, por lo que no lo verán. —Se vuelve de nuevo hacia Farley, su columna vertebral recta como una flecha—. Los Plateados podrán ser fuertes, pero no somos invencibles. Puede lograrse.

Farley asiente suavemente, sonriendo con sus dientes.

—Vamos a estar en contacto de nuevo, una vez que las cosas se pongan en movimiento.

—¿Puedo pedir algo a cambio? —dejo escapar, estirándome para agarrar su brazo—. Mi amigo, el que te mencioné, quiere unirse a la Guardia. Pero no se lo puedes permitir. Sólo asegúrate de que no se involucre en nada de esto.

Suavemente, quita mis dedos de su brazo cuando el arrepentimiento nubla sus ojos.

—Espero que no te refieras a mí.

Para mi horror, uno de sus guardias sombríos da un paso hacia adelante. El trapo rojo alrededor de su rostro no oculta el conjunto de sus anchos hombros o la camisa raída que he visto mil veces. Pero la mirada de acero en sus ojos, la determinación de un hombre del doble de su edad, es algo que no reconozco en absoluto. Kilorn parece a años de distancia ya. Guardia Escarlata hasta los huesos, dispuesto a luchar y morir por la causa. *Es Rojo como el amanecer.*

—No —susurro, retrocediendo lejos de Farley. Ahora sólo puedo ver a Kilorn corriendo a toda velocidad hacia su perdición—. Sabes lo que le pasó a Shade. No puedes hacer esto.

Se quita el trapo y se acerca para abrazarme, pero doy un paso hacia atrás. Su toque se siente como una traición.

—Mare, no tienes que seguir tratando de salvarme.

—Lo intentaré mientras tú no lo hagas. —¿Cómo es que no puede aspirar a ser otra cosa más que un escudo humano? ¿Cómo puede hacer esto? A lo lejos, algo ronronea a la vida, volviéndose más fuerte cada segundo, pero apenas me doy cuenta. Estoy más centrada en mantener las lágrimas a raya delante de Farley, la Guardia y Maven.

—Kilorn, por favor.

Se ensombrece ante mis palabras, como si fueran un insulto en lugar de la súplica de una joven.

—Has hecho tu elección, y yo estoy haciendo la mía.

—Hice esa elección por *ti*, para mantenerte a salvo —espeto. Es increíble la facilidad con la que volvemos a caer en nuestro viejo ritmo, discutiendo como siempre. Pero hay mucho más en juego ahora. No puedo simplemente empujarlo al barro y alejarme—. Negocié por ti.

—Estás haciendo lo que crees que va a protegerme, Mare —dice entre dientes, su voz un ruido sordo—. Así que déjame hacer lo que pueda para salvarte.

Mis ojos se aprietan con fuerza, dejando que mi dolor se haga cargo. He estado protegiendo a Kilorn todos los días desde que su madre se fue, ya que casi murió de

hambre en mi puerta. Y ahora no me deja, no importa lo peligroso que se haya vuelto el futuro.

Poco a poco, abro los ojos de nuevo.

—Haz lo que quieras, Kilorn. —Mi voz es fría y mecánica, como los cables y circuitos tratando de funcionar de nuevo—. La electricidad va a regresar pronto. Debemos empezar a movernos.

Los otros entran en acción, desapareciendo en el conservatorio, y Walsh me toma por el brazo. Kilorn retrocede, siguiendo a los demás en las sombras, pero sus ojos permanecen en mí.

—Mare —llama detrás de mí—. Por lo menos despídete.

Pero ya estoy caminando, con Maven a mi lado, Walsh nos dirige. No voy a mirar hacia atrás, no ahora cuando ha traicionado todo lo que siempre he hecho por él.

El tiempo se mueve lentamente cuando se está esperando algo bueno, por lo que, naturalmente, los días vuelan mientras el temido baile se acerca. Pasa una semana sin ningún contacto, dejándonos a Maven y a mí en la oscuridad mientras las horas pasan. Más Entrenamiento, más Protocolo, más almuerzos descerebrados que casi me dejan en lágrimas. Cada vez tengo que mentir, alabar a los Plateados y criticar y humillar a los míos. Sólo la Guardia me mantiene fuerte.

La señora Blonos me regaña por estar distraída en el Protocolo. No tengo el corazón para decirle que, distraída o no, nunca voy a ser capaz de aprender los pasos de baile que está tratando de enseñarme para el Baile de Despedida. Por más que sea muy buena para escabullirme, soy horrible con los movimientos rítmicos. Mientras tanto, mi una vez odiado Entrenamiento es una salida para toda mi ira y estrés, lo que me permite correr o desencadenar todo lo que estoy tratando de mantener en mi interior.

Pero justo cuando por fin estoy empezando a cogerle el truco a las cosas, el estado de ánimo en el Entrenamiento cambia drásticamente. Evangeline y sus lacayos no me atacan, en su lugar, se centran intensamente en sus calentamientos. Incluso Maven hace sus estiramientos con más cuidado, como si se estuviera preparando para algo.

—¿Qué está pasando? —le pregunto, asintiendo hacia el resto de la clase. Mis ojos permanecen en Cal, justo ahora haciendo flexiones en perfecta forma.

—Ya lo verás en un minuto —responde Maven, su voz extrañamente apagada.

Cuando Arven entra con Provos, incluso él tiene algo extraño en su paso. No ladra una orden para correr y en su lugar se aproxima a la clase.

—Tirana —murmura el instructor Arven.

Una chica en un traje de rayas azules, la Ninfa de la Casa Osanos, salta al oírle. Se abre camino hacia el centro de la pista, esperando algo. Parece tan emocionada como aterrorizada.

—Arven gira, buscando entre nosotros. Por un segundo, sus ojos se fijan en mí, pero por suerte se desplazan a Maven.



—Príncipe Maven, por favor. —Hace un gesto hacia donde espera Tirana.

Maven asiente y se mueve a su lado. Ambos tensos, retorciendo los dedos mientras esperan lo que se viene.

De repente, la sala de entrenamiento se mueve alrededor de ellos, empujando paredes claras para formar algo. Una vez más, Provos levanta los brazos, usando sus habilidades para transformar la sala de entrenamiento. A medida que la estructura toma forma, mi corazón martillea, al darme cuenta exactamente de lo que es.

Una arena.

Cal toma el lugar de Maven a mi lado, sus movimientos rápidos y silenciosos.

—No se van a hacer daño el uno al otro —me explica—. Arven nos detiene antes de que alguien pueda hacer un daño real, y hay curanderos esperando.

—Reconfortante —digo.

En el centro de la arena formándose rápidamente, tanto Maven como Tirana se preparan para su pelea. El brazalete de Maven chispea, y el fuego arde en sus manos, subiendo por sus brazos, mientras las gotas de las gotas de humedad del aire se arremolinan alrededor de Tirana en una demostración fantasmal. Ambos parecen estar listos para la batalla.

Algo sobre mi malestar altera a Cal.

—¿Maven es lo único que te preocupa?

Ni siquiera se acerca.

—Protocolo no es exactamente fácil en este momento. —No estoy mintiendo, pero en mi lista de problemas, aprender a bailar está en la parte inferior—. Parece que soy aún peor en el baile que en memorizar los modales de la corte.

Para mi sorpresa, Cal se ríe a carcajadas.

—Debes ser horrible.

—Bueno, es difícil aprender sin pareja —espeto, un poco molesta con él.

—En efecto.

Las dos últimas piezas se unen, completando la arena de entrenamiento y rodeando a Maven y su oponente. Ahora están separados del resto de nosotros por un cristal grueso, atrapados juntos en una versión en miniatura de un campo de batalla. *La última vez que vi pelear a los Plateados, alguien casi murió.*

—¿Quién tiene la ventaja? —dice Arven, preguntando a la clase. Cada mano excepto la mía se dispara al aire—. ¿Elane?

La chica Haven sobresale con su barbilla hacia adelante, hablando con orgullo.

—Tirana tiene la ventaja. Es mayor y tiene más experiencia. —Elane dice esto como si fuera la cosa más obvia del mundo. Las mejillas de Maven se vuelven blancas, aunque trata de ocultarlo—. Y el agua vence al fuego.



—Muy bien. —Arven mueve sus ojos de nuevo a Maven, retándolo a discutir. Pero Maven se muerde la lengua, dejando que su creciente fuego hable por él—. Impresióname.

Chocan, escupiendo fuego y lluvia en un duelo de elementos. Tirana usa su agua como un escudo, y para los ataques de fuego de Maven, es impenetrable. Cada vez que se acerca a ella, balanceándose con los puños en llamas, vuelve con nada más que vapor. La batalla parece pareja, pero de alguna manera Maven parece tener ventaja. Está a la ofensiva, acorralándola contra una pared.

A nuestro alrededor, la clase vitorea, incitando a los guerreros. Solía estar disgustada por las demostraciones de este tipo, pero ahora tengo dificultades para mantenerme tranquila. Cada vez que Maven ataca, más cerca de derribar a Tirana, casi no puedo evitar animar con los demás.

—Es una trampa, Mavey —susurra Cal, más para sí mismo que para nadie.

—¿Qué es? ¿Qué va a hacer?

Cal sacude la cabeza.

—Sólo mira. Ya lo tiene.

Pero Tirana parece cualquier cosa menos victoriosa. Está plana contra la pared, resistiendo detrás de su escudo acuoso mientras bloquea golpe tras golpe.

No me pierdo ese momento veloz como un rayo cuando Tirana cambia, literalmente, la marea contra Maven. Agarra su brazo y tira de él, girándolo de modo que intercambian los sitios en un instante. Ahora es Maven el que está detrás de su escudo, atrapado entre el agua y la pared. Pero no puede controlar el agua, y esta se aprieta contra él, reteniéndolo incluso mientras trata de quemarla. El agua sólo hierve, burbujeando sobre su piel ardiente.

Tirana se aleja, viéndole luchar con una sonrisa en su rostro.

—¿Te rindes?

Una corriente de burbujas escapa de los labios de Maven. *Me rindo.*

El agua cae, vaporizándose en el aire con el sonido de aplausos. Provos agita una mano de nuevo, y una de las paredes de la arena se desliza hacia atrás. Tirana hace una pequeña reverencia mientras Maven avanza con dificultad fuera del círculo, un desastre empapado.

—Reto a Elane Haven —dice Sonya Iral bruscamente, tratando de sacar las palabras antes de que nuestro instructor pueda emparejarla con otra persona. Arven asiente, permitiendo el reto, antes de volver su mirada a Elane. Para mi sorpresa, ella sonríe y camina hacia la arena, su largo cabello rojo se balancea con el movimiento.

—Acepto el reto —responde Elane, tomando lugar en el centro de la arena—. Espero que hayas aprendido algunos trucos nuevos.

Sonya le sigue, con los ojos bailando. Incluso se ríe.

—¿Crees que te lo diría si lo he hecho?



De alguna manera se las arreglan para reír y sonreír justo hasta que Elane Haven desaparece por completo y agarra a Sonya por la garganta. Se ahoga, jadeando por aire, antes de girar los brazos de la chica invisible y escapar. Su pelea recae rápidamente en un juego mortal y violento del gato y el ratón invisible.

Maven no se molesta en mirar, enfadado consigo mismo por su rendición.

—¿Sí? —le dice a Cal, y su hermano se lanza de cabeza a un silencioso sermón. Tengo la sensación de que esto es normal.

—No arrincones a alguien mejor que tú, eso los hace más peligrosos —dice, poniendo un brazo alrededor del hombro de su hermano—. No puedes vencerla con tu capacidad, así que tienes que vencerla con tu cabeza.

—Lo tendré en mente —murmura Maven, envidiando el consejo, pero aceptándolo igualmente.

—Estás mejorando, sin embargo —murmura Cal, palmeando a Maven en el hombro. Tiene buenas intenciones pero suena algo condescendiente. Me sorprende que Maven no le grite, pero está acostumbrado a esto, como yo estaba acostumbrada a Gisa.

—Gracias, Cal. Creo que lo entiende —le digo, en nombre de Maven.

Su hermano mayor no es tonto y toma la pista con el ceño fruncido. Con nada más que una mirada hacia mí, Cal nos deja para ponerse junto a Evangeline. Ojalá no lo hubiera hecho, solo para no tener que ver sus sonrisas y regodeos. Por no hablar de que tengo este extraño retorcijón en el estómago cada vez que la mira.

Una vez que está fuera del alcance del oído, le doy un codazo Maven con mi hombro.

—Tiene razón, sabes. Tienes que ser más astuto que la gente así.

Frente a nosotros, Sonya agarra a lo que parece ser aire y lo estampa contra la pared. Aparecen salpicaduras de líquido de plata y Elane revolotea de nuevo a la visibilidad, con un rastro de sangre fluyendo de su nariz.

—Siempre tiene la razón cuando se trata de la arena —murmura, extrañamente molesto—. Espera y verás.

Al otro lado de la arena, Evangeline sonríe a la asesina demostración entre nosotros. Cómo puede ver a sus amigas sangrando en el suelo, no lo sé. *Los Plateados son diferentes*, me recuerdo a mí misma. *Sus cicatrices no duran. No recuerdan el dolor.* Con los curanderos de piel esperando en las otras salas, la violencia ha adquirido un nuevo significado para ellos. Una columna vertebral rota, un estómago dividido, no importa. Siempre hay alguien que vendrá a arreglarlos. No conocen el significado de peligro o el miedo o el dolor. Es sólo su orgullo lo que puede ser realmente herido.

Eres Plateada. Eres Mareena Titanos. Disfruta de esto.

Los ojos de Cal se mueven entre las chicas, estudiándolas como un libro o una pintura en vez de una masa en movimiento de sangre y huesos. Debajo del corte negro de su traje de entrenamiento, sus músculos se tensan, listo para su turno.

Y cuando este llega, entiendo a lo que se refiere Maven.



El instructor Arven enfrenta a Cal contra otros dos, el Tejevientos Oliver y Cyrine Macanthos, una chica que convierte su piel en piedra. Es una pelea solo en nombre. A pesar de ser superado en número, Cal juega con los otros dos. Los incapacita a uno a la vez, atrapando a Oliver en un remolino de fuego, mientras intercambia golpes con Cyrine. Ella parece una estatua viviente, hecha de roca sólida en lugar de carne, pero Cal es más fuerte. Sus golpes astillan su piel rocosa, dejando grietas a través de su cuerpo con cada golpe. Esto es sólo un entrenamiento para él; casi parece aburrido. Termina la pelea cuando la arena explota en un infierno agitado del que incluso Maven retrocede. En el momento en que el humo y el fuego se difuminan, tanto Oliver como Cyrine se han rendido. Su piel está agrietada en trozos de carne quemada, pero ninguno grita.

Cal los deja atrás, sin molestarse en ver cómo un curandero de piel parece arreglarlos. Me salvó, me trajo a casa, rompió las reglas por mí. Y es un soldado despiadado, el heredero de un trono sangriento.

La sangre de Cal podría ser plateada, pero su corazón es negro como la piel quemada.

Cuando sus ojos se desvían a los míos, me obligo a apartar la vista. En lugar de dejar que su calor, su extraña amabilidad me confunda, me gravo ese infierno en la memoria. *Cal es más peligroso que todos ellos juntos. No puedo olvidar eso.*

—Evangeline, Andros —dice Arven, asintiendo hacia ellos. Andros se desinfla, casi molesto ante la perspectiva luchar, y ser derrotado, ante Evangeline, pero obedientemente camina penosamente a la arena. Para mi sorpresa, Evangeline no se mueve.

—No —dice con valentía, plantando sus pies.

Cuando Arven se gira hacia ella, su voz se eleva por encima de su habitual susurro y corta como una navaja.

—¿Cómo ha dicho, señorita Samos?

Ella vuelve sus ojos negros hacia mí, y su mirada es tan afilada como un cuchillo.

—Reto a Mareena Titanos.



17

*A*bsolutamente no —murmura Maven descontento—. Ella solo lleva entrenando dos semanas; la cortarás en pedazos.

En respuesta, Evangeline solo se encoge de hombros, dejando que su despreocupada sonrisa satisfecha aumente en su rostro. Sus dedos se mueven contra su pierna y casi puedo sentirlos como garras a través de mi piel.

—¿Y qué si lo hace? —interrumpe Sonya y creo que veo un destello de su abuela en sus ojos—. Los curanderos están aquí. No habrá ningún daño. Además, si ella va a entrenar con nosotros, bien podría hacerlo correctamente, ¿verdad?

No habrá ningún daño, me mofo en mi cabeza. Ningún daño quitando mi sangre expuesta para que todos la vean. El latido de mi corazón golpea en mi cabeza, acelerándose con cada segundo que pasa. Por encima, las luces brillan intensamente, iluminando el ring; mi sangre será difícil de ocultar y ellos me verán como realmente soy. La Roja, la mentirosa, la ladrona.

—Me gustaría observar durante un tiempo antes de entrar al ring, sin no te molesta —contesto, tratando lo mejor que puedo de sonar como una Plateada. En cambio, mi voz tiembla. Evangeline lo nota.

—¿Demasiado asustada para luchar? —me provoca, sacudiendo una mano perezosamente. Uno de sus cuchillos, una cosa pequeña como un diente de plata, rodea su muñeca lentamente en una amenaza abierta—. Pobre pequeña chica rayo.

Sí, quiero gritar. Sí, estoy asustada. Pero los Plateados no admiten cosas como esa. Los Plateados tienen su orgullo, su fuerza y nada más.

—Cuando peleo, tengo intención de ganar —digo a cambio, devolviéndole sus palabras—. No soy tonta Evangeline y todavía no puedo ganar.

—Entrenar fuera del ring solo te puede llevar hasta un punto, Mareena —ronronea Sonya, aferrándose a mi mentira con regocijo—. ¿No está de acuerdo, Instructor? ¿Cómo puede esperar ganar alguna vez si no lo intenta?

Arven sabe que hay algo diferente en mí, una razón para mi habilidad y mi fuerza. Pero qué es, eso no puede entenderlo y hay un destello de curiosidad en sus ojos. Él también quiere verme en el ring. Y mis únicos aliados, Cal y Maven, intercambian miradas preocupadas, preguntándose cómo proseguir sobre suelo tan movedizo. *¿No esperaban esto? ¿No pensaron que llegaría a esto?*



O tal vez esto es a lo que me he estado dirigiendo todo el tiempo. Una muerte accidental en el Entrenamiento, otra mentira que puede contar la reina, una muerte apropiada para la chica que no pertenece. Es una trampa en la que voluntariamente he entrado.

El juego habrá terminado. Y todo el mundo a quien amo habrá perdido.

—Lady Titanos es la hija de un héroe de guerra muerto y no podéis hacer nada más que molestarla —gruñe Carl, lanzando dagas con la mirada a las chicas. Ellas apenas parecen notarlos, casi riéndose por su pobre defensa. Él puede ser un guerrero por nacimiento, pero está perdido en cuanto a palabras.

Sonya está incluso más enfurecida, su naturaleza astuta toma las riendas. Mientras Cal es un guerrero en el ring, ella es un soldado del habla y tuerce sus palabras con aterrador facilidad.

—A la hija de un general debería irle bien en el ring. En todo caso, Evangeline debería tener miedo.

—Ella no ha sido criada por un general, no seas tonta —se burla Maven. Él es mucho mejor en este tipo de cosas, pero no le puedo dejar ganar mis batallas. No con estas chicas.

—No lucharé —digo de nuevo—. Reta a otro.

Cuando Evangeline sonrío, con sus dientes blancos y afilados, mis viejos instintos suenan en mi cabeza como una campana. Apenas tengo tiempo de bajar cuando su cuchillo arde a través del aire, cortando en el lugar donde estaba mi cuello segundos antes.

—Te reto a ti —espeta y otro cuchillo vuela a mi rostro. Más se elevan de su cinturón, listos para cortarme en pedazos.

—Evangeline, para —grita Maven y Cal me levanta, sus ojos vivos con preocupación. Mi sangre trina, llena de adrenalina, mi pulso suena tan fuerte que casi me pierdo sus susurradas palabras.

—Tú eres más rápida. Mantenla corriendo. *No tengas miedo.* —Otro cuchillo resplandece, esta vez clavándose en el suelo a mis pies—. No dejes que vea tu sangre.

Por encima de su hombro, Evangeline merodea como un gato depredador, con un reluciente estallido de cuchillos en sus puños. En ese instante, sé que nada ni nadie la detendrá. Ni siquiera los príncipes. Y no le puedo dar la oportunidad de ganar. *No puedo perder.*

Un rayo de luz sale de mí, disparado a través del aire a mi orden. La golpea en el pecho y se tambalea hacia atrás, chocando contra la pared exterior de la arena. Pero en vez de parecer enfadada, Evangeline me mira con alegría.

—Esto será rápido, pequeña chica rayo —gruñe, limpiando una gota de sangre plateada.

Todos alrededor, los otros estudiantes, se echan para atrás, mirando entre nosotras dos. Esta podría ser la última vez que me vean viva. *No, pienso otra vez. No*



puedo perder. Mi concentración se intensifica, profundizando mi sentimiento de poder hasta que es tan fuerte que apenas noto las paredes cambiando alrededor de nosotras. Con un clic, Provos modifica la arena, encerrándonos dentro juntas, una chica Roja y una sonriente monstruo Plateada.

Ella sonríe abiertamente hacia mí y unas piezas finas metálicas, como navajas, se desprenden del suelo, formados a su voluntad. Dan vueltas, se balancean y se disparan hacia adelante como en una pesadilla viviente. Sus cuchillos normales se han ido, tirados a un lado por una nueva táctica. Las cosas metálicas, criaturas de su mente, se arrastran por el suelo para parar a sus pies. Cada una tiene ocho patas de navajas, afiladas y crueles. Se agitan como si esperan a ser liberadas, para cortarme en pedazos. *Arañas.* Una horrible sensación cosquillea en mi piel, como si ya estuviesen sobre mí.

Unas chispas cobran vida en mis manos, bailando entre mis dedos. Las luces parpadean mientras la energía en la habitación me inunda como el agua empapando una esponja. La energía me recorre, dirigida por mi propia fuerza y necesidad. *No moriré aquí.*

Al otro lado de la pared, Maven sonríe, pero su rostro está pálido, asustado. A su lado, Cal no se mueve. Un soldado no pestañea hasta que la batalla esté ganada.

—¿Quién tiene la ventaja? —pregunta el instructor Arven—. ¿Mareena o Evangeline?

Nadie levanta la mano. Ni siquiera los amigos de Evangeline. En su lugar, miran entre nosotras, viendo cómo crecen nuestras habilidades.

La sonrisa de Evangeline se desvanece en una mueca. Está acostumbrada a ser favorecida, ser a la que todos temen. Y ahora está más enfadada que nunca.

De nuevo, las luces parpadean encendiéndose y apagándose, mientras mi cuerpo zumba como un cable sobrecargado. En la intermitente oscuridad, sus arañas escarban sobre el suelo, sus patas metálicas repican en terrible armonía.

Y luego todo lo que conozco es miedo, poder y el repentino aumento de energía en mis venas.

La oscuridad y la luz explotan de acá para allá, sumergiéndonos a ambas en una extraña batalla de parpadeante color. Mi rayo explota en la oscuridad, reluciendo púrpura y blanco mientras hace añicos las arañas con cada giro. El consejo de Cal hace eco en mi cabeza y sigo moviéndome, nunca quedándome en un mismo lugar lo suficiente como para que Evangeline me hiera. Ella se mueve entre sus arañas, esquivando mis chispas lo mejor que puede. El metal dentado desgarrar mi brazo, pero el traje de cuero se mantiene firme. Ella es rápida, pero yo soy más rápida, incluso con las arañas rasguñando mis piernas. Por un segundo, su irritante trenza de plata pasa por la punta de mis dedos, antes de que esté fuera de alcance de nuevo. Pero la tengo huyendo. *Estoy ganando.*

Escucho a Maven a través del chillido de metal y el entusiasmo de los compañeros de clase, gritándome para que la termine. La luz parpadea, haciéndola difícil de encontrar, pero por un breve momento, siento como es ser uno de ellos.



Sentir una fuerza y un poder absoluto, saber que puedes hacer lo que millones no pueden. Evangeline se siente así todos los días, pero ahora es mi turno. *Te enseñaré lo que es sentir miedo.*

Un puño me golpea en la parte baja de mi espalda, disparando dolor por el resto de mi cuerpo. Mis rodillas se doblan por la agonía, enviándome al suelo. Evangeline se detiene sobre mí, su espalda rodeada por una cortina desordenada de cabello plateado.

—Como he dicho —gruñe—. Rápido.

Mis piernas se mueven por sí solas, balanceándose en una maniobra que he usado cientos de veces en los callejones posteriores de Los Pilares. Incluso hasta con Kilorn una o dos veces. Mi pie conecta con su pierna, derribándola y se estrella contra el suelo a mi lado. Mis manos crujen con energía caliente, incluso mientras chocan contra su rostro. El dolor abrasa mis nudillos pero sigo, queriendo ver su dulce sangre plateada.

—Desearás que sea rápido —gruño, presionándola hacia abajo.

De alguna manera, a través de sus labios magullados, Evangeline se las arregla para reír. El sonido se desvanece, sustituido por un chirrido metálico. Y a nuestro alrededor, las caídas, electrizadas arañas cobran vida. Sus cuerpos metálicos se reforman, tejiéndose juntos uniéndose, en una ruinosa y veloz bestia.

Se arrastra con sorprendente velocidad, sacudiéndome de ella. Soy la que está atrapada ahora, mirando arriba hacia los agitados y retorcidos fragmentos de metal. Las chispas mueren en mis manos, ahuyentadas por el miedo y el cansancio. *Ni siquiera los curanderos serán capaces de salvarme después de esto.*

Una pata afilada se arrastra por mi rostro, sacando sangre roja y caliente. Me escucho gritar, no por dolor, sino por derrota. *Este es el final.*

Y luego un brazo de fuego ardiente golpea al monstruo de metal quitándomelo de encima, consumiéndola en nada más que a una carbonizada pila de cenizas. Unas manos fuertes me levantan y luego van a por mi cabello, poniéndolo sobre mi rostro para esconder la marca roja que podría traicionarme. Me giro hacia Maven, dejándolo sacarme de la habitación de entrenamiento. Cada centímetro en mí tiembla, pero él me mantiene firme y en movimiento. Un curandero viene hacia mí, pero Cal se pone en su camino, bloqueando mi rostro de su vista.

Antes de que la puerta se cierre detrás de nosotros, escucho a Evangeline gritando y la normalmente calmada voz de Cal gritándole en respuesta, rugiendo sobre ella como una tormenta.

Mi voz se quiebra cuando finalmente hablo de nuevo.

—Las cámaras, las cámaras pueden ver.

—Centinelas fieles a mi madre controlan las cámaras, confía en mí, ellos no son por lo que deberíamos estar preocupándonos —dice Maven, casi tropezando con sus palabras. Mantiene un agarre en mi brazo, como si estuviese asustado de que pueda ser



alejada de él. Sus manos pasan por mi rostro, limpiando la sangre con su manga. *Si alguien ve...*

—Llévame donde Julian.

—Julian es un tonto —murmura.

Unas figuras aparecen en el final del lejano pasillo, un par de nobles paseando y él nos empuja por un pasadizo del servicio para evitarlos.

—Julian sabe quién soy —susurro respondiéndole, aferrándome a él. Cuando su agarre se aprieta, también lo hace el mío—. Julian sabrá qué hacer.

Maven baja la mirada hacia mí, contrariado, pero finalmente asiente. Para el momento en que alcanzamos los aposentos de Julian, el sangrado se ha detenido, pero mi rostro todavía es un desastre.

Abre la puerta al primer golpe, pareciendo desordenado como siempre. Para mi sorpresa, le frunce el ceño a Maven.

—Príncipe Maven —dice, doblándose en una rígida, casi insultante reverencia. Maven no responde, solo me empuja pasando a Julian más allá en la sala de estar.

Julian tiene un pequeño conjunto de habitaciones, que parecen más pequeñas por la oscuridad y el ambiente rancio. Las cortinas están corridas, bloqueando el sol de la tarde y el suelo está resbaladizo con pilas sueltas de papel. Una tetera hierve a fuego lento en la esquina, sobre una pieza eléctrica de metal destinada a reemplazar una estufa. No me sorprende que nunca lo vea fuera de las Lecciones; parece tener todo lo que necesita aquí.

—¿Qué está pasando? —pregunta, señalándonos un par de sillas empolvadas. Obviamente tiene muchos visitantes. Tomo asiento, pero Maven se niega, aún de pie.

Echo a un lado mi cortina de cabello, revelando la roja marca de mi identidad.

—Evangeline se ha dejado llevar.

Julian se mueve, incómodo sobre sus propios pies. Pero no soy la que le hace estar inquieto; es Maven. Los dos se observan entre ellos, en desacuerdo por algo que no entiendo.

Finalmente, vuelve su mirada hacia mí.

—No soy un curandero de piel, Mare. Lo mejor que puedo hacer es limpiarte.

—Te lo he dicho — dice Maven—. Él no puede hacer nada.

Los labios de Julian se curvan en un gruñido.

—Encuentra a Sara Skonos —espeta, su mandíbula se tensa mientras espera a que Maven se mueva. Nunca he visto a Maven así de enfadado, ni siquiera con Cal. Pero en realidad, no es enfado lo que emana de Maven o Julian, es *odio*. Se desprecian totalmente.



—Hazlo, *mi príncipe*. —El título suena como un insulto viniendo de los labios de Julian.

Maven por fin cede y se desliza por la puerta.

—¿Qué ha sido todo eso? —susurro, señalando entre Julian y la puerta.

—Ahora no —dice y me tira un paño blanco para que me limpie. Se mancha con un rojo oscuro cuando mi sangre arruina la tela.

—¿Quién es Sara Skonos?

De nuevo, Julian vacila.

—Una curandera de piel. Ella cuidará de ti. —Suspira—. Y es una amiga. Una amiga discreta.

No sabía que Julian tuviera más amigos aparte de sus libros y yo, pero no lo cuestiono.

Cuando Maven se desliza de nuevo en la habitación unos momentos después, he conseguido limpiar mi rostro apropiadamente, aunque aún se siente pegajoso e hinchado. Tendré algunos moretones que esconder mañana y ni siquiera quiero saber cómo luce mi espalda ahora. Cautelosamente, toco el creciente bulto donde Evangeline me ha dado un puñetazo.

—Sara no es... —Maven hace una pausa, reflexionando sobre las palabras—. Ella no es a quien hubiese elegido para esto.

Antes de que pueda preguntar por qué, la puerta se abre, revelando a la mujer que asumo es Sara. Ella entra silenciosamente, y apenas levanta la vista. A diferencia de los otros, los curanderos de sangre Blonos, su edad se exhibe con orgullo en su rostro, en cada arruga y sus hundidas y huecas mejillas. Parece tener la edad de Julian, pero sus hombros están caídos en una manera que me dice su vida ha parecido mucho más larga que esto.

—Encantada de conocerte, lady Skonos.

Mi voz es tranquila, como si preguntara sobre el tiempo. Parece ser que mis clases de protocolo están surtiendo efecto después de todo.

Pero Sara no responde. En vez de eso, se deja caer sobre sus rodillas frente a mi silla y toma mi rostro en sus ásperas manos. Su tacto es frío, como el agua en una quemadura de sol y sus dedos pasan por encima del corte en mi mejilla con sorprendente ternura. Trabaja esmeradamente, sanando sobre las otras magulladuras en mi rostro. Antes de que pueda mencionar mi espalda, ella desliza una mano bajo la herida y algo como un reconfortante hielo se diluye atravesando el dolor. Todo desaparece en unos pocos minutos y me siento como cuando llegué aquí por primera vez. Mejor, de hecho. Mis viejos dolores y moretones han desaparecido por completo.

—Gracias —digo, pero de nuevo, no obtengo respuesta.

—Gracias, Sara. —Julian suspira y los ojos de ella se mueven como un rayo a los suyos en un destello de color gris. Su cabeza se inclina ligeramente, con un

movimiento diminuto. Él estira la mano, rozando su brazo mientras la ayuda a ponerse de pie. Los dos se mueven como pareja en un baile, escuchando música que nadie más puede oír.

La voz de Maven rompe su silencio.

—Eso será todo, Skonos.

La calma tranquila de Sara se funde en ira apenas disimulada mientras sale del agarre de Julian, apresurándose por la puerta como un animal herido. La puerta se cierra detrás de ella con un golpe, moviendo los mapas enmarcados en sus prisiones de cristal. Incluso las manos de Julian tiemblan, mucho después de que ella se haya ido, como si todavía pudiera sentirla.

Intenta ocultarlo, pero no bien: Julian estuvo enamorado de ella una vez y tal vez incluso lo sigue estando. Mira a la puerta como un hombre atormentado, esperando a que ella regrese.

—¿Julian?

—Cuanto más tiempo estés desaparecida, más gente empezará a hablar —dice entre dientes, haciendo un gesto para que nos vayamos.

—Estoy de acuerdo. —Maven se mueve hacia la puerta, listo para abrirla y empujarme hacia afuera.

—¿Estás seguro de que nadie lo ha visto? —Mi mano se mueve a mi mejilla, ahora suave y limpia.

Maven se detiene, pensando.

—Ninguno que vaya a decir algo.

—Los secretos no permanecen secretos aquí —murmura Julian. Su voz tiembla con una extraña ira. —Usted lo sabe, su alteza.

—*Tú* deberías saber la diferencia entre secretos —espetea Maven—, y mentiras.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, tirando de mí para salir al pasillo antes de que pueda molestarme en preguntar qué está pasando. No llegamos lejos antes de que una figura familiar nos detenga.

—¿Problemas, querido?

La reina Elara, una visión en seda, se dirige a Maven. Extrañamente, está sola, sin Centinelas para protegerla. Sus ojos se detienen en su mano aún en la mía. Por una vez, no siento que trate de meterse en mis pensamientos. *Está en la cabeza de Maven ahora mismo, no en la mía.*

—Nada que no pueda manejar —dice Maven, apretando su agarre en mí como si fuera una especie de ancla.

—Ella levanta una ceja, sin creer una palabra de lo que le dice, pero no lo cuestiona. Dudo si realmente cuestiona a alguien; *conoce todas las respuestas.*



—Mejor date prisa, lady Mareena, o vas a llegar tarde al almuerzo —ronronea, finalmente volviendo sus ojos fantasmales a mí. Y entonces es mi turno de aferrarme a Maven—. Y ten un poco más de cuidado en tus sesiones de Entrenamiento. La sangre Roja es muy difícil de limpiar.

—Tú deberías saberlo bien —espeto, recordando a Shade—. Porque sin importar cuánto te esfuerces en ocultarlo, la veo cubriendo tus manos.

Sus ojos se abren, sorprendida por mi ataque. No creo que nadie le haya hablado así nunca, y eso me hace sentir como un conquistador. Pero no dura mucho.

De repente mi cuerpo se retuerce hacia atrás, lanzándose hacia la pared del pasadizo con un golpe contundente. Me hace bailar como una marioneta con cuerdas violentas. Cada hueso repiquetea y mi cabeza chasquea, golpeando atrás hasta que veo heladas estrellas azules.

No, estrellas no. Ojos. Sus ojos.

—¡Madre! —grita Maven, pero su voz suena muy lejos—. ¡Madre, detente!

Una mano se cierra alrededor de mi garganta, sosteniéndome en el lugar mientras el control de mi propio cuerpo se desvanece. Su aliento es dulce contra mi rostro, demasiado dulce para resistirlo.

—No me hables así de nuevo —dice Elara, demasiado enfadada para molestarse en susurrar en mi mente. Su agarre se intensifica y no podría ni siquiera estar de acuerdo con ella aunque quisiera.

¿Por qué simplemente no me mata? Me pregunto mientras jadeo por aliento. Si soy una carga, un problema, ¿por qué simplemente no me mata?

—¡Suficiente! —ruge Maven, el calor de su ira late por el pasadizo. Incluso a través de la brumosa oscuridad que se está tragando mi visión, le veo apartarla de mí con sorprendente fuerza y audacia.

Su habilidad de sujetarme se rompe, dejando que me desplome contra la pared. Elara casi se tropieza, tambaleándose con sorpresa. Ahora su mirada se dirige a Maven, a su propio hijo de pie frente a ella.

—Vuelve a tu programación, Mare —dice él furioso, sin romper el contacto visual con su madre. No dudo que ella está gritándole en su cabeza, regañándolo por protegerme—. ¡Vete!

El calor surge por todas partes, irradiando de su piel y por un momento recuerdo el temperamento oculto de Cal. Parece que Maven también esconde un fuego, incluso uno más fuerte y no quiero estar cerca cuando explota.

Mientras me escabullo, intentando poner tanta distancia como puedo entre la reina y yo, no puedo evitar mirar atrás hacia ellos. Se miran el uno al otro, dos piezas enfrentándose en un juego que no entiendo.

De vuelta en mi habitación, las sirvientas esperan en silencio, con otro vestido dorado en sus brazos. Mientras una me desliza en un espectáculo de seda y piedras



preciosas de color morado, las otras arreglan ni cabello y maquillaje. Como de costumbre, no dicen una palabra, a pesar de que estoy frenética y agobiada después de tal mañana.

El almuerzo es un asunto mixto. Normalmente las mujeres comen juntas para discutir las próximas bodas y todas las cosas tontas de las que hablan las señoras ricas, pero hoy es diferente. Estamos de nuevo en la terraza con vistas al río, los uniformes rojos de los sirvientes se mueven a través de la multitud, pero hay desde luego más uniformes militares que nunca antes. Parece que vamos a comer con una legión completa.

Cal y Maven también están ahí, los dos brillando con sus medallas y sonríen en una conversación agradable mientras el propio rey saluda a los soldados. Todos los soldados son jóvenes, con uniformes grises cortados con las insignias de plata. Nada como la andrajosa ropa militar roja que mis hermanos y cualquier otro Rojo reciben cuando son reclutados. Estos Plateados van a ir a la guerra, sí, pero no a la lucha real. Son hijos e hijas de gente importante y para ellos, la guerra es otro sitio para visitar. Otro paso en su entrenamiento. Para nosotros, para mí una vez, es un callejón sin salida. Es la muerte.

Pero todavía tengo que cumplir con mi deber, sonreír y estrechar sus manos y agradecerles por su valiente servicio. Cada palabra tiene un sabor amargo, hasta que tengo que escapar de la multitud a un rincón medio oculto por las plantas. El ruido de la multitud sigue elevándose con el sol del mediodía, pero puedo respirar otra vez. Por un segundo, al menos.

—¿Está todo bien?

Cal aparece a mi lado, con cara de preocupación pero extrañamente relajado. Le gusta estar rodeado de soldados; supongo que es su hábitat natural. Aunque quiero desaparecer, mi columna vertebral se endereza.

—No soy un fan de los concursos de belleza.

Él frunce el ceño.

—Mare, ellos van al frente. Creo que tú de todas las personas querrías darles una despedida apropiada.

La risa se me escapa como un disparo.

—¿Qué parte de mi vida te hace pensar que me *importen* esos mocosos que van a la guerra como si fuera una especie de vacaciones?

—Sólo porque hayan escogido ir no los hace menos valientes.

—Bueno, espero que disfruten de sus barracones, suministros, indultos y todas las cosas que a mis hermanos nunca les dieron. —Dudo que esos dispuestos soldados vayan a desear tanto algo como un botón.

A pesar de que parece que quiere gritarme, Cal contiene el impulso. Ahora que sé lo que su temperamento es capaz de hacer, me sorprende que pueda mantenerse bajo control.



—Esta es la primera legión completamente Plateada que va a las trincheras —dice sin emoción—. Van a luchas con los Rojos, vestidos como Rojos, sirviendo con los Rojos. Los Lakelanders no sabrán quienes son cuando lleguen a Choke. Y cuando las bombas caigan, cuando el enemigo intente romper la línea, van a tener más de lo que esperaban. La Legión Sombra les ganará a todos.

De repente siento calor y frío al mismo tiempo.

—Original.

Pero Cal no presume. En su lugar, parece triste.

—Tú me diste la idea.

—¿Qué?

—Cuando caíste en La Prueba de la Reina, nadie sabía qué hacer. Estoy seguro de que los Lakelanders sentirán lo mismo.

Aunque trato de hablar, no sale ningún sonido. Nunca he sido un punto de inspiración para nada, mucho menos para maniobras de combate. Cal me mira como si quisiera decir algo más, pero no habla. Ninguno de los dos sabe qué decir.

Un chico de nuestro entrenamiento, el Tejevientos Oliver, le da una palmada en el hombro a Cal mientras la otra sostiene una bebida. Él también lleva uniforme. *Va a luchar.*

—¿Por qué te escondes, Cal? —Se ríe, señalando a la multitud a nuestro alrededor—. Al lado de los Lakelanders, ¡este grupo va a ser fácil!

Cal encuentra mis ojos, un rubor plata tiñe sus mejillas.

—Prefiero a los Lakelanders —responde, sus ojos nunca dejan los míos.

—¿Vas a ir con ellos?

Oliver responde por Cal, sonriendo demasiado para un chico que va a ir a la guerra.

—¿Ir? —dice—. ¡Cal nos dirigirá! Su propia legión, todo el camino hasta el frente.

Lentamente, Cal se libera del agarre de Oliver. El Tejevientos borracho no parece darse cuenta y sigue con el balbuceo

—Él será el general más joven en la historia y el primer príncipe en luchar en las filas.

Y el primero en morir, susurra una voz malhumorada en mi cabeza. Contra mis mejores instintos, alcanzo a Cal. No se aparta de mí, permitiéndome sostener su brazo. Ahora no parece un príncipe o un general o incluso un Plateado, sino ese chico en el bar, el que quiso salvarme.

Mi voz es baja pero fuerte.

—¿Cuándo?

—Cuando te vayas a la capital, tras el baile. Tú irás al sur —murmura—, y yo iré al norte.

Un golpe de miedo frío se propaga atravesándome, como cuando Kilorn me dijo que iba a luchar. Pero Kilorn es un chico pescador, un ladrón, alguien que sabe cómo sobrevivir, cómo deslizarse a través de las grietas; no cómo Cal. Él es un soldado. Él morirá si tiene que hacerlo. Sangrará por su guerra. Y por qué esto me asusta, no lo sé. Por qué me importa, no lo puedo decir.

—Con Cal en las líneas, esta guerra finalmente habrá terminado. Con Cal, podemos ganar —dice Oliver, sonriendo como un tonto. Y otra vez, toma a Cal por el hombro, pero esta vez él se aleja, volviendo a la fiesta, dejándome atrás.

Alguien presiona una bebida fría en mi mano, y la tomo de un simple trago.

—Despacio —murmura Maven—. ¿Sigues pensando en lo de esta mañana? Nadie vio tu cara, lo he comprobado con los Centinelas.

Pero esa es la cosa más lejana de mi mente mientras veo a Cal estrechar la mano de su padre. Coloca una magnífica sonrisa en su rostro, poniéndose una máscara a través de la cual sólo yo puedo ver. Maven sigue mi mirada y mis pensamientos.

—Él quiso hacer esto. Fue su elección.

—Eso no significa que nos tenga que gustar.

—¡Mi hijo el general! —explota el rey Tiberias, su orgullosa voz resuena por encima del estruendo de la fiesta. Por un segundo, cuando acerca a Cal, poniendo un brazo alrededor de su hijo, me olvido de que es un rey. Casi entiendo la necesidad de Cal para complacerlo.

*¿Qué habría dado por ver a mi madre mirándome así cuando no era más que una ladrona?
¿Qué daría ahora?*

Este mundo es Plateado, pero también es gris. No hay blanco y negro.

Cuando alguien llama a mi puerta aquella noche, mucho después de la cena, estoy esperando a Walsh y otra taza de té con mensaje secreto, pero en su lugar aparece Cal. Sin su uniforme o armadura, parece el chico que es. *Apenas diecinueve años, en el borde de la muerte o de la grandeza o las dos cosas.*

Me encojo en mi pijama, deseando mucho una bata.

—¿Cal? ¿Qué necesitas?

Se encoje de hombros, sonriendo un poco.

—Evangeline casi te mata en el ring hoy.

—¿Y qué?

—Que no quiero que te mate en la pista de baile.



—¿Me he perdido algo? ¿Vamos a luchar en el baile?

Se ríe, apoyado en el marco de la puerta. Pero sus pies nunca entran en la habitación, como si no pudiera. O no debería. *Vas a ser la esposa de su hermano. Y él va a ir a la guerra.*

—Si sabes cómo bailar correctamente, no tendrás que hacerlo.

Me recuerdo mencionando cómo no puedo bailar ni aunque mi vida dependa de ello y mucho menos bajo la terrible orden de Blonos, pero ¿cómo puede ayudarme Cal aquí? ¿Y por qué iba a querer hacerlo?

—Soy sorprendentemente un buen profesor —añade, sonriendo torcidamente. Cuando tiende una mano hacia mí, mi cuerpo se estremece.

Sé que no debería. Sé que debería cerrar la puerta y no ir por este camino.

Pero él se va para luchar, puede que para morir.

Temblando, pongo mi mano en la suya y dejo que me saque de la habitación.



18

*L*a luz de la luna cae sobre el suelo, lo suficientemente brillante para que veamos. En la luz plateada, el rojo rubor en mi piel es apenas visible, me veo igual que una Plateada. Las sillas chirrían a través del suelo de madera mientras Cal reorganiza la sala de estar, despejando el espacio para que practiquemos. La cámara está retirada, pero el zumbido de las cámaras nunca está lejos. Los hombres de Elara nos están viendo, pero nadie viene a detenernos. O más bien, a detener a Cal.

Él saca un extraño artefacto, una caja pequeña, de su chaqueta y lo pone en el centro de la pista. Lo mira expectante, esperando algo.

—¿Eso puede enseñarme a bailar?

Sacude su cabeza, aun sonriendo.

—No, pero te ayudará.

De repente, estalla un vibrante ritmo desde la caja, y me doy cuenta de que es un altavoz, como los que hay en la arena allá en casa. Solo que este es para la música, no para el combate. Vida, no muerte.

La melodía es ligera y rápida, como el latido de un corazón. Frente a mí. Cal sonrío más ampliamente, y golpea su pie a la vez. No puedo resistirme y mis propios pies se mueven con la música. Es tan alegre y animada, no tiene nada que ver con la fría y metálica música del aula de Blonos o las canciones tristes de casa. Mis pies se deslizan, tratando de recordar los pasos que lady Blonos me enseñó.

—No te preocupes, solo sigue moviéndote.

Cal se ríe. Un golpe de tambor vibra sobre la música, y gira, tatareando a buen ritmo. Por primera vez, parece como si no tuviera el peso de un trono sobre sus hombros.

Siento también cómo mis miedos y preocupaciones se disipan, aunque sólo sea por unos minutos. Este es un tipo diferente de libertad, como volar en la misma órbita de Cal.

Cal es mucho mejor en esto que yo, y aun así parece un tonto; puedo imaginar lo idiota que debo parecer yo. A pesar de eso, estoy triste cuando la canción termina. Mientras las notas se desvanecen en el aire, se siente como si estuviera volviendo de nuevo a la realidad. Una desagradable idea se desliza por mi mente; *no debería estar aquí.*

—Esta probablemente no es una buena idea, Cal.



Él ladea su cabeza gratamente confundido.

—¿Por qué?

Realmente me va a hacer decirlo.

—Ni siquiera se supone que pueda estar a solas con Maven. —Tropiezo con las palabras, ruborizándome—. No sé si bailar contigo en una habitación oscura está exactamente bien.

En lugar de discutir, Cal solo se ríe y se encoge de hombros. Otra canción, con una melodía más lenta y persistente, llena la habitación.

—De la manera en que lo veo, le estoy haciendo un favor a mi hermano. — Luego sonrío con malicia—. ¿A menos que quieras pisar sus pies toda la noche?

—Tengo un *excelente* equilibrio, muchas gracias —digo, cruzando mis brazos.

Lenta y suavemente, toma mi mano.

—Quizás en el ring —dice—. En la pista de baile, no tanto. —Miro abajo para ver sus pies, moviéndolos a tiempo con la música. Tira de mí hacia delante, forzándome a seguirlo, y, a pesar de mis esfuerzos, tropiezo contra él.

Sonríe, feliz de demostrar que estoy equivocada. Es un soldado en el corazón, y a los soldados les gusta ganar.

—Este es el mismo paso de la mayoría de las canciones que oirás en el baile, es un baile sencillo y fácil de aprender.

—Encontraré alguna manera de estropearlo —me quejo, permitiéndole empujarme por la pista. Nuestros pies trazan un cuadrado irregular, y trato de no pensar en su cercanía, o los cayos en sus manos, para mi sorpresa, se sienten como los míos; ásperos con años de duro trabajo.

—Quizá —murmura, desapareciendo toda su alegría.

Estoy acostumbrada a que Cal sea más alto que yo, pero parece más pequeño que yo está noche. Quizás sea la oscuridad, o tal vez el baile. Parece como cuando nos conocimos; una persona, no un príncipe.

Sus ojos permanecen en mi rostro, siguiendo sobre donde estaba mi herida.

—Maven te curó muy bien. —Hay una extraña amargura en su voz.

—Fue Julian. Julian y Sara Skonos. —Aunque Cal no reacciona tan fuerte como Maven, aprieta su mandíbula de la misma forma—. ¿Por qué no os gustan?

—Maven tiene sus razones, buenas razones —farfulla—. Pero no es mi historia para contarla. Y no le tengo aversión a Sara. Simplemente no... no me gusta pensar en ella.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

—No a mí —suspira—. Ella creció con Julian, y mi madre. —Su voz baja al mencionar a su madre—. Era su mejor amiga. Y cuando ella murió, Sara no sabía cómo llorar su muerte. Julian era un desastre, pero Sara... —Se calla, preguntándose cómo continuar. Nuestros pasos se ralentizan hasta que nos detenemos, congelados mientras la música hace eco a nuestro alrededor.



—No recuerdo a mi madre —dice bruscamente, tratando de explicarse—. No tenía ni un año cuando murió. Solo sé lo que mi padre me cuenta, y Julian. Y a ninguno de ellos les gusta hablar sobre ella en absoluto.

—Estoy segura de que Sara podría hablarte de ella, si fueron buenas amigas.

—Sara Skonos no puede hablar, Mare.

—¿Nada?

Cal continúa suave y honestamente, usando la voz calmada que su padre:

—Dijo cosas que no debería, terribles mentiras, y fue castigada por ello.

El horror se filtra a través de mí. *No puede hablar.*

—¿Qué dijo?

En un segundo, Cal se vuelve frío bajo mis dedos. Retrocede, saliendo de mis brazos mientras la música finalmente termina. Con movimientos rápidos, guarda el altavoz y no queda nada más que el latir de nuestros corazones para llenar el silencio.

—No quiero hablar más de ella. —Respira fuertemente, sus ojos parecen extrañamente brillantes, oscilando entre mí y la ventana llena de la luz de la luna.

Algo se retuerce en mi corazón; me duele el dolor en su voz.

—De acuerdo.

Con rápidos y deliberados pasos, se mueve hacia la puerta como si estuviera tratando con todas sus fuerzas no correr. Pero cuando se da la vuelta y me enfrenta a través de la habitación, tiene el mismo aspecto que de costumbre; tranquilo, sereno y distante.

—Practica tus pasos —dice, sonando mucho como lady Blonos—. A la misma hora mañana. —Y entonces se ha ido, dejándome sola en una habitación llena de ecos.

—¿Qué diablos estoy haciendo? —murmuro a nadie más que a mí misma.

Estoy a medio camino de mi cama antes de darme cuenta de que algo está muy mal con mi habitación: las cámaras están apagadas. Ni una sola zumba hacia mí, observando con ojos eléctricos, grabando todo lo que hago. Pero a diferencia del apagón de antes, todo lo demás alrededor de mí todavía zumba. La electricidad todavía vibra a través de las paredes, por cada habitación salvo la mía.

Farley

Pero en lugar de la revolucionaria, Maven sale de la oscuridad. Lanzando las cortinas a un lado, dejando entrar suficiente luz de la luna para ver.

—¿Un paseo nocturno? —dice con una sonrisa amarga.

Mi boca queda abierta, buscando algo que decir.

—Sabes que no debes estar aquí. —Fuerzo una sonrisa, esperando calmarme—. Lady Blonos se escandalizará. Nos castigará a ambos.

—Los hombres de mi madre me deben un favor o dos —dice, señalando hacia las cámaras que están ocultas—. Blonos no tendrá pruebas para condenar.



De alguna manera eso no me reconforta. Por el contrario, siento escalofríos correr sobre mi piel. No de miedo sin embargo, sino de expectación. Los escalofríos se profundizan, electrificando tanto mis nervios como mi rayo mientras Maven da pasos calculados hacia mí.

Me observa sonrojarme con lo que parece satisfacción

—A veces lo olvido —murmura, dejando su mano tocar mi mejilla. Persistiendo, como si pudiera sentir el calor que corre por mis venas—. Ojalá no tuvieras que pintarte cada día.

Mi piel vibra bajo sus dedos, pero trato de ignorarlo.

—Ya somos dos.

Sus labios se retuercen, tratando de formar una sonrisa, pero simplemente no llega.

—¿Qué pasa?

—Farley ha hecho contacto otra vez. —Se retira, metiendo sus manos en los bolsillos para esconder sus dedos temblorosos—. No estabas aquí.

Vaya suerte la mía.

—¿Qué ha dicho?

Maven se encoge de hombros. Camina hacia la ventana, mirando el cielo nocturno.

—Se ha pasado la mayor parte del tiempo haciendo preguntas.

Objetivos. Ella le debe de haberle presionado de nuevo, pidiendo información que Maven no quería dar. Puedo decirlo por la caída de sus hombros, el temblor en su voz, que ha dicho más de lo que quería. *Mucho más.*

—¿Quién? —Mi mente vuela a los muchos Plateados que he conocido aquí, los que han sido amable conmigo, a su manera. ¿Alguno de ellos será un sacrificio para su revolución? ¿Quién va a ser marcado?

—Maven, ¿a quién le has dado?

Se da vuelta, con una ferocidad que nunca he visto destellar en sus ojos. Durante un segundo, temo que pueda estallar en llamas.

—No quería hacerlo, pero tiene razón. No podemos quedarnos quietos; tenemos que *actuar*. Y si eso significa que voy a darle gente, voy a hacerlo. No me gusta, pero lo haré. Y lo he hecho.

Como Cal, suspira débilmente en un intento de calmarse.

—Participo en los Consejos con mi padre, por impuestos, seguridad y defensa. Sé quiénes serán echados de menos por mi... por los Plateados. Le he dado cuatro nombres.

—¿Quiénes?

—Reynald Iral. Ptolemus Samos. Ellyn Macanthos. Belicos Lerolan.



Un suspiro se me escapa, antes de asentir. Esas muertes no se ocultarán. El hermano de Evangeline, el coronel, *se les echarán de menos, por supuesto.*

—El coronel Macanthos sabía que tu madre estaba mintiendo. Ella sabía sobre los otros ataques...

—Ella dirige la mitad de una legión y dirige el Consejo de guerra. Sin ella, el frente será un desastre durante meses.

—¿El frente? —*Cal. Su legión.*

Maven asiente.

—Mi padre no enviará a su heredero a la guerra después de esto. Un ataque tan cerca de casa, dudo que incluso lo deje alejarse de la capital.

Así que su muerte salvará a Cal. Y ayudará la Guardia.

Shade murió por esto. Su causa es ahora la mía.

—Dos pájaros de un tiro —respiro, sintiendo las cálidas lágrimas amenazar con caer. Tan duro como esto pueda ser, cambiaría su vida por la de Cal. Lo haría unas mil veces.

—Tu amigo es parte de esto también.

Mis rodillas tiemblan, pero me las arreglo para mantenerme en pie. Alterno entre la ira y el miedo mientras Maven explica el plan con un pesado y endurecido corazón.

—Y ¿qué pasa si fallamos? —pregunto cuando termina, diciendo finalmente en voz alta las palabras que ha estado eludiendo.

Apenas niega.

—Eso no va a suceder.

—Pero ¿qué si lo hacemos? —No soy un príncipe, mi vida no ha sido encantadora. Sé esperar lo peor de todos y todos—. ¿Qué pasa si *fallamos*, Maven?

Su aliento resuena en su pecho cuando inhala, luchando por mantener la calma.

—Entonces seremos traidores, ambos. Juzgados por traición, condenados y ejecutados.



Durante mi siguiente lección con Julian, no puedo concentrarme. No puedo enfocarme en nada que no sea lo que está por venir. Tantas cosas pueden salir mal, y es tanto lo que está en juego. Mi vida, la de Kilorn, la de Maven, estamos arriesgando nuestros cuellos por esto.

—Esto realmente no es asunto mío, pero —comienza Julian, su voz me sorprende—, pareces, bueno, *muy apegada* al príncipe Maven.

Casi me rio con alivio, pero no puedo evitar sentirme molesta al mismo tiempo. Maven es la última persona de la que debería desconfiar en este pozo de serpientes. Solo la sugerencia me cabrea.



—Estoy comprometida con él —respondo, haciendo todo lo posible por no explotar.

Pero en lugar de dejarlo estar, Julian se inclina hacia adelante. Su actitud plácida normalmente me tranquiliza, pero hoy no es más que frustrante.

—Solo estoy tratando de ayudarte. Maven es hijo de su madre.

Esta vez realmente exploto.

—No sabes nada de él. —*Maven es mi amigo. Maven está arriesgando más que yo*—. Juzgarle por sus padres es como juzgarme por mi sangre. Solo porque odias al rey y a la reina no significa que puedas odiarlo a él también.

Julian me mira, su mirada se nivela y está llena de fuego. Cuando habla, su voz suena más como un gruñido.

—Odio al rey porque no pudo salvar a mi hermana, porque la reemplazó con esa víbora. Odio a la reina porque ella destruyó a Sara Skonos, porque tomó a la chica que amaba y la rompió en pedazos. Porque le cortó la lengua a Sara. —Y luego más bajo, casi un lamento—: Tenía una voz tan hermosa.

Me envuelve una ola de náuseas. De repente el doloroso silencio de Sara, sus mejillas hundidas tienen sentido. No es de extrañar que Julian le hiciera curarme; ella no puede decirle a nadie la verdad.

—Pero... —Mis palabras son pequeñas y roncadas, como si estuvieran arrebatándome mi voz—... es una curandera.

—Los curanderos de piel no pueden curarse sí mismos. Y nadie se atrevería a impedir el castigo de la reina. Así que Sara tiene que vivir así, avergonzada, para siempre. —Su eco hace eco con los recuerdos, cada uno peor que el anterior—. A los Plateados no nos importa el dolor, pero somos orgullosos. El orgullo, la dignidad, el honor, esas cosas que ninguna habilidad puede sustituir.

Tan terrible como me siento por Sara, no puedo dejar de tener miedo por mí. *Le cortaron la lengua por algo que dijo. ¿Qué podrían hacerme a mí?*

—Te olvidas de ti, pequeña chica rayo.

El apodo se siente como una bofetada en la cara, devolviéndome de vuelta a la realidad.

—Este mundo no es el tuyo. Aprender a hacer una reverencia no ha cambiado eso. No entiendes el juego que estamos jugando.

—Porque esto no es un juego, Julian. —Empujo su libro de registros hacia él, metiendo la lista de nombres muertos en su regazo—. Esto es la vida y la muerte. No estoy jugando para ganar un trono, una corona o un príncipe. No estoy jugando en absoluto. Soy *diferente*.

—Lo eres —murmura, pasando un dedo por las páginas—. Y es por eso que estás en peligro, de todo el mundo. Incluso de Maven. Incluso de mí. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera*.

Su mente se va a la deriva, y sus ojos se nublan. En esta luz parece viejo y canoso, un hombre amargado y atormentado por una hermana muerta, enamorado de



una mujer rota, condenado a enseñar a una chica que no puede hacer nada sino mentir. Por encima de su hombro, vislumbro el mapa de lo que fue, del antes. *Todo este mundo está perseguido.*

Y luego, me viene la peor idea que he tenido nunca. *Shade ya es mi fantasma. ¿Quién más se unirá a él?*

—No te equivoques, mi niña —finalmente suspira—. Estás jugando el juego como el peón de alguien.

No tengo el corazón para discutir. *Piensa lo que quieras, Julian. No soy el tonto de nadie.*



Ptolemus Samos. El coronel Macanthos. Sus rostros bailan en mi cabeza mientras Cal y yo giramos por el suelo de la sala de estar. Esta noche la luna se está encogiéndose, desapareciendo, pero mi esperanza nunca ha sido más fuerte.

El baile es mañana, y después, bueno, no estoy segura de dónde podría ir ese camino, pero será un camino diferente, una nueva ruta para guiarnos hacia un futuro mejor. Habrá daños colaterales, lesiones y muertes que no podremos evitar, como Maven expuso. Pero conocemos los riesgos. Si todo va según lo previsto, la Guardia Escarlata habrá levantado su bandera donde todos puedan verla. Farley emitirá otro video después del ataque, que detalla nuestras demandas. *Igualdad, libertad e independencia.* Junto a una rebelión total, suena como un buen trato.

Mi cuerpo se hunde, dirigiéndose hacia el suelo con un arco lento que me hace aullar. Los fuertes brazos de Cal se cierran a mi alrededor, empujándome hacia atrás tranquilamente en un momento.

—Lo siento —dice, medio avergonzado—. Pensaba que estabas lista para esto.

No estoy lista. Estoy asustada. Me obligo a sonreír, para esconder lo que no puedo mostrarle.

—No, culpa mía. Mi mente se ha alejado de nuevo.

Él no es fácil de ahuyentar y baja su cabeza un poco, mirándome a los ojos.

—¿Todavía preocupada por el baile?

—Más de lo que imaginas.

—Paso a paso, eso es lo mejor que puedes hacer. —Entonces se ríe de sí mismo, moviéndonos de vuelta con más pasos simples—. Sé que es difícil de creer, pero no siempre he sido el mejor bailarín tampoco.

—Que sorprendente —respondo, igualando su sonrisa—. Pensaba que los príncipes nacían con la habilidad para bailar y tener una conversación ociosa.

Se ríe de nuevo, acelerando nuestro ritmo con el movimiento.



—Yo no. Si por mí fuera, estaría en el garaje o en los cuarteles, fomentando la capacitación y la formación. No como Maven. Él es dos veces más príncipe de lo que nunca voy a ser yo.

Pienso en Maven, en sus amables palabras, modales perfectos, impecable conocimiento de la Corte, de todas las cosas que finge ser para ocultar su verdadero corazón. *Dos veces el príncipe de hecho.*

—Pero él solo será un príncipe —murmuro, casi lamentando la idea—. Y tú serás rey.

Su voz se reduce encontrándose con la mía, y algo oscuro sombrea su mirada. Hay una tristeza en él, creciendo cada día más fuerte. *Tal vez a él no le gusta la guerra tanto como yo creo.*

—A veces me gustaría que no tuviera que ser de esa manera.

Habla en voz baja, pero su voz llena mi cabeza. Aunque el baile se cierne sobre el horizonte del futuro, me encuentro pensando más en él y sus manos y el tenue olor a humo de madera que parece seguir a Cal dondequiera que va. Me hace pensar en el calor, el otoño, el hogar.

Culpo mi rápido latido del corazón a la melodía, la música que rebosa tanta vida. De alguna manera, esta noche me recuerda a las lecciones de Julian, sus historias del mundo antes del nuestro. Ese era un mundo de imperios, de corrupción, de guerra y más libertad de la que nunca he conocido. Pero la gente de ese tiempo ha desaparecido, sus sueños arruinados, existen solo en humo y cenizas.

Es nuestra naturaleza, diría Julian. Destruimos. Es la constante de nuestra especie. No importa el color de la sangre, el hombre siempre caerá.

No entendí esa lección hace unos días, pero ahora, con las manos de Cal en la mías, guiándome con gentileza, estoy empezando a ver a qué se refería.

Puedo sentir desmoronarme.

—¿De verdad vas a ir con la legión? —Incluso las palabras me dan miedo.

Apenas asiente.

—El lugar de un general es con sus hombres.

—El lugar de un príncipe es con su princesa. Con Evangeline —añado apresuradamente. *Buena esa, Mare, grita mi mente.*

El aire alrededor de nosotros se espesa con el calor, aunque Cal no se mueve en absoluto.

—Ella va a estar bien, creo. No está exactamente encariñada conmigo. No la echaré de menos tampoco.

Incapaz de mirarlo a los ojos, me concentro en lo que está justo en frente de mí. Por desgracia, pasa a ser su pecho y una camisa muy, muy delgada. Por encima de mí, respira entrecortadamente.



Luego sus dedos están bajo mi barbilla, inclinando mi cabeza para que pueda mirarlo a los ojos. Una llama dorada parpadea en sus ojos, reflejando el calor que hay debajo.

—Te echaré de menos, Mare.

Por mucho que quiero estar quieta, de detener el tiempo y dejar que este momento dure para siempre, sé que no es posible. Lo que sea que pueda sentir o pensar, Cal no es el príncipe al que estoy prometida. Más importante aún, está en el lado equivocado. Es mi enemigo. Cal está prohibido.

Así que con vacilantes y renuentes pasos, retrocedo, fuera de su alcance y fuera del círculo de calidez a la que me he acostumbrado.

—No puedo —es todo lo que puedo decir, aunque sé que mis ojos me traicionan. Incluso ahora puedo sentir las lágrimas de ira y pesar, lágrimas que juré no derramar.

Pero tal vez la perspectiva de ir a la guerra ha vuelto audaz y temerario a Cal, cosas que nunca antes ha sido. Me toma de la mano, tirando de mí hacia él. Está traicionando a su único hermano. Yo estoy traicionando a mi causa, a Maven, y a mí misma, pero no quiero parar.

Cualquiera puede traicionar a cualquiera.

Sus labios están en los míos, duros, calientes y urgentes. El tacto es electrizante, pero no como estoy acostumbrada. Esto no es una chispa de destrucción, sino una chispa de vida.

Por mucho que quiero apartarlo, simplemente no puedo hacerlo. Cal es un acantilado, y me lanzo sobre el borde, sin molestarme en pensar en lo que esto podría hacernos a ambos. Un día se dará cuenta de que soy su enemiga, y todo esto va a ser un lejano recuerdo extinguido. Pero todavía no.



19

Toma horas pintarme y pulirme para que sea la chica que se supone que tengo que ser, pero parecen solo unos pocos minutos. Cuando la sirvienta me pone delante del espejo, en silencio preguntando por mi aprobación, solo puedo asentir a la chica que me devuelve la mirada desde el cristal. Se ve bonita y aterrorizada por lo que se viene, envuelta en relucientes cadenas de seda. Tengo que esconderla, a la chica asustada; tengo que sonreír, bailar y parecer una de ellos. Con gran esfuerzo, aparto mi miedo. *El miedo terminará matándome.*

Maven me espera al final del pasillo, como una sombra en su uniforme negro. El negro carbón hace que sus ojos resalten, azul vibrante contra su piel blanca pálida. No parece asustado para nada, pero por otro lado, es un príncipe. Él es un Plateado. No se inmutará.

Extiende un brazo hacia mí, y me alegro de tomarlo. Espero que me haga sentir segura o fuerte, o ambas cosas, pero su toque me recuerda al de Cal y nuestra traición. La noche anterior me viene a la mente con mucha intensidad, hasta que cada respiración destaca en mi cabeza. Por una vez, Maven no nota mi incomodidad. Está pensando en cosas más importantes.

—Te ves maravillosa —dice tranquilamente, asintiendo hacia mi vestido.

No estoy de acuerdo con él. Es algo absurdo y excesivo, una complicación de joyas moradas que destellan cuando me giro, me hacen parecer un bicho brillante. Aun así, se supone que tengo que ser una dama esta noche, una futura princesa, así que asiento y sonrío con gratitud. No puedo evitar recordar que mis labios, ahora sonriendo para Maven, fueron besados por su hermano anoche.

—Solo quiero que esto termine.

—No terminará esta noche, Mare. Esto no terminará en mucho tiempo. Lo sabes, ¿no? —Habla como alguien mucho más viejo, mucho más sabio, no como un chico de diecisiete años. Cuando dudo, realmente sin saber cómo sentirme, su mandíbula se tensa—. ¿Mare? —me empuja, y puedo oír el temblor en su voz.

—¿Tienes miedo, Maven? —Mis palabras son débiles, un susurro—. Yo sí.

Sus ojos se endurecen, cambiando a azul acero.

—Tengo miedo de fallar. Tengo miedo de dejar pasar esta oportunidad. Y tengo miedo de lo que ocurrirá si nada en este mundo cambia. —Se vuelve caliente bajo mi tacto, conducido por una determinación interna—. Eso me asusta más que morir.

Es difícil no dejarse llevar por sus palabras, y asiento junto a él. ¿Cómo puedo retroceder? *No me inmutaré.*



—Levántate —murmura, tan bajo que apenas puedo oírle. *Rojo como el amanecer.*

Su agarre se aprieta en mí cuando llegamos al pasillo delante de los ascensores. Una tropa de Centinelas protegen al rey y a la reina, ambos esperándonos. Cal y Evangeline no están a la vista, y espero que estén lejos. Cuanto menos tenga que verles juntos, más feliz seré.

La reina Elara lleva una brillante monstruosidad de rojo, negro, blanco, y azul, exponiendo los colores de su casa y los de su marido. Fuerza una sonrisa, mirando justo a través de mí hacia su hijo.

—Aquí vamos —dice Maven, dejando ir mi mano para ponerse junto a su madre. Mi piel se siente extrañamente fría sin él.

—Así que ¿cuánto tiempo tengo que estar aquí? —Fuerza un gemido en su voz, jugando bien su parte. Cuanto más pueda mantenerla distraída, mejores serán nuestras oportunidades. Un vistazo en la cabeza equivocada y todo se desintegrará. *Y de paso todos conseguiremos que nos maten.*

—Maven, no puedes ir y venir como plazcas. Tienes deberes, y te quedarás tanto tiempo como te sea requerido. —Dándole excesiva atención, le ajusta el cuello, sus medallas, sus mangas, y por un segundo, me pilla con la guardia baja. Esta es una mujer que invadió mis pensamientos, que me alejó de mi vida, a quien odio, y aun así hay algo bueno. Ama a su hijo. Y a pesar de todos sus defectos, Maven la ama.

El rey Tiberias, por otro lado, no parece molestarse por Maven en absoluto. Apenas mira en su dirección.

—El chico solo está cansado. No hay suficiente excitación en su día, no como en el frente —dice, recorriendo una mano sobre su recortada barba—. Necesitas una causa. Mavey.

Durante un breve momento, la molesta máscara de Maven cae. ¡*Ya tengo una!* gritan sus ojos, pero mantiene la boca cerrada.

—Cal tiene a su legión, sabe lo que está haciendo, lo que quiere. Tú necesitas averiguar lo que vas a hacer contigo mismo, ¿eh?

—Sí, padre —dice Maven. Aunque intenta esconderlo, una sombra cruza su rostro.

Conozco esa mirada muy bien. Solía tenerla yo misma, cuando mis padres me insinuaban ser más como Gisa, incluso si eso fuese imposible. Me iba a dormir odiándome, deseando poder cambiar, deseando poder ser tranquila, talentosa y bonita como ella. No hay nada que duela más que ese sentimiento. Pero el rey no nota el dolor de Maven, justo como mis padres nunca notaron el mío.

—Creo que ayudarme a encajar aquí es causa suficiente para Maven —digo, esperando apartar el ojo de desaprobación del rey. Cuando Tiberias se gira hacia mí, Maven suspira y me dispara una sonrisa agradecida.

—Y qué trabajo ha hecho —replica el rey, mirándome. Sé que está recordando a la pobre chica Roja que se negó a inclinarse ante él—. Por lo que he oído, ahora estás cerca de ser una dama apropiada.



Pero la sonrisa que fuerza no alcanza sus ojos, y no me pierdo la sospecha en ellos. Quiso matarme en la habitación del trono, para proteger su corona y el equilibrio de su país, y no creo que esa necesidad decaiga nunca. Soy una amenaza, pero también una inversión. Me usará cuando quiera y me matará cuando deba.

—He tenido buena ayuda, mi rey. —Hago una reverencia, pretendiendo estar halagada, incluso aunque no me importe lo que piensa. Su opinión no vale ni el óxido en la silla de ruedas de mi padre.

—¿Estamos listos ya? —dice la voz de Cal, interrumpiendo mis pensamientos.

Mi cuerpo reacciona, dando la vuelta para verle entrar en el pasillo. Mi estómago da un vuelco, pero no con excitación o nervios o alguna de las cosas absurdas de las que hablan las chicas. Me siento enferma conmigo misma, con lo que dejé que ocurriera —con lo que *quería* que ocurriera. Aunque él intenta sostenerme la mirada, aparto los ojos, hacia Evangeline colgada de su brazo. Lleva metal otra vez, y se las arregla para sonreír sin mover los labios.

—Sus Majestades —murmura, haciendo una enloquecedora y perfecta reverencia.

Tiberias la sonríe, a la prometida de su hijo, antes poner su mano en el hombro de Cal.

—Solo esperándote, hijo. —Muestra una risa de satisfacción.

Cuando están de pie uno cerca del otro, el parecido familiar es indiscutible: mismo pelo, mismos ojos rojo-dorados, incluso la misma postura. Maven observa, con sus ojos azules suaves y pensativos, mientras su madre mantiene su agarre en su brazo. Con Evangeline a un lado y su padre al otro, Cal no puede hacer mucho más que encontrar mis ojos. Asiente ligeramente, y sé que es el único saludo que merezco.

A pesar de las decoraciones, el salón de baile parece el mismo que hacía más de un mes, cuando la reina me empujó por primera vez a este extraño mundo, cuando mi nombre e identidad fueron oficialmente eliminados. Ellos me golpearon aquí, y ahora es mi turno para devolver el golpe.

Esta noche se derramará sangre.

Pero no puedo pensar en eso ahora. Tengo que seguir las órdenes, hablar con los cientos de miembros de la corte alineada para intercambiar palabras con la realeza y una presumible Roja mentirosa. Mis ojos revolotean por la fila, buscando a los marcados, los objetivos de Maven dados a la Guardia, las chispas para encender un fuego. *Reynald, el coronel, Belicos, y Ptolemus*. El hermano de cabello plateado y ojos oscuros de Evangeline.

Él es uno de los primeros en saludarnos, de pie justo detrás de su severo padre, quien se apresura junto a su hija. Cuando Ptolemus se acerca a mí, lucho contra el impulso de vomitar. Nunca he hecho algo tan difícil como mirar a los ojos de un hombre condenado a muerte.

—Mi enhorabuena —dice, su voz dura como una roca. La mano que extiende es igual de firme. No lleva el uniforme militar sino un traje de metal negro que encaja en suaves y brillantes escalas. Es un guerrero pero no un soldado. Como su padre antes



que él, Ptolemus dirige la guardia de la ciudad Archeon, protegiendo la capital con su propio ejército de oficiales. *La cabeza de la serpiente*, le llamó Maven. *Córtala y el resto morirá*. Sus ojos militaristas están en su hermana, incluso mientras sujeta mi mano. Me deja ir apresuradamente, pasando rápidamente a Maven y Cal antes de abrazar a Evangeline en una rara exposición de afecto. Me sorprende que sus estúpidos atuendos no se queden pegados.

Si todo va como lo planeado, nunca abrazará a su hermana otra vez. Evangeline habrá perdido a un hermano, justo como yo. Aunque conozco el dolor de primera mano, no puedo hacerme sentir pena por ella. Especialmente no con la manera en que se sujeta a Cal. Parecen completamente opuestos, él en su simple uniforme mientras ella brilla como una estrella con un vestido de espinas afiladas. Quiero matarla, quiero ser ella. Pero no hay nada que pueda hacer sobre eso. Evangeline y Cal no son mi problema esta noche.

Cuando Ptolemus desaparece y más gente pasa con sonrisas frías y afiladas palabras, se hace más fácil olvidarme. La casa Iral nos saluda a continuación, liderada por los ágiles y lánguidos movimientos de Ara, la Pantera. Para mi sorpresa, se inclina ante mí, sonriendo cuando lo hace. Pero hay algo extraño en ello, algo que me dice que sabe más de lo que deja ver. Pasa sin una palabra, ahorrándome otra interrogación.

Sonya sigue a su abuela, del brazo de otro objetivo: Reynald Iral, su primo. Maven me dijo que es el consejero financiero, un genio que mantiene al ejército financiado con impuestos y programas de comercio. Si muere, también lo harán el dinero, y la guerra. Estoy dispuesta a intercambiar un recolector de impuestos por eso. Cuando toma mi mano, no puedo evitar notar que sus ojos están congelados y sus manos son suaves. Esas manos nunca tocarán las mías otra vez.

No es tan fácil despedir al Coronel Macanthos cuando se acerca. La cicatriz en su rostro resalta afilada, especialmente esta noche cuando todos parecen tan refinados. A ella podría no importarle la Guardia, pero tampoco creyó a la reina. No estaba lista para tragar las mentiras con las que nos estaban alimentando con cuchara al resto.

Su agarre es fuerte cuando estrecha mi mano; por una vez alguien no tiene miedo de romperme como si fuera de cristal.

—Mucha felicidad para ti, lady Mareena. Puedo ver que este encaja contigo. —Mueve su cabeza hacia Maven—. No como la elegante Samos —añade en un susurro juguetón—. Ella será una reina triste, y tú una princesa feliz, recuerda mis palabras.

—Recordadas. —Suspiro. Me las arreglo para sonreír, aunque la vida de la coronel pronto vaya a terminar. No importa cuántas palabras amables diga, sus minutos están contados.

Cuando se mueve hacia Maven, estrechándole la mano e invitándole a inspeccionar las tropas con ella en una semana o así, noto que él está bastante afectado. Después de que se haya ido, su mano cae a la mía, dándome un apretón consolador. Sé que él se arrepiente de nombrarla, pero como Reynald, como Ptolemus, su muerte servirá para un propósito. Su vida lo valdrá todo, al final.



El siguiente objetivo llega desde mucho más lejos en la fila, de una casa inferior. Belicos Lerolan tiene una sonrisa alegre, cabello castaño, y ropas del color del anochecer haciendo juego con los colores de su casa. A diferencia de los otros a los que he saludado esta noche, parece cálido y amable. La sonrisa detrás de sus ojos es tan real como su sacudida de manos.

—Un placer, lady Mareena. —Inclina su cabeza en saludo, educado por defecto—. Espero con ansias muchos años a su servicio.

Le sonrío, pretendiendo que habrá muchos años por venir, pero la fachada se hace más difícil de mantener cuando los segundos se hacen eternos. Cuando aparece su esposa, guiando a un par de gemelos, quiero gritar. Apenas cuatro años y aullando como cachorros, trepan alrededor de las piernas de su padre. Él sonrío suavemente, una sonrisa privada solo para ellos.

Un diplomático, le llamó Maven, un embajador para nuestros aliados en Piedmont, lejos al sur. Sin él, nuestros vínculos con ese país y su ejército terminarían, forzando a Norta a seguir sola contra nuestro amanecer Rojo. Él es otro sacrificio que debemos hacer, otro nombre que tirar. Y es padre. *Es padre y vamos a matarle.*

—Gracias, Belicos —dice Maven, levantando su mano para estrecharla, intentando apartar a Lerolan antes de que me rompa.

Intento hablar, pero solo puedo pensar en el padre al que estoy a punto de apartar de semejantes niños. En la parte de atrás de mi mente, recuerdo a Kilorn llorando después de la muerte de su padre. *Era demasiado joven.*

—¿Nos perdonarían un minuto, por favor? —La voz de Maven suena lejos cuando habla—. Mareena aún se está acostumbrando a la excitación de la corte.

Antes de que pueda volver a mirar al condenado padre, Maven me aleja apresuradamente. Unas pocas personas nos miran boquiabiertas, y puedo sentir los ojos de Cal siguiéndonos. Casi tropiezo, pero Maven me mantiene derecha mientras me empuja hacia el balcón. Normalmente el aire fresco me animaría, pero dudo que algo pueda ayudar ahora.

—Niños —La palabra sale de mí—. *Es padre.*

Maven me suelta, y caigo contra la barandilla del balcón, pero no se aleja. A la luz de la luna sus ojos parecen de hielo, brillando y mirándome. Pone una mano a cada lado de mis hombros, atrapándome dentro, forzándome a escuchar.

—Reynald es padre, también. El coronel tienes hijos propios. Ptolemus ahora está comprometido con la chica Haven. Todos tienen gente; *todos* tienen a alguien quien les llorará. —Fuerza a salir a las palabras; está tan desgarrado como yo—. No podemos escoger y elegir cómo para ayudar a la causa, Mare. Debemos hacer lo que podamos, sea cual sea el coste.

—No puedo hacerles esto.

—¿Crees que quiero hacer esto? —Suspira, su rostro a centímetro del mío—. Les conozco a todos, y me duele traicionarles, pero *se debe hacer*. Piensa en lo que comprarán sus vidas, lo que sus muertes lograrán. ¿Cuánta de tu gente puede ser salvada? ¡Creía que comprenderías esto!



Se detiene, cerrando sus ojos apretadamente durante un momento. Cuando se recompone, levanta una mano a mi rostro, trazando la línea de mi mejilla con dedos temblorosos.

—Lo siento, solo... —Su voz flaquea—. Podrías no ser capaz de ver a dónde nos lleva esta noche, pero yo sí puedo. Y sé que esto cambiará las cosas.

—Te creo —susurro, levantando la mano para sujetar la suya—. Solo desearía que no fuera de esta manera.

Sobre su hombro, de vuelta en el salón de baile, la línea de recepción se reduce. Las sacudidas de manos y los cumplidos están terminando. La noche ha comenzado realmente.

—Pero tiene que serlo, Mare. Te lo prometo, esto es lo que *debemos* hacer.

Tanto como duele, tanto como mi corazón se retuerce y sangra, asiento.

—Vale.

—¿Están bien los dos aquí fuera?

Durante un segundo, la voz de Cal suena extraña y alta, pero se aclara la garganta cuando se asoma al balcón. Sus ojos se detienen en mi rostro.

—¿Estás lista para esto, Mare?

Maven responde por mí.

—Está lista.

Juntos, nos alejamos de la barandilla, la noche y el último trozo de tranquilidad que podríamos tener. Cuando pasamos a través del arco, siento el toque de un fantasma en mi brazo: *Cal*. Bajo la mirada para verle aún mirando, con los dedos estirados. Sus ojos están más oscuros que nunca, hirviendo con alguna emoción que no puedo situar. Pero antes de que pueda hablar, Evangeline aparece a su lado. Cuando él la toma por la mano, tengo que apartar mis ojos.

Maven nos guía hacia el punto sin gente en el centro del salón de baile.

—Esta es la parte difícil —dice, intentando tranquilizarme.

Funciona un poco, y los temblores que me recorren menguan.

Bailamos primero, los dos príncipes y sus novias, delante de todos. Otra exposición de fuerza y poder, mostrando a las dos chicas que ganaron delante de todas las familias que perdieron. Justo ahora es lo último que quiero hacer, pero es por la causa. Cuando la música eléctrica que odio resuena, me doy cuenta de que al menos es un baile que reconozco.

Maven parece sorprendido cuando mis pies se mueven con el ritmo.

—¿Has estado practicando?

Con tu hermano.

—Un poco.

—Estás llena de sorpresas —Se ríe, encontrando la voluntad para sonreír.



A nuestro lado, Cal hace girar a Evangeline. Parecen un rey y una reina, majestuosos, fríos y maravillosos. Cuando los ojos de Cal se encuentran con los míos en el momento exacto en que sus manos se cierran alrededor de los dedos de ella, siento miles de cosas a la vez, ninguna de ellas es agradable. Pero en lugar de regodearme, me muevo más cerca de Maven. Él me mira, con los ojos azules abiertos de par en par, mientras la música nos posee. A unos pocos metros, Cal da sus pasos, guiando a Evangeline en el mismo baile que me enseñó. Ella es mucho mejor en esto, toda gracia y belleza afilada. Otra vez me siento como cayendo.

Giramos a través del suelo al compás de la música, rodeados por fríos testigos. Reconozco los rostros ahora. Conozco las casas, los colores, las habilidades, las historias. A quién temer, a quién compadecer. Ellos nos observan con ojos hambrientos, y sé por qué. Creen que somos el futuro, Cal, Maven, Evangeline e incluso yo. Creen que están viendo a un rey y a una reina, a un príncipe y a una princesa. Pero ese es un futuro que intento que no ocurra.

En mi mundo perfecto, Maven no tendrá que esconder su corazón y yo no tendré que esconder quien soy realmente. Cal no tendrá ninguna corona que llevar, ningún trono que proteger. Esas personas no tendrán más paredes detrás de las cuales esconderse.

El amanecer está llegando para todos vosotros.

Bailamos a través de dos canciones más, y otras parejas se nos unen en la pista. El giro de colores bloquea cualquier mirada de Cal y Evangeline, hasta que se siente como si Maven y yo girásemos solos. Durante un momento, el rostro de Cal flota delante de mí, reemplazando el de su hermano, y creo que estoy de vuelta en la habitación llena de la luz de la luna.

Pero Maven no es Cal, sin importar quiere que lo sea. Él no es un soldado, no será rey, pero es más valiente. Y está de acuerdo en hacer lo que es correcto.

—Gracias, Maven —susurro, apenas audible sobre la horrible música.

Él no tiene que preguntarme sobre lo que estoy hablando.

—No tienes que darme las gracias. —Su voz es extrañamente profunda, casi rompiéndose cuando sus ojos se oscurecen—. Por nada.

Esto es lo más cerca que he estado de él, mi nariz a centímetros de su cuello. Puedo sentir su corazón latiendo bajo mis manos, martilleando al mismo tiempo que el mío. *Maven es el hijo de su madre*, dijo Julian una vez. No podía estar más equivocado.

Maven nos dirige hacia el borde de la pista de baile, ahora repleto con lores y damas girando. Nadie notará que nos alejamos.

—¿Refrescos? —murmura un sirviente, levantando una bandeja de bebida dorada gaseosa. Comienzo a despedirle antes de reconocer sus ojos verde botella.

Tengo que morderme la lengua para evitar gritar su nombre en alto. *Kilorn*.

Extrañamente, el uniforme rojo le sienta bien y por una vez se las ha arreglado para limpiar el polvo de su rostro. Parece el pescador que sabía que se ha ido completamente.



—Esta cosa pica —gruñe él bajo su respiración. *Quizás no completamente.*

—Bueno, no lo llevarás puesto mucho tiempo —dice Maven—. ¿Está todo en su lugar?

Kilorn asiente, sus ojos se precipitan a través de la multitud.

—Están listos escaleras arriba.

Sobre nosotros, los Centinelas abarrotan un descansillo cruzado, alineando las paredes. Pero sobre ellos, en las ventanas esculpidas de las alcobas y pequeños balcones cerca del techo, las sombras no son Centinelas en absoluto.

—Solo tengo que dar la señal. —Levanta la bandeja y el inocente vaso de oro.

Maven se endereza a mi lado, su hombro contra el mío como apoyo.

—¿Mare?

Ahora es mi turno.

—Estoy lista —murmuro, recordando el plan que Maven me susurró hace unas pocas noches. Temblando, dejo que el familiar zumbido de electricidad fluya a través de mí, hasta que puedo sentir cada luz y cámara ardiendo en de mi cabeza. Levanto el vaso, y bebo profundamente.

Kilorn es rápido volver a tomar el vaso.

—Un minuto —Su voz suena demasiado definitiva.

Desaparece con un pase de su bandeja, moviéndose a través de la multitud hasta que no puedo verle ya. *Corre*, rezo, esperando que sea lo bastante rápido. Maven se va también, dejándome para llevar a cabo su propia tarea al lado de su madre.

Me dirijo al centro de la multitud incluso mientras la sensación de la electricidad amenaza con abrumarme. Pero no puedo soltarlo aún. No hasta que ellos empiecen. *Treinta segundos.*

El rey Tiberias se cierne delante de mí, riendo con su hijo favorito. Parecer estar en su tercer vaso de vino, y sus mejillas están ruborizadas en plateado, mientras Cal bebe delicadamente agua. En algún lugar a mi izquierda, oigo la risa cortante de Evangeline, probablemente con su hermano. Alrededor de la habitación, cuatro personas respiran por.

Cuento los latidos en esos últimos segundos, marcando cada momento. Cal me mira a través de la multitud, sonriendo con esa sonrisa que adoro, y comienza a venir hacia mí. Pero nunca me alcanzará, no antes de que la acción esté hecha. El mundo se ralentiza hasta que todo lo que siento es la sorprendente fuerza en las paredes. Como en Entrenamiento, como con Julian, estoy aprendiendo a controlarlo.

Cuatro disparos suenan, emparejados con cuatro brillantes destellos de las pistolas desde lo alto.

A continuación comienzan los gritos.

20



rito con ellos, y las luces destellan, luego parpadean, luego fallan.

Un minuto de oscuridad. Eso es lo que tengo que darles. Los chillidos, los gritos, los pisotones casi rompen mi concentración, pero me obligo a concentrarme. Las luces parpadean horriblemente, luego mueren, haciendo casi imposible moverse. *Haciendo posible para mis amigos escabullirse.*

—¡En las alcobas! —ruge una voz, gritando sobre el caos—. ¡Están corriendo! —Más voces se unen al llamado, aunque ninguno es familiar. Pero en esta locura, todo el mundo suena diferente—. ¡Encuéntrenlos! ¡Detenganlos! ¡Mátenlos!

Los Centinelas en el rellano tienen sus armas apuntadas mientras más se unen, apenas sombras mientras les dan caza. *Walsh está con ellos*, me recuerdo. Si Walsh y otros sirvientes pudieron meter a escondidas a Farley y Kilorn antes, pueden colarse para salir de nuevo. Pueden esconderse. Pueden escapar. Estarán bien.

Mi oscuridad los salvará.

Una llamarada de fuego entra en erupción desde la multitud, se encrespa por el aire como una serpiente en llamas. Ruge por encima, iluminando el oscuro salón de baile. Unas sombras parpadeantes pintan las paredes y los rostros mirando hacia arriba, transforman el salón de baile en una pesadilla de la luz roja y pólvora. Sonya grita cerca, inclinada sobre el cuerpo de Reynald. Ara, la ágil anciana lucha por separarla del cadáver, tirando de ella, lejos del caos. Los ojos de Reynald miran vidriosos hacia el techo, reflejando la luz roja.

Todavía resisto, cada músculo dentro de mí duro y tenso.

En algún lugar cerca del fuego, reconozco a los guardias del rey sacándolo apresuradamente de la habitación. Él trata de luchar contra ellos, vociferando y gritando para quedarse, pero por una vez no siguen sus órdenes. Elara es empujada de cerca por Maven mientras corren del peligro. Muchos más los siguen, ansiosos de ser libres de este lugar.

Oficiales de Seguridad corren contra la corriente, inundando la habitación con gritos y ruido de pasos. Los lores y damas se presionan contra mí en un intento de escapar, pero solo puedo quedarme en el lugar, resistiendo lo mejor que puedo. Nadie trata de alejarme; nadie me nota en absoluto. *Tienen miedo.* A pesar de su fuerza, todo su poder, aún conocen el significado del miedo. Y algunas balas son todo lo que toma traer el terror en ellos.



Una mujer llorando choca contra mí, golpeándome. Aterrizo cara a cara con un cadáver, mirando fijamente la cicatriz del Coronel Macanthos. La sangre Plateada corre por su rostro, desde su frente al suelo. El agujero de bala es extraño, rodeado de carne grisácea y pétrea. *Ella era una Pieldepiedra*. Estuvo con vida el tiempo suficiente para tratar de detenerlo, de protegerse. Pero la bala no pudo ser detenida. Aun así ha muerto.

Me empujo hacia atrás de la mujer asesinada, pero mis manos se deslizan a través de una mezcla de sangre plateada y vino. Un grito se me escapa en una combinación terrible de frustración y pena. La sangre se aferra a mis manos, como sabiendo lo que he hecho. Es pegajosa y fría y está por todas partes, tratando de ahogarme.

—¡MARE!

Unos brazos fuertes me tiran por el suelo, arrastrándome lejos de la mujer que he dejado morir.

—Mare, por favor... —la voz suplica, pero no sé por qué.

Con un rugido de frustración, pierdo la batalla. Las luces vuelven, revelando una zona de guerra de seda y muerte. Cuando trato de ponerme en mis pies, para asegurarme de que el trabajo está realmente hecho, una mano me empuja hacia abajo.

Digo las palabras que debo, jugando mi parte en todo esto.

—Lo siento, las luces, no puedo... —Encima, las luces parpadean de nuevo.

Cal apenas me escucha y se pone de rodillas a mi lado.

—¿Dónde estás herida? —ruge, comprobándome como sé que ha sido entrenado. Sus dedos tocan mis brazos y piernas, en busca de una herida, por la fuente de tanta sangre.

Mi voz suena extraña. Suave. Rota.

—Estoy bien. —Él no me oye de nuevo—. Cal, estoy bien.

Su rostro se inunda de alivio, y por un segundo creo que va a besarme de nuevo. Pero sus sentidos vuelven más rápido que los míos.

—¿Estás segura?

Con cautela, levanto una manga manchada de plata.

—¿Cómo puede ser mía?

Mi sangre no es de este color. Lo sabes.

Él asiente.

—Por supuesto —susurra—. Yo solo... te he visto en el suelo y he pensado... — Sus palabras se desvanecen, sustituidas por una terrible tristeza en sus ojos. Pero se desaparece rápidamente, cambiando a determinación—. ¡Lucas! ¡Sácala de aquí!

Mi guardia personal se abre paso a través de la lucha, el arma en su mano. A pesar de que se ve igual en sus botas y uniforme, este no es el Lucas que conozco. Sus ojos negros, ojos de *Samos*, son oscuros como la noche.



—La llevaré con los otros —gruñe, izándome.

Aunque sé mejor que nadie que el peligro se ha ido, no puedo evitar intentar alcanzar a Cal.

—¿Qué hay de ti?

Se encoge de hombros fuera de mi alcance con una facilidad sorprendente.

—No voy a huir.

Y entonces se da la vuelta, con los hombros cuadrados a un grupo de Centinelas. Da un paso sobre los cadáveres, con la cabeza inclinada hacia el techo. Un centinela le tira un arma de fuego, y la atrapa con destreza, poniendo un dedo en el gatillo. Su otra mano arde a la vida, crepitando con una llama oscura y mortal. Destacando contra los centinelas y los cuerpos en el suelo, parece completamente otra persona.

—Vamos a cazar —gruñe, y se va escaleras arriba. Centinelas y Seguridad lo siguen, como una nube de humo rojo y negro detrás de su llama. Dejan un salón salpicado de sangre, nublado de polvo y gritos.

En el centro de todo se encuentra Belicos Lerolan, perforado no por una bala, sino por una lanza plateada. *Disparado con una lanza, como las que se usan para pescar.* Una faja escarlata andrajosa cae del asta, apenas agitándose en el torbellino. Hay un símbolo estampado en ella, el sol roto.

A continuación, el salón de baile desaparece, tragado por las oscuras paredes de un pasadizo de servicio. El suelo retumba bajo nuestros pies y Lucas me lanza a la pared, escudándome. Un sonido como un trueno retumba y el techo se sacude, dejando caer trozos de piedra sobre nosotros. La puerta detrás de nosotros explota hacia el interior, destruida por las llamas. Más allá, el salón de baile esta oscuro con humo. *Una explosión.*

—Cal... —Trato de zafarme de Lucas, de correr de vuelta por dónde hemos venido, pero me echa hacia atrás—. ¡Lucas, tenemos que ayudarlo!

—Confía en mí, una bomba no molestará al príncipe —gruñe, moviéndome hacia adelante.

—¿Una bomba? —*Eso no era parte del plan*—. ¿Eso ha sido una bomba?

Lucas se arrastra detrás de mí, claramente temblando de ira.

—Has visto ese maldito pañuelo rojo. Esta es la Guardia Escarlata y eso — Señala de nuevo a al salón de baile, todavía oscuro y ardiendo—. Eso es quienes son.

—Esto no tiene sentido —murmuro para mí, tratando de recordar todos los aspectos del plan. Maven nunca me habló de una bomba. *Nunca.* Y Kilorn no me dejaría hacer esto, no si sabía que iba a estar en peligro. *Ellos no me harían esto.*

Lucas enfunda su arma, su voz un gruñido.

—Los asesinos no tienen que tener sentido.

Mi respiración se queda atrapada en mi garganta. ¿Cuántos se han quedado ahí atrás? ¿Cuántos niños, cuántas muertes innecesarias?

Lucas toma mi silencio por shock, pero se equivoca. Lo que siento ahora es ira.



Cualquiera puede traicionar a cualquiera.

Lucas me lleva bajo tierra, a través de no menos de tres puertas, cada una de treinta centímetros de espesor y hechas de acero. No tienen cerraduras, pero las abre con un movimiento de su mano. Esto me recuerda a cuando le conocí, cuando hizo un gesto, separando los barrotes de mi celda.

Escucho a los demás antes de verlos, sus voces hacen eco en las paredes de metal mientras hablan. El rey brama, sus palabras envían escalofríos a través de mí. Su presencia parece llenar el búnker mientras pasea de un lado para otro, con la capa ondeando detrás de él.

—Quiero que sean encontrados. ¡Los quiero delante de mí con una espada en la espalda, y quiero que canten como los pájaros cobardes que son! —Se dirige a un Centinela, pero la mujer enmascarada ni siquiera se inmuta—. ¡Quiero saber lo que está *pasando*!

Elara está sentada en una silla, con una mano sobre su corazón, la otra agarrando fuertemente a Maven.

Él se sobresalta al verme.

—¿Estás bien? —dice, tirando de mí en un abrazo rápido.

—Solo conmocionada —me las arreglo para decir, tratando de comunicar tanto como me sea posible. Pero con Elara tan cerca, apenas puedo permitirme pensar, y mucho menos hablar—. Ha habido una explosión después de los disparos. Una bomba.

Maven frunce el ceño, confundido, pero rápidamente lo enmascara con rabia.

—Bastardos.

—Salvajes —sisea el rey Tiberias con los dientes apretados—. Y ¿qué pasa con mi hijo?

Mi mirada se desvía hacia Maven, antes de darme cuenta de que el rey no se refiere a Maven en absoluto. Maven lo toma con calma. Está acostumbrado a ser pasado por alto.

—Cal ha ido tras los tiradores. Se ha llevado un grupo de Centinelas con él. —El recuerdo de él, oscuro y enfadado como una llama, me asusta—. Y luego el salón de baile ha explotado. No sé cuántos estaban aún... aún ahí dentro.

—¿Había algo más, querida? —Viniendo de Elara, la expresión de cariño se siente como una descarga eléctrica. Luce más pálida que nunca, y su respiración sale en jadeos superficiales. *Tiene miedo*—. ¿Cualquier cosa que recuerdes?

—Había un estandarte, unido a una lanza. La Guardia Escarlata ha hecho esto.

—¿Lo han hecho? —dice, levantando solo una ceja. Lucho contra el impulso de retroceder, de huir de ella y sus susurros. En cualquier momento espero sentirla deslizarse en mi mente, para sacarme la verdad.

Pero en cambio, Elara aparta la mirada y se vuelve hacia el rey.



—¿Ves lo que has hecho? —Sus labios se curvan sobre sus dientes. A la luz, parecen colmillos brillantes.

—¿Yo? *Tú* llamaste a la Guardia pequeña y débil, le mentiste a nuestra gente — gruñe Tiberias en respuesta—. Tus acciones nos han debilitado frente al peligro, no las mías.

—¡Y si te hubieras ocupado de esto cuando tuviste la oportunidad, cuando *eran* pequeños y débiles, esto nunca habría pasado!

Se gritan el uno al otro como perros hambrientos, cada uno tratando de tomar un bocado más grande.

—Elara, no eran terroristas entonces. No podía desperdiciar a mis soldados y oficiales en la caza de unos Rojos que escribían panfletos. No hacían daño.

Poco a poco, Elara apunta al techo.

—¿Eso te parece que es no hacer daño? —Él no tiene una respuesta, y ella sonríe, deleitándose por ganar la discusión—. Un día los hombres aprenderán a prestar atención y todo el mundo temblará. Ellos son una enfermedad, una a la que tú has permitido ganar fuerza. Y es el momento de erradicar esta enfermedad desde sus raíces.

Se levanta de la silla, recomponiéndose.

—Son diablos Rojos, y deben contar con aliados dentro de nuestras propias paredes. —Hago mi mejor esfuerzo para mantenerme inmóvil, con los ojos fijos en el suelo—. Creo que voy a tener unas *palabras* con los sirvientes. Oficial Samos, ¿si me permite?

Él salta a la atención, abriendo la puerta del sótano. Ella sale con dos centinelas a cuestas, como un huracán de furia. Lucas va con ella, abriendo las pesadas puertas en sucesión, cada una hace ruido cada vez más lejos. No quiero saber lo que la reina le va a hacer a los sirvientes, pero sé que va a doler y sé lo que va a encontrar, nada. Walsh y Holland han huido con Farley, de acuerdo con nuestro plan. Sabían que sería demasiado peligroso para ellos después del baile y tenían razón.

El metal grueso se cierra por unos momentos, solo para abrirse de nuevo. Otro Magnetrón lo dirige: *Evangeline*. Luce fatal en un vestido de fiesta, con sus joyas destrozadas y los dientes en el borde. Lo peor de todo son sus ojos, salvajes, húmedos y manchados de maquillaje negro. *Ptolemus*. *Ella llora por su hermano muerto*. A pesar de que me digo que no me importa, tengo que resistir la tentación de extender la mano y consolarla. Pero pasa en cuanto su compañero entra al bunker detrás de ella.

Hay humo y hollín en su piel, ensuciando su uniforme una vez limpio. Normalmente estaría preocupada por la mirada furiosa y de odio en los ojos de Cal, pero algo golpea el miedo en mis huesos. Sangre tiñe su uniforme negro y gotea sobre sus manos. No es plateada. *Roja*. *La sangre es roja*.

—Mare —me dice, pero toda su calidez se ha ido—. Ven conmigo. Ahora.

Sus palabras se dirigen a mí, pero todo el mundo nos sigue, empujándose a través de los pasajes mientras él nos lleva a las celdas. Mi corazón martillea en mi pecho, amenazando con explotar fuera de mí. *Kilorn no*. *Cualquiera menos él*. Maven tiene una



mano sobre mi hombro, sosteniéndome cerca. Al principio creo que me está consolando, pero luego me echa hacia atrás: está intentando evitar que eche a correr hacia delante.

—Deberías haberlo matado donde estaba —le dice Evangeline a Cal. Sus dedos arrancan la sangre roja en su camisa—. Yo no dejaría a ese diablo Rojo vivo.

Ese. Mis dientes muerden mis labios, manteniendo mi boca cerrada, para que no diga algo estúpido. La mano de Maven se aprieta como una garra en mi hombro y puedo sentir que su pulso se acelera. Por lo que sabemos, este podría ser el final de nuestro juego. Elara regresará y destruirá sus mentes, rebuscando entre los restos para descubrir hasta dónde llega su complot.

Los pasos a las celdas son los mismos pero parecen más largos, extendiéndose hacia abajo en las partes más profundas del Salón. El calabozo aparece para saludarnos, y no menos de seis centinelas montan guardia. Un escalofrío me recorre los huesos, pero no me estremezco. Apenas puedo moverme.

Cuatro figuras permanecen de pie en la celda, cada una ensangrentada y magullada. A pesar de la tenue luz, los reconozco a todos. Los ojos de Walsh parecen cerrados por la hinchazón, pero ella parece estar bien. No como Tristán, apoyado en la pared para quitarle presión a una pierna mojada de sangre. Hay un vendaje apresurado alrededor de la herida, arrancado de la camisa de Kilorn por el aspecto de la misma. Por su parte, Kilorn parece ileso, para mi gran alivio. Él sostiene a Farley con un brazo, dejándola reposar contra él. El hombro de ella está dislocado, con un brazo colgando en un ángulo extraño. Pero eso no le impide burlarse de nosotros. Incluso escupe a través de los barrotes, una mezcla de sangre y saliva que cae a los pies de Evangeline.

—Quítale la lengua por eso —gruñe Evangeline, corriendo hacia los barrotes. Se queda corta, con una mano golpeando contra el metal. Aunque podría arrancarlo con un pensamiento, destruyendo la celda y la gente dentro, se contiene.

Farley le sostiene la mirada, apenas parpadeando por el estallido. Si este es su fin, ella ciertamente se va a ir con su cabeza en alto.

—Un poco violenta para una princesa.

Antes de que Evangeline pueda perder su temperamento, Cal la echa hacia atrás alejándola de los barrotes. Lentamente, levanta una mano, señalando.

—Tú.

Con una horrible sacudida, me doy cuenta de que está apuntando a Kilorn. Un músculo se mueve en su mejilla, pero mantiene sus ojos en el suelo.

Cal lo recuerda. De la noche que me llevó a casa.

—Mare, explica esto.

Abro la boca, esperando que salga alguna magnífica mentira, pero nada viene.

La mirada de Cal se oscurece.

—Él es tu amigo. *Explica esto.*

Evangeline jadea y vuelve su ira hacia mí.



—¡Tú le has traído aquí! —chilla, saltando hacia mí—. ¿Tú has hecho esto?!

—No he hecho n-nada —tartamudeo, sintiendo todos los ojos de la habitación en mí—. Quiero decir, le conseguí un trabajo aquí. Estaba en los almacenes de madera y es un trabajo duro, mortalmente duro. —Las mentiras salen de mí, cada una más rápida que la anterior—. Él es... él era mi amigo, en el pueblo. Solo quería asegurarme de que estaba bien. Le conseguí un trabajo como sirviente, justo como... —Mis ojos van hacia Cal. Ambos recordamos la noche en que nos conocimos, y el día que le siguió—. Creí que estaba ayudándolo.

Maven da un paso hacia la celda, mirando a nuestros amigos como si fuera la primera vez que los ve. Señala sus uniformes rojos.

—Parecen ser solo sirvientes.

—Diría lo mismo, excepto que los hemos encontrado tratando de escapar por un tubo de drenaje —espeta Cal—. Nos ha tomado un tiempo sacarlos.

—¿Estos son todos? —pregunta el rey Tiberias, mirando a través de los barrotes.

Cal niega.

—Había más adelante, pero llegaron al río. Cuántos, no lo sé.

—Bueno, averigüémoslo —dice Evangeline, con las cejas levantadas—. Llamemos a la reina. Y mientras tanto... —Enfrenta al rey. Bajo su barba, sonrío un poco y asiente.

No tengo que preguntar para saber en lo que están pensando. *Tortura.*

Los cuatro prisioneros permanecen fuertes, sin siquiera pestañear. La mandíbula de Maven trabaja furiosamente mientras intenta pensar en una salida, pero sabe que no la hay. En todo caso, esto podría ser más de lo que podemos esperar. Si se las arreglan para mentir. *¿Pero cómo podemos pedirle que lo hagan? ¿Cómo podemos observarlos gritar mientras no hacemos nada?*

Kilorn parece tener una respuesta para mí. Incluso en este horrible lugar, sus ojos verdes consiguen brillar. *Mentiré por ti.*

—Cal, te cedo a ti el honor —dice el rey, descansando su mano en el hombro de su hijo. Solo puedo mirar, rogándole con mis ojos, rezando para que Cal no haga lo que su padre pide.

Me mira una vez, como si de alguna forma eso cuenta como disculpa. Luego se vuelve hacia un Centinela, más bajo que los otros. Sus ojos brillan de color blanco grisáceo detrás de su máscara.

—Centinela Gliacon, tengo la necesidad de un poco de hielo.

Lo que eso significa, no tengo ni idea, pero Evangeline se ríe.

—Buena elección.

—No tienes que ver esto —murmura Maven, intentando alejarme. Pero no puedo dejar a Kilorn. Lo alejo aireadamente, mis ojos todavía en mi amigo.



—Deja que se quede —se jacta Evangeline, disfrutando de mi incomodidad—. Esto le enseñará a no tratar a Rojos como amigos. —Se gira hacia la celda, abriendo los barrotes. Con un pálido dedo, señala—. Empieza con ella. Necesita ser rota.

El Centinela asiente y toma a Farley por la muñeca, sacándola de la celda. Los barrotes se deslizan de nuevo a su lugar detrás de ella, atrapando al resto dentro. Walsh y Kilorn se apresuran a los barrotes, ambos son la imagen del miedo.

El Centinela fuerza a Farley a sus rodillas, esperando la siguiente orden.

—¿Señor?

Cal se mueve para estar sobre ella, respirando con dificultad. Duda antes de hablar, pero su voz es fuerte.

—¿Cuántos más hay?

Farley aprieta la mandíbula, sus dientes juntos. Morirá antes de hablar.

—Empieza con el brazo.

El Centinela no es amable, tirando del brazo herido de Farley. Ella grita de dolor pero aún no dice nada. Toma todo de mí no golpear al Centinela.

—Y nos llaman salvajes a nosotros —escupe Kilorn, con su frente contra las barras.

Lentamente, el Centinela retira la manga ensangrentada de Farley y pone una pálida mano cruel en su piel. Farley grita con el toque, pero por qué, no puedo decirlo.

—¿Dónde están los otros? —pregunta Cal, arrodillándose para mirarla a los ojos. Por un momento se queda en silencio, respirando profundamente. Se inclina, esperando pacientemente su respuesta.

En su lugar, Farley se mueve hacia adelante, golpeando su cabeza con todas sus fuerzas.

—Estamos en todos lados. —Se ríe, pero grita cuando el Centinela reanuda la tortura.

Cal se recupera perfectamente, con una mano sobre su nariz rota. Otra persona quizás devolvería el golpe, pero él no lo hace.

Unos puntos rojos aparecen en el brazo de Farley, alrededor de la mano del Centinela. Crecen con cada segundo que pasa, agudos y brillantes ahora destacando en su piel amoratada. *Centinela Gliacon. Casa Gliacon.* Mi mente regresa a Protocolo, las lecciones de las casas. *Temblores.*

Con una sacudida, lo entiendo y tengo que mirar hacia otro lado.

—Eso es sangre —susurro, incapaz de volver a mirar—. Esta congelando su sangre. —Maven solo asiente, con sus ojos serios y llenos de dolor.

Detrás de nosotros, el Centinela continúa trabajando, subiendo por el brazo de Farley. Carámbanos rojos, afilados como cuchillas cortan su carne, cortando todos los nervios con un dolor que no puedo imaginar. La respiración silba a través de sus dientes apretados. Aún no dice nada. Mi corazón se acelera mientras pasan los



segundos, preguntándome cuándo volverá la reina, preguntándome cuándo terminara realmente nuestro juego.

Finalmente, Cal se pone de pie.

—Suficiente.

Otro Centinela, un curandero Skonos, se deja caer junto a Farley. Ella casi colapsa, con la mirada perdida en su brazo, ahora dentado con cuchillos de sangre congelada. El nuevo Centinela la cura rápidamente, sus manos se mueven de manera práctica.

Farley se ríe oscuramente mientras el calor regresa a su brazo.

—¿Todo para hacerlo otra vez, eh?

Cal cruza sus brazos tras su espalda. Comparte una mirada con su padre, quien asiente.

—Por supuesto —suspira Cal, mirando otra vez al Temblor. Pero ella no tiene una oportunidad de continuar.

—¿DÓNDE ESTÁ ELLA? —grita una terrible voz, retumbando por las escaleras hasta nosotros.

Evangeline se vuelve ante el ruido, corriendo al final de la escalera.

—¡Estoy aquí! —grita respondiendo.

Cuando Ptolemus Samos baja para abrazar a su hermana, tengo que hundir mis uñas en mi palma para evitar reaccionar. Está de pie ahí, vivo, respirando y terriblemente enfadado. En el suelo, Farley maldice para sí misma.

Se detiene por un momento y pasa por al lado de Evangeline, con una furia terrorífica en sus ojos. Su traje blindado está destrozado en el hombro, pulverizado por una bala. Pero la piel debajo de ella está intacta. *Curado*. Camina hacia la celda, con las manos flexionadas. Los barrotes de metal tiemblan en su lugar, chillando contra el hormigón.

—Ptolemus, aún no —gruñe Cal, agarrándolo, pero Ptolemus empuja al príncipe. A pesar del tamaño y la fuerza de Cal, este se tambalea hacia atrás.

Evangeline corre hacia su hermano, tirando de su mano.

—¡No, necesitamos que hablen! —Con un encogimiento de su brazo rompe el agarre, ni siquiera ella puede detenerlo.

Los barrotes se quiebran, chillando con su poder mientras la celda se abre para él. Ni siquiera los Centinelas pueden detenerlo mientras avanza, moviéndose rápido con movimientos practicados. Kilorn y Walsh se asustan, saltando hacia atrás contra la pared de piedra, pero Ptolemus es un depredador, y los depredadores atacan a los débiles. Con su pierna rota, apenas capaz de moverse, Tristan no tiene oportunidad.

—No amenazarás a mi hermana otra vez —ruge Ptolemus, dirigiendo las barras metálicas de la celda. Una es lanzada directa al pecho de Tristan. El jadea, ahogándose con su propia sangre, *muriendo*. Y Ptolemus realmente sonríe.

Cuando se vuelve hacia Kilorn, con la muerte en su corazón, yo salto.



Las chispas cobran vida en mi piel. Cuando mi mano se cierra alrededor del musculoso cuello de Ptolemus, dejo ir las chispas. Estas chocan contra él, la luz ilumina sus venas, y él cae bajo mi toque. El metal de su uniforme vibra y se hace humo, casi cocinándolo vivo. Y entonces cae al suelo de hormigón, su cuerpo aun sacudiéndose con chispas.

—¡Ptolemus! —Evangeline cae a su lado, alcanzando su rostro. Una chispa salta a sus dedos, forzándola a retroceder con el ceño fruncido. Me rodea en una llama de furia—. ¡Cómo te *atreves*...

—Estará bien. —No le he golpeado lo suficiente para hacerle un daño real—. Como has dicho, necesitamos que hablen. No pueden hacer eso si están muertos.

Los otros me miran con una extraña mezcla de emociones, sus ojos amplios, y asustados. Cal, el chico al que besé, el soldado, el bruto, no puede sostener mi mirada en absoluto. Reconozco la expresión en su rostro: vergüenza. Porque ha herido a Farley, o porque no ha podido hacerla hablar, no lo sé. Al menos, Maven tiene el buen sentido de parecer triste, su mirada descansa en el cuerpo aún sangrante de Tristan.

—Madre puede atender al prisionero luego —dice, dirigiéndose al rey—. Pero las personas arriba querrán ver a su rey y saber que está a salvo. Han muerto tantos. Deberías reconfortarlos, padre. Y tú también, Cal.

Nos está ganando tiempo. Maven está intentando conseguirnos una oportunidad.

Incluso aunque hace que mi piel se ponga de gallina, me estiro para tocar el hombro de Cal. Me besó una vez. Quizás aún escuche cuando hablo.

—Él tiene razón, Cal. Eso puede esperar.

Aún en el suelo, Evangeline descubre sus dientes.

—¡La corte querrá respuestas, no abrazos! Su Majestad, arranque la verdad de ellos...

Pero incluso Tiberias ve la sabiduría en las palabras de Maven.

—Se quedarán —hace eco—. Y mañana la verdad será revelada.

Mi agarre se aprieta en el brazo de Cal, sintiendo los músculos tensos debajo. Se relaja con mi toque, luciendo como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Los Centinelas se ponen en acción y empujan a Farley de vuelta a la celda rota. Sus ojos se quedan en mí, preguntándose qué demonios tengo en mente. *Desearía saberlo.*

Evangeline medio arrastra a Ptolemus fuera, dejando que los barrotes se cierren tras ella.

—Eres débil, mi príncipe —susurra en la oreja de Cal.

Resisto la urgencia de mirar a Kilorn, mientras sus palabras resuenan en mi cabeza. *Deja de intentar protegerme.*

No lo haré.

La sangre gotea de mi manga, dejando un rastro de manchas plateadas en mi camino mientras marchamos hacia la sala del trono. Los Centinelas y Seguridad



guardan las inmensas puertas, con sus armas alzadas y dirigidas hacia el pasadizo. No se mueven cuando pasamos, congelados en su sitio. Sus órdenes son matar, en caso de necesidad. Más allá, la gran sala resuena con ira y dolor. Quiero sentir una pizca de victoria, pero el recuerdo de Kilorn detrás de los barrotes disminuye cualquier felicidad que pueda sentir. Incluso los ojos vidriosos del coronel me persiguen.

Me muevo junto a Cal. Él apenas lo nota, sus ojos ardiendo hacia el suelo.

—¿Cuántos muertos?

—Diez hasta ahora —murmura—. Tres en el tiroteo, ocho en la explosión. Hay quince más heridos. —Suenan como si fuera una lista de alimentos, no personas—. Pero todos sanarán.

Muevo el pulgar, señalando a los curanderos corriendo entre las personas heridas. Cuento dos niños entre ellos. Y más allá de los heridos están los cuerpos de los muertos, colocados ante el trono del rey. Los hijos gemelos de Belicos Lerolan yacen junto a él, con su madre llorando vigilando sus cuerpos.

Tengo que poner una mano en mi boca para evitar llorar. *Nunca quise esto.*

Las manos cálidas de Maven toman las mías, llevándome más allá de la horripilante escena a nuestro lugar junto al trono. Cal se queda cerca, intentando en vano limpiar la sangre roja de sus manos.

—El tiempo de llorar ha terminado —truenan Tiberias, sus puños apretados en los costados. En completo unísono, mueren los sollozos y sorbidos de la habitación—. Ahora honraremos a los muertos, curaremos a los heridos, y vengaremos a nuestros caídos. Yo soy el rey. No olvido. No perdono. He sido indulgente en el pasado, permitiendo a nuestros hermanos Rojos una buena vida, llena de prosperidad, de dignidad. Pero ellos han escupido sobre nosotros, han rechazado nuestra piedad, y han traído sobre ellos la peor clase de condena.

Con un gruñido, arroja la lanza plateada y la tela roja. Traquetea por el suelo con un sonido parecido a una campana funeraria. El sol desgarrador nos mira.

—Estos estúpidos, estos terroristas, estos *asesinos*, serán traídos a nuestra justicia. Y morirán. Lo juro por mi corona, por mi trono, por mis hijos, *ellos morirán.*

Un fuerte murmullo corre por la multitud mientras cada espada plateada se agita. Se ponen de pie como uno, heridos o no. El olor metálico de la sangre es casi abrumador.

—¡Fuerza!—grita la corte—¡Poder! ¡*Muerte!*

Maven me mira, sus ojos amplios y asustados. Sé lo que está pensando, porque yo también lo pienso.

¿Qué hemos hecho?



21

*D*e vuelta en mi habitación, me arranco el vestido arruinado, dejando caer la seda al suelo. Las palabras del rey se reproducen en mi cabeza, salpicadas de destellos de esta terrible noche. Los ojos de Kilorn destacan en medio de todo, un fuego verde quemándome. *Debo protegerlo, pero ¿cómo?* Si tan sólo pudiera intercambiarle por él de nuevo, mi libertad por la suya. Si las cosas fueran tan fáciles. Las lecciones de Julian nunca se han sentido tan fuertes en mi mente: *el pasado es mucho más grande que este futuro.*

Julian. Julian.

Los pasillos de las residencias están plagados de Centinelas y Seguridad, cada uno de ellos alerta. Pero he perfeccionado durante mucho tiempo el arte de escaparme sin que nadie lo note y la puerta de Julian no está muy lejos. A pesar de la hora está despierto, estudiando minuciosamente los libros. Todo parece igual, como si no hubiera pasado nada. Tal vez no lo sabe. Pero luego me doy cuenta de la botella de alcohol en la mesa, que ocupa un lugar normalmente reservado para el té. *Por supuesto que lo sabe.*

—A la luz de los recientes acontecimientos, me gustaría pensar que nuestras lecciones han sido canceladas por el momento —dice sobre las páginas de su libro. Aun así, lo cierra de golpe, centrando toda su atención en mí—. Por no hablar de que es muy tarde.

—Te necesito, Julian.

—¿Tiene esto algo que ver con el Tiroteo del Sol? Sí, ya han pensado en un nombre inteligente. —Señala a la oscura pantalla de vídeo en la esquina—. Llevan horas con la noticia. El rey hablará a la nación por la mañana.

Recuerdo a la reportera rubia informando del bombardeo de la capital hace más de un mes. En aquel momento hubo unos pocos heridos y aun así se armaron disturbios en el mercado. ¿Qué van a hacer ahora? ¿Cuántos Rojos inocentes pagarán?

—¿O se trata de los cuatro terroristas actualmente encerrados en las celdas de esta estructura? —insinúa Julian, midiendo mi respuesta—. Disculpa, me refiero a tres. Ptolemus Samos, sin duda, hace honor a su reputación.

—No son terroristas —contesto con tranquilidad, tratando de mantener la calma.

—¿Te muestro la definición de *terrorismo*, Mare? —dice mordazmente—. Su causa puede ser justa, pero sus métodos... además, lo que *tú* digas, no importa. —Hace



un gesto a la pantalla de vídeo de nuevo—. Tienen su propia versión de la verdad y es lo único que la gente va a escuchar.

Hago rechinar los dientes dolorosamente, hueso sobre hueso.

—¿Vas a ayudar o no?

—Soy un profesor y algo como un paria, por si no lo has notado. ¿Qué podría hacer?

—Julian, por favor. —Puedo sentir que mi última oportunidad se me escapa de los dedos—. Eres un Cantante, puedes decirle a los guardias, *hacerles* hacer lo que quieras. Puedes liberar a los prisioneros.

Pero sigue sin moverse, bebiendo tranquilamente. No hace una mueca como los hombres hacen normalmente. La picadura del alcohol le es familiar.

—Mañana serán interrogados. Y no importa lo fuertes que sean, cuánto tiempo resistan, se descubrirá la verdad. —Poco a poco, tomo la mano de Julián, que tiene los dedos gastados y ásperos por el papel—. Este era mi plan. Soy una de ellos. —No necesitaba saber acerca de Maven. Sólo le enfadaría más.

La media mentira surte efecto. Puedo verlo en los ojos de Julian.

—¿Tú? ¿Tú has hecho esto? —tartamudea—. ¿El tiroteo, el bombardeo...?

—Lo de la bomba ha sido... inesperado. —*La bomba ha sido un horror.*

Entrecierra los ojos y puedo ver los engranajes girando en su cabeza. Luego despierta por completo.

—¡Te lo dije, te dije que no se te subiera a la cabeza! —Da un puñetazo en la mesa, pareciendo más enfadado de lo que jamás lo había visto antes—. Y ahora —jadea, mirándome con tanto dolor que hiere mi corazón—, ¿ahora tengo que ver cómo te ahogas?

—Si escapan...

Bebe el resto de su bebida de un trago. Con un golpe de muñeca, rompe el vaso contra el suelo, haciéndome saltar.

—¿Y qué hay de mí? Incluso si quitara las cámaras, las memorias de los guardias, cualquier cosa que pudiera implicar a cualquiera de nosotros, la reina lo sabrá. —Sacudiendo la cabeza, suspira—. Me sacará los ojos por esto.

Y Julian nunca leerá de nuevo. ¿Cómo puedo pedirle eso?

—Entonces déjame morir. —Las palabras se pegan en mi garganta—. Lo merezco tanto como ellos.

No puede dejarme morir. No lo hará. Soy la pequeña chica rayo, haré que el mundo cambie.

Cuando habla de nuevo, suena hueco.

—Llamaron a la muerte de mi hermana un suicidio. —Poco a poco, pasa los dedos por su muñeca, recordando algo de hace mucho tiempo—. Eso fue mentira y lo sabía. Era una mujer triste, pero nunca habría hecho una cosa así. No cuando tenía a Cal y Tibe. Fue asesinada y no dije nada. Tenía miedo y dejé que su muerte fuese una



vergüenza. Y desde ese día, he estado trabajando para arreglar eso, esperando en las sombras de este mundo monstruoso, esperando mi momento para vengarla. —Me mira. Sus ojos brillando con lágrimas—. Supongo que este es un buen momento para empezar.

* * *

No se necesita mucho tiempo para que Julian elabore un plan. Todo lo que necesitamos es un Magnetron y algunos puntos ciegos en las cámaras. Y, por suerte, puedo proporcionar ambos.

Lucas toca a la puerta de mi dormitorio ni dos minutos después de llamarlo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Mare? —dice, más nervioso de lo normal.

Sé que su tiempo supervisando el interrogatorio de la reina a los criados no debe haber sido fácil. Al menos estará demasiado distraído para notar que estoy temblando.

—Tengo hambre. —Las palabras ensayadas vienen más fáciles de lo que deberían—. Ya sabes, no ha habido cena, así que esperaba...

—¿Parezco un cocinero? Deberías haber llamado a la cocina, es su trabajo.

—Sólo, bueno, no creo que ahora sea un buen momento para que los sirvientes deambulen por ahí. La gente todavía está bastante preocupada y no quiero que nadie salga herido, porque no haya cenado. Sólo tendrías que acompañarme, eso es todo. Y quién sabe, podrías conseguir una galletita.

Suspirando como un adolescente molesto, Lucas me ofrece un brazo. Mientras lo tomo, echo un vistazo a las cámaras del pasillo, haciendo que se apaguen. *Allá vamos.*

Me siento mal usando a Lucas, sabiendo de primera mano lo que es que jueguen con tu mente, pero es por la vida de Kilorn. Lucas sigue parloteando cuando giramos la esquina, tropezándonos con Julian.

—Lord Jacos... —empieza Lucas, agachando la cabeza.

Pero Julian lo toma de la barbilla, moviéndose más rápido de lo que jamás pensé que podía. Antes de que Lucas pueda responder, Julian mira a sus ojos y la lucha muere antes de empezar. Sus palabras melosas, suaves como la mantequilla y fuertes como el hierro, son escuchadas con atención.

—Llévanos a las celdas. Utiliza los pasillos de servicio. Mantennos lejos de las patrullas. No recuerdes esto...

Lucas, por lo general todo sonrisas y bromas, cae en un extraño estado, medio hipnotizado. Sus ojos se vuelven vidriosos y no se da cuenta cuando Julián se agacha para tomar su arma. Pero avanza de todos modos, guiándonos a través del laberinto de El Salón. En cada giro, espero la sensación de los ojos eléctricos, apagándolos todos mientras avanzamos. Julian hace lo mismo con los guardias, obligándolos a no recordar nuestro paso. Juntos hacemos un equipo invencible, y no pasa mucho tiempo antes de que nos encontremos en la parte superior de las escaleras de las mazmorras. Habrá Centinelas ahí abajo, demasiados para Julian.

—No digas una palabra —susurra Julian a Lucas, que asiente con comprensión.



Ahora es mi turno para guiarnos. Espero tener miedo, pero la tenue luz y la hora tardía me son familiares. Aquí es donde pertenezco, siendo escurridiza, mintiendo y robando.

—¿Quién es? ¡Indique su nombre y asunto! —nos grita uno de los Centinelas.

Reconozco su voz, Gliacon, la Temblor que torturó a Farley. *Tal vez pueda convencer a Julian de cantarle que se tire por un precipicio.*

Me elevo en toda mi altura, aunque es mi voz y el tono lo que más importan.

—Mi nombre es lady Mareena Titanos, prometida del príncipe Maven —concluyo, bajando las escaleras con tanta gracia como puedo. Mi voz es fría y afilada, reflejo de Elara y Evangeline. *Tengo fuerza y poder también*—. Y no comparto mis asuntos con Centinelas.

Al verme, los cuatro Centinelas intercambian miradas, cuestionando entre sí. Uno de ellos, un hombre grande y con ojos de cerdo, incluso me mira de arriba abajo de una manera grosera. Detrás de los barrotes, Kilorn y Walsh prestan atención. Farley no se mueve de su rincón, rodeándose las rodillas con los brazos. Por un segundo, creo que podría estar durmiendo, hasta que se mueve y sus ojos azules reflejan la luz.

—Necesito saberlo, mi lady —insiste Gliacon, pareciendo arrepentida. Asiente con la cabeza a Julián y Lucas, a mi lado—. También va por ustedes dos.

—Me gustaría una audiencia privada con estas... —digo con tanto desprecio en mi voz como puedo, lo que no es difícil con el Centinela ojos de cerdo de pie tan cerca— criaturas. Tenemos preguntas que deben ser respondidas y agravios que devolver. ¿No es así, Julian?

Julian se burla, hace un buen espectáculo.

—Va a ser fácil hacerlos cantar.

—Imposible, mi señora —resopla Ojos de Cerdo. Su acento es duro y áspero, de Puerto de la Bahía—. Nuestras órdenes son permanecer aquí, toda la noche. No movernos por nadie.

Una vez, un niño en Los Pilares me llamó maldita coqueta por engatusarle para quitarle un buen par de botas.

—Entiende mi posición, ¿no? Pronto seré una princesa y el favor de una princesa es algo *muy* valioso. Además, a las ratas Rojas se les debe enseñar una lección. Una dolorosa.

Ojos de Cerdo parpadea lentamente hacia mí, pensando. Julian se cierne sobre mi hombro, preparado con sus dulces palabras si lo necesito. Dos latidos pasan antes de que asienta, haciendo un gesto a los demás.

—Podemos daros cinco minutos.

Me duele el rostro por la sonrisa tan amplia, pero no me importa.

—Muchas gracias. Estoy en deuda con ustedes, todos ustedes.



Salen en fila, arrastrando sus botas. Tan pronto como llegan al rellano superior, me permito tener esperanza. *Cinco minutos es más que suficiente.*

Kilorn casi salta a los barrotes, deseoso de estar libre de su celda, y Walsh levanta a Farley. Pero no me muevo en absoluto. No tengo intención de liberarlos, no todavía.

—Mare... —susurra Kilorn. Desconcertado por mis dudas, pero le silencio con una mirada.

—La bomba. —El humo y el fuego nublan mis pensamientos, transportándome al momento en el que el salón de baile explotó—. Háblame de la bomba.

Espero que se lancen a disculparse, a mendigar mi perdón; pero en cambio, los tres ponen los ojos en blanco.

Farley se apoya en los barrotes, echando fuego por los ojos.

—No sé nada de eso —susurra, apenas audible—. Nunca autoricé una cosa así. Se suponía que iba a ser organizado, con objetivos concretos. No matamos al azar, sin una finalidad.

—¿La capital, los otros bombardeos... ?

—Sabes que esos edificios estaban vacíos. Nadie murió, no por nosotros —afirma de manera uniforme—. Te lo juro, Mare, no fuimos nosotros.

—¿De verdad crees que trataríamos de hacer estallar a nuestra mejor esperanza? —añade Kilorn.

No necesito preguntar para saber que quiere decir yo.

Finalmente, le hago un gesto a Julian sobre mi hombro.

—Abre la celda. Sin hacer ruido —murmura Julian, con las manos en el rostro de Lucas.

El Magnetrón cumple, doblando los barrotes en una O abierta lo suficientemente amplia como para pasar a través. Walsh sale primero, con los ojos abiertos de asombro. Kilorn es el siguiente, ayudando a Farley a pasar a través de los barrotes. Su brazo todavía cuelga sin poder hacer nada, el curandero se olvidó de eso.

Señalo la pared y se mueven sigilosamente, como ratones en la piedra. Walsh mira el cuerpo de Tristan, inerte en la celda, pero se queda detrás de Farley. Julian empuja a Lucas junto a ellos antes de tomar su lugar a los pies de las escaleras, enfrente de los prisioneros liberados. Me pongo al otro lado, situándome junto a Kilorn. A pesar de haber pasado la noche en los calabozos, con la compañía de un muerto, todavía huele a casa.

—Sabía que vendrías —susurra en mi oído—. Lo sabía.

Pero no hay tiempo para bromas o celebraciones. No hasta que estén en un lugar seguro.

A través del hueco de la escalera, Julian asiente hacia mí. Está listo.

—Centinela Gliacon, ¿podemos hablar un momento? —grito por las escaleras, poniendo el cebo de nuestra próxima trampa.

El arrastre de pies me dice que ha picado.



—¿Qué pasa, mi señora?

Cuando nos alcanza, sus ojos vuelan directamente a la celda abierta y jadea detrás de su máscara. Pero Julian es demasiado rápido, incluso para un Centinela.

—Fuiste a dar un paseo. Al volver lo encontraste así. No nos recuerdas. Llama a uno de los otros —murmura, su voz una canción terrible.

—Centinela Tyros, te necesito —afirma con rotundidad.

—Ahora vas a dormir.

Cae casi antes de que diga la última palabra, pero Julian la sujeta y la pone suavemente detrás de él. Kilorn suspira con sorpresa, impresionado por Julian; quien se permite sonreír con suficiencia.

El siguiente en bajar las escaleras es Tyros, confundido pero deseoso de servir. Julian lo hace de nuevo, cantando sus órdenes susurradas en pocos segundos. No esperaba que los Centinelas fuesen tan estúpido, pero tiene sentido. Están entrenados desde la infancia en el arte del combate, la lógica y la inteligencia no son sus prioridades.

Pero los dos últimos, Ojos de Cerdo y el curandero, no son tan tontos. Cuando Tyros le ordena al Centinela curandero que baje, murmuran entre sí.

—¿Ha acabado, lady Titanos? —dice Ojos de Cerdo con cautela.

Pensando rápidamente, les grito de nuevo.

—Sí, hemos acabados. Sus compañeros han regresado a sus puestos, quiero asegurarme de que también lo hacen.

—Oh, ¿lo han hecho? ¿Es eso cierto, Tyros?

Con mucha rapidez, Julian se arrodilla sobre un Tyros desmayado. Le abre los ojos, sosteniéndole los párpados.

—Di que has regresado a tu puesto. Que la dama ha terminado.

—He vuelto a mi puesto —dice de forma monótona. Afortunadamente las largas paredes de piedra de las escaleras distorsionan su voz—. Lady Titanos ha terminado.

Ojos de Cerdo gruñe para sí mismo.

—Muy bien.

Sus botas resuenan por las escaleras, están bajando juntos. *Dos. Julian no puede manejarlos sólo.* Siento a Kilorn tensarse a mi espalda, apretando el puño, preparándose para cualquier cosa. Con una mano lo empujo contra la pared, mientras que la otra palidece con chispas.

Los pasos se detienen, un poco más allá de la abertura. No puedo verlos y tampoco Julian, pero Ojos de Cerdo respira como un perro. También está el curandero, que permanece fuera de nuestro alcance. En completo silencio, es difícil no oír retumbar de un arma.

Los ojos de Julian se ensanchan pero se mantiene firme, agarrando su arma robada. Ni siquiera quiero respirar, sabiendo que estamos en peligro. Las paredes parecen encogerse, acorralándonos en un ataúd de piedra del que no hay escapatoria.



Me siento muy tranquila cuando salgo a las escaleras, con mi mano temblorosa en la espalda. Espero sentir las balas en cualquier momento, pero el dolor nunca llega. No me van a disparar, no hasta que les dé una buena razón.

—¿Hay algún problema, Centinelas?—digo con desdén, arqueando una ceja como he visto hacer cien veces a Evangeline. Poco a poco, doy un paso hacia arriba, dejando a los dos a la vista. Uno al lado del otro, con los dedos en los gatillos—. Preferiría que no me apunten.

Ojos de Cerdo me mira directamente, pero no hace nada para desconcertarme. *Eres una dama. Actúa como tal. Actúa por tu vida.*

—¿Dónde está tu amigo?

—Oh, ahora viene. Una de los presos es una bocazas. Necesitaba un poco de atención *extra*. —La mentira viene tan fácilmente. La práctica lo hace realmente perfecto.

Sonriendo, Ojos de Cerdo baja un poco su arma.

—¿La perra con cicatrices? Debería enseñarle el dorso de mi mano. —Ríe entre dientes. Me río con él y sueño con lo que un rayo podría hacerle a sus ojos pálidos.

Al acercarme más, el curandero pone una mano en la barandilla, bloqueándome el paso. Hago lo mismo. Se siente fría y sólida en la mano. *¡Con cuidado!* me digo, poniendo sólo la energía necesaria en mi rayo. No lo suficiente para cortar, ni para dejar cicatriz; pero sí bastante para encargarme de los dos. Es como enhebrar una aguja y, por una vez, soy la experta en costura.

Por encima de mí, el curandero no se ríe con su amigo. Sus ojos son de color plata brillante y, con la máscara y el manto de fuego, parece el demonio de una pesadilla.

—¿Qué tienes en la espalda? —susurra a través de la máscara.

Me encojo de hombros, subiendo un escalón.

—Nada, Centinela Skonos.

Las siguientes palabras son furiosas.

—Mientes.

Reaccionamos en el mismo momento, empezando la acción. La bala me golpea en el estómago, pero mi rayo quema la barandilla de metal, atravesándole la piel y llegando al cerebro del curandero. Ojos de Cerdo grita, disparando su arma. La bala se incrusta en la pared, pasando a centímetros de mí. Pero yo no fallo, embistiendo con una bola de rayos desde mi espalda. Acaban cayendo, ambos inconscientes, sus músculos retorciéndose por las descargas.

Entonces me desplomo.

Me pregunto brevemente si el suelo de piedra romperá mi cráneo. Supongo que es mejor que desangrarse. Sin embargo, unos brazos fuertes me atrapan.



—Mare, estarás bien —susurra Kilorn. Su mano cubre mi vientre, tratando de detener el sangrado. Sus ojos son de color verde como la hierba. Destacan en un mundo que se dirige a la oscuridad—. No es tan malo.

—Poneos esto —ordena Julian a los demás. Farley y Walsh pasan a mi lado para ponerse las capas y máscaras de color rojo fuego—. ¡Tú también!

Apartó de un tirón a Kilorn, casi lanzándolo a través del cuarto con la prisa.

—Julian... —me ahogo, tratando de agarrarlo. *Debo darle las gracias.*

Pero está fuera de mi alcance, de rodillas sobre el curandero. Desgarra los párpados del Centinela y canta, ordenándole que despierte. Lo siguiente que sé es que el curandero me mira, con sus manos en mi herida. Sólo tarda un segundo en que todo vuelva a la normalidad. En la esquina, Kilorn suspira de alivio y se cubre la cabeza con una capa.

—A ella también. —Señalo a Farley.

Julian asiente y dirige el curandero hacia ella. Con un chasquido audible, su hombro se coloque en su lugar.

—Muchísimas gracias —dice ella, poniéndose la máscara.

Walsh está por encima de todos nosotros, su máscara olvidada en su mano. Se queda mirando a los Centinelas caídos, boquiabierta.

—¿Están muertos? —pregunta ella, susurrando como una niña asustada.

Julian levanta la vista de Ojos de Cerdo, terminando de cantarle.

—A duras penas. Estarán despiertos en pocas horas y, si tenéis suerte, nadie sabrá que os habéis ido hasta entonces.

—Puedo soportar unas cuantas horas. —Farley huele a Walsh, devolviéndola a la realidad—. Aclárate la cabeza, chica, tenemos que correr un montón esta noche.

No nos lleva mucho esfumarnos por los últimos pasillos. Aun así, mi miedo crece con cada latido de corazón que pasa, hasta que nos encontramos en medio del garaje de Cal. Un asombroso Lucas abre un agujero en la puerta de metal, como si estuviera rasgando papel, revelando la noche al otro lado.

Walsh me abraza, tomándome por sorpresa.

—No sé cómo —murmura—, pero espero que algún día te conviertas en reina. ¿Imaginas qué podrías hacer entonces? La reina Roja...

Tengo que sonreír ante esa idea imposible.

—Vete, antes de que me contagies tu locura.

A Farley no le gustan los abrazos, pero me da una palmadita en el hombro.

—Nos veremos otra vez, y pronto.

—No como hoy, espero.

En su rostro aparece una extraña y dentada sonrisa. A pesar de la cicatriz, me doy cuenta de que es muy guapa.



—No como hoy —repite, antes de deslizarse hacia la noche con Walsh.

—Sé que no puedo pedirte que vengas conmigo —susurra Kilorn, moviéndose para seguirlos. Se queda mirando sus manos, examinando las cicatrices que conozco mejor que mi propia mente. *Mírame a mí, idiota.*

Suspirando, me obligo a empujarlo hacia la libertad.

—La causa me necesita aquí. Tú también me necesitas aquí.

—Lo que necesito y lo que quiero son dos cosas muy diferentes.

Trato de reír, pero no puedo encontrar la fuerza.

—Este no es nuestro fin, Mare —murmura Kilorn, abrazándome. Se ríe de sí mismo, el ruido vibra en su pecho—. Reina Roja. Suena bien.

—Date prisa, tonto.

Nunca he sonreído tanto, pese a sentirme tan triste.

Me mira por última vez y asiente con la cabeza a Julian, antes de salir a la oscuridad. Los trozos de metal vuelven a unirse después, impidiéndome ver a mis amigos. A dónde van, no lo quiero saber.

Julian tiene que apartarme, pero no reprende mi largo adiós. Creo que está más preocupado por Lucas, quien, en su estado de aturdimiento, ha comenzado a babear.



22

*E*sa noche sueño con mi hermano Shade que viene a visitarme en la oscuridad. Huele a pólvora. Pero cuando parpadeo, desaparece y mi mente grita lo que ya sé. *Shade está muerto.*

Cuando llega la mañana, una serie de movimientos y golpes me hacen despertarme de un brinco, sentándome en la cama. Espero ver Centinelas, Cal, o un Ptolemus asesino dispuesto a destrozarme por lo que he hecho, pero son sólo las criadas bulliciosas en mi armario. Parecen más agobiadas que de costumbre y tiran de mi ropa con abandono.

—¿Qué está pasando?

En el armario, las chicas se congelan. Se inclinan, con las manos llenas de seda y lino. Mientras me acerco, me doy cuenta de que están de pie sobre un conjunto de baúles de cuero.

—¿Vamos a alguna parte?

—Ordenes, mi lady —dice una, con los ojos bajos—. Sólo sabemos lo que nos dicen.

—Por supuesto. Bueno, simplemente voy a vestirme entonces. —Alcanzo el conjunto más cercano, con la intención de hacer algo por mí misma, por una vez, pero las criadas se me adelantan.

Cinco minutos más tarde, me han pintado y preparado, vestido con pantalones de cuero extraños y una camisa de volantes. Preferiría mucho más mi traje de entrenamiento sobre todo lo demás, pero no es aparentemente "adecuado" para llevarlo fuera de las sesiones.

—¿Lucas? —le pregunto al pasillo vacío, medio esperando que salga de una alcoba.

Pero Lucas no se encuentra en ninguna parte, y me dirijo a Protocolo, esperando que se cruce en mi camino. Cuando no lo hace, me recorre una sensación de temor. Julian le hizo olvidar la noche anterior, pero tal vez algo se ha deslizado a través de las grietas. Tal vez está siendo interrogado, castigado, por la noche que no puede recordar y lo que le obligamos a hacer.

Pero no estoy sola por mucho tiempo. Maven aparece en mi camino, con los labios curvados en una sonrisa divertida.

—Te has despertado temprano. —Luego se inclina, hablando en un susurro—. Sobre todo para haber tenido una larga noche.



—No sé lo que quieres decir. —Trato con un tono inocente.

—Los prisioneros no están. Los tres, han desaparecido en el aire.

Pongo una mano en mi corazón, haciéndome parecer asombrada ante las cámaras.

—¡Por mis colores! ¿Unos Rojos, han escapado de nosotros? Eso parece imposible.

—Lo es de hecho. —A pesar de que la sonrisa permanece, sus ojos se oscurecen ligeramente—. Por supuesto, existen preguntas. Los cortes de energía, el sistema de seguridad defectuoso, por no hablar de una tropa de Centinelas con espacios en blanco en sus recuerdos. —Se me queda mirando fijamente.

Le devuelvo su aguda mirada, dejándole ver mi malestar.

—Tu madre... les ha interrogado.

—Lo ha hecho.

—Y estará hablando con... —escojo mis palabras cuidadosamente—. ¿Cualquier otra persona relacionada con la fuga? ¿Oficiales, guardias?

Maven niega.

—El que hizo esto lo hizo bien. La he ayudado con el interrogatorio y la *he dirigido* a cualquiera que sea sospechoso. —*Dirigido. Dirigido lejos de mí.* Doy un pequeño suspiro de alivio y le aprieto el brazo, dándole las gracias por su protección—. Además, es posible que nunca encontremos quién lo ha hecho. La gente ha estado huyendo desde anoche. Piensan que el Salón ya no es seguro.

—Después de anoche, probablemente tienen razón. —Deslizo mi brazo en el suyo, acercándolo—. ¿Qué ha sabido tu madre de la bomba?

Su voz baja a un susurro.

—No hubo ninguna bomba —¿Qué?—. Fue una explosión, pero también fue un accidente. Una bala perforó una tubería de gas en el suelo, y cuando el fuego de Cal le dio... —Se calla, dejando que sus manos hablen por él—. Fue idea de madre el utilizar eso para nuestra, ah, ventaja.

No matamos sin un propósito.

—Está convirtiendo a la Guardia en monstruos.

Él asiente con gravedad.

—Nadie va a querer estar de su parte. Ni siquiera los Rojos.

Mi sangre parece hervir. *Más mentiras.* Ella nos está abatiendo sin disparar un solo tiro o desenvainar una espada. Las palabras son todo lo que necesita. Y ahora voy a ser enviada más profundo en su mundo, a Archeon.

No veras de nuevo a tu familia. Gisa crecerá, hasta que no la reconozcas más. Bree y Tramy se casaran, tendrán hijos, y te olvidaran. Papá va a morir lentamente, asfixiado por sus heridas, y cuando se haya ido, mamá se te escapará de las manos también.



Maven me permite pensar, sus ojos pensativos mientras observa las emociones en mi rostro. Él siempre me deja pensar. A veces su silencio es mejor que las palabras de otro.

—¿Cuánto tiempo nos queda aquí?

—Nos vamos esta tarde. La mayor parte de la corte se va antes de eso, pero tenemos que tomar el barco. Mantener alguna tradición en toda esta locura.

Cuando era niña, solía sentarme en el porche y ver los barcos bonitos pasar, dirigiéndose río abajo hacia la capital. Shade se reía de mí por querer echar un vistazo al rey. No me di cuenta entonces que era sólo parte del espectáculo, otra demostración igual que los combates en la arena, para mostrar exactamente lo bajo que estábamos en el gran esquema del mundo. Ahora voy a ser parte de ello de nuevo, esta vez de pie al otro lado.

—Al menos podrás ver tu casa otra vez, aunque sólo sea por un rato —añade, tratando de ser amable. *Sí, Maven, eso es justo lo que quiero. Quedarme quieta y ver pasar mi casa y mi antigua vida.*

Pero ese es el precio que debo pagar. Liberar a Kilorn y los otros, significa perder mis últimos días en el valle, y es un sacrificio que estoy dispuesta a hacer.

Nos interrumpe un fuerte golpe en un pasadizo cercano, que conduce a la habitación de Cal. Maven reacciona primero, moviéndose hacia el borde del pasillo antes de que yo pueda, como si estuviera tratando de protegerme de algo.

—¿Pesadillas, hermano? —dice en voz alta, preocupado por lo que ve.

En respuesta, Cal sale al pasillo, con los puños apretados, como si estuviera tratando de mantener a raya sus propias manos. Se ha ido el uniforme manchado de sangre, sustituido por lo que parece ser la armadura de Ptolemus, aunque la de Cal tiene un tinte rojizo.

Quiero darle una bofetada, arañarlo y gritar por lo que le hizo a Farley y Tristán e Kilorn y Walsh. Las chispas bailan dentro de mí, pidiendo ser desatadas. Pero después de todo, ¿qué esperaba? Sé lo que es y lo que cree: los Rojos no valen la pena ser salvados. Así que hablo tan civilizadamente como puedo.

—¿Vas a irte con tu legión? —Sé que no lo hará, a juzgar por la ira lívida en sus ojos. Una vez, temí que fuera, y ahora me gustaría que lo hiciera. *No puedo creer que me importara salvarlo. No puedo creer que ese pensamiento pasara por mi cabeza alguna vez.*

Cal lanza un suspiro.

—La Legión Sombra no va a ninguna parte. Padre no lo permitirá. Ahora no. Es demasiado peligroso, y yo soy demasiado valioso.

—Sabes que tiene él razón. —Maven pone una mano en el hombro de su hermano, tratando de calmarlo. Recuerdo haber visto a Cal hacerle lo mismo a Maven, pero ahora la corona está en una cabeza diferente—. Tú eres el heredero. No puede permitirse el lujo de perderte a ti también.



—Soy un soldado —escupe Cal, encogiéndose de hombros lejos del toque de su hermano—. No puedo simplemente sentarme y dejar que otros luchen por mí. No voy a hacerlo.

Suena como un niño lloriqueando por un juguete, debe disfrutar matando. Me pone enferma. No hablo, dejando que el diplomático Maven hable por mí. Él siempre sabe qué decir.

—Encuentra otra causa. Construye otra motocicleta, duplicar tu entrenamiento, prepara a tus hombres, *prepararte* para cuando pase el peligro. Cal, puedes hacer mil cosas, ¡y ninguna de ellas terminan contigo muriendo en algún tipo de emboscada! —dice, mirando a su hermano. Luego sonrío, tratando de aligerar el ambiente—. Nunca cambias, Cal. Simplemente no puedes quedarte quieto.

Tras un momento de silencio duro, Cal sonrío débilmente.

—Nunca. —Sus ojos se mueven hacia mí, pero no me quedará atrapada en su mirada de bronce, otra vez no.

Giro la cabeza, fingiendo examinar un cuadro en la pared.

—Bonita armadura —e burlo—. Quedará bien con tu colección.

Parece dolido, incluso confuso, pero rápidamente se recupera. Su sonrisa ha desaparecido, reemplazada por los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada. Golpea a su armadura; suena como garras en piedra.

—Este fue un regalo de Ptolemus. Parezco compartir una causa común con el hermano de mi prometida. —*Mi prometida*. Como si eso se supone que debe darme celos o algo así.

Maven mira la armadura con cautela.

—¿Qué quieres decir?

—Ptolemus dirige a los oficiales en la capital. Junto conmigo y mi legión, podríamos ser capaces de hacer algo útil, incluso dentro de la ciudad.

Un temor frío se asienta en mi corazón de nuevo, espantando cualquier esperanza y felicidad que el éxito de anoche me haya traído.

—¿Y qué es eso exactamente? —me oigo susurrar.

—Soy un buen cazador. Él es un buen asesino. —Cal da un paso hacia atrás, alejándose de nosotros.

Puedo sentirlo alejándose y no sólo por el pasillo, sino por un camino oscuro y retorcido. Me hace temer por el chico que me enseñó a bailar. *No, no por él. De él*. Y eso es peor que el resto de mis terrores y pesadillas.

—Entre los dos, vamos a arrancar de raíz la Guardia Escarlata. Vamos a terminar esta rebelión de una vez por todas.



No hay horario para hoy, como todo el mundo está demasiado ocupado yéndose para enseñar o entrenar. Huyendo podría ser una palabra mejor, porque eso es sin duda lo que parece, desde mi punto de vista en el salón de la entrada. Solía pensar que los Plateados eran dioses intocables que nunca se sentían amenazados, o asustados. Ahora sé que es todo lo contrario. Han pasado tanto tiempo en la parte superior, protegidos y aislado, que se han olvidado de que pueden caer. Su fuerza se ha convertido en su debilidad.

Una vez, tuve miedo de estas paredes, asustada por tal belleza. Pero veo las grietas ahora. Es como el día del atentado, cuando me di cuenta de que los Plateados no eran invencibles. Entonces fue una explosión, ahora algunas balas han destrozado el cristal de diamante, dejando al descubierto el miedo y la paranoia que hay debajo. Los Plateados huyendo de los Rojos, los leones huyendo de los ratones. El rey y la reina se oponen entre sí, la corte tiene sus propias alianzas, y Cal, el príncipe perfecto, el buen soldado, es un tortuoso y terrible enemigo. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera.*

Cal y Maven se despiden de todos, cumpliendo con su deber a pesar del caos organizado. Las aeronaves no esperan muy lejos, el zumbido de sus motores audible incluso desde el interior. Quiero ver las grandes máquinas de cerca, pero moverme significaría pasar a través de la multitud, y no puedo soportar las miradas de los afligidos. En total, doce murieron anoche, pero me niego a aprenderme sus nombres. No puedo hacer que pese sobre mí, no cuando necesito mi ingenio más que nunca.

Cuando no puedo mirar más tiempo, mis pies me lleven donde quieren, vagando a través de los ahora familiares pasadizos. Los aposentos se cierran al pasar, confinados para la temporada, hasta que la corte regrese. *Yo no regresaré*, lo sé. Los sirvientes tiran sábanas blancas sobre los muebles, pinturas y estatuas, hasta que todo el lugar parece perseguido por fantasmas.

No pasa mucho tiempo antes de que me encuentre de pie en la puerta de la antigua aula de Julián, y la vista me choca. Las pilas de libros, la mesa de trabajo, incluso los mapas se han ido. La habitación parece más grande, pero se siente más pequeña. Una vez albergó mundos enteros, pero ahora sólo tiene polvo y papel arrugado. Mis ojos se deleitan en la pared donde solía estar el enorme mapa. Una vez no podía entenderlo; ahora lo recuerdo como un viejo amigo.

Norta, los Lakelands, Piedmont, Prairie, Tiraxes, Montfort, Ciron, y todas las tierras en disputa en el medio. Otros países, otros pueblos, todos rotos a lo largo de las líneas de sangre igual que nosotros. *¿Si cambiamos, lo harán ellos? ¿O nos destruirán también?*

—Espero que te acuerdes de tus lecciones. —La voz de Julian me hace salir de mis pensamientos, de vuelta a la habitación vacía. Se coloca de pie detrás de mí, siguiendo mi mirada a la pared donde estaba el mapa—. Siento no haberte podido enseñar más.

—Vamos a tener un montón de tiempo para las lecciones en Archeon.

Su sonrisa es agri dulce y casi dolorosa de ver. Con un sobresalto me doy cuenta de que puedo sentir cámaras mirándonos por primera vez.

—¿Julian?



—Los archiveros en Delphie me han ofrecido un puesto de restauración de algunos textos antiguos. —La mentira es tan clara como la nariz en su rostro—. Parece que han estado cavando alrededor del Wash y han encontrado algunos bunkers de almacenamiento. Pilas de ellos, al parecer.

—Te va a gustar mucho. —Mi voz se queda atrapada en mi garganta. *Sabías que tendría que irse. Tú lo obligaste a esto anoche, cuando pusiste en peligro su vida por la de Kilorn*—. ¿Vas a visitarme, cuando puedas?

—Sí, por supuesto. —Otra mentira. Elara se dará cuenta de su papel lo suficientemente pronto, y entonces él huirá. Tiene sentido conseguir una ventaja—. Te he conseguido algo.

Prefiero tener a Julian que cualquier regalo, pero trato de parecer agradecida de todos modos.

—¿Es un buen consejo?

Sacude la cabeza, sonriendo.

—Ya verás cuando llegues a la capital. —Luego extiende sus brazos, haciéndome un gesto—. Me tengo que ir, así que despídeme correctamente.

Abrazarlo es como abrazar a mi padre o a los hermanos que nunca veré de nuevo. No quiero dejarlo ir, pero el peligro es demasiado grande para que se quede y los dos lo sabemos.

—Gracias, Mare —susurra en mi oído—. Me recuerdas mucho a ella. —No tengo que preguntar para saber que está hablando de Coriane, de la hermana que perdió hace mucho tiempo—. Te echaré de menos, pequeña chica rayo.

En este momento, el apodo no suena tan mal.

No tengo fuerzas para maravillarme con el barco, impulsado a través del agua por los motores eléctricos. Las banderas de color negro, plata y rojo revolotean en cada poste, marcando este como barco del rey. Cuando era una niña, solía preguntarme por qué el rey reclamaba nuestro color. Estaba tan por debajo de él. Ahora me doy cuenta de que las banderas son rojas como el fuego, como la destrucción y las personas que él controla.

—Los Centinelas de la noche anterior han sido *reasignados* —murmura Maven mientras caminamos por una cubierta.

Reasignado es sólo una palabra elegante para castigado. Recordando a Ojos de Cerdo y la forma en que me miró, no me arrepiento en absoluto.

—¿A dónde han ido?

—Al frente, por supuesto. Van a ser asignados a algún grupo, para dirigir a heridos, incapaces, o soldados de mal humor. Esos son generalmente los primeros en ser enviados a las trincheras.

Por las sombras detrás de los ojos, puedo decir que Maven lo sabe de primera mano.

—Los primeros en morir.



Asiente solemnemente.

—¿Y Lucas? No lo he visto desde ayer...

—Está bien. Está viajando con la Casa Samos, reagrupándose con la familia. Los disparos han hecho que todo el mundo huya, incluso las Casas Altas.

El alivio recorre mi cuerpo, así como tristeza. Extraño a Lucas ya, pero es bueno saber que está a salvo y lejos del alcance de Elara.

Maven se muerde el labio, con la mirada apagada.

—Pero no por mucho tiempo. Las respuestas están llegando.

—¿Qué quieres decir?

—Han encontrado sangre abajo en las celdas. Sangre de un Rojo.

Mi herida de bala se ha ido, pero el recuerdo del dolor no se ha desvanecido.

—¿Y?

—Así que sea el que sea el amigo tuyo que tuvo la desgracia de ser herido, ya no será un secreto por mucho más tiempo, si la base de datos de sangre hace su trabajo.

—¿Base de datos sangre?

—La base de datos de sangre. Cualquier Rojo nacido a menos de cien kilómetros de la civilización se le toma muestras al nacer. Comenzó como un proyecto para entender exactamente cuál es la diferencia entre nosotros, pero terminó siendo sólo otra manera de poner un collar a tu pueblo. En las grandes ciudades, los Rojos no usan tarjetas de identificación, pero sí etiquetas de sangre. Son muestreados en cada puerta, cuando entran y salen. Rastreados como animales.

Rápidamente, pienso en los viejos documentos que el rey me lanzó ese día en el salón del trono. Estaban mi nombre, mi fotografía, y una mancha de sangre.

Mi sangre. Tienen mi sangre.

—¿Y ellos... pueden averiguar de quién es la sangre, así de fácil?

—Se necesita algún tiempo, una semana más o menos, pero sí, así es como se supone que debe funcionar. —Sus ojos caen a mis manos temblorosas, y las cubre con las suyas, dejando que el calor se filtre en mi piel de repente fría—. ¿Mare?

—Él me disparó —le susurro—. El Centinela me disparó. Es mi sangre la que han encontrado.

Y luego sus manos están tan frías como las mías.

A pesar de sus ideas inteligentes, Maven no tiene nada que decir a esto. Sólo mira, su respiración sale en pequeños jadeos, asustado. Conozco la expresión de su rostro; la llevo cada vez que me veo obligada a decir adiós a alguien.

—Es una lástima que no nos quedemos más tiempo —murmuro, mirando hacia el río—. Me hubiera gustado morir cerca de casa.

Otra brisa envía una cortina de mi cabello a mi rostro, pero Maven lo cepilla para apartarlo y me tira cerca de él con una ferocidad sorprendente.



Oh.

Su beso no es en absoluto como el de su hermano. Maven es más desesperado, sorprendiéndose a sí mismo tanto como a mí. Sabe que me estoy hundiendo rápido, una piedra cayendo a través del río. *Y se quiere ahogar conmigo.*

—Voy a arreglar esto —murmura contra mis labios. Nunca he visto unos ojos tan brillantes y nítidos—. No voy a dejar que te hagan daño. Te doy mi palabra.

Una parte de mí quiere creerle.

—Maven, no puedes arreglarlo todo.

—Tienes razón, *yo* no puedo —responde, con un borde en su voz—. Pero puedo convencer a alguien con más poder que yo.

—¿Quién?

Cuando la temperatura se eleva a nuestro alrededor, Maven se echa hacia atrás, con la mandíbula tensa y apretada. La forma en que parpadean sus ojos, medio espero que ataque a quien nos ha interrumpido. No me doy la vuelta, sobre todo porque no puedo sentir mis extremidades. Me he entumecido, aunque mis labios aún hormiguean con el recuerdo. Lo que esto significa, no lo sé. Lo que siento, no puedo comenzar a entenderlo.

—La reina solicita su presencia en la cubierta de observación. —La voz de Cal se asienta como la piedra. Suena casi enfadado, pero sus ojos de bronce parecen tristes, hasta derrotados—. Estamos pasando Los Pilares, Mare.

Sí, la costa ya me es familiar. Sé que el árbol destrozado, ese tramo de banco, y el eco de las sierras y la caída de árboles es inconfundible. *Esto es hogar.* Con gran dolor, me obligo a alejarme para hacer frente a Cal, que parece estar teniendo una conversación silenciosa con su hermano.

—Gracias, Cal. —murmuro, todavía tratando de procesar el beso de Maven y, por supuesto, mi propia muerte inminente.

Cal se aleja, con su normalmente recta espalda inclinada. Cada pisada envía una punzada de culpa a través de mí, haciéndome recordar nuestro baile y nuestro propio beso. *Le he hecho daño a todo el mundo, sobre todo a mí misma.*

Maven se queda mirando a su hermano mientras este se va.

—No le gusta perder. Y... —Baja la voz, ahora tan cerca de mí que puedo ver las diminutas motas de plata en sus ojos—. Yo tampoco voy a perder, Mare. *No lo haré.*

—Nunca me vas a perder.

Otra mentira, y ambos lo sabemos.

La cubierta de observación domina la parte delantera del barco, cerrado por un cristal que se extiende de lado a lado. Unas figuras marrones toman forma en la orilla del río, y la antigua colina con la arena aparece de entre los árboles. Estamos demasiado lejos de la orilla para ver a nadie correctamente, pero reconozco mi casa en un instante. La vieja bandera todavía revolotea en el porche, todavía bordada con tres estrellas rojas. Una tiene una franja negra a través de ella, en honor a Shade. *Shade fue*



ejecutado. Se supone que debes extraer una estrella después de eso. Pero no lo han hecho. Se han aferrado a él en su propia pequeña rebelión.

Quiero señalarle mi casa a Maven, para hablarle de la aldea. He visto su vida, y ahora quiero mostrarle la mía. Pero la terraza mirador está en silencio, todos nosotros mirando a la aldea a medida que nos acercamos más y más. *Los habitantes de la aldea no se preocupan por ti, quiero gritar. Sólo los tontos se detendrán para mirar. Sólo los tontos desperdiciarían un momento en ti.*

Mientras el barco continúa, me pongo a pensar que todo el pueblo podría estar hecho de tontos. Todos los dos mil de ellos parecen haberse reunido en la orilla. Algunos están de pie con el agua del río hasta los tobillos. Desde esta distancia, todos tienen el mismo aspecto. Cabello desvanecido y ropa usada, con manchas de piel, cansados, hambrientos, todas las cosas que yo solía ser.

Y enfadados. Incluso desde el barco, puedo sentir su ira. Ellos no animan o gritan nuestros nombres. Nadie saluda. Nadie siquiera sonríe.

—¿Qué es esto? —susurro, esperando que nadie responda.

Pero la reina lo hace, con gran deleite.

—¿Qué desperdicio, desfilan por el río cuando nadie va a mirar. Parece que hemos arreglado eso.

Algo me dice que esto es otro evento obligatorio, como las peleas, igual que las emisiones. Los oficiales han arrancado a ancianos enfermos de sus camas y trabajadores agotados del el suelo, obligándolos a vernos.

Un látigo suena en algún lugar en la orilla, seguido de cerca por el grito de una mujer.

—¡Permanece en línea! —Se hace eco en la multitud. Sus ojos nunca fallan, mirando al frente, tan quieto que ni siquiera puedo ver dónde ha sido la interrupción. *¿Qué les ha pasado para que sean tan indulgentes? ¿Que se ha hecho ya?*

Las lágrimas pican en mis ojos a medida que miro. Hay más grietas y algunos bebés lloran, pero nadie en la orilla protesta. De repente estoy en el borde de la cubierta, con ganas de romper el cristal con cada centímetro de mí misma.

—¿Vas a algún lado, Mareena? —ronronea Elara desde su lugar al lado del rey. Ella bebe plácidamente de una copa, examinándose sobre el borde de ella.

—¿Por qué haces esto?

Con los brazos cruzados sobre su magnífico vestido, Evangeline me mira con una sonrisa burlona.

—¿Por qué te importa? —Pero sus palabras caen en oídos sordos.

—Ellos saben lo que pasó en el Salón, incluso podrían estar de acuerdo con ello, por lo que necesitan ver que no estamos derrotados —murmura Cal, sus ojos en la orilla del río. Ni siquiera puede mirarme, el cobarde—. Ni siquiera estamos sangrando.

Otro látigo suena y me estremezco, casi sintiendo el látigo en mi piel.

—¿También has ordenado que sean golpeados?



No responde a mi desafío, con la mandíbula cerrada firmemente. Pero cuando otro aldeano grita, en protesta contra los agentes, deja que sus ojos se cierren.

—Hazte a un lado, lady Titanos. —La voz del rey retumba como un trueno lejano, una orden si alguna vez hubo una. Casi puedo sentir su sonrisa de suficiencia cuando retrocedo, de regreso a Maven—. Este es una aldea Roja, tú lo sabes mejor que todos nosotros. Albergan a estos terroristas, los alimentan, los protegen, *se convierten en ellos*. Son niños que han hecho mal. Y tienen que aprender.

Abro la boca para discutir, pero la reina descubre sus dientes.

—¿Tal vez tú sabes de unos pocos de los cuales se debe hacer un ejemplo? —dice con calma, haciendo un gesto hacia la costa.

Las palabras mueren en mi garganta, ahuyentadas por su amenaza.

—No, Su Majestad, no sé.

—Entonces da un paso atrás y quédate en silencio. —Y sonrío—. Porque vendrá el tiempo de hablar.

Esto es para lo que me necesitan. Un momento como este, cuando las escalas podrían inclinarse a su favor. Pero no puedo protestar. Sólo puedo hacer lo que mandan y ver como mi hogar se desvanece fuera de la vista. Para siempre.



Cuanto más nos acercamos a la capital, más grandes se vuelven las aldeas. Pronto el paisaje se desvanece de madera de construcción y comunidades agrícolas a ciudades adecuadas. Ellos se centran alrededor de unos molinos enormes, con casas y dormitorios de ladrillo para alojar a los obreros Rojos. Igual que los demás pueblos, sus habitantes están en las calles para vernos pasar. Funcionarios ladran, los látigos pegan, y nunca me acostumbro a ello. Me estremezco cada vez.

A continuación, los pueblos son reemplazados por extensas fincas y mansiones, palacios como el Salón. Hechos de piedra, cristal y mármol arremolinado, cada uno parece más magnífico que el anterior. Su césped cae hacia el río, adornado con jardines de Verdinos y hermosas fuentes. Las casas mismas parecen obra de dioses, cada una un tipo diferente de belleza. Pero las ventanas están oscuras, las puertas cerradas. Donde los pueblos y ciudades estaban llenos de gente, estos parecen desprovistos de vida. Sólo las banderas ondeando en alto, una sobre cada estructura, me hacen saber que alguien vive allí. Azul de la Casa Osanos, plata para Samos, marrón para Rhambos, y así sucesivamente. Ahora sé los colores de memoria, poniendo caras a cada casa en silencio. *Incluso he matado a los propietarios de unas pocas.*

—Río Row —explica Maven—. Las residencias de campo, si un señor o señora desea escapar de la ciudad.

Mi mirada se detiene en la casa de los Iral, una maravilla con columnas de mármol negro. Unas panteras de piedra custodian el porche, gruñendo hacia el cielo. Incluso las estatuas me dan escalofríos, haciéndome recordar a Ara Iral y sus preguntas apremiantes.



—No hay nadie aquí.

—Las casas están vacías la mayor parte del año, y nadie se atrevería a dejar la ciudad ahora, no con este asunto de la Guardia. —Me ofrece una pequeña y amarga sonrisa—. Prefieren esconderse detrás de sus muros de diamante y dejar que mi hermano haga su lucha por ellos.

—Si tan sólo nadie tuviera que luchar en absoluto.

Sacude la cabeza en negación.

—No hace bien soñar.

Miramos en silencio como el Río Row se queda detrás de nosotros y otro bosque se alza en la orilla. Los árboles son extraños, muy altos con la corteza de color negro y hojas de color rojo oscuro. Está en un silencio sepulcral, como ningún bosque debe estar. Ni siquiera el canto de los pájaros rompe el silencio, y más adelante, el cielo se oscurece, pero no por la luz menguante de la tarde. Unas nubes negras se reúnen, se cierne sobre los árboles como una gruesa manta.

—¿Y qué es esto? —Incluso mi voz suena apagada, y estoy contenta de repente por la caja de cristal sobre la cubierta. Para mi sorpresa, los demás se han ido, dejándonos solos para ver la penumbra.

Maven mira el bosque, con el rostro estirado en disgusto.

—Árboles de barrera. Evitan que la contaminación viaje río arriba. Los Verdinós de Welle los hicieron hace años.

Unas olas marrones ondean espuma contra el barco, dejando una película de suciedad negra en el casco de acero reluciente. El mundo adquiere un tinte extraño, como si estuviera mirando a través de un cristal sucio. Las nubes bajas no son nubes en absoluto, sino el humo que brota de un millar de chimeneas, oscureciendo el cielo. Atrás han quedado los árboles y la hierba, esta es una tierra de cenizas y decadencia.

—La Ciudad Gris —murmura Maven.

Las fábricas se extienden hasta donde puedo ver, sucias, enormes y tarareando con electricidad. Me golpea como un puño, casi me hace perder el equilibrio. Mi corazón trata de mantenerse al día con el impulso sobrenatural y tengo que sentarme, sintiendo que mi sangre se acelera.

Pensaba que mi mundo estaba equivocado, que mi vida era injusta. Pero no ni siquiera podría soñar con un lugar como Ciudad Gris.

Centrales eléctricas brillan en la oscuridad, pulsando azul eléctrico y verde enfermizo en la obra de cables en el aire como una tela de araña. Unos transportes apilados en lo alto con cargas se mueven a lo largo de las carreteras elevadas, transportando mercancías de una fábrica a otra. Se gritan unos a otros en un lío ruidoso de tráfico enredado, moviéndose lento como sangre negra en vetas grises. Lo peor de todo, unas casitas rodean cada fábrica en una plaza ordenada, una encima de la otra, con calles estrechas en el medio. *Los barrios marginales.*

—Bajo un cielo tan lleno de humo, dudo que los trabajadores nunca vean la luz del día. Caminan entre las fábricas y sus casas, inundando las calles durante su cambio de

turno. No hay funcionarios, no hay látigos sonando, no hay miradas en blanco. Nadie los está haciendo vernos pasar. *El rey no tiene que mostrarse aquí, me doy cuenta. Ellos están rotos desde el nacimiento.*

—Estos son los técnicos —susurro con voz ronca, recordando el nombre que los Plateados tan alegremente lanzan—. Ellos hacen las luces, las cámaras, las pantallas de videos...

—Las armas de fuego, las balas, las bombas, los barcos, los transportes —añade Maven—. Mantienen la electricidad en funcionamiento. Mantienen nuestra agua limpia. Lo hacen todo por nosotros.

Y no reciben nada más que humo a cambio.

—¿Por qué no se van?

Se encoge de hombros.

—Esta es la única vida que conocen. La mayoría de los expertos en tecnología nunca salen de su propio callejón. Ni siquiera pueden ser reclutados.

Ni siquiera pueden ser reclutados. Sus vidas son tan terribles que la guerra es una mejor alternativa, y ni siquiera se les permite ir.

Como todo lo demás en el río, las fábricas se desvanecen, pero la imagen se queda conmigo. *No debo olvidar esto, algo me dice. No debo olvidarlos.*

Las estrellas nos esperan más allá de otro bosque de árboles de barrera, y debajo de ellas: Archeon. Al principio no veo la capital en absoluto, confundiendo sus luces con ardientes estrellas. Mientras navegamos más y más cerca, mi mandíbula cae.

Un puente de tres capas se encuentra sobre el ancho río, que une las dos ciudades a ambos lados. Es de cientos de metros de largo y floreciente, vivo con la luz y electricidad. Hay tiendas y plazas de mercado, todas integradas en el propio Puente de cien metros por encima del río. Sólo puedo imaginar los Plateados allí, bebiendo, comiendo y mirando hacia abajo al mundo desde su lugar en lo alto. Transportes se mueven a lo largo del nivel más bajo del puente, sus faros como los cometas rojos y blancos cortando a través de la noche.

Los dos extremos del Puente tienen una verja, y los sectores de la ciudad a ambos lados están amurallados. En la orilla este, unas grandes torres metálicas se elevan de la tierra como espadas perforando el cielo, todas coronados con brillantes pájaros gigantes de rapiña. Más medios de transporte y más personas pueblan las calles pavimentadas que trepan por las orillas de los ríos montañosos, que conectan los edificios hasta el puente y las puertas exteriores.

Las paredes son de cristal de diamante, como en el Salón, pero colocadas con torres metálicas iluminadas y otras estructuras. Hay patrullas en las paredes, pero sus uniformes no son del rojo encendido de Centinelas o del marcado negro de Seguridad. Llevan uniformes de plata opaco y blanco, casi completamente integrados en el paisaje urbano. *Son soldados, y no del tipo que bailan con las damas. Esta es una fortaleza.*

Archeon fue construido para soportar la guerra y no la paz.



En la orilla occidental, reconozco la Corte Real y el Salón de Tesorería de las imágenes del bombardeo. Ambos están hechos de mármol blanco, brillante y totalmente reparado, a pesar de que fueron atacados apenas hace más de un mes. *Se siente como si hubiera sido hace toda una vida.* Ellos flanquean el Palacio Whitefire, un edificio que incluso yo reconozco a primera vista. Mi viejo maestro solía decir que fue tallado en la ladera en sí, un pedazo vivo de la piedra blanca. Llamas hechas de oro y perla que destella en lo alto de las paredes circundantes.

Trato de absorberlo, mis ojos se lanzan entre ambos extremos del Puente, pero mi mente simplemente no puede entender este lugar. En lo alto, las aeronaves se mueven lentamente a través del cielo nocturno, mientras los aviones vuelan aún más alto, tan rápido como las estrellas fugaces. Pensaba que el Salón del Sol era una maravilla; al parecer no sabía el significado de la palabra.

Pero no puedo encontrar nada hermoso aquí, no cuando las ahumadas fábricas oscuras están a sólo unos pocos kilómetros. El contraste entre la ciudad de plata y la los barrios marginales Rojos pone mis dientes al filo. Este es el mundo que estoy tratando de hacer caer, el mundo que está intentando matarme a mí y a todo lo que me importa. Ahora realmente veo contra lo que estoy luchando y lo difícil, lo imposible, que será ganar. Nunca me he sentido más pequeña que ahora, con el gran puente que se cierne por encima de nosotros. Parece a punto tragarme entera.

Pero tengo que intentarlo. Aunque sólo sea por la Ciudad Gris, por los que nunca han visto el sol.



23

*P*ara cuando el barco atraca en la orilla occidental y nosotros regresamos a tierra, ha caído la noche. En casa, esto significaba que se apagaba la energía y se iba a dormir, pero no en Archeon. En todo caso, la ciudad parece iluminarse mientras que el resto del mundo se oscurece. Los fuegos artificiales chisporrotean sobre nuestras cabezas, cayendo una ligera lluvia en el puente y en la cumbre de Whitefire, una bandera roja y negra se levanta. *El rey está de regreso en el trono.*

Afortunadamente no hay más desfiles por los que sufrir; somos recibidos por transportes blindados para llevarnos por encima de los muelles. Para deleite mío, Maven y yo tenemos un transporte privado, acompañados por solo dos Centinelas. Él señala los puntos de referencia cuando pasamos, explicando lo que aparece en cada esquina de la calle y las estatuas. Incluso menciona su pastelería favorita, aunque se encuentra al otro lado del río.

—El puente y el este de Archeon son para los civiles, los Plateados comunes, aunque muchos son más ricos que algunos nobles.

—*¿Plateados comunes?* —Casi tengo que reírme—. *¿Existe tal cosa?*

Maven solo se encoge de hombros.

—Por supuesto. Son comerciantes, empresarios, soldados, funcionarios, tenderos, políticos, terratenientes, artistas e intelectuales. Algunos se casan con los de las Casas Altas, otros por encima de su clase, pero no tienen sangre noble y sus habilidades no son como, bueno, tan *poderosas*.

No todos somos especiales. Lucas me dijo eso una vez. No sabía qué quería decir también un Plateado.

—Mientras que, el oeste de Archeon es para la corte del rey —continúa Maven. Pasamos una calle flanqueada por casas de piedras preciosas y árboles podados en plena floración—. Todos los de las Casas Altas mantienen sus residencias aquí, para estar cerca del rey y el gobierno. De hecho, todo el país puede controlarse desde este acantilado, si surgiera la necesidad.

Eso explica la situación. El banco occidental está en una marcada pendiente, con el palacio y los otros edificios del gobierno asentados en la cresta de una colina con vistas al puente. Otra muralla rodea la colina, cercando el centro del país. Trato de no observar cuando pasamos por la puerta, revelando una cuadrada plaza embaldosada del tamaño de un estadio. Maven la llama la plaza Caesar, quien fue el primer rey de la dinastía. Julian mencionó al rey Caesar, pero fugazmente; nuestras lecciones nunca



llegaron más allá de la primera Segregación, cuando el Rojo y el Plateado se convirtieron mucho más que en colores.

El Palacio Whitefire ocupa el lado sur de la plaza, mientras que los tribunales, la tesorería y los centros administrativos ocupan el resto. Incluso hay un cuartel militar, a juzgar por las tropas en el interior del jardín amurallado. Son la Legión Sombra de Cal que ha viajado delante de nosotros a la ciudad. *Un consuelo para los nobles*, dijo Maven. Soldados dentro de las murallas, para que nos protejan si llegara otro ataque. A pesar de la hora, la plaza bulle de actividad mientras la gente se apresura hacia una estructura de aspecto austera junto a los cuarteles. Las banderas rojas y negras, engalanadas con el símbolo de armas del ejército, cuelgan de sus columnas. Solo puedo ver un pequeño escenario instalado frente al edificio, con un podio rodeado de focos brillantes y una creciente multitud.

De repente la mirada de las cámaras, más intensas de lo que estoy acostumbrada, aterrizan en nuestro transporte, siguiéndonos mientras la fila de vehículos pasa junto al escenario. Por suerte nosotros seguimos avanzando, moviéndonos a través del arco de un pequeño patio, pero entonces nos detenemos en seco.

—¿Qué pasa? —susurro, agarrándome a Maven. Hasta ahora, he mantenido mi temor bajo control, pero entre las luces, las cámaras y el público, mi muro comienza a desmoronarse.

Maven suspira pesadamente, más molesto que cualquier otra cosa.

—Mi padre debe estar pronunciando un discurso. Solo una ostentosa exhibición de poder para mantener contentas a las masas. No hay nada que le guste más a la gente que un líder prometiendo la victoria.

Maven sale, arrastrándome con él. A pesar de mi maquillaje y mi ropa, me siento de repente muy desnuda. *Esto es una difusión. Miles, millones, verán esto.*

—No te preocupes, solo tenemos que permanecer de pie y parecer serios —murmura en mi oreja.

—Creo que Cal tiene eso cubierto. —Señalo con la cabeza hacia dónde el príncipe está absorto, unido por la cadera a Evangeline.

Maven se ríe disimuladamente.

—Cree que los discursos son una pérdida de tiempo. A Cal le gusta la acción, no las palabras.

Ya somos dos, pero no quiero admitir que tengo algo en común con el hermano mayor de Maven. Tal vez una vez, pensé que sí, pero ahora no. Nunca más.

Un enérgico secretario nos llama. Su ropa es azul y gris, los colores de la Casa Macanthos. Quizá él conocía al coronel; quizá era su hermano, su primo. *No lo hagas, Mare. Éste es el último lugar para perder los nervios.* Él no escatima una mirada hacia nosotros cuando entramos al lugar, detrás de Cal y Evangeline, con el rey y la reina a la cabeza. Extrañamente, Evangeline no tiene su habitual compostura; puedo ver el temblor de sus manos. *Tiene miedo. Quería protagonismo, quería ser la novia de Cal y todavía tiene miedo de ello. ¿Cómo puede ser eso?*



Y entonces nos movemos, entrando a un edificio con demasiados Centinelas y asistentes como para contar. En su interior, la estructura está construida para la función, con mapas, oficinas y salas de consejo en lugar de pinturas o salones. La gente de uniforme gris se apresura en el vestíbulo, aunque se detienen para dejarnos pasar. La mayoría de las puertas están cerradas, pero me las arreglo para echar un vistazo dentro de unas cuantas. Los oficiales y soldados miran mapas del frente de guerra, discutiendo sobre la colocación de las legiones. Otra sala cuenta con una energía estruendosa que parece almacenar cien pantallas de video, cada una gestionada por un soldado de uniforme de batalla. Hablan en los auriculares, vociferando órdenes a personas y lugares lejanos. Las palabras difieren, pero el significado es el mismo.

—*Defiendan el frente.*

Cal se detiene ante la puerta de la sala de video, estirando el cuello para ver mejor, pero de repente esta se cierra de golpe en su cara. Se eriza pero no protesta, retrocediendo a la fila con Evangeline. Ella le murmura algo en voz baja, pero él la ignora, para mi deleite.

Pero mi sonrisa se desvanece cuando retrocedemos hacia las cegadoras luces en las escalinatas de la estructura. Una placa de bronce junto a la puerta dice *Comando de Guerra*. Este lugar es el corazón de las fuerzas armadas, cada soldado, cada ejército, cada arma se controla desde dentro. Mi estómago se revuelve con el poder, pero no puedo perder el coraje, no delante de tanta gente.

Los flashes de las cámaras ciegan mi visión. Cuando me estremezco, oigo una voz dentro de mi cabeza. El secretario presiona un papel en mi mano. Le echo un vistazo, y casi grito. Ahora sé para qué fui salvada.

Gánate tu subsistencia, la voz de Elara susurra en mi cabeza. Ella me mira desde el otro lado de Maven, esforzándose para no sonreír.

Maven sigue su miserable mirada y observa el papel en mi mano temblorosa. Lentamente, enrolla sus dedos alrededor los míos, como si pudiera verter su fuerza en mí. No quiero nada más que rasgar el papel en dos, pero él me sujeta firmemente.

—Tienes que hacerlo. —Es todo lo que dice, susurrando tan bajo que apenas puedo oírlo—. Debes.

—Mi corazón se lamenta por las vidas perdidas, pero sabemos que no se perdieron en vano. Su sangre será nuestro combustible y determinación para llevarnos a superar las dificultades que vendrán. Somos una nación en guerra, durante casi un siglo hemos estado así, y no estamos acostumbrados a los obstáculos en el camino a la victoria. Esas personas serán descubiertas, esas personas serán castigadas y esta enfermedad llamada rebelión nunca se apoderará de mi país.

La pantalla de video en mi nueva habitación es tan útil como un barco sin fondo, reproduciendo el discurso del rey de la noche anterior en un bucle nauseabundo. Para ahora puedo recitarlo palabra por palabra, pero no puedo dejar de estar atenta. Porque sé qué viene luego.

Mi rostro se ve raro en la pantalla, demasiado frío, demasiado pálido. Todavía no puedo creer que mantuviera el rostro serio mientras leía las palabras. Cuando camino hacia el podio, tomando el lugar del rey, ni siquiera tiemblo.



—Me criaron los Rojos. Creía que era una de ellos. Y vi de primera mano la gracia de Su Majestad el rey, la libertad y el gran privilegio que nuestros señores Plateados nos proporcionan. El derecho a trabajar, a servir a nuestro país, para vivir y vivir bien. —En la pantalla, Maven pone una mano sobre mi brazo. Asintiendo para que continúe con mi discurso—. Ahora sé que nací Plateada, una lady de la Casa Titanos y algún día, princesa de Norta. He abierto los ojos. Existe un mundo que nunca soñé y es invencible. Es misericordioso. Y los terroristas, los asesinos de la peor clase, están tratando de destruir los cimientos de nuestra nación. Esto no podemos permitirlo.

En la seguridad de mi cuarto, exhalo un suspiro. Lo peor está llegando.

—En su sabiduría, el rey Tiberias ha elaborado unas Medidas para erradicar esta enfermedad de la rebelión y para proteger a los ciudadanos de nuestra nación. Son las siguientes: A partir de hoy un toque de queda al atardecer entrará en vigor para todos los Rojos. La seguridad se duplicará en cada pueblo y ciudad Roja. Nuevos fortines serán construidos en las carreteras y se tripulará a plena capacidad. Todos los delitos por parte de los Rojos, incluyendo romper el toque de queda, serán castigados con la ejecución. Y... —En esto, mi voz flaquea por primera vez—... la edad para el servicio militar obligatorio *ha bajado* a quince años. Cualquiera que proporcione información que conduzca a la captura de los operativos de la Guardia Escarlata o la prevención de acciones de la Guardia Escarlata se le otorgarán exenciones de reclutamiento, liberando a cinco miembros de la misma familia del servicio militar.

Es una inteligente y terrible maniobra. Los Rojos se quedarán al margen de tales exenciones.

—Las Medidas son para mantener a toda costa y hasta que la enfermedad conocida como la Guardia Escarlata sea destruida. —Miro mis propios ojos en la pantalla, viendo como evito atragantarme con mi discurso. Mis ojos están bien abiertos, esperando que mi gente sepa lo que estoy tratando de decir. Las palabras pueden mentir—. Larga vida al rey.

La ira ondula a través de mí, y la pantalla se apaga, reemplazando mi rostro con un vacío negro. Pero todavía puedo ver cada nueva orden en mi mente. A más oficiales patrullando, más cuerpos colgando de la horca y más madres llorando por sus hijos robados. *Hemos matado a una docena de los suyos, y ellos han matado a miles de los nuestros.* Parte de mí sabe que golpes como estos llevará a algunos Rojos al lado de la Guardia, pero muchos más estarán del lado del rey. Por sus vidas, por *las vidas de sus hijos*, abandonarán la poca libertad que les quedaba.

Creía que ser su marioneta sería fácil comparado con todo lo demás. Estaba muy equivocada. Pero no puedo dejarles vencerme, no ahora. Ni cuando mi propio destino permanece en el horizonte. Debo hacer todo lo que pueda hasta que mi sangre se empareje y mi juego haya terminado. Hasta que me lleven a rastras y me maten.

Por lo menos mi ventana tiene vistas al río, yendo al sur hacia el mar. Cuando miro el agua, puedo ignorar mi futuro en declive. Mis ojos se arrastran rápidamente por la corriente en movimiento a la mancha oscura. Mientras que el resto del cielo está claro, unas nubes oscuras flotan en el sur, sin moverse de la tierra prohibida en la costa. *La Ciudad en Ruinas.* La radiación y el fuego consumieron la ciudad una vez y



nunca la dejó. Ahora no es más que un fantasma negro fuera de nuestro alcance, una reliquia del viejo mundo.

Parte de mí desea que Lucas toque mi puerta y me saque deprisa de aquí para un nuevo horario, pero no ha vuelto todavía. Supongo que está mejor sin mí arriesgando su vida.

El regalo de Julian se encuentra contra la pared, un recordatorio firme de otro amigo perdido. Es una pieza del mapa gigante, enmarcado y reluciente detrás de un vidrio. Cuando lo recojo, algo golpea el suelo, cayendo desde la parte trasera del bastidor.

Lo sabía.

Mi corazón se acelera, palpitando violentamente mientras me dejo caer de rodillas, esperando encontrar una nota secreta de Julian. Pero en cambio, no hay nada más que un libro.

A pesar de mi decepción, no puedo evitar sonreír. Por supuesto que Julian me dejaría otra historia, otra colección de palabras para consolarme cuando él ya no pudiera.

Abro la tapa, esperando encontrar algunas nuevas historias, pero en cambio, las palabras del manuscrito me miran desde la página de título. *Rojo y Plateado*. Están en el inconfundible garabato que es la firma de Julian.

La línea visual de las cámaras de mi cuarto está a mi espalda, recordándome que no estoy sola. Julian también sabía eso. *Brillante, Julian*.

El libro parece normal, un aburrido estudio de las reliquias encontradas en Delphie, pero oculto entre las palabras del mismo tipiado, hay un secreto digno de contar. Me lleva muchos minutos encontrar cada línea agregada y doy gracias en silencio que me despertara tan temprano. Finalmente lo tengo todo, y parece como si me hubiera olvidado hasta cómo respirar.

Danes Davidson, soldado Rojo, de la Legión Tormenta, asesinado en una patrulla de rutina, el cuerpo nunca se recuperó. 1 de agosto, 296 NE. Jane Barbaro, soldado Rojo, de la Legión Tormenta, asesinado por el fuego amigo, incineraron su cuerpo. 19 de noviembre, 297 NE. Pace Gardner, soldado Rojo, de la Legión Tormenta, ejecutada por insubordinación, extraviaron su cuerpo. El 4 de junio, 300 NE. Hay más nombres, distribuidos a lo largo de los últimos veinte años, todos incinerados o sus cuerpos perdidos o "extraviados". Cómo puede alguien perder un hombre ejecutado, no lo sé. El nombre al final de la lista hace que mis ojos se llenen de lágrimas. Shade Barrow, soldado Rojo, de la Legión Tormenta, ejecutado por desertión, el cuerpo se incineró. 27 de julio de 320 NE.

Las propias palabras de Julian siguen al nombre de mi hermano, y siento como si estuviera de nuevo junto a mí, enseñando despacio y serenamente su lección.

Según la ley militar, todos los soldados Rojos serán enterrados en los cementerios de Choke. Los soldados ejecutados no tienen entierros y yacen en fosas comunes. La cremación no es común. Los cuerpos extraviados son inexistentes. Y sin embargo he encontrado 27 nombres, 27 soldados, tu hermano incluido, que sufrieron tales destinos.



Todos murieron patrullando, asesinados por los Lakelanders o sus propias unidades, si no ejecutados por acusaciones sin fundamento. Todos fueron transferidos a la Legión Tormenta semanas antes de morir. Y todos sus cuerpos fueron destruidos o perdidos de alguna manera. ¿Por qué? La Legión Tormenta no es un escuadrón de muerte, cientos de Rojos sirven bajo las órdenes del General Eagrie sin morir extrañamente. Así que, ¿por qué matar a estos 27?

Por primera vez, me alegré del registro de sangre. Aunque ellos están muertos desde hace mucho tiempo... sus muestras de sangre siguen existiendo todavía. Y ahora debo disculparme, Mare, porque no he sido completamente honesto contigo. Confiaste en mí para entrenarte, ayudarte, y lo hice, pero también me estaba ayudando a mí mismo. Soy un hombre curioso, y tú eres lo más curioso que he visto en mi vida. No pude evitarlo. Comparé las muestras de sangre con la tuya, solo para encontrar un marcador idéntico en ellos, diferente de todos los demás.

No me sorprende que nadie se diera cuenta, porque no lo estaban buscando. Pero ahora que lo sabía, era fácil de encontrar. Tu sangre es Roja, pero no es igual. Hay algo nuevo en ti, algo que nadie ha visto. Y estaba en los otros 27. Una mutación, un cambio que puede ser la clave para todo lo que eres.

No eres única, Mare. No estás sola. Eres simplemente la primera protegida ante los ojos de miles, la primera a la que ellos no podrán matar y ocultar. Como los demás, eres Roja y Plateada y más fuerte que ambos.

Pienso que eres el futuro. Creo que eres el nuevo amanecer.

Y si antes había 27, debe haber otros. Debe de haber más.

Me siento congelada; me siento entumecida; siento todo y nada. Otros como yo.

Usando las mutaciones en tu sangre, he investigado al resto del registro de sangre, encontrando lo mismo en otras muestras. Los he incluido aquí, para que puedas transmitirlo.

Sé que no necesito decirte la importancia de esta lista, de lo que podría significar para ti y el resto de este mundo. Cuéntaselo a alguien en quien confíes, para buscar a los demás, protegerlos, formarlos, porque es solo cuestión de tiempo antes de que alguien menos amigable descubra lo que tengo y les dé caza.

Sus palabras se acaban ahí, seguidas de una lista que hace temblar mis dedos. Hay nombres y lugares, tantos, todos esperando que yo los encuentre. Todos esperando para luchar.

Mi mente parece como si estuviera ardiendo. Hay otros. Varios. Las palabras de Julian nadan por mis ojos, abrasando mi alma.

Más fuerte que ambos.

El pequeño libro se encuentra cómodamente en mi chaqueta, guardado junto a mi corazón. Pero antes de ir junto a Maven, para mostrarle el descubrimiento de Julian, Cal me encuentra. Me acorrala en una sala de estar como en la que bailamos, aunque la luna y la música han desaparecido. Una vez quise todo lo que pudiera darme, y ahora la visión de él me revuelve el estómago. Puede ver el asco en mi cara, tanto como trato de ocultarlo.

—Estás enfadada conmigo —dice. No es una pregunta.

—No lo estoy.



—No mientas —gruñe, de repente sus ojos echan fuego. *He estado mintiendo desde el día en que nos conocimos*—. Hace tres días me besaste, y ahora no puedes ni siquiera mirarme.

—Estoy comprometida con tu hermano —le digo, apartándome.

Rechaza el argumento con un movimiento de mano.

—Eso no te detuvo entonces. ¿Qué ha cambiado?

He visto quién eres en realidad, quiero gritar. No eres el guerrero apacible, el príncipe perfecto o incluso el chico confundido que pretendes ser. Por mucho que trates de luchar contra ello, eres igual que todos los demás.

—¿Esto es por los terroristas?

Mis dientes rechinan dolorosamente.

—Rebeldes.

—Han asesinado a personas, niños, *inocentes*.

—Tú y yo sabemos que no fue culpa *suya* —escupo, sin molestarme en cuidar lo crueles son las palabras. Cal retrocede desconcertado un momento. Casi parece asqueado cuando recuerda los Disparos del Sol y la explosión accidental que los siguieron. Pero esto pasa, reemplazado lentamente por la ira.

—Pero lo provocaron todo ellos mismos —gruñe—. Lo que le ordené al Centinela que hiciera, fue por los muertos, por la justicia.

—¿Y qué has conseguido con la tortura? ¿Sabes sus nombres, cuántos son? ¿Sabes lo que quieren? ¿Te has molestado siquiera en escuchar?

Lanza un pesado suspiro, tratando de salvar la conversación.

—Sé que tienes tus razones para haber *simpatizado*, pero sus métodos no pueden ser...

—Sus métodos son culpa tuya. Nos haces trabajar, nos haces sangrar, nos haces morir por tus guerras, fábricas y las pocas comodidades ni siquiera se notan, todo porque somos *diferentes*. ¿Cómo puedes esperar que nosotros permitamos eso?

Cal está inquieto, un músculo de su mejilla se crispa. No tiene ninguna respuesta a esa pregunta.

—La única razón por la que no estoy muerta en una fosa en alguna parte es porque te compadeciste de mí. La única razón por la que incluso me estás escuchando ahora es porque, por algún descabellado milagro, resulta que soy algo diferente.

Perezosamente, mis chispas ascienden en mis manos. No puedo imaginar volver a la vida de antes de que mi cuerpo zumbara con energía, pero realmente puedo recordarlo.

—Puedes detener esto, Cal. Tú serás rey y puedes detener esta guerra, puedes salvar miles, *millones* de personas, de generaciones de esclavitud autorizada, si lo *dices* tú.



Algo se rompe en Cal, apagando el fuego que tanto intenta ocultar. Cruza hasta la ventana, con las manos entrelazadas detrás de su espalda. Con el sol naciente en su rostro y la sombra en la espalda, parece dividido entre dos mundos. En mi corazón, sé que lo está. Una pequeña parte de mí que aún se preocupa por él quiere acortar la distancia entre ambos, pero no soy tan tonta. No soy ninguna chiquilla enamorada.

—Lo pensé una vez —murmura—. Pero eso conduciría a la rebelión en ambos lados, y no seré el rey que arruine este país. Este es mi legado, el legado de mi padre y tengo un deber al respecto. —Un fuego lento sale de él, humedeciendo el cristal de la ventana—. ¿Cambiarías un millón de muertes por lo que ellos quieren?

Un millón de muertes. Mi mente regresa al cadáver de Belicos Lerolan, con sus hijos muertos a su lado. Y luego otros rostros se unen a los muertos; Shade, el padre el Kilom, cada uno de los soldados Rojos que murieron por la guerra.

—La Guardia no se detendrá —digo suavemente, pero sé que apenas está escuchando ya—. Y mientras ellos son realmente culpables, tú también lo eres. Hay sangre en tus manos, príncipe. —*Y en las de Maven. Y las mías.*

Lo dejo allí de pie, con la esperanza de haberlo cambiado pero sabiendo que las probabilidades son casi nulas. Es digno hijo de su padre.

—Julian ha desaparecido, ¿no? —me grita, deteniéndome en seco.

Me vuelvo lentamente, reflexionando sobre lo que posiblemente quiere decir. Y decido permanecer en silencio.

—¿Desaparecido?

—La fuga dejó lagunas en los recuerdos de muchos Centinelas, así como en los registros de los videos. Mi tío no utiliza sus habilidades a menudo, pero conozco las señales.

—¿Crees que les ayudó a escapar?

—Lo creo —dice dolorosamente, mirando sus manos—. Es por eso le di el tiempo suficiente para escaparse

—¿Que hiciste, qué? —No puedo creer mis oídos. Cal, el soldado, el que siempre sigue las órdenes, rompiendo las reglas por Julian.

—Es mi tío, he hecho lo que he podido por él. ¿Tan cruel crees que soy? —Me sonrío tristemente, sin esperar una respuesta. Me hace sufrir—. Retrasaré la detención tanto como pueda, pero todo el mundo deja pistas, y la reina lo encontrará. —Suspira, poniendo una mano contra el cristal—. Y será ejecutado.

—¿Le harías eso a tu tío? —No me molesto en esconder mi repugnancia, o el miedo subyacente. *Si él mataría a Julian, incluso después de haberlo dejado ir, ¿qué hará conmigo cuándo me descubra?*

Los hombros de Cal se tensan cuando se endereza, retornando al soldado. Se niega a seguir escuchando más de Julian o de la Guardia Escarlata.

—Maven ha tenido una propuesta interesante.

Eso es algo inesperado.



—¿Eh?

Asiente, extrañamente molesto ante la idea de su hermano.

—Maven siempre ha sido muy perspicaz. Ha heredado eso de su madre.

—¿Se supone que eso debe asustarme? —Conozco mejor que cualquiera a Maven, no es como a su madre, o cualquier otro maldito Plateado—. ¿Qué intentas decir, Cal?

—Estás al descubierto ahora —dice bruscamente—. Después de tu discurso, todo el país conoce tu nombre y tu rostro. Y muchos más se preguntarán quién y qué eres.

Solo puedo fruncir el ceño y encogerme de hombros.

—Quizá deberías de haber pensado eso antes de hacerme leer ese repugnante discurso.

—Soy soldado, no un político. Sabes que no he tenido nada que ver con las Medidas.

—Pero las seguirás. Las seguirás sin lugar a dudas.

No discute eso. A pesar de sus defectos, Cal nunca me ha mentido. Ahora tampoco.

—Todos los registros han sido eliminados. Funcionarios, archiveros, nadie podrá nunca encontrar alguna prueba de que nacieras Roja —murmura, bajando sus ojos—. Eso es lo que Maven propuso.

A pesar de mi enfado, suspiro en voz alta. *El registro de sangre. Los archivos.*

—¿Qué significa eso? —No tengo ni fuerzas para impedir que mi voz tiemble.

—Tus antecedentes escolares, certificado de nacimiento, huellas dactilares, incluso tu tarjeta de identificación han sido destruidos. —Apenas lo escucho sobre el sonido de los latidos de mi corazón martilleando.

En otro momento, lo habría abrazado sinceramente. Pero debo permanecer inmóvil. No debo permitir que Cal sepa que me ha salvado de nuevo. *No, Cal no.* Esto es algo que Maven está haciendo. Es la sombra que controla la llama.

—Esa parece la solución más correcta —digo en voz alta, tratando de sonar indiferente.

Pero mi actuación no durará mucho tiempo. Después de una rígida reverencia en dirección a Cal, me doy prisa para salir de la sala escondiendo mi sonrisa salvaje.



24

*M*e paso gran parte del día siguiente explorando, aunque mi mente está en otra parte. Whitefire es más antiguo que el Salón, sus paredes hechas de piedra y madera tallada en lugar de cristal de diamante. Dudo que aprenda alguna vez la disposición de todas las cosas, ya que esto no sólo alberga la residencia real sino también muchas oficinas administrativas y salas de audiencias, salones de baile, una completa corte de entrenamiento, y otras cosas que no entiendo. Supongo que es por eso que la secretaria tarda casi media hora en encontrarme, deambulando por una galería de estatuas. Pero no tendré más tiempo para explorar. Tengo deberes que cumplir.

Según está diciendo la secretaria del Rey, deberes que se aplican a una serie entera de maldades más allá de simplemente leer las Medidas. Como futura princesa, debo reunirme con la gente en paseos concertados, dar discursos, estrechar manos y permanecer de pie al lado de Maven. La última parte realmente no me importa, pero ser exhibida como una cabra en una subasta pública no es exactamente excitante.

Me uno a Maven en un transporte que se dirige a la primera aparición. Estoy muriéndome de ganas por contarle sobre la lista y agradecerle por la base de datos de sangre, pero hay demasiados ojos y oídos.

La mayor parte del día pasa volando como un borrón de ruido y color mientras recorremos diferentes partes de la capital. El Mercado del Puente me recuerda al Gran Jardín, aunque éste es tres veces más grande.

En la única hora que pasamos saludando a los niños y los tenderos, veo a Plateados atacar o agraviar a una docena de sirvientes Rojos, todos intentando hacer su trabajo. Seguridad evita que el abuso sea completo, pero las palabras que les lanzan son igual de hirientes. *Asesinos de niños, animales y demonios*. Maven mantiene mi mano agarrada con fuerza, apretándola cada vez que un Rojo es arrojado al suelo.

Cuando alcanzamos nuestra siguiente parada, una galería de arte, estoy encantada de estar fuera del ojo público, hasta que veo los cuadros. Los artistas Plateados utilizan dos colores, el plateado y el rojo, en una espeluznante colección que me pone enferma. Cada cuadro es peor que el anterior, representando la fuerza de los Plateados y la debilidad de los Rojos en cada pincelada. La última representa una figura gris y plateada, bastante parecida a un fantasma, y la corona desangrándose sobre su frente. Me hace querer apoyar mi cabeza sobre una pared.

La plaza fuera de la galería es ruidosa y está llena de la vida de la ciudad. Muchos se detienen a ver, mirándonos boquiabiertos mientras nos dirigimos a nuestro transporte. Maven los saluda con una sonrisa practicada, provocando que la multitud



216

aclame su nombre. Es bueno en esto; después de todo, esta gente son su herencia. Cuando se detiene para hablar con unos pocos niños, su sonrisa resplandece. *Cal quizás nació para reinar, pero Maven estaba destinado a ello. Y Maven está dispuesto a cambiar el mundo para nosotros, para los Rojos que le enseñaron a despreciar.*

Toco a escondidas la lista en mi bolsillo, pensando en los únicos que pueden ayudarnos a Maven y a mí a cambiar el mundo. ¿Son como yo, o son tan variados como los Plateados? *Shade era como tú. Sabían lo de Shade y tuvieron que matarlo, como no pudieron matarte a ti.* Mi corazón añora a mi hermano caído, por las conversaciones que podríamos haber tenido. *Por el futuro que podríamos haber forjado.*

Pero Shade está muerto, y hay otros que necesitan mi ayuda.

—Necesitamos encontrar a Farley —susurro al oído a Maven, apenas audible para mí. Pero me escucha y alza una ceja como en una pregunta silenciosa—. Tengo algo que darle.

—No tengo ninguna duda de que nos encontrará —me murmura—, si es que no nos está viendo ya.

—¿Cómo...?

¿Farley, *espíándonos*? ¿Dentro de una ciudad que la quiere destruir? Esto parece imposible. Pero luego me doy cuenta de la multitud de Plateados apelotonándose, y de los sirvientes Rojos más allá. Unos pocos se detienen a mirarnos, con sus brazos marcados con rojo. Uno de ellos podría trabajar para Farley. *Todos podrían.* Incluso con los Centinelas y la seguridad rodeándolos, ella aún está con nosotros.

Ahora la pregunta se convierte en la localización del Rojo *correcto*, decir la cosa *correcta*, encontrando el lugar *correcto*, y hacerlo todo sin que nadie note al príncipe y su futura princesa comunicándose con una terrorista buscada.

Esto no es como las multitudes de casa, las únicas en las que podía moverme con tanta facilidad. Ahora estoy de pie fuera, una princesa rodeada por escoltas, con una rebelión que descansa sobre sus hombros. *Y quizás incluso algo más importante*, pienso, recordando la lista de nombres en mi chaqueta.

Cuando la multitud se empuja, estirando el cuello para mirarnos, tomo la oportunidad y me escabullo. Los Centinelas se agrupan alrededor de Maven, todavía no acostumbrados protegerme del mismo modo, y con unos pocos giros rápidos, salgo del círculo de escoltas y de curiosos. Continúan a través de la plaza sin mí, y si Maven nota que me voy, no los detiene.

Los criados Rojos no me conocen, mantienen sus cabezas agachadas mientras pasan zumbando entre las tiendas. Se mantienen en los callejones y en las sombras, intentando permanecer fuera de la vista. Estoy tan ocupada buscando en los rostros de los Rojos que no me doy cuenta del que está al lado de mi codo.

—Mi lady, se le ha caído esto —me dice el niño. Tiene probablemente unos diez años, con un brazo marcado con rojo—. ¿Mi lady?

Entonces me fijo en el trozo de papel que sujeta. No es nada, solo un pedazo de papel que no recuerdo haber tenido. Aun así, le sonrío al niño y lo tomo.

—Muchas gracias.



Me sonrío, como sólo un niño puede, antes de irse dando saltando del callejón. Brinca con cada paso. La vida no se la ha arrebatado todavía.

—Por este camino, lady Titanos. —Un Centinela está de pie detrás de mí, mirándome con los ojos entrecerrados. *Hasta aquí ha llegado el plan.* Le permito llevarme de vuelta al transporte, sintiéndome de repente alicaída. No puedo ni siquiera escabullirme como solía hacerlo. *Estoy volviéndome blanda.*

—¿Qué ha sido todo eso? —me pregunta Maven cuando me deslizo de nuevo en el transporte.

—Nada —suspiro, echando un vistazo por la ventana mientras nos retiramos de la plaza—, pensaba que había visto a alguien.

Estamos rodeando una curva en la calle antes incluso de que me acuerde de mirar el trozo de papel. Lo desdoblo sobre mi regazo, ocultando el pedazo en los pliegues de mi manga. Hay unas palabras garabateadas sobre la nota, tan pequeñas que apenas puedo leerlas.

Teatro Hexaprin. En la obra de la sesión de tarde. Los mejores asientos.

Me toma un tiempo darme cuenta que solo entiendo la mitad de esas palabras, pero no me importa en absoluto. Sonriendo, empujo el mensaje dentro de la mano de Maven.

La solicitud de Maven es todo lo que se necesita para meternos en el teatro. Es pequeño pero muy grande, con un tejado abovedado y verde coronado por un cisne negro. Es un lugar de entretenimiento, que muestra las obras de teatro, los conciertos o incluso algún archivo filmado para ocasiones especiales. Una obra de teatro, como Maven me dice, es cuando la gente, *los actores*, representan una historia sobre el escenario. En casa no teníamos tiempo para cuentos de hadas, mucho menos para espectáculos, actores y trajes.

Antes de que lo sepa, estamos sentados en un balcón cerrado encima del escenario. Los asientos debajo de nosotros están repletos de gente, mucho de ellos niños, todos ellos Plateados. Unos pocos Rojos vagan entre las hileras de butacas y los pasillos, sirviendo bebidas o recogiendo las entradas, pero ninguno de ellos sentados. Este no es un lujo que se puedan permitir. Mientras tanto, nos sentamos en las butacas de terciopelo con las mejores vistas, con la secretaria y los Centinelas de pie justo detrás de nuestras cortinas.

Cuando el teatro se oscurece, Maven pone su brazo sobre mis hombros, acercándose tanto que puedo sentir el latido de su corazón. Le sonrío a la secretaria, que ahora está mirando entre las cortinas.

—Qué no nos molesten —ordena, y lleva mi rostro hacia el suyo.

La puerta suena detrás de nosotros, cerrándose, pero ninguno de nosotros se aleja. Un minuto o una hora pasa, de lo cual no me doy cuenta, hasta que las voces del escenario me traen de vuelta a la realidad.

—Lo siento —le murmuro a Maven, levantándome de mi butaca en un esfuerzo por poner algo de distancia entre nosotros. No hay tiempo para besarnos ahora, no importa cuánto lo desee. Sólo sonrío, mirándome en lugar de la obra. Hago todo lo



posible por mirar a cualquier otra parte, pero siempre hay algo que atrae mi mirada de nuevo hacia él.

—¿Qué hacemos ahora?

Se ríe y su mirada brilla con malicia.

—Eso no es lo que quería decir. —Pero no puedo evitar sonreírle.

—Cal me arrinconó antes.

Los labios de Maven se fruncen, apretándose por el pensamiento.

—¿Y?

—Parece que he sido salvada.

Su sonrisa resultante podría iluminar el mundo entero, y estoy luchando contra la necesidad de besarlo de nuevo.

—Te dije que lo haría —dice, con su voz un poco áspera. Cuando su mano alcanza la mía, la agarro sin dudar.

Antes de que podamos continuar, el panel del techo por encima de nosotros se remueve raspando con algo. Maven salta sobre sus pies, más sorprendido que yo, y observa dentro del oscuro espacio entre nosotros. Ni siquiera un susurro se filtra, pero de todos modos, sé lo que hay que hacer. El entrenamiento me ha hecho más fuerte y me empuja a mí misma con facilidad, desapareciendo en la oscuridad y el frío. No puedo ver nada ni a nadie, pero no tengo miedo. La excitación me gobierna ahora, y con una sonrisa, estiro una mano para ayudar a Maven. Se lanza hacia la oscuridad y trata de orientarse. Antes de que nuestros ojos se acostumbren, el panel del techo se desliza de nuevo en su lugar, cerrando el paso de la luz, la obra de teatro y de las personas más allá.

—Sed rápidos y silenciosos. Os guiaré desde aquí.

No es la voz lo que reconozco sino el olor: una mezcla penetrante de té, viejas especias y el familiar olor de una vela azul.

—¿Will? —Mi voz apenas un susurro—. ¿Will Whistle?

Con lentitud, la oscuridad se hace más fácil de manejar. Con su barba blanca y enmarañada como siempre se enfoca, no hay ninguna duda ahora.

—No hay tiempo para reuniones, pequeña Barrow —dice—. Tenemos trabajo que hacer.

Cómo ha llegado Will hasta aquí, viajando todo el camino desde Los Pilares, no lo sé, pero su profundo conocimiento del teatro es incluso mucho más extraño. Nos guía a través del techo, bajando por escaleras, peldaños y unas pequeñas trampillas, todo con la obra de teatro haciéndose eco sobre nuestras cabezas. No pasa mucho tiempo antes de que estemos bajo tierra, con soportes de ladrillos y vigas de metal desplegadas en lo alto por encima de nosotros.

—Tu gente seguro que sabe cómo ser dramática —murmura Maven, mirando a la penumbra alrededor de nosotros. Esto parece una cripta, oscura y húmeda, donde cada sombra guarda un horror.



Will apenas se ríe mientras empuja con el hombro abriendo una puerta de metal.

—Solo esperad.

Caminamos pesadamente a través del estrecho pasadizo, descendiendo cuesta abajo incluso más lejos. El aire huele ligeramente a aguas residuales. Para mi sorpresa, el camino termina en una pequeña plataforma, iluminada por sólo una antorcha encendida. Ésta arroja sombras extrañas sobre un muro derruido adornado con unos azulejos rotos. Hay marcas negras en ellos, letras, pero no de la lengua antigua que he visto.

Antes de que pueda preguntarle sobre ellos, un gran estallido sacude las paredes alrededor de nosotros. Esto viene de un agujero redondo en la pared, emitiendo un ruido sordo incluso mayor en la oscuridad. Maven sujeta mi mano, asustado por el sonido, y estoy tan asustada como él. Metal raspando sobre metal, un sonido ensordecedor. Unas luces brillantes salen del túnel y puedo sentir algo aproximándose, algo grande, electrizante y poderoso.

Un gusano de metal aparece, arrastrándose fácilmente hasta detenerse delante de nosotros. Sus costados son de metal puro, soldado y atornillado con pernos, con hendiduras como ventanas. Una puerta se desliza abriéndose con unos chirridos escalofriantes, derramando un cálido resplandor sobre la plataforma.

Farley nos sonríe desde un asiento dentro de la puerta. Nos saluda, indicándonos con un gesto que nos unamos a ella.

—Todos a bordo.

—Los técnicos lo llaman el Tren Subterráneo —dice mientras con pasos vacilantes llegamos a nuestros asientos—. Extraordinariamente rápido, y recorre las antiguas vías que los Plateados nunca se molestarían en buscarlas.

Will cierra la puerta detrás de nosotros, estrellándonos contra lo que parece ser nada más que una gran lata. Si no estuviera tan preocupada por el estruendo debajo de la cosa subterránea, estaría impresionada. En vez de eso, aprieto mi agarre sobre la silla debajo de mí.

—¿Dónde construyeron esto? —pregunta Maven en voz alta, su mirada se desliza sobre la espantosa caja—. Cuidad Gris está controlada. Los técnicos trabajan...

—Tenemos técnicos y ciudades tecnológicas de nuestra propiedad, pequeño príncipe. —le dice Farley, luciendo muy orgullosa—. Lo que ustedes los Plateados saben sobre la Guardia no podría llenar ni una taza de té.

El tren se tambalea debajo de nosotros, casi echándome fuera de mi asiento, pero nadie se inmuta. Se desliza hacia adelante hasta que alcanza una velocidad que hace que mi estómago se aplaste contra mi columna. Los demás continúan conversando, sobre todo Maven haciendo preguntas sobre el Tren Subterráneo y la Guardia. Estoy contenta de que nadie me pregunte nada, porque seguramente vomitaría o me desmayaría si hago algo más que quedarme quieta. Pero Maven no. Nada se le pasa a él.

Echa un vistazo por la ventana, deduciendo algo del borrón de la roca que pasamos.



—Estamos dirigiéndonos al sur.

Farley se sienta de nuevo en su silla, asintiendo.

—Sí.

—El sur es radioactivo —grita, mirándola fijamente.

Apenas se encoge de hombros.

—¿A dónde nos estás llevando? —murmuro, finalmente encontrando mi voz.

Maven no pierde el tiempo, moviéndose hacia la puerta cerrada. Nadie lo detiene porque no hay a dónde ir. *No hay escapatoria.*

—¿Sabes lo que haces? ¿La radiación? —Sueno realmente asustado.

Farley empieza a contar con los dedos los síntomas, una sonrisa irritante sigue en su rostro.

—Nauseas, vómitos, dolor de cabeza, convulsiones, enfermedades cancerosas, y, oh sí, muerte. Una muerte muy desagradable.

De repente me siento muy enferma.

—¿Por qué estás haciendo esto? Estamos aquí para ayudarte.

—Mare, para el tren, puedes parar el tren —Maven cae delante de mí, agarrándome por los hombros—. ¡Para el tren!

Para mi sorpresa, la lata de metal chilla a nuestro alrededor, deteniéndose de forma brusca y repentina. Maven y yo caemos al suelo en un enredo de extremidades, golpeando la dura cubierta de metal con un sonido doloroso. La luz nos ilumina desde la puerta abierta, revelando otra plataforma iluminada por antorchas. Es mucho más larga y llega más lejos de lo que me alcanza la vista.

Farley pasa por encima de nosotros sin mucho más que una mirada y trota sobre la plataforma.

—¿No van a venir?

—No te muevas, Mare. ¡Este lugar nos matará!

Algo chirria en mis orejas, casi hundiendo la risa fría de Farley. Mientras me siento, puedo ver que ella está esperándonos pacientemente.

—¿Cómo *sabes* que el sur, las Ruinas, siguen radiadas? —pregunta con una sonrisa loca.

Maven tropieza con las palabras.

—Tenemos máquinas, detectores, ellos nos dicen...

Farley asiente.

—¿Y quién *ha construido* esas máquinas?

—Los técnicos —grazna Maven—. Rojos. —Finalmente, entiende lo que está insinuando—. El detector miente.

Sonriendo, Farley asiente y extiende una mano, ayudándole a levantarse del suelo. Mantiene sus ojos en ella, todavía receloso, pero permite que nos lidere hasta la



plataforma y subimos el conjunto de escaleras de hierro. La luz del sol entra desde arriba, y el aire fresco se arremolina bajando en una mezcla de vapores turbios de bajo tierra.

Después estamos parpadeando al aire libre, mirando hacia una niebla baja. Unas paredes se levantan por todas partes, apoyando un techo que ya no existe. Sólo piezas de él permanecen, pequeños trozos de aguamarina y oro. Mientras mis ojos se ajustan, puedo ver altas sombras en el cielo, sus partes superiores desaparecen en la neblina. Las calles, amplios ríos negros de asfalto, están agrietadas y de las grietas crece una maleza gris de cientos de años. Árboles y arbustos crecen sobre el hormigón, reclamando pequeñas bolsas y esquinas, pero incluso más han sido disipadas. Los cristales hechos añicos crujen bajo mis pies y nubes de polvo van a la deriva en el viento, pero de alguna manera este lugar, la imagen de abandono, no se siente abandonado. Sé que este lugar tiene historias, de libros y viejos mapas.

Farley pone un brazo alrededor de mis hombros, su sonrisa es amplia y blanca.

—Bienvenidos a la Ciudad en Ruinas, a Naercey —dice usando el viejo nombre, olvidado hace mucho tiempo.

La isla arruinada contiene marcas especiales alrededor de los bordes, para trucar los detectores de radiación de los Plateados usan para sondear los viejos campos de batalla. Así es cómo la protegen, la casa de la Guardia Escarlata. *En Norta, al menos.* Eso es lo que ha dicho Farley, dando a entender que hay más bases en el país. Y pronto, será el santuario de todos los Rojos refugiados que huyen de los nuevos castigos del rey.

Cada edificio que pasamos parece ruinoso, cubiertos de cenizas y maleza, pero en una inspección más cercana, hay mucho más. Huellas en el polvo, una luz en una ventana, el olor de comida que flota de un drenaje. Personas, *Rojos*, tienen una ciudad propia justo aquí, escondida a plena vista. La electricidad es escasa pero las sonrisas no.

El edificio medio derrumbado al que Farley nos lleva debe de haber sido algún tipo de cafetería una vez, juzgando por las mesas comidas por el moho y asientos de cabina arrancados. Las ventanas han desaparecido hace tiempo, pero el suelo está limpio. Una mujer barre el polvo de la puerta, en pilas ordenadas en la acera rota. Estaría intimidada por esa tarea, sabiendo que hay mucho que barrer, pero ella continúa con una sonrisa, tarareando para sí misma.

Farley asiente hacia la mujer limpiando y se aleja rápidamente, dejándonos en paz. Para mi deleite, la cabina más cercana a nosotros contiene un rostro familiar.

Kilorn, seguro y entero. Incluso tiene la audacia de guiñar.

—Mucho tiempo sin verte.

—No hay tiempo para ser amable —gruñe Farley, tomando el asiento al lado de él. Nos gesticula para seguirla y lo hacemos, deslizándonos en la cabina chirriante—. ¿Supongo que has visto los pueblos en tu crucero por el río?

—Mi rápida sonrisa se desvanece, igual que la de Kilorn.

—Sí.



—¿Y las nuevas leyes? Sé que *has* escuchado sobre ellas —Sus ojos se endurecen, como si hubiera sido culpa mía que fuera forzada a leer Las Medidas.

—Eso es lo que pasa cuando amenazas a la bestia —murmura Maven, saltando en mi defensa.

—Pero ahora ellos saben nuestro nombre.

—Ahora ellos te están *cazando* —espeta Maven, golpeando la mesa con el puño. Eso sacude la fina capa de polvo, haciendo que flote en el aire—. Has ondeado una bandera roja delante de un toro pero no has hecho nada más que darle un toque.

—Sin embargo, tienen miedo —digo con un tono estridente—, han aprendido a tener miedo. Eso tiene que servir para algo.

—Eso sirve no para nada si te escabulles de nuevo a tu ciudad escondida y los dejas reagruparse. Le estás dando al rey tiempo para *armarse*. Mi hermano ya está en camino, y no pasará mucho tiempo hasta que te localice. —Maven mira sus manos. Extrañamente enfadado—. Pronto ir un paso por delante no será suficiente. Incluso no será posible.

Los ojos de Farley brillan sutilmente mientras nos estudia, pensando. Kilorn está satisfecho dibujando círculos en el polvo, supuestamente indiferente. Lucho con la urgencia de darle una patada por debajo de la mesa para que preste atención.

—No podría preocuparme menos sobre mi propia seguridad, príncipe —dice Farley—. Es la gente en los pueblos, los trabajadores y soldados, por quienes me preocupo. Ellos son los que están siendo castigados justo ahora, e injustamente.

Mis pensamientos vuelan a mi familia y a Los Pilares recordando la mirada aburrida en miles de ojos mientras pasaba.

—¿Qué has sabido?

—Nada bueno.

La cabeza de Kilorn se alza de golpe, aunque sus dedos siguen arremolinándose en la mesa.

—Turnos de trabajos doble, ahorcamientos los domingos, fosas comunes. No es bonito para los que no pueden seguir el ritmo de la paz. —Está recordando nuestro pueblo, justo como yo—. Nuestra gente en el frente de guerra nos dice que allí tampoco es muy diferente. Los de quince y dieciséis años de edad están siendo acomodados en su propia legión. No sobrevivirán mucho tiempo.

Sus dedos dibujan una X en el polvo, furiosamente marcando lo que siente.

—Puedo retrasar eso, tal vez —dice Maven, soltando ideas en voz alta—. Si convengo al consejo de guerra de que los retenga, les haga pasar por un entrenamiento extra.

—No es suficiente —Mi voz es baja pero firme. La lista parece quemar contra mi piel, rogando por ser liberada. Me vuelvo a Farley—. Tienes gente por todas partes, ¿verdad?

No me pierdo la sombra de satisfacción que cruza su rostro.



—La tengo.

—Entonces dales estos nombres. —Saco el libro de Julian de mi chaqueta, abriéndolo por el comienzo de la lista—. Y encuéntralos.

Maven toma el libro gentilmente, sus ojos examinándolo.

—Deben de ser cientos —balbucea, sin alejar la mirada de la página—. ¿Qué es esto?

—Son como yo. Rojos y Plateados, y más fuertes que ambos.

Es mi turno de sentirme orgullosa. Incluso la mandíbula de Maven cae. Farley chasquea sus dedos, y lo pasa sin un pensamiento, todavía mirando el pequeño libro que sostiene con un secreto poderoso

—No pasará mucho hasta que la persona equivocada lo descifre, sin embargo —añado—. Farley, tú *debes* encontrarlos primero.

Kilorn mira los nombres como si le estuviera ofreciendo algún tipo de insulto.

—Eso podría tomar meses, *años*.

Maven resopla.

—No tenemos esa cantidad de tiempo.

—Exactamente. —Está de acuerdo Kilorn—. Tenemos que actuar *ahora*.

Sacudo la cabeza. La revolución no puede ser apresurada.

—Pero si esperas, si encuentras tantos como puedas, podrías tener un ejército.

De repente, Maven abofetea la mesa, causando que todos saltemos.

—Pero tenemos uno.

—Tengo muchos bajo mi orden aquí, pero no *tantos* —argumenta Farley, mirando a Maven como si estuviese loco.

Pero él sonríe, vivo con un fuego escondido.

—Si puedo conseguir un ejército, una legión en Archeon, ¿qué podrías hacer?

Sólo se encoge de hombros.

—Muy poco, en realidad. Las otras legiones los machacarían en el campo.

Esto me golpea como un rayo, y finalmente me doy cuenta de a lo que está llegando Maven.

—Pero ellos no podrán luchar en el campo. —Respiro. Él se vuelve hacia mí, sonriendo como un loco—. Estás hablando sobre un golpe.

Farley frunce el ceño.

—¿Un golpe?

—Un golpe, un golpe de estado. Es una cosa de historia, una del antes —explico, intentando alejar su confusión—. Es cuando un pequeño grupo rápido derroca a un gran gobierno. ¿Te suena familiar?

Farley y Kilorn intercambian miradas, con los ojos entrecerrados.



—Continúa —dice ella.

—Sabes la manera en la que está construida Archeon, con el Puente, el lado oeste, y el lado este. —Mis dedos corren junto a mis palabras, dibujando un mapa irregular de la ciudad en el polvo—. Ahora, el lado oeste tiene el palacio, comando, la tesorería, las cortes, todo el *gobierno*. Y si de alguna manera podemos entrar allí, cortarlo, llegar al rey, y *hacerle* estar de acuerdo con nuestros términos, se acabó. Tú mismo lo dijiste, Maven, puedes dirigir todo el país desde la Plaza de Caesar. Todo lo que tenemos que hacer es tomarla.

Bajo la mesa, Maven me da una palmada en la rodilla. Está zumbando de orgullo. La mirada sospechosa habitual de Farley se ha ido, reemplazada con verdadera esperanza. Pasa una mano por sus labios, articulando palabras para sí misma mientras observa el plan dibujado en polvo.

—Puede ser que solo sea yo —comienza Kilorn, cayendo de vuelta en su sarcástico tono normal—, pero no estoy exactamente seguro de cómo planeas tener suficientes Rojos allí para pelear contra los Plateados. Necesitas diez de nosotros para abatir uno de ellos. Sin mencionar que hay cinco mil soldados *Plateados* leales a tu *hermano* —mira a Maven—, entrenados para matar, todos intentando cazarnos mientras hablemos.

Me desanimo, cayendo contra el asiento.

—Eso podría ser difícil —*Imposible*.

Maven pasa una mano sobre mi mapa de polvo, limpiando Archeon Este con unos pocos golpes de sus dedos.

—Las legiones son leales a sus generales. Y resulta que conozco a una chica que conoce a un general muy bien.

Cuando sus ojos encuentran los míos, todo el fuego se ha ido, reemplazado ahora con un frío intenso. Sonríe apretadamente.

—Estás hablando de Cal —*El soldado. El general. El príncipe. El hijo de su padre*. Pienso otra vez en Julian, el tío que Cal que mataría por su versión retorcida de justicia. *Cal nunca traicionará a su país, por nada*.

Cuando Maven responde, es una cuestión de hecho:

—La damos una elección difícil.

Puedo sentir los ojos de Kilorn en mi rostro, sopesando mi reacción, y es casi demasiada presión por aguantar.

—Cal nunca le volverá la espalda a la corona, a su *padre*.

—Conozco a mi hermano, si llega a eso, salvar tu vida o salvar su corona, ambos sabemos lo que elegirá —replica Maven.

—Él *nunca* me elegiría.

Mi piel arde bajo la mirada de Maven, con el recuerdo de un beso robado. Fue él quien me salvó de Evangeline. Fue Cal quien me salvó de escaparme y provocarme más dolor. Fue Cal quien me salvó del reclutamiento. Había estado demasiado



ocupada intentando salvar a otros para darme cuenta de cuánto me salva Cal. Cuánto me *ama*.

De repente es difícil respirar.

Maven sacude su cabeza.

—Siempre te elegiré.

Farley se burla.

—¿Quieres que base toda la operación, toda la *revolución*, en una historia de amor adolescente? No puedo creerlo.

Al otro lado de la mesa, una mirada extraña cruza el rostro de Kilorn. Cuando Farley se vuelve hacia él, buscando algún tipo de apoyo, no encuentra nada.

—Yo puedo —susurra él, sus ojos nunca dejan mi rostro.



25

Mientras Maven y yo conducimos a través del Puente en dirección al palacio después de un largo día de apretones de manos y planes secretos, deseo que el amanecer empiece esta noche en lugar de mañana por la mañana. Soy intensamente consciente del ruido alrededor de nosotros mientras pasamos por la ciudad. Todo pulsa con energía, desde los transportes en las calles hasta las luces que serpentean en el acero y el hormigón. Me recuerda al momento en el Gran Jardín hace mucho tiempo, cuando vi las Ninfas jugar en una fuente o los Verdinos arreglando sus flores. En ese instante, encontré su mundo hermoso. Ahora entiendo por qué quieren mantenerlo, para mantener sus normas sobre todos los demás, pero eso no significa que vaya a dejarles.

Por lo general hay una fiesta para celebrar el regreso del rey a su ciudad, pero a la luz de los recientes acontecimientos, la Plaza de Caesar está mucho más tranquila de lo que debería. Maven pretende lamentar la falta de espectáculo, aunque solo sea para llenar el silencio.

—El salón de banquetes es el doble del tamaño al del Salón —dice cuando entramos por las grandes puertas. Puedo ver parte de la legión de Cal entrenando en el cuartel, un millar de ellos marchando en el tiempo. Sus pasos golpean como un tambor—. Solíamos bailar hasta el amanecer, por lo menos, Cal lo hacía. Las chicas no me pedían bailar mucho, no al menos que Cal las obligara.

—Yo te pediría bailar —murmuro de espaldas a él, con los ojos todavía en el cuartel. *¿Van a ser nuestros mañana?*

Maven no contesta, moviéndose en su asiento hasta que nos detenemos. *Él siempre te elegirá.*

—No siento nada por Cal —le susurró al oído, cuando salimos fuera del transporte.

Él sonríe, su mano se cierra alrededor de la mía y me digo a mí misma que no es una mentira.

Cuando las puertas del palacio se abren para nosotros, un alarido resuena a través de los largos pasajes de mármol. Maven y yo intercambiamos miradas, sorprendidos. Nuestros guardias se erizan, las manos desviándose a sus armas, pero no son suficientes para evitar que salga corriendo. Maven mantiene las apariencias lo mejor que puede, tratando de coincidir con mi ritmo. El grito suena de nuevo, acompañado de una docena de pies marchando y el familiar ruido metálico de las armaduras.



Rompo en una carrera de muerte, con Maven justo detrás de mí. Entramos a una cámara redonda, una sala del consejo en mármol pulido y madera oscura. Ya hay una multitud y casi choco con el propio lord Samos, pero mis pies me detienen justo a tiempo. Maven se estrella contra mi espalda, casi derribándonos.

Samos se burla de los dos, sus negros ojos fríos y duros.

—Mi lady, príncipe Maven —dice, apenas inclinando la cabeza a cada uno de nosotros—. ¿Han venido a ver el espectáculo?

El espectáculo. Hay otros lord y ladies alrededor nuestro, junto con el rey y la reina, todos mirando hacia el frente. Empujo a través de ellos, sin saber lo que voy a encontrar al otro lado, pero sé que no será bueno. Maven me sigue, su mano nunca dejando mi codo. Cuando llegamos delante de la multitud, me alegro por su mano cálida, una comodidad para mantenerme tranquila, y me mantenga atrás.

No menos de dieciséis soldados están de pie en el centro de la cámara, sus pies con botas ensucian el suelo con tierra sobre el gran sello de la corona. Sus armaduras son del mismo metal negro, ajustadas, a excepción de uno con un brillo rojizo. *Cal.*

Evangeline se encuentra junto a él, con el cabello recogido en una trenza. Respira con dificultad, sin aliento, pero parece orgullosa de sí misma. *Y ahí donde está Evangeline, su hermano no puede estar muy lejos.*

Ptolemus aparece de detrás del grupo, arrastrando del cabello un cuerpo gritando. Cal se gira y encuentra mis ojos en el momento en que la reconozco. Puedo ver arrepentimiento allí, pero no hace nada para salvarla.

Ptolemus lanza a Walsh al suelo pulido, su rostro choca contra la roca. Ella apenas me da una mirada antes de girar los ojos llenos de dolor hacia el rey. Recuerdo la sonriente, juguetona criada que me introdujo a este mundo; esa persona se ha ido.

—Las ratas se arrastran en los antiguos túneles —ruge Ptolemus, dándole la vuelta con el pie. Ella se apresura lejos de su toque, sorprendentemente rápida para sus muchas lesiones—. Encontramos a está *persiguiéndonos* cerca de los hoyos del río.

¿Persiguiéndolos? ¿Cómo ha podido ser tan estúpida? Pero Walsh no es estúpida. *No, esto ha sido una orden,* me doy cuenta con creciente horror. Estaba observando los túneles del tren, asegurándose de que el camino estaba despejado para que nosotros pudiéramos volver de Naercey. Y mientras lo hacíamos de forma segura, ella no.

El agarre de Maven en mi brazo se aprieta, empujándome contra él hasta que su pecho se encuentra a ras de mi espalda. Él sabe que quiero correr hacia ella, para salvarla, para ayudarla. *Y sé que no podemos hacer nada en absoluto.*

—Hemos llegado tan lejos como nos han permitido los detectores de radiación —añade Cal, haciendo todo lo posible por ignorar a Walsh tosiendo sangre—. El sistema de túneles es enorme, mucho más grande de lo que pensábamos en un principio. Debe de haber decenas de kilómetros en la zona y la Guardia Escarlata los conoce mejor que cualquiera de nosotros.

El rey Tiberias frunce el ceño debajo de su barba. Gesticula hacia Walsh, haciéndole una señal para que avance. Cal la sujeta por el brazo, tirando de ella hacia



el rey. Un millar de torturas diferentes llenan mi cabeza, cada una peor que la anterior. Fuego, metal, agua, incluso mi propio rayo, podrían ser utilizados para hacerla hablar.

—No voy a cometer el mismo error otra vez —gruñe el rey en su rostro—. Elara, hazla cantar. Ahora mismo.

—Con mucho gusto —responde la reina, liberando sus manos de sus mangas colgantes.

Esto es peor. Walsh hablará, nos implicará a todos, nos arruinará. Y luego la matarán lentamente. Nos van a matar a todos lentamente.

Un Eagrie en la multitud de soldados, un Ojo con la capacidad de previsión, de repente salta hacia adelante.

—¡Detenla! ¡Sostén sus brazos!

Pero Walsh es más rápida que su visión.

—Por Tristán —dice, antes de meter su mano en su boca. Muerde algo y traga, dejando que su cabeza caiga hacia atrás.

—¡Un curandero! —Se apresura Cal, agarrando su garganta, tratando de detenerla. Pero su boca echa espuma blanca y sus extremidades se sacuden, se está asfixiando—. ¡Un curandero, ahora!

Sufre unas violentas convulsiones, torciendo su agarre con lo último de sus fuerzas. Cuando golpea el suelo, sus ojos están muy abiertos, mirando pero sin ver. Muerta.

Por Tristán.

Ni siquiera puedo llorarla.



—Una píldora suicida. —La voz de Cal es suave, como si estuviera explicándole a un niño. Pero supongo que soy una niña cuando se trata de guerra y muerte—. Se los damos a los oficiales en la línea y a nuestros espías. Sí son capturados...

—No hablarán —le espeto.

Cuidado, me advierto a mí misma. Por mucho que su presencia me haga tener la piel de gallina, tengo que aguantarlo. Después de todo, le he dejado encontrarme aquí en el balcón. *Debo darle esperanza. Debo dejar que crea que tiene una oportunidad conmigo.* Esa parte ha sido idea de Maven, por mucho que le doliera decirlo. En cuanto a mí, es difícil caminar por la delgada línea entre la mentira y la verdad, sobre todo con Cal. Lo odio, lo sé, pero algo en sus ojos y su voz me recuerda que mis sentimientos no son tan simples.

Él mantiene su distancia, de pie a un brazo de distancia.

—Es una mejor muerte de la que habría recibido de nosotros.

—¿Iba a ser congelada? ¿O tal vez quemada para variar?



—No —niega—. Iba a ir al Cuenco de Huesos. —Levanta los ojos de los cuarteles, mirando al otro lado del río. En el otro extremo, ubicado entre los edificios de gran altura, hay una enorme arena ovalada con púas alrededor del borde formando una tremenda corona. *El Cuenco de Huesos*—. Iba a ser ejecutada en una transmisión, como un mensaje para todos los demás.

—Pensaba que ya no se hacía eso. No lo he visto una en más de una década. —Apenas recuerdo esas emisiones de cuando era una niña, hace años.

—Se pueden hacer excepciones. Los combates en la arena no han detenido a la Guardia de tomar las riendas, tal vez otra cosa lo haga.

—La conocías —susurro, tratando de encontrar una sola pizca de arrepentimiento en él—. La enviaste por mí después de conocernos por primera vez.

Cruza los brazos, como si lo pudieran proteger de alguna manera del recuerdo.

—Sabía que ella provenía de tu pueblo. Pensé que podría ayudarte a adaptarte un poco.

—Todavía no sé por qué te importé. Ni siquiera sabías que era diferente.

Un momento pasa en silencio, solo roto por los gritos de los lugartenientes muy por debajo, todavía entrenando incluso mientras se pone el sol.

—Tú eras diferente para mí —murmura finalmente.

—Me pregunto qué podría haber sido, si todo esto —hago un gesto hacia el palacio y la plaza más allá—, no estuviera entre nosotros.

Déjale que caiga en eso.

Pone una mano en mi brazo, sus dedos caliente a través de la tela de la manga.

—Pero eso nunca podrá ser, Cal.

Fuerzo tanto anhelo como puedo en los ojos, confiando en el recuerdo de mi familia, Maven, Kilorn, todas las cosas que estamos intentando hacer. Quizás Cal confunda mis sentimientos. *Dale esperanzas donde nadie debería*. Es la cosa más cruel que puedo hacer, pero por la causa, por mis amigos, por mi vida, lo haré.

—Mare —suspira, agachando la cabeza hacia mí.

Me aparto, dejándolo en el balcón para que piense en mis palabras y con suerte, se ahogue en ellas.

—Me gustaría que las cosas fueran diferentes —susurra, pero aún consigo escucharlo.

Las palabras me llevan de vuelta a mi casa y a mi padre cuando dijo lo mismo hace tanto tiempo. Pero pensar que Cal y mi padre, un hombre Rojo roto, puedan compartir los mismos pensamientos hace que me detenga. No puedo dejar de mirar hacia atrás, viendo como se sumerge el sol detrás de su silueta. Él mira hacia abajo al ejército en entrenamiento antes de mirar de nuevo a mí, dividido entre su deber y lo que siente por la pequeña chica rayo.

—Julian dice que eres como ella —dice en voz baja, con los ojos pensativos—. Como ella solía ser.



Coriane. Su madre. El pensamiento de la difunta reina, una persona a la que nunca he conocido, de alguna manera me pone triste. Ella fue apartada demasiado pronto de los que amaba, y dejó un agujero que intentando hacerme llenar.

Y por mucho que me cueste admitirlo, no puedo culpar a Cal por sentirse atrapado entre dos mundos. Después de todo, yo también lo estoy.

Antes del baile estaba ansiosa, un manojo de nervios temiendo la noche por venir. Ahora no puedo esperar al amanecer. Sí ganamos en la mañana, el sol se pondrá en un nuevo mundo. El rey va a tirar su corona, pasando su poder a mí, Maven y Farley. El cambio será sin derramamiento de sangre, una transición pacífica de un gobierno a otro. Si fracasamos, el Cuenco de Huesos es todo lo que puedo esperar. Pero no vamos a fallar. Cal no me dejará morir y tampoco lo hará Maven. Son mis escudos.

Cuando me acuesto en mi cama, me encuentro mirando el mapa de Julian. Es una cosa vieja, prácticamente inútil, pero reconfortante. *Es una prueba de que el mundo puede cambiar.*

Con ese pensamiento en mi cabeza, me arrastro a un agitado y ligero sueño. Mi hermano me visita en sueños. Está de pie junto a la ventana, mirando a la ciudad con un dolor extraño, antes de volverse hacia mí.

—Hay otros —dice—. Tienes que encontrarlos.

—Lo haré —murmuro en respuesta, mi voz cargada de sueño.

Luego son las cuatro de la mañana y no tengo más tiempo para sueños.

Las cámaras caen como árboles ante un hacha, cada pequeño ojo se apaga mientras camino hacia la habitación de Maven. Salto en cada sombra, esperando que un oficial o un centinela salga al pasillo, pero nadie lo hace. Protegen a Cal y al rey, no a mí, no al segundo príncipe. No importamos. *Pero lo haremos.*

Maven abre la puerta un segundo después de que toque el picaporte, con el rostro pálido en la oscuridad. Hay círculos debajo de sus ojos, como si no hubiera dormido nada, pero parece tan atento como siempre. Espero que tome mi brazo, y me envuelva en su calor, pero no hay nada sino el frío que sale goteando de él. *Tiene miedo, me doy cuenta.*

Estamos fuera en unos agónicos minutos, caminando en las sombras detrás del Comando de Guerra para esperar en nuestro lugar entre la estructura y la pared exterior. Nuestro lugar es perfecto; somos capaces de ver la Plaza y el Puente, con la mayor parte del techo chapado en oro del Comando de Guerra bloqueándonos de las patrullas. No necesito un reloj para saber que estamos en el momento justo.

Por encima de nosotros, la noche se desvanece para dar paso al azul oscuro. *El amanecer está llegando.*

A esta hora, la ciudad está más tranquila de lo que pensaba posible. Incluso las patrullas de guardias están soñolientas, moviéndose lentamente de puesto en puesto. El nerviosismo vibra a través de mí, haciendo que mis piernas tiemblen. De alguna manera, Maven se mantiene inmóvil, apenas pestañeando. Mira a través de la pared de cristal, siempre mirando el puente. Su concentración es impactante.



—Están tardando —susurra, sin moverse.

—Yo no.

Si no lo supiera mejor, pensaría que Farley es una Sombra capaz de cambiar de visible a invisible. Parece derretirse en la penumbra, saliendo de una alcantarilla.

Le ofrezco mi mano, pero ella misma se pone de pie por sí sola.

—¿Dónde están los demás?

—Esperando. —Hace un gesto a la tierra abajo.

Sí entrecierro los ojos, puedo verlos, amontonados en el sistema de alcantarillado, a punto de volver a la superficie. Quiero subir por el túnel con ellos, para estar junto a Kilorn y los míos, pero mi lugar está aquí, al lado de Maven

—¿Están armados? —Los labios de Maven apenas se mueven—. ¿Están listos para luchar?

Farley asiente.

—Siempre. Pero no les llamaré fuera hasta que estés seguro de que la plaza es nuestra. No pongo mucha fe en la capacidad de lady Barrow para encantar.

Ni yo, pero no puedo decir eso en voz alta. *Él siempre te elegirá.* Nunca he querido que algo sea cierto y sin embargo equivocado al mismo tiempo.

—Kilorn quería que tuvieras esto —añade, estirando la mano. En ella hay una pequeña piedra verde, el color de sus ojos. *Un pendiente*—. Dijo que sabrías lo que significa.

Me ahogo con mis palabras, sintiendo una gran oleada de emoción. Asintiendo, tomo el pendiente y lo pongo con los demás. *Bree, Tramy, Shade*, conozco cada piedra y lo que significan. *Kilorn es un guerrero ahora. Y quiere que lo recuerde como era antes.* Riendo, haciéndome bromas, husmeando alrededor como un cachorro perdido. Nunca olvidaré eso.

El afilado metal me pincha, sacando sangre. Cuando retiro mi mano de la oreja, puedo ver la mancha carmesí en mis dedos. *Esto es quien eres.*

Miro hacia atrás al túnel, con la esperanza de ver sus ojos verdes, pero la oscuridad parece tragarse el túnel entero, escondiéndole a él y a todos los demás.

—¿Están listos para esto? —Farley suspira, mirando entre los dos.

Maven responde por mí, su voz firme:

—Lo estamos

Pero Farley no está satisfecha.

—¿Mare?

—Estoy lista.

La revolucionaria respira hondo para calmarse antes de golpetear su pie contra el lado de la alcantarilla. Una vez, dos veces, tres veces. Juntos, nos volvemos hacia el Puente, a la espera de que el mundo cambie.



No hay tráfico a estas horas, ni siquiera el susurro de un transporte. Las tiendas están cerradas, las plazas vacías. Con un poco de suerte, lo único perdido esta noche será hormigón y acero. La última parte del puente, la que conecta a Archeon Oeste con el resto de la ciudad, parece serena.

Y entonces explota en plumas brillantes naranjas y rojas, un sol que rompe la oscuridad plateada. El calor aumenta, pero no por las bombas, es *Maven*. La explosión desata algo en él, encendiendo su llama.

Los sonidos retumban, casi golpeando mis pies y el río debajo se revuelve cuando la parte final del puente se derrumba. Gime y se estremece como un animal moribundo, desmoronándose sobre sí mismo, mientras se desprende de la orilla y el resto de la estructura. Los pilares de hormigón y los alambres de acero se agrietan y se quiebran, chapoteando en el agua o contra la orilla. Una nube de polvo y humo se eleva, cortando el resto de Archeon de la vista. Antes de que el puente siquiera golpee el agua, las alarmas suenan en la plaza.

Por encima de nosotros, las patrullas corren a lo largo de la pared, con ganas de conseguir un buen vistazo de la destrucción. Se gritan unos a otros, sin saber qué hacer con esto. La mayoría solo puede mirar. En los cuarteles, las luces se encienden y los soldados se revuelan, los cinco mil de ellos saltando de la cama. *Soldados de Cal. La legión de Cal.* Y con un poco de suerte, la nuestra.

No puedo apartar los ojos de la llama y el humo, pero Maven lo hace por mí.

—Ahí está —susurra, señalando algunas formas oscuras que corren desde el palacio.

Tiene sus propios guardias, pero Cal supera a todos ellos, corriendo hacia el cuartel. Todavía tiene puesta su ropa de dormir, pero nunca ha parecido tan temible. Mientras los soldados y oficiales salen en avalancha de la plaza, él da órdenes, de alguna manera haciéndose oír por encima de la creciente multitud.

—¡Armas en las puertas! ¡Pongan Ninfas en el otro lado, no queremos que el fuego se extienda!

Sus hombres llevan a cabo las órdenes con rapidez, saltando a cada palabra suya. *Las legiones obedecen a sus generales.*

Detrás de nosotros, Farley se presiona contra la pared, cada vez más cerca de su alcantarilla. Ella girará y correrá a la primera señal de problemas, desapareciendo para luchar otro día. *Eso no va a suceder. Esto funcionará.*

Maven se mueve para ir primero, para hacerle señas de parar a su hermano, pero lo empuja hacia atrás.

—Tengo que hacerlo yo —susurro, sintiendo una extraña especie de calma apoderarse de mí. *Él siempre te elegirá.*

Estoy más allá del punto de no retorno cuando entro en la Plaza, a plena vista de la legión, las patrullas y de Cal. Los focos brillan encendiéndose en la parte superior de los muros, algunos apuntando al puente, otros sobre nosotros. Uno parece ir justo a por mí y tengo que levantar una mano para protegerme los ojos.



—¡Cal! —grito por encima del sonido ensordecedor de cinco mil soldados. De alguna manera, él me oye, su cabeza se apresura en mi dirección. Cruzamos las miradas a través de la masa de soldados colocándose en sus experimentadas líneas y regimientos.

Cuando se mueve hacia mí, abriéndose paso en la marea, creo que podría desmayarme. De repente, todo lo que puedo oír es mi latido del corazón pulsando en mis oídos, ahogando las alarmas y los gritos. Tengo miedo. Y mucho miedo. *Es solo Cal, me digo. El chico que ama la música y las motos. No el soldado, ni el general, ni el príncipe. El chico. Él siempre te elegirá.*

—Vuelve dentro, ¡ahora! —Se eleva por encima de mí, usando su severa voz real que podría hacer que una montaña se inclinase—. ¡Mare, no es seguro...!

Con una fuerza que nunca supe que tenía, me agarro al cuello de su camisa y de alguna manera lo mantengo quieto.

—¿Y si ese era el coste? —Echo una mirada de nuevo al puente roto, ahora envuelto en humo y cenizas—. Nada más que unas cuantas toneladas de hormigón. Y si te dijera que aquí, en este momento, tú podrías arreglarlo todo. Tú podrías salvarnos

Por el parpadeo de sus ojos, puedo ver que tengo su atención.

—No lo hagas —protesta débilmente, con una mano agarrando la mía. Hay miedo en sus ojos, más miedo de lo que he visto en mi vida.

—Una vez dijiste que confiabas en nosotros, en la libertad. En igualdad. *Tú* puedes hacer esto real, con una sola palabra. No habrá una guerra. Nadie va a morir. —Parece congelado por mis palabras, sin atreverse a respirar. No puedo decir lo que está pensando, pero sigo adelante. *Debo hacerle entender*—. Tú tienes el poder en este momento. Este ejército es tuyo, toda esta plaza entera es tuya para tomar y... ¡y para liberar! Ve al palacio, obliga a tu padre que se arrodille y haz lo que sabes que es correcto. ¡Por favor, Cal!

Puedo sentirlo bajo mis manos, su respiración transformándose en jadeos rápidos y nada se ha sentido alguna vez tan real o tan importante. Sé que está pensando, en su reino, su deber, su padre. Y yo, la pequeña chica rayo, pidiéndole que tire todo por la borda. Algo en el fondo me dice que lo hará.

Temblando, presiono un beso en sus labios. *Él me elegirá a mí.* Su piel se siente fría bajo la mía, como un cadáver.

—Elígeme a mí. —Respiro contra él—. Elige un nuevo mundo. *Haz* un mundo mejor. Los soldados te obedecerán. Tu *padre* te obedecerá. —Mi corazón se aprieta y aprieta todos los músculos, a la espera de su respuesta. El foco en nosotros parpadea bajo mi fuerza, encendiéndose y apagándose con cada latido del corazón—. Era mi sangre en las células. Yo ayudé a escapar la Guardia. Y pronto todo el mundo lo sabrá y me matarán. No les dejes. *Sálvame.*

Las palabras lo revuelven y su agarre en mi muñeca se aprieta.

—Siempre fuiste tú.

Él siempre te elegirá.



—Saluda al nuevo amanecer, Cal. Conmigo. Con *nosotros*.

Sus ojos se mueven hacia Maven ahora caminando hacia nosotros. Los hermanos intercambian miradas, hablando de una manera que no entiendo. *Él nos escogerá a nosotros.*

—Siempre fuiste tú —dice de nuevo, cansado y quebrado esta vez. Su voz lleva el dolor de mil muertes, mil traiciones. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera*, recuerdo—. La fuga, el tiroteo, los cortes de energía. Todo comenzó contigo.

Trato de explicarme, todavía tirando hacia atrás. Pero él no tiene ninguna intención de dejarme ir.

—¿Cuántas personas has matado con tu amanecer? ¿Cuántos niños, cuántos inocentes? —Su mano se pone caliente, lo suficientemente caliente como para quemar—. ¿A cuánta gente has traicionado?

Mis rodillas se doblan, haciéndome caer, pero Cal no me suelta. Vagamente, oigo a Maven gritando en alguna parte, el príncipe metiéndose para salvar a su princesa. *Pero no soy una princesa. No soy la chica a la que salvan.* A medida que el fuego se extiende en Cal, flameando detrás de sus ojos, el rayo se dispara a través de mí, alimentado por la ira. Colisiona entre nosotros, apartándome de Cal. Mi mente zumba, nublada por el dolor, la ira y la electricidad.

Detrás de mí, Maven grita. Me giro justo a tiempo para verlo gritando detrás a Farley, gesticulando con las manos.

—¡Corre! ¡Corre!

Cal salta de pie más rápido que yo, gritando algo a sus soldados. Sus ojos siguen el grito de Maven, conectando los puntos, como solo un general puede.

—¡Las alcantarillas! —ruge, todavía mirándome—. Están en las alcantarillas.

La sombra de Farley desaparece, tratando de escapar mientras los disparos la siguen. Los soldados corren por la plaza, arrancando las rejillas y alcantarillas y tuberías, dejando al descubierto el sistema debajo. Se vierten en los túneles como una terrible inundación. Quiero cubrir mis oídos, para bloquear los gritos, las balas y la sangre.

Kilorn. Su nombre revolotea débilmente en mis pensamientos, no hay más que un susurro. No puedo pensar en él por mucho tiempo; Cal sigue de pie sobre mí, con todo su cuerpo temblando. Pero él no me asusta. No creo que nada me puede asustar ahora. *Lo peor ya ha pasado. Hemos perdido.*

—¿Cuántos? —le grito, encontrando la fuerza para enfrentarme a él—. ¿Cuántos muertos de hambre? ¿Cuántos asesinados? ¿Cuántos apartados para morir? ¿Cuántos, *mi príncipe*?

Pensaba que conocía el odio antes de hoy. *Estaba equivocada. Sobre mí, sobre Cal, sobre todo.* El dolor hace girar mi cabeza, pero de alguna manera mantengo mis pies, de alguna manera no me caigo. *Él nunca me elegirá.*

—¡Mi hermano, el padre de Kilorn, Tristan, Walsh!

Lo qué se siente como un centenar de nombres estallan de mí, recitando de tirón todos los perdidos. No significan nada para Cal, pero todo para mí. Y sé que hay miles, millones más. Un millón de errores olvidados.

Cal no contesta y espero ver la rabia que siento reflejada en sus ojos. En cambio, no veo nada más que tristeza. Él susurra de nuevo y las palabras me dan ganas de caer y nunca levantarme de nuevo.

—Me gustaría que las cosas fuesen diferentes.

Espero las chispas, espero un rayo, pero nunca llega. Cuando siento unas manos frías en el cuello y el metal encadenando en las muñecas, sé por qué. El Instructor Arven, el silencioso, el único que puede hacernos humanos, está detrás de mí, empujando hacia abajo todas mis fuerzas hasta que no soy más que una chica llorando de nuevo. Me lo ha quitado todo, toda la fuerza y todo el poder que pensaba que tenía. *He perdido*. Cuando mis rodillas renuncian esta vez no hay nadie para sostenerme. Vagamente, oigo a Maven gritar antes de que él también sea tirado al suelo.

—¡Hermano! —ruge, tratando de hacer ver a Cal lo que está haciendo—. ¡Ellos la matarán! ¡*Me* matarán! —Pero Cal ya no nos está escuchando. Habla con uno de sus capitanes, y no me molesto en escuchar las palabras. No podría incluso si quisiera.

El suelo debajo de mí parece temblar con cada ronda de disparos muy por debajo. ¿Cuánta sangre manchará los túneles esta noche?

Mi cabeza es demasiado pesada, mi cuerpo demasiado débil y me dejo desplomar contra el suelo de baldosas. Se siente frío bajo mi mejilla, suave y lisa. Maven se lanza hacia adelante, su cabeza aterriza a mi lado. *Recuerdo un momento como este*. El grito de Gisa y la destrucción de los huesos se hacen eco débilmente, un fantasma dentro de mi cabeza.

—Llévenlos dentro, a donde el rey. Él los juzgará a los dos.

Ya no reconozco la voz de Cal. Le he convertido en un monstruo. He forzado su mano. Le he obligado a elegir. Estaba ansiosa, he sido estúpida. Me he dejado tener esperanza.

Soy una tonta.

El sol empieza a subir detrás de la cabeza de Cal, enmarcándole contra la madrugada. Es demasiado brillante, demasiado fuerte y demasiado pronto; tengo que cerrar los ojos.



26

A penas puedo mantener el ritmo, pero el soldado a mis espaldas, sosteniendo mis brazos encadenados, sigue empujando. Otro le hace lo mismo a Maven, obligándolo a ir conmigo. Arven nos sigue, asegurándose de que no podamos escapar. Su presencia es un peso oscuro, embotando mis sentidos. Todavía puedo ver el pasillo a nuestro alrededor, vacío y lejos de las miradas indiscretas de la corte, pero no tengo la fuerza para que me importe. Cal lidera el grupo, con los hombros tensos y erguidos, mientras lucha contra el impulso de mirar hacia atrás.

El sonido de los disparos, los gritos y la sangre en los túneles retumba en mi mente. *Están muertos. Estamos muertos. Se ha terminado.*

Espero que bajemos, para dirigirnos hasta la celda más oscura del mundo. En cambio, Cal nos lleva hacia arriba, a una habitación sin ventanas ni Centinelas. Nuestras pisadas ni siquiera hacen eco a medida que entramos, insonorizada. Nadie puede escucharnos. Y eso me asusta más que las armas de fuego, o el fuego, o la pura rabia que emana del rey.

Se pone de pie en el centro de la habitación, vestido con su propia armadura dorada, con la corona en la cabeza. Su espada ceremonial cuelga a su lado de nuevo, junto con una pistola que probablemente nunca ha usado. *Todo forma parte del espectáculo. Al menos lo parece.*

La reina está también aquí, esperándonos en, con nada más que un vestido blanco y fino. En el momento en que entramos, sus ojos se encuentran con los míos y fuerza su camino en mis pensamientos, como un cuchillo en la carne. Trago, tratando de agarrarme la cabeza, pero los grilletes me mantienen firme.

Todo relampaguea ante mis ojos de nuevo, de principio a fin. El carro de Will. La Guardia. Kilorn. Los motines, las reuniones, los mensajes secretos. El rostro de Maven girando en los recuerdos, lo que hace que se destaque contra la refriega, pero Elara lo empuja. *No quiere ver lo que recuerdo de él.* Mi cerebro protesta ante la embestida, saltando de un pensamiento a otro; hasta que toda mi vida, cada beso y cada secreto, le es revelada.

Cuando se detiene, me siento muerta. Quiero *estar* muerta. Por lo menos, no tendré que esperar mucho.

—Dejadnos —exige Elara, su voz cortante y aguda.

Los soldados aguardan, mirando a Cal. Cuando asiente con la cabeza, se van, saliendo en un estruendo de botas. Pero Arven queda atrás, su influencia sigue



237

presionando sobre mí. Cuando la marcha de las botas se desvanece, el rey se permite exhalar.

—¿Hijo? —Mira a Cal, y puedo ver el temblor más mínimo en sus dedos. Pero qué podría temer, no lo sé—. Quiero escuchar esto de tu boca.

—Forman parte de esto desde hace tiempo —murmura Cal, apenas capaz de decir las palabras—. Desde que ella llegó aquí.

—¿Ambos? —Tiberias se aparta de Cal, hacia su hijo olvidado. Incluso parece triste, su rostro refleja un gesto de dolor. Sus ojos vacilan, reacios a sostenerle la mirada; pero Maven mira fijamente a la derecha, una vez más. *Ni se inmuta*—. ¿Sabías sobre esto, muchacho?

Maven asiente.

—He ayudado a planearlo.

Tiberias tropieza, como si sus palabras fuesen un golpe físico.

—¿Y el tiroteo?

—Elegí los objetivos. —Cal aprieta sus ojos cerrándolos, como si así pudiese bloquear todo esto.

Los ojos de Maven pasan de su padre a Elara, que permanece cerca. Se sostienen la mirada y, por un momento, creo que está buscando en sus pensamientos. Con un sobresalto, me doy cuenta de que no lo hará. *No puede permitirse mirar*.

—Me dijiste que encontrara una causa, padre. Y lo he hecho. ¿Te sientes orgulloso de mí?

Pero Tiberias me rodea, gruñendo como un oso.

—¡Tú has hecho esto! Lo has envenenado, ¡has envenenado a mi muchacho! — Cuando las lágrimas brotan de sus ojos, comprendo que su corazón, sin importar lo pequeño o frío que sea, se ha roto. *A su manera, ama a Maven. Pero ya es demasiado tarde*—. ¡Has alejado a mi hijo de mí!

—Eso lo ha hecho usted solo —le digo con los dientes apretados—. Maven tiene su propio corazón y cree en un mundo diferente tanto como yo. En todo caso, su hijo me ha cambiado a mí.

—No te creo. Le has engañado de alguna manera.

—No miente. —Escuchar a Elara estar de acuerdo conmigo me deja sin aliento—. Nuestro hijo siempre ha tenido sed de cambio. —Persiste en mirar a su hijo. Suena *asustada*—. Sólo es un niño, Tiberias.

Sálvalo, grito en mi cabeza. Tiene que oírme. *Tiene que hacerlo*.

A mi lado, Maven suspira fuerte, esperando lo que podría ser nuestra perdición.

Tiberias mira a sus pies, conoce las leyes mejor que nadie; pero Cal es lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a la mirada de su hermano. Puedo verlo recordar su vida en común. *Llama y sombra. Uno no puede existir sin el otro*.



Después de un largo momento de calor y sofocante silencio, el rey pone una mano en el hombro de Cal. Su cabeza se sacude de un lado a otro y las lágrimas viajan por sus mejillas hacia su barba.

—Niño o no, Maven ha matado. Junto con esta... esta serpiente. —Me señala con un dedo tembloroso—. Ha cometido graves crímenes contra los suyos. Contra *mí* y contra ti. Contra nuestro trono.

—Padre... —Cal se mueve rápidamente, interponiéndose entre nosotros y el rey—. Es tu hijo. Tiene que haber otra manera.

Tiberias se queda quieto, dejando de lado el ser padre para convertirse en rey de nuevo. Se seca las lágrimas con la mano.

—Cuando lleves mi corona, lo entenderás.

Los ojos de la reina se estrechan hasta que son dos grietas azules. *Sus ojos, son iguales que los de Maven.*

—Afortunadamente, eso nunca sucederá —dice sin rodeos.

—¿Qué? —Tiberias se vuelve hacia ella, pero se detiene a mitad de camino, congelado en el sitio.

He visto esto antes. En la arena, hace mucho tiempo, cuando el Susurrador venció al Brazosfuertes. Elara incluso lo hizo conmigo, convirtiéndome en un títere. Una vez más, es quien maneja las cuerdas.

—Elara, ¿qué estás haciendo? —sisea entre dientes.

Responde con palabras que no puedo oír, hablando en la cabeza del rey. No le gusta su respuesta.

—¡No! —grita mientras lo obliga a arrodillarse con sus susurros.

Cal se enfurece, sus puños explotando en llamas; pero Elara levanta la mano, deteniéndolo en seco. *Los controla a ambos.*

Tiberias lucha, con los dientes apretados, pero no puede moverse ni un milímetro. Apenas puede hablar.

—¡Elara! ¡Arven...!

Pero mi viejo instructor no se mueve. En cambio, se queda en silencio, lo único que puede hacer es mirar. Parece que su lealtad no está con el rey, sino con la reina.

Nos está salvando. Por la vida de su hijo, va a salvarnos. Apostamos que Cal me ame lo suficiente para cambiar el mundo, deberíamos haber mirado a la reina en su lugar. Me dan ganas de reír, sonreír, pero algo en el rostro de Cal mantiene mi alivio a raya.

—Julian me avisó —gruñe Cal, todavía tratando de romper su agarre—. Pensé que estaba mintiendo acerca de ti, de mi madre, acerca de lo que le hiciste.

De rodillas, el rey aúlla. Es un sonido miserable, uno que nunca quiero volver a oír.

—Coriane —gime, mirando al suelo—. Julian lo sabía. Sara lo sabía. La castigaste por la verdad.



Hay gotas de sudor en la frente de Elara. No puede sostener al rey y al príncipe por mucho más tiempo.

—Elara, tienes que sacar a Maven aquí —le digo—. No te preocupes por mí, simplemente mantenlo a salvo.

—Oh, no te preocupes, pequeña chica rayo —se burla—. No pienso en ti en absoluto. Aunque tu lealtad hacia mi hijo es bastante inspiradora. ¿No es así, Maven? —Lanza una mirada por encima del hombro a su hijo, aún con grilletes.

En respuesta, sus brazos se abren, separando los ganchos de metal con sorprendente facilidad. Se funden fuera de sus muñecas en pegotes de hierro caliente, haciendo agujeros en el suelo. Cuando se pone en pie, espero que me defienda, para salvarme como yo trato de salvarlo. Entonces me doy cuenta de que Arven todavía me sostiene y la sensación familiar de las chispas, de electricidad, no ha regresado. Todavía me frena, a pesar de que ha dejado ir a Maven.

Cuando los ojos de Cal se encuentran con los míos, sé que lo entiende mucho mejor que yo. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera*, hace eco cada vez más fuerte, hasta que aúlla en mis oídos como los vientos del huracán.

—¿Maven? —Tengo que mirar hacia arriba para ver su rostro y, por un segundo, no lo reconozco. Sigue siendo el mismo chico que me consoló, me besó, me mantuvo fuerte. Mi amigo. *Más que mi amigo*. Pero algo le pasa. Algo ha cambiado—. Maven, ayúdame.

Cuadra los hombros, haciendo estallar los huesos para ahuyentar el dolor. Sus movimientos son lentos y extraños; y cuando se pone de nuevo en pie, con las manos en las caderas, me siento como si lo estuviera viendo por primera vez. *Sus ojos son tan fríos*.

—No, no lo creo.

—¿Qué? —Mi voz suena como la de otra persona. Sueno como una niña pequeña. *Soy sólo una niña*.

Maven no contesta pero sostiene mi mirada. El muchacho que conozco sigue ahí, escondido, parpadeando detrás de sus ojos. *Si tan sólo pudiera alcanzarlo*, pero Maven se mueve más rápido, se aleja cuando me acerco.

—¡CAPITÁN TYROS! —brama Cal, todavía capaz de hablar. Elara todavía no le ha quitado eso. Pero nadie viene corriendo. Nadie nos puede escuchar—. ¡CAPITÁN TYROS! —grita otra vez, suplicándole a nadie—. ¡EVANGELINE! ¡PTOLEMUS! ¡ALGUIEN, AUXILIO!

Elara disfruta dejándolo gritar, gozando del sonido, pero Maven se estremece.

—¿Tenemos que escuchar esto? —pregunta.

—No, supongo que no tenemos que hacerlo —suspira, inclinando la cabeza.

El cuerpo de Cal se mueve con sus pensamientos, girándose para enfrentar a su padre. Cal entra en pánico, con los ojos cada vez más amplios.

—¿Qué estás haciendo?

Debajo de él, el rostro del rey se oscurece.



—¿No es obvio?

No entiendo nada. Éste no es mi sitio. Julian estaba en lo cierto. Este es un juego que no entiendo, un juego al que no sé jugar. Desearía que Julian estuviera aquí ahora, para explicármelo, para ayudarme, para salvarme. Pero no va a venir nadie.

—Maven, por favor —ruego intentando que me mire. Pero me da la espalda, centrándose en su madre y su sangre de traidor. *Es el hijo de su madre.*

A ella no le importa que él estuviese en mis recuerdos. No le importa que él fuera parte de todo esto. Ni siquiera pareció sorprendida. La respuesta es terriblemente sencilla. *Porque ya lo sabía. Porque es su hijo. Porque este era su plan desde el principio.* Ese pensamiento duele como cuchillos corriendo a lo largo de mi piel, pero el dolor sólo lo hace más real.

—Me has usado.

Finalmente, Maven se digna a mirarme.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

—Escogiste los objetivos. El coronel, Reynald, Belicos, incluso Ptolemus... no eran enemigos de la Guardia, eran los tuyos. —Quiero despedazarlo, con rayo o no. Quiero hacerle daño.

Por fin estoy aprendiendo la lección. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera.*

—Y esto, esto era sólo otro plan. ¡Me empujaste a esto, a pesar de que era imposible, a pesar de que sabías que Cal nunca traicionaría a su padre! Me lo hiciste creer. Se lo hiciste creer a todos.

—No es culpa mía que fueses tan estúpida como para seguirme la corriente —responde—. Ahora la Guardia está acabada.

Se siente como una patada en los dientes.

—Eran tus amigos. *Confíaron* en ti.

—Eran una amenaza para mi reino, y eran estúpidos —dispara de nuevo. Se agacha, inclinándose sobre mí con una mueca retorcida—. *Eran.*

Elara se ríe de su broma cruel.

—Fue muy fácil meterte en el medio. Sólo se necesitó una sirvienta sensiblera. Cómo tales tontos se convirtieron en un peligro, nunca lo sabré.

—Me hiciste creer —le susurro de nuevo, recordando cada mentira que me ha dicho—. Pensaba que nos querías ayudar. —Suenas como un gemido. Por una fracción de segundo, sus rasgos pálidos se suavizan. Pero no dura.

—Tonta —dice Elara—. Tu idiotez casi ha sido nuestra ruina. Usando a tu propio guarda en la huida, provocando todos los apagones; ¿de verdad creías que era tan estúpida como para perderme tus pistas?

Entumecida, niego con la cabeza.

—Me dejaste hacerlo. Lo sabías todo.



—Por supuesto que lo sabía. ¿Cómo crees que llegaste tan lejos? *Tuve* que cubrir tus pistas, *tuve* que protegerte de cualquier persona con suficiente sentido común para ver las señales —dice, gruñendo como un animal—. No sabes lo lejos que he llegado para mantenerte a salvo. —Se ruboriza con placer, disfrutando cada segundo—. Pero eres Roja e, igual que todos los demás, estabas condenada al fracaso.

Me doy cuenta, cuando los recuerdos encajan en su lugar. Debería haber sabido, en el fondo, que no tenía que confiar en Maven. *Era demasiado perfecto, demasiado valiente, demasiado amable. Dio la espalda a los suyos para unirse a la Guardia. Me empujó a Cal. Me dio exactamente lo que quería y me dejó ciega.*

Queriendo gritar, con ganas de llorar, miro a Elara.

—Le dijiste exactamente qué decir —susurro. No tiene que asentir, sé que tengo razón—. Sabes quién soy aquí, sabías... —Me duele la cabeza, recordando cómo jugó con mi mente—... sabías exactamente cómo engatusarme.

No hay dolor más profundo que la mirada hueca en el rostro de Maven.

—¿Algo ha sido verdad?

Cuando niega con la cabeza, sé que eso también es mentira.

—¿Incluso Thomas?

El muchacho en el frente de la guerra, el chico que murió luchando una guerra ajena. *Su nombre era Thomas y lo vi morir.*

El nombre crea un agujero en su máscara, creando grietas en la fachada de fría indiferencia, pero no es suficiente. Se encoge de hombros ante el nombre y el dolor que le causa.

—Otro chico muerto. Da igual.

—Él no da igual —susurro para mí misma.

—Creo que es hora de despedirse, Maven —nos interrumpe Elara, poniendo una mano blanca sobre el hombro de su hijo. He llegado demasiado cerca de su punto débil y no me dejará seguir empujando.

—No tengo a quién —susurra, volviéndose hacia su padre. Sus ojos azules vacilan, mirando a la corona, la espada, la armadura; a cualquier lugar, excepto al rostro de su padre—. Nunca me has mirado. Nunca me has visto. No cuando le tenías a él. —Gira su cabeza hacia Cal.

—Sabes que no es cierto, Maven. Eres *mi hijo*. Nada va a cambiar eso. Ni siquiera ella —dice Tiberias, echando una mirada a Elara—. Ni siquiera lo que está a punto de hacer.

—Querido, yo no voy a hacer nada —sisea de nuevo—. Pero tu amado hijo —abofetea a Cal en todo el rostro—, el heredero perfecto —le pega de nuevo, más fuerte esta vez—, el hijo de Coriane. —Otra bofetada extrae sangre, partiéndole el labio—. No puedo hablar por él.

Una gruesa gota de sangre plateada gotea por la barbilla de Cal. Los ojos de Maven permanecen en la sangre y el más leve fruncimiento aparece en sus rasgos.



—Nosotros también tuvimos un hijo, Tibe—susurra Elara, su voz desigual por la rabia, mientras vuelve su atención al rey—. No importa cómo te sentías por mí, se suponía que debías amarlo.

—¡Lo *hice*!—grita, luchando contra su agarre mental—. Lo hago.

Sé lo que se siente al ser dejado de lado, de pie a la sombra de otro. Pero esta clase de ira, esta asesina, destructora y terrible escena está más allá de mi comprensión. Maven ama a su padre, su hermano... ¿cómo puede dejar que haga esto? ¿Cómo puede *desear* esto?

Pero se queda quieto, mirando; y no puedo encontrar las palabras para hacer que se mueva.

Nada me prepara para lo que viene después, lo que Elara les obliga a hacer a sus títeres. La mano de Cal tiembla, estirándose, empujada por su voluntad. Trata de resistir, lucha con toda la fuerza que tiene, pero no sirve de nada. Ésta es una batalla que no sabe cómo luchar. Cuando su mano se cierra alrededor de la espada dorada, tirando de la funda en la cintura de su padre, la última pieza del rompecabezas se acomoda en su lugar. Lágrimas, por supuesto, caen por su rostro, vaporizándose sobre la piel al rojo vivo.

—No eres tú —dice Tiberias, con sus ojos en el rostro miserable de Cal. No se molesta en rogar por su vida—. Sé que no eres tú, hijo. Esto no es culpa tuya.

Nadie se merece esto. *Nadie*. En mi cabeza, alcanzo el rayo y viene. Alejo a Elara y Maven, salvando al príncipe y al rey. Pero incluso la fantasía está contaminada. Farley está muerta. Kilorn está muerto. La revolución ha terminado. Incluso en mi imaginación, no puedo arreglar eso.

La espada se eleva en el aire, sacudiéndose en los dedos temblorosos de Cal. La hoja es ceremonial, pero el borde reluce, afilado como una navaja de afeitar. El acero enrojece, calentado bajo el toque de fuego de Cal, y trozos de la empuñadura dorada se derriten entre sus dedos. El oro, la plata y el hierro, gotean de sus manos como lágrimas.

Maven observa la hoja de cerca, con cuidado, porque tiene miedo de mirar a su padre en sus últimos momentos. *Pensaba que eras valiente. Estaba tan equivocada.*

—Por favor —es todo lo que Cal puede decir, forzando las palabras—. Por favor.

No hay arrepentimiento en los ojos de Elara y tampoco remordimiento. Es algo que se avecinaba desde hace mucho. Cuando la espada brilla, arqueándose a través del aire y atraviesa la carne y hueso, no parpadea.

El cadáver del rey aterriza con un golpe, su cabeza rueda para detenerse a unos metros de distancia. Sangre Plateada baña el suelo en un charco de espejo, llegando a los pies de Cal. Deja caer la espada, dejándola chocar contra la piedra, antes de caer de rodillas, con su cabeza entre sus manos. La corona traquetea por el suelo, dando vueltas sobre la sangre; hasta que se detiene a los pies de Maven, con puntos brillantes con plata líquida.

Cuando Elara grita, lamentando y moviéndose sobre el cuerpo del rey, casi me río en voz alta ante lo absurdo de todo. *¿Ha cambiado de opinión? ¿Está completamente*



loca? Entonces oigo el clic de las cámaras encendiéndose, volviendo a la vida. Se asoman de las paredes, apuntando hacia abajo al cuerpo del rey y lo que parece ser una reina llorando por su marido caído. Maven grita a su lado, con una mano en el hombro de su madre.

—¡Lo has matado! ¡Has matado al rey! ¡Has matado a nuestro padre! —grita en el rostro de Cal. Un indicio de sonrisa aparece y, de alguna manera, Cal resiste las ganas de arrancarle la cabeza a su hermano. Está conmocionado, sin comprender, sin querer entender. Pero por una vez, yo lo hago.

La verdad no importa. Sólo importa lo que la gente cree. Julian trató de enseñarme esa lección y, ahora, lo entiendo. *Creerán esta pequeña escena, este bonito juego de actores y mentiras. Y ningún ejército, ningún país seguirá a un hombre que ha asesinado a su padre por la corona.*

—¡Corre, Cal! —grito, tratando de traerlo de nuevo a la vida—. ¡Tienes que correr!

Arven deja que me vaya y el pulso eléctrico regresa, surgiendo a través de mis venas como fuego a través del hielo. No tiene importancia golpear el metal, quemarlo con los rayos hasta quitarlo de mis muñecas. Conozco este sentimiento. Conozco el instinto que se levanta en mí ahora. *Corre. Corre. Corre.*

Agarro los hombros de Cal, tratando de tirar de él, pero el gran zoquete no se mueve. Le doy una pequeña descarga, sólo lo suficiente para llamar su atención, antes de gritar de nuevo.

—¡CORRE!

Es suficiente y lucha con sus pies, casi resbalando en el charco de sangre.

Espero que Elara pelee conmigo, que haga que me mate o mate a Cal; pero sigue gritando, actuando para las cámaras. Maven está por encima de ella, con los brazos en llamas, listo para proteger a su madre. Ni siquiera trata de detenernos.

—¡No tenéis a dónde huir! —grita, pero yo ya estoy corriendo, arrastrando a Cal—. ¡Sois unos asesinos, traidores y os enfrentaréis a la justicia!

Su voz, una voz que conocía tan bien, parece que nos persigue a través de las puertas y el pasillo. Las voces en mi cabeza gritan con él.

Chica estúpida. Niña tonta. Mira lo que tu esperanza ha provocado.

Entonces es Cal quien me arrastra, obligándome a mantener el ritmo. Lágrimas calientes de ira, rabia y tristeza llenan mis ojos, hasta que no puedo ver nada que no sea mi mano en la suya. A dónde me dirige, no lo sé. Sólo puedo seguirlo.

Resuenan pies a nuestras espaldas, el sonido familiar de las botas. Oficiales, Centinelas, soldados, están rastreando, vienen a por nosotros.

El suelo debajo de nosotros cambia constantemente, de la madera pulida a remolinos de mármol, el salón de banquetes. Largas mesas puestas con porcelana fina bloqueando el camino, pero Cal las lanza a un lado con una ráfaga de fuego. El humo enciende el sistema de alarma y el agua nos cae encima, luchando contra el fuego. Se convierte en vapor en la piel de Cal, envolviéndolo en una nube blanca. Parece un



fantasma, perseguido por una vida repentinamente arrancada, y no sé cómo consolarlo.

El mundo se ralentiza para mí mientras el otro extremo de la sala del banquete se oscurece con uniformes grises y pistolas negras. No hay otro lugar al que huir. Debo luchar.

El rayo arde en mi piel, rogando ser desatado.

—No. —La voz de Cal es hueca, rota. Baja sus propias manos, dejando que las llamas desaparezcan—. No podemos ganar esta vez.

Tiene razón.

Se acercan desde las muchas puertas y arcos, e incluso las ventanas están agolpadas con uniformes. Cientos de Plateados, armados hasta los dientes, dispuestos a matar. *Estamos atrapados.*

Cal busca en los rostros, sus ojos permaneciendo en los soldados. *Sus propios hombres.* Por la forma que lo miran, observándolo, sé que ya han visto el horror que Elara ha creado. Sus lealtades están rotas, al igual que su general. Uno de ellos, un capitán, tiembla al ver a Cal. Para mi sorpresa, guarda su pistola mientras da un paso adelante.

—Sométanse al arresto —dice, le tiemblan las manos.

Cal mira fijamente a los ojos a su viejo amigo y asiente.

—Nos sometemos a la detención, capitán Tyros.

Corre, grita cada centímetro de mí. Pero por una vez, no puedo. A mi lado, Cal igual de afectado, sus ojos reflejan un dolor que ni siquiera puedo imaginar. Sus heridas son más profundas.

También ha aprendido la lección.



27

*M*aven me ha traicionado. No, nunca ha estado de mi lado en absoluto.

Mis ojos se ajustan, viendo barras en la penumbra. El techo es bajo y pesado, como el aire subterráneo. Nunca he estado aquí antes, pero de todas formas lo conozco.

—El Cuenco de Huesos —susurro en voz alta, esperando que nadie me oiga.

En cambio, alguien se ríe.

La oscuridad continúa ascendiendo, revelando más de la celda. La forma de un bulto está ubicada contra los barras junto a mí, moviéndose con cada carcajada.

—Yo tenía cuatro años la primera vez que vine aquí, y Maven apenas tenía dos. Se escondió detrás de las faldas de su madre, con miedo de la oscuridad y las celdas vacías. —Cal se ríe, cada palabra afilada como un cuchillo—. Supongo que ya no le tiene miedo a la oscuridad.

—No, no lo tiene.

Soy la sombra de la llama. Le creí a Maven cuando dijo esas palabras, cuando me dijo lo mucho que odiaba este mundo. Ahora sé que todo fue un truco, un truco magistral. Cada palabra, cada caricia, cada *mirada* fue una mentira. *Y pensaba que yo era la mentirosa.*

Instintivamente trato de contactarme con mis habilidades, buscando cualquier pulso de electricidad, algo que me dé una chispa de energía. Pero no hay nada. Nada más que una ausencia plana y absoluta, una sensación de vacío que me hace temblar.

—¿Arven está cerca? —pregunto, recordando cómo apagó mis habilidades, obligándome a ver como Maven y su madre destruían su familia—. No puedo sentir nada.

—Son las celdas —dice Cal sombríamente. Sus manos dibujan formas en el suelo sucio, *llamas*—. Elaboradas de Piedra de Silencio. No me pidas que lo explique, porque no puedo, y no tengo ganas de intentarlo.

Levanta la mirada, con los ojos mirando a través de la oscuridad a la interminable línea de celdas. Debería tener miedo, pero no me queda nada que temer. Lo peor ya ha pasado.

—Antes de los enfrentamientos, cuando todavía teníamos que ejecutar a nuestra propia gente, el Cuenco de Huesos acogía todo de lo que están hechas las pesadillas. El Gran Greco, que solía romper hombres por la mitad y comer sus hígados. La Novia



Venenosa. Ella era una Animos de la Casa Viper y envió serpientes a la cama de mi tatarata-tatarata tío en su noche de bodas. Dicen que su sangre se convirtió en veneno, fue mordido muchas veces. —Cal los enumera, a los criminales de su mundo. Suenan como historias inventadas para hacer que los niños se comporten—. Ahora, nosotros. El príncipe Traidor, me llamarán. “Mató a su padre por la corona. Simplemente no pudo esperar”.

No puedo evitar añadir a la historia.

—“La perra que lo obligó a hacerlo”, cotillearán entre ellos. —Puedo verlo en mi cabeza, siendo gritado en cada esquina, desde cada pantalla de vídeo—. Me culparán, la pequeña chica radio. Llené tus pensamientos con veneno, te corrompí. Te obligué a hacerlo.

—Casi lo has hecho —murmura en respuesta—. Casi te he elegido esta mañana.

¿Ha sido esta mañana? Eso no puede ser verdad. Me empujo contra los barrotes, inclinándome a pocos centímetros de distancia de Cal.

—Nos van a matar.

Cal asiente, riendo de nuevo. Lo he oído reír antes, de mí cada vez que trataba de bailar, pero este sonido no es lo mismo. Su calor se ha ido, sin dejar nada atrás.

—El rey se ocupará de eso. Seremos ejecutados.

Ejecución. No me sorprende, ni en lo más mínimo.

—¿Cómo lo harán? —Apenas puedo recordar la última ejecución. Sólo quedan imágenes: sangre plateada sobre la arena, el rugido de una multitud. Y recuerdo la horca en casa, la cuerda balanceándose con un viento áspero.

Los hombros de Cal se tensan.

—Hay muchas maneras. Juntos, uno a la vez, con espadas, armas o habilidades o las tres cosas. —Deja salir un suspiro, ya resignado a su suerte—. Lo harán doloroso. No será rápido.

—Tal vez sangraré por todo el lugar. Eso le dará al resto del mundo algo en que pensar. —El sombrío pensamiento me hace sonreír. Cuando muera, plantaré mi propia bandera roja, salpicándola a través de las arenas de la enorme arena—. No será capaz de ocultarme entonces. Todos sabrán lo que soy realmente.

—¿Crees que cambiaré algo?

Debe hacerlo. Farley tiene la lista, Farley encontrará a los otros... pero Farley está muerta. Sólo puedo esperar que haya transmitido el mensaje, a alguien que siga con vida. Los otros todavía están por ahí, y deben ser encontrados. Deben continuar, porque yo ya no puedo.

—Creo que no lo hará —Cal continúa, su voz llena el silencio—. Creo que lo utilizará como una excusa. Habrá más reclutamientos, más leyes, más campos de trabajo. Su madre inventará otra maravillosa mentira, y el mundo seguirá girando, lo mismo que antes.

No. Nunca lo mismo otra vez.



—Buscará más como yo. —Me doy cuenta en voz alta. Ya he caído, ya he perdido, ya estoy muerta. Y este es el último clavo en el ataúd. Mi cabeza cae en mis manos, sintiendo mis afilados y hábiles dedos enroscarse en mi cabello.

Cal se mueve contra los barrotes, su peso envía vibraciones a través del metal.

—¿Qué?

—Hay otros. Julián lo descubrió. Me dijo cómo encontrarlos, y... —Mi voz se quiebra, sin querer continuar—. Y yo se lo conté. —Siento ganas de gritar—. Él me ha usado a la perfección.

A través de los barrotes, Cal se gira para mirarme. A pesar de que sus habilidades están muy lejos, suprimidas por estas horribles paredes, un infierno ruge en sus ojos.

—¿Cómo se siente? —gruñe, casi nariz con nariz conmigo—. ¿Cómo se siente ser utilizada, Mare Barrow?

Una vez, hubiera dado cualquier cosa por oírle decir mi nombre real, pero ahora arde como una quemadura. *Pensaba que estaba usándolos a los dos, Maven y Cal. Cuan estúpida he sido.*

—Lo siento —consigo pronunciar. Desprecio esas palabras, pero son todo lo que puedo dar—. No soy Maven, Cal. No he hecho esto para lastimarte. Nunca he querido hacerte daño. —Y más suave, apenas audible—. No todo ha sido una mentira.

Su cabeza golpea de nuevo contra los barrotes, tan fuerte que ha debido de doler, pero Cal no parece notarlo. Como yo, ha perdido la capacidad para sentir dolor o miedo. Ha sucedido demasiado.

—¿Crees que matará a mis padres? —*Mi hermana, mis hermanos.* Por una vez, me alegro de que Shade esté muerto y fuera del alcance de Maven.

Siento una sorprendente calidez que emana contra mí, acomodándose en mis huesos temblorosos. Cal se ha movido de nuevo, apoyándose contra las barras justo detrás de mí. Su calor es suave, natural, no impulsado por la ira o la habilidad. Es *humano*. Puedo sentirlo respirando, su corazón latiendo. Martillea como un tambor mientras encuentra la fuerza para mentirme.

—Creo que tiene cosas más importantes en las que pensar.

Sé que puede sentirme llorando, mis hombros tiemblan con cada sollozo, pero no dice nada. No hay palabras para esto. Pero se queda ahí, mi última pizca de calor en un mundo volviéndose polvo. Lloro por todos ellos. Farley, Tristan, Walsh, Will. Shade, Bree, Tramy, Gisa, mamá y papá. *Luchadores, todos ellos.* Y Kilorn. No he podido salvarlo, sin importar cuánto lo haya intentado. Ni siquiera puedo salvarme a mí misma.

Por lo menos tengo mis pendientes. Los pequeños puntos afilados en mi piel, se quedarán conmigo hasta el final. *Muero con ellos y ellos conmigo.*

Nos quedamos así por lo que deben ser horas, ya que nada cambia para marcar el paso del tiempo. Incluso me quedo dormida una vez, antes de que una voz familiar me despierte de golpe.

—En otra vida, podría estar celoso.



Las palabras de Maven envían escalofríos por mi columna vertebral y no en el buen sentido.

Cal se pone en pie más rápido de lo que penaba posible y se lanza hacia las barras, haciendo repicar al metal. Sin embargo, las barras se mantienen firmes, y Maven, el astuto, asqueroso y horrible Maven, está justo fuera de su alcance. Para mi deleite, aun así se estremece apartándose.

—Guarda tu fuerza, hermano —dice, con los dientes haciendo clic al juntarse con cada palabra—. La necesitarás pronto.

A pesar de que no lleva corona, Maven ya actúa con aires de un terrible rey. Su uniforme de gala está lleno de nuevas medallas. Una vez fueron de su padre, me sorprende que no estén todavía cubiertas de sangre. Está aún más pálido que antes, aunque los círculos oscuros bajo sus ojos ya no están. El asesinato le ayuda a dormir.

—¿Estarás tú en la arena? —Cal gruñe a través de los barrotes, con las manos firmemente sobre el hierro—. ¿Lo harás tú mismo? ¿Por lo menos tienes el valor?

No puedo encontrar la fuerza para ponerme de pie, ni para ir contra las barras, arrancar el metal con mis propias manos hasta que lo único que sienta sea la garganta de Maven. Sólo puedo mirar.

Él se ríe estúpidamente ante las palabras de su hermano.

—Ambos sabemos que nunca te podría vencer con habilidad —dice, lanzando en respuesta el propio consejo de Cal de hace tanto tiempo—. Así que te he ganado con mi cabeza, querido hermano.

Una vez, me dijo que Cal odiaba perder. Ahora me doy cuenta que el que jugaba a ganar siempre es Maven. Cada respiración, cada palabra era en servicio de esta sangrienta victoria.

Cal gruñe en voz baja.

—Mavey —dice, pero el apodo ya no contiene nada de amor—. ¿Cómo has podido hacerle esto a padre? ¿A mí? ¿A ella?

—Un rey asesinado, un príncipe traidor. Tanta sangre —se burla, bailando fuera del alcance de Cal—. Lloran en las calles por nuestro padre. O por lo menos, pretenden hacerlo —añade con un gesto desinteresado—. Los tontos lobos esperan a que yo tropiece, y los inteligentes saben que no lo haré. La Casa Samos, la Casa Iral, han estado afilando sus garras durante años, esperando un rey débil, un rey compasivo. ¿Sabes que babeaban al verte? Piensa en ello, Cal. Dentro de unas décadas, padre moriría lentamente, pacíficamente, y tú ascenderías. Casado con Evangeline, una hija de acero y cuchillos, con su hermano a tu lado. No sobrevivirías a la noche de la coronación. Ella haría lo que madre hizo y te suplantaría con su propio hijo.

—No me digas que has hecho esto para proteger una dinastía. —Cal se burla, sacudiendo la cabeza—. Has hecho esto por ti mismo.

Una vez más, Maven se encoge de hombros. Sonríe para sí mismo de manera cruel y mordaz.



—¿Estás realmente tan sorprendido? Pobre Mavey, el segundo príncipe. La sombra de la llama de su hermano. Una cosa débil, poca cosa, condenado a permanecer a un lado y arrodillado.

Se mueve, rondando desde la celda de Cal para pararse delante de la mía. Sólo puedo mirarlo fijamente desde el suelo, sin confiar en mí para moverme. *Él incluso huele frío.*

—Desposado con una chica con ojos para otro, para el hermano, el príncipe que nunca nadie podría pasar por alto. —Sus palabras adquieren un borde salvaje, pesado con una furia salvaje. Pero hay verdad en ellas, una dura verdad que he tratado muy duro de olvidar. Hace que mi piel se ponga de gallina—. Has tomado todo lo que debería haber sido mío, Cal. *Todo.*

De repente estoy de pie, sacudiéndome violentamente, pero aun así en pie. Nos ha mentido durante demasiado tiempo, pero no puedo dejarle mentir ahora.

—Nunca he sido tuya, y tú *nunca* has sido mío, Maven —gruño—. Y no por él, tampoco. Pensaba que eras perfecto, pensaba que eras fuerte, valiente y *bueno*. Pensaba que eras *mejor que él*.

Mejor que Cal. Esas son palabras que Maven pensaba que nadie diría nunca. Se estremece, y por un segundo, puedo ver al chico que solía conocer. Un chico que no existe.

Estira una mano, agarrándome entre las barras. Cuando sus dedos se cierran sobre la piel descubierta de mi muñeca, no siento nada más que repulsión. Me sujeta firmemente, como si fuera una especie de salvavidas. Algo se ha roto en él, revelando a un niño desesperado, algo patético y sin esperanza tratando de aferrarse a su juguete favorito.

—Puedo salvarte.

Las palabras hacen que se me ponga la piel de gallina.

—Tu padre te amaba, Maven. No lo veías, pero él lo hacía.

—Mentira.

—¡Él te amaba, y lo has matado! —Las palabras vienen más rápido, derramándose como la sangre de una vena—. Tu hermano te amaba, y le has convertido en un asesino. Yo... te amaba. Confiaba en ti. Te necesitaba. Y ahora voy a morir por ello.

—Yo soy *rey*. Vivirás si quiero que lo hagas. Lo haré.

—¿Quieres decir si mientes? Un día tus mentiras te estrangularán, rey Maven. Mi único arrepentimiento es que no estaré viva para verlo. —Y entonces es mi turno para agarrarlo. Tiro con todas mis fuerzas, haciéndolo tropezar contra los barrotes. Mis nudillos conectan con su mejilla, y grita apartándose como un perro apaleado—. Nunca cometeré el error de volver a amarte de nuevo.

Para mi desgracia, se recupera rápidamente y alisa su cabello.

—¿Así que le eliges a él?



Eso es todo lo que esto siempre ha sido. Celos. Rivalidad. Todo para que la sombra pudiera derrotar a la llama.

Tengo que echar la cabeza hacia atrás y reírme, sintiendo los ojos de los hermanos sobre mí.

—Cal me ha traicionado, y yo le he traicionado a él. Y tú nos has traicionado a ambos, en mil maneras diferentes. —Las palabras son pesadas como la piedra pero correctas. *Muy correctas*—. No elijo a nadie.

Por una vez, siento como que controlo el fuego y Maven ha sido quemado por él. Se tambalea alejándose de mi celda, de alguna manera derrotado por la pequeña chica sin su rayo, la prisionera encadenada, la humana ante un dios.

—¿Qué les dirán cuando sangre? —siseo hacia él—. ¿La verdad?

Se ríe profundamente en su pecho. El chico desaparece, sustituido por el rey asesino otra vez.

—La verdad es lo que yo haga de ella. Podría incendiar este mundo y llamarlo lluvia.

Y algunos lo creerán. Los tontos. Pero otros no. Rojo y Plateado, alto y bajo, algunos verán la verdad.

Su voz se convierte en un gruñido, su rostro, la sombra de una bestia.

—Cualquier persona que sabe que te escondimos, *cualquiera* con siquiera una pizca de sospecha, será controlado.

Mi mente zumba, volando a todos los que sabían que algo acerca de mí era extraño. Maven me gana allí, pareciendo disfrutar enumerando las muchas muertes.

—Lady Blonos tenía que irse, por supuesto. La decapitación se encarga muy bien de los curanderos de piel.

Ella era un viejo cuervo, una molestia... y no se merecía esto.

—Las sirvientas han sido más fáciles. Muchachas bonitas, hermanas de Oldshire. Madre se ha encargado de ellas por su cuenta.

Nunca siquiera aprendí sus nombres.

Mis rodillas golpean el suelo pesadamente, pero apenas lo siento.

—Ellas no sabían nada. —Pero mis ruegos son inútiles ahora.

—Lucas también se irá —dice, sonriendo con sus dientes brillantes en la oscuridad—. Tendrás la oportunidad de ver eso por ti misma.

Me siento con arcadas.

—¡Me dijiste que estaba a salvo, con su familia...!

Se ríe mucho y fuerte.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que cada palabra que ha salido de mi boca era una *mentira*?



—Nosotros lo forzamos, Julián y yo. Él no hizo nada malo. —Rogar se siente tan horrible, pero es todo lo que se me ocurre hacer—. Es de la Casa Samos. No puedes matar a uno de ellos.

—Mare, ¿no has estado prestando atención? Puedo hacer *cualquier cosa* —gruñe—. Es una lástima que no hayamos podido traer a Julián aquí a tiempo. Me hubiera gustado obligarlo a verte morir.

Hago lo que puedo para ahogar un sollozo, presionando una mano contra mi boca. A mi lado, Cal gruñe profundo en su garganta, pensando en su tío.

—¿Lo has encontrado?

—Por supuesto que sí. Hemos capturado a Julián y Sara. —Maven se ríe—. Me conformaré con matar a Skonos primero, terminando el trabajo que mi madre comenzó. Conoces la historia allí ahora, ¿verdad, Cal? Sabes lo que hizo mi madre, susurrando en la cabeza de Coriane para obtener lo que quería, haciendo que su cerebro se arrastrase. —Se acerca, con los ojos desorbitados y aterradores—. Sara lo sabía. Y tu padre, incluso tú, se negaron a creerle. Dejaron ganar a mi madre. Y lo has hecho de nuevo.

Cal no responde, descansando su cabeza contra los barrotes. Satisfecho porque ha destruido a su hermano, Maven se vuelve contra mí, caminando un poco más allá de mi celda.

—Haré a los demás gritar por ti, Mare, hasta el último. No sólo a tus padres. No sólo a tus hermanos. Sino a cada uno como tú. Voy a encontrarlos, y morirán contigo en sus pensamientos, sabiendo que este es el destino que les has traído. Yo soy el rey y tú podrías haber sido mi reina Roja. Ahora no eres *nada*.

No me molesto en apartar las lágrimas que corren por mis mejillas. Ya no sirve de nada. Maven disfruta verme rota y se chupa los dientes como si quisiera probarme.

—Adiós, Maven. —Me gustaría que hubiera más que decir, pero no hay palabras para su maldad. Él sabe lo que es, y lo peor de todo, le gusta.

Deja caer la cabeza, casi inclinándose ante nosotros. Cal no se molesta en mirar y agarra los barrotes en cambio, agarra el metal como si fuera el cuello de Maven.

—Adiós, Mare. —La sonrisa se ha ido, y, para mi sorpresa, sus ojos están húmedos. Vacila, no se quiere ir. Es como si de repente comprendiera lo que ha hecho y lo que va a pasar con todos nosotros—. Te dije que ocultaras tu corazón una vez. Deberías haberme escuchado.

Cómo se atreve.

Tengo tres hermanos mayores, así que cuando le escupo, mi objetivo es perfecto, golpeándolo directamente en los ojos.

Se gira rápidamente, casi corriendo de nosotros. Cal lo mira durante mucho tiempo, incapaz de hablar. Sólo puedo sentarme, dejando que mi rabia se filtre de nuevo. Cuando Cal se coloca de nuevo contra mí, no hay nada más que decir.



Muchas han conducido a este día, a todos nosotros. Un hijo olvidado, una madre vengativa, un hermano con una larga sombra, una mutación extraña. Juntos, han escrito una tragedia.

En los cuentos, los viejos cuentos de hadas, viene un héroe. Pero todos mis héroes han desaparecido o muerto. Nadie viene por mí.

Debe ser la mañana siguiente, cuando los Centinelas llegan, dirigidos por el propio Arven. Con los muros sofocantes, su presencia hace que sea difícil mantenerse de pie, pero me obligo a hacerlo.

—Centinela Provos, Centinela Viper. —Cal asiente a los Centinelas cuando abren su celda. Lo colocan rudamente pie. Incluso ahora, frente a la muerte, Cal está en calma.

Saluda a todos los guardias que pasamos, dirigiéndose a ellos por su nombre. Ellos le devuelven la mirada, enfadados o confundidos o ambos. Un asesino de reyes no debe ser tan amable. Los soldados son aún peores. Él quiere decirles adiós adecuadamente, pero sus propios hombres se vuelven duros y fríos al verlo. Y creo que eso le duele casi tanto como todo lo demás. Después de un rato, se queda en silencio, perdiendo el último rastro de voluntad que le quedaba. A medida que ascendemos de la oscuridad, el ruido de una multitud crece constantemente. Débil al principio, pero luego un rugido sordo justo encima de nosotros. La arena está llena, y están listos para un espectáculo.

Esto empezó cuando caí en el Jardín Espiral, un cuerpo hecho de chispas, y ahora termina en el Cuenco de Huesos. Voy a irme como un cadáver.

Los asistentes en la arena, todos Plateados de ojos opacos, descienden sobre nosotros como una bandada de palomas. Me llevan detrás de una cortina, preparándome para lo que está por venir con movimientos bruscos y manos duras. Apenas los siento, empujar y tirar, poniéndome una versión más barata de un traje de entrenamiento. Esto está destinado a ser un insulto, hacerme vestir algo tan simple para morir, pero prefiero la tela rayada que el susurro de la seda. Pienso vagamente en mis sirvientas. Me pintaban todos los días; sabiendo que tenía algo que ocultar. Y han muerto por ello. Nadie me pinta ahora ni siquiera se molestan en quitar la suciedad de haber pasado una noche en una celda. *Más espectáculo.* Una vez, llevé seda y joyas y sonrisas bonitas, pero eso no encaja en la mentira de Maven. Una chica de Roja con harapos es más fácil para que lo entiendan, y asesinen.

Cuando vuelven a sacarme, puedo ver que han hecho lo mismo con Cal. No habrá medallas, ni armadura para él. Pero tiene su brazalete crea-llamas de nuevo. El fuego arde todavía, llameando en el soldado roto. Se ha resignado a morir, pero no antes de llevarse a alguien con él.

Sostenemos la mirada del otro, simplemente porque no hay otro lugar al cual mirar.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —dice Cal finalmente, apartando sus ojos de los míos para enfrentar a Arven.

El viejo, blanco como el papel, mira hacia atrás, a sus antiguos alumnos sin un atisbo de remordimiento. *¿Qué le han prometido, por su ayuda?* Pero ya puedo verlo. La

insignia sobre su corazón, la corona de lignito, diamante y rubí, que una vez fue de Cal. No dudo de que le hayan dado mucho más.

—Eras un príncipe y un general. En su sabiduría, el rey misericordioso ha decidido que por lo menos morirás con gloria. —Sonríe mientras habla, mostrando pequeños dientes afilados. *Dientes de rata*—. Una buena muerte, del tipo que un traidor no se merece. En cuanto a la chica Roja, embaucadora. —Dirige su temible mirada hacia mí, concentrándose más. El peso asfixiante de su poder amenaza con doblegarme—. No tendrá ningún arma en absoluto y morirá como la malvada que es.

Abro la boca para protestar, pero Arven me mira amenazadoramente, su aliento apesta a veneno.

—Órdenes del rey.

Sin armas. Siento ganas de gritar. *Sin rayo.* Arven no me dejará ir, ni siquiera para morir. Las palabras de Maven hacen eco fuertemente en mi cabeza. *Ahora no eres nada.* Moriré como nada. Ellos no tienen que ocultar mi sangre si pueden reclamar que mis poderes eran falsos de alguna manera.

Abajo, en las celdas, casi tenía ganas de salir a la arena, para enviar mis chispas hacia el cielo y mi sangre a la tierra. Ahora me sacudo y tiemblo, con ganas de huir, pero mi orgullo miserable, lo único que me queda, ni siquiera va a permitirme eso.

Cal toma mi mano. Se estremece como yo, asustado de morir. *Al menos tendrá la oportunidad de luchar.*

—Te protegeré tanto como pueda—susurra. Casi no lo oigo con el ruido de pasos y el ritmo patético de mi corazón.

—No me lo merezco —murmuro en respuesta, pero aprieto su mano en señal de agradecimiento de todos modos. *Le he traicionado, he arruinado su vida, y así es como me paga.*

La siguiente sala es la última. Un pasaje inclinado, que se dirige a una pendiente ligera a una puerta de acero. La luz del sol danza a través de esta, cayendo hacia nosotros, junto con todo el ruido de un escenario lleno. Las paredes distorsionan los sonidos, transformando los aplausos y gritos en los aullidos de una pesadilla. Supongo que no está lejos de la verdad.

Al entrar, veo que no somos los únicos esperando a morir.

—¡Lucas!

Un guardia sostiene su brazo, pero Lucas se las arregla para mirar por encima de su hombro. Su rostro está lleno de moretones y parece más pálido que antes, como si no hubiera visto el sol en días. *Probablemente es cierto.*

—Mare. —Sólo la forma en que dice mi nombre me hace temblar. Él es otro a quien he traicionado, usándolo como lo hice con Cal, Julian, el coronel, como he intentado usar a Maven—. Me preguntaba cuándo te volvería a ver.

—Lo siento mucho. —*Iré a mi tumba disculpándome, y todavía no será suficiente*—. Me dijeron que estabas con tu familia, que estabas a salvo, o si no...



—O si no, ¿qué? —pregunta con lentitud—. No soy nada para ti. Sólo algo para ser usado y desechado.

La acusación corta como un cuchillo.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo.

—La reina me obligó a recordarlo. —*Obligó*. Hay dolor en su voz—. No te disculpes, porque no hablas en serio.

Quiero abrazarlo, para mostrar que esto no era lo que quería.

—Lo hago; te lo juro, Lucas.

—Su Majestad, Maven de la Casa Calore y Casa Merandus, el Rey de Norta, Llama del Norte —suenan los gritos en la arena, haciendo eco hasta nosotros a través de la puerta. Los vítores acompañantes me hacen temblar, y Lucas se estremece. Su fin está cerca.

—¿Lo harías de nuevo? —Las palabras salen bruscamente—. ¿Me arriesgarías por tus amigos terroristas de nuevo? —*Lo haría*. No lo digo en voz alta, pero Lucas ve mi respuesta en mis ojos—. He guardado tu secreto.

Es peor que cualquier insulto que podía lanzarme. Saber que me ha protegido, a pesar de que no me lo merezco, roe mis entrañas.

—Pero ahora sé que no eres diferente, ya no —continúa, casi escupiendo—. Eres igual que todos los demás. Sin corazón, egoísta, fría, justo como nosotros. Te han enseñado bien.

Luego se gira, enfrentando la puerta de nuevo. No quiere más palabras de mí. Quiero ir hacia él, para tratar de explicarme, pero un guardia me detiene. No hay nada más que pueda hacer, sino estar de pie y esperar nuestra perdición.

—Mis ciudadanos. —La voz de Maven se filtra a través de la puerta con la luz del día. Suena igual que su padre, igual que Cal, pero hay algo más agudo en su voz. *Sólo tiene diecisiete años y ya es un monstruo*—. Mi gente, mis hijos.

Cal se burla a mi lado. Pero en la arena recae un silencio inquietante. Él los tiene en la palma de su mano.

—Algunos podrían llamar a esto una crueldad —continúa Maven. No dudo de que haya memorizado un discurso conmovedor, probablemente escrito por su bruja madre—. El cuerpo de mi padre está apenas frío, su sangre aún tiñe el suelo, y me he visto obligado a tomar su lugar, a comenzar mi reinado en una sombra tan violenta. No hemos ejecutado a los nuestros en diez años, y me duele comenzar esa horrible tradición de nuevo. Pero por mi padre, por mi corona, por ustedes, debo hacerlo. Soy joven, pero no soy débil. Tales delitos, tal *maldad* serán castigados.

Por encima de nosotros, arriba en la arena, los gritos resuenan, animando a la muerte.

—Lucas de la Casa Samos, por crímenes contra la corona, por connivencia con la organización terrorista conocida como la Guardia Escarlata, te declaro culpable. Te sentencio a morir. Te condeno a la ejecución.



Y luego Lucas camina por la pendiente, hacia su propia muerte. No desperdicia una mirada en mí. No es que la merezca. Morirá, no sólo por lo que le obligué a hacer, sino por lo que soy. Como los demás, sabía que había algo extraño en mí. E igual que los otros, va a morir. Cuando desaparece por la puerta ahora, tengo que volverme y mirar a la pared. Los disparos son difíciles de ignorar. La multitud ruge, complacida por el violento espectáculo.

Lucas ha sido sólo el principio, el acto de apertura. Nosotros somos el espectáculo.

—Camina —dice Arven, empujándonos. Nos sigue a medida que comenzamos el lento ascenso.

No puedo dejar ir la mano de Cal, en caso de tropezar. Cada músculo de él está tenso, listo para la pelea de su vida. Extiendo la mano en busca de mi rayo en un último intento, pero no sale nada. No hay ni siquiera un temblor en mí. Arven, y Maven, se lo han llevado.

A través de la puerta, veo el cuerpo de Lucas ser arrastrado, dejando una franja de sangre plateada por la arena. Una ola de asco me recorre, y tengo que mordirme el labio.

Con un gran gemido, la compuerta de acero se estremece y se eleva. La luz del sol me ciega por un segundo, congelándome, pero Cal tira de mí hacia la arena.

La arena blanca, ligera como el polvo, se desliza debajo de mis pies. Cuando mis ojos se acostumbran, casi me olvido de respirar. La arena es enorme, una boca ancha gris de acero y piedra, llena de miles de rostros enfadados. Se quedan mirando hacia nosotros en silencio ensordecedor, vertiendo su odio en mi piel. No puedo ver ningún Rojo en absoluto, pero no lo esperaría. Esto es lo que los Plateados llaman entretenimiento, otro espectáculo con el cual reír, y no lo compartirán.

Las pantallas de video llenan la arena, reflejando mi propio rostro hacia mí. Por supuesto que deben grabar esto, para transmitirlo por toda la nación. Para mostrar al mundo otro Rojo rebajado. La vista me da qué pensar; me parezco a mí misma otra vez. Raído cabello enredado, ropa sencilla, con la suciedad cayendo de mí en pequeñas nubes. Mi piel se sonroja con la sangre que he tratado siempre de ocultar. Si la muerte no estuviera esperándome, probablemente sonreiría.

Para mi sorpresa, las pantallas parpadean, cambiando de la imagen de nosotros a imágenes de seguridad, de todas las cámaras, todos los ojos eléctricos. Con un suspiro tembloroso, me doy cuenta exactamente de lo profundo que era el plan de Maven.

Las pantallas reproducen todo, cada momento robado. Escapándome del Salón con Cal, bailando juntos, nuestras conversaciones susurradas, nuestro beso. Y luego el asesinato del rey en su terrible esplendor. Tomados en conjunto como uno solo, no es difícil de creer la historia de Maven. Todo se conecta, el cuento de la malvada Roja que sedujo a un príncipe, que le hizo matar a un rey. La multitud jadea y murmura, creyendo la mentira perfecta. Incluso mis padres lo tendrían difícil para negar esto.

—Mare Molly Barrow.

—La voz de Maven retumba detrás de mí, y me giro para ver al tonto real con la mirada fija en nosotros. Su propio paco lleno de banderas negras y rojas, llenas hasta el



borde con lores que reconozco. Todos visten de negro, olvidando sus colores de casa en honor a un rey asesinado. Sonya, Elane, y todos los otros chicos de las Casas Altas miran hacia mí con disgusto. Lord Samos se encuentra a la izquierda de Maven, con la reina a su derecha. Elara se esconde detrás de un velo de luto, probablemente para ocultar su sonrisa maliciosa. Espero que Evangeline se acerque, contenta de casarse con el próximo rey. Después de todo, sólo quería la corona. Pero no está en ningún lugar. Maven parece un fantasma oscuro, su pálida piel afilada contra el brillo negro de la armadura. Incluso lleva la espada con la que mataron al rey, y la corona de su padre está ubicada contra su cabello, brillando al sol.

—Una vez creímos que eras la perdida Mareena Titanos, otra ciudadana asesinada de mi corona. Con la ayuda de tus hermanos Rojos, nos engañaste con trucos tecnológicos y artimañas, infiltrándote en mi propia familia. —*Trucos tecnológicos.* Las pantallas me muestran de nuevo en el Jardín Espiral, vibrando con electricidad. En las imágenes, parece antinatural—. Te hemos dado una educación, estatus, poder, fuerza, e incluso nuestro amor. Pero, nos has recompensado con alevosía, volviendo a mi propio hermano contra su sangre con tu engaño.

»Ahora sabemos que eres una agente de la Guardia Escarlata derrotada y eres directamente responsable de la pérdida de innumerables vidas. —Las imágenes parpadean a la noche del Sol, al salón de baile lleno de sangre y muerte. La bandera de Farley, la tela roja y el sol roto, destacan contra el caos.

»Junto con mi hermano, el príncipe Tiberias el Séptimo, de la Casa Calore y Casa Jacos, se te acusa de muchos delitos violentos y lamentables contra la corona, incluyendo el engaño, la traición, el terrorismo y el asesinato.—*Tus manos no están más limpias que las mías, Maven*—. Has matado al rey, mi padre, embrujaste a su propio hijo para cometer el hecho. Eres una malvada Roja. —Dirige sus ojos a Cal, ahora casi encendidos de ira—. Y tú eres un hombre débil. Un traidor a tu corona, tu sangre, y tus colores. —La muerte del rey se reproduce de nuevo, cimentando las retorcidas palabras de Maven.

»Los declaro culpables a ambos de sus crímenes. Los condeno a la ejecución. —Un gran abucheo se eleva en la arena. Suena como cerdos gritando, aullando por sangre.

Las pantallas de vídeo parpadean de regreso a nosotros, esperando que lloremos o supliquemos por nuestras vidas. Ninguno de los dos se mueve un centímetro. *No van a conseguir eso de nosotros.*

Maven nos mira desde un lado de su palco, de reojo, esperando que uno de nosotros se rompa.

En cambio, Cal saluda, llevando dos dedos a su frente. Es mejor que golpear a Maven en el rostro, y se retira, decepcionado. Aparta la mirada de nosotros, al otro lado de la arena. Cuando me giro, espero ver a los pistoleros que han matado a Lucas, pero me recibe una vista muy diferente.

No sé de dónde vienen o cuándo, pero cinco figuras aparecen en el polvo.

—Eso no es tan malo —murmuro, apretando la mano de Cal. *Es un guerrero, un soldado. Cinco contra uno podría incluso ser justo para él.*



Pero Cal frunce el ceño, su atención en nuestros verdugos. Se hacen más claros y el miedo me recorre. Conozco sus nombres y habilidades, algunos mucho mejores que otros. Todos ellos vibran con fuerza, con armaduras y uniformes destinados para la guerra.

Un Rhambos Brazosfuertes para desgarrarme, un Haven hijo que desaparecerá y me ahogará como un fantasma en las sombras, y el propio lord Osanos para apagar el fuego de Cal. Arven también, me recuerdo a mí misma. El está en la puerta, sus ojos nunca abandonan mi cuerpo.

No olvides los otros dos. Los Magnetrones.

Es casi poético, de verdad. En armaduras conjuntas, con ceños conjuntos, Evangeline y Ptolemus miran hacia nosotros, sus puños rodean largos cuchillos crueles.

En algún lugar de mi cabeza, un reloj avanza, contando hacia atrás. No queda mucho tiempo.

Por encima de nosotros, la voz de Maven ruge:

—Que mueran.



28

*E*l escudo explota cobrando vida por encima de nosotros, una cúpula púrpura gigante de vidrio veteado como en el del Jardín Espiral No para protegernos, sino para proteger a la multitud. Las chispas de rayo pulsan a través del monstruoso techo, provocándome. Sin Arven, el poder del rayo sería mío y podría luchar. Podría mostrar a este mundo quién soy. Pero eso no sucederá.

Cal se mueve, extendiendo su brazo. El aire ondula a su alrededor, distorsionado por las olas de calor que salen de su cuerpo. Se gira hacia los demás, protegiéndome.

—Quédate detrás de mí todo el tiempo que puedas —dice, dejando que su propio calor me empuje hacia atrás. Crea-fuego chispea, y el fuego crepita entre sus dedos, al crecer por sus brazos. Algo en su camisa evita que se queme, y la tela no se destruya—. Cuando rompan a través de la pared, tendrás que correr. Evangeline es la más débil, pero el Brazosfuertes es lento. Puedes escaparte de él. Van a tratar de alargar esto, para que sea un espectáculo. —Luego suavemente añade—: No van a dejarnos morir rápidamente.

—¿Qué hay de ti? Osanos...

—Deja que me preocupe por Osanos.

Los verdugos se mueven constantemente, como lobos acechando a sus presas. Se propagan por todo el centro de la arena, cada uno listo para avanzar. En algún lugar, el metal chirría y una pieza del suelo de la arena se desliza, revelando una piscina de agua salpicando los pies de lord Osanos. Sonríe, llevando el agua hasta él en un escudo amenazante. Recuerdo a su hija Tirana en el duelo con Maven en el Entrenamiento. Ella lo destruyó.

Todo alrededor, los abucheos de la multitud. Ptolemus ruge con ellos, dejando que su famoso temperamento tome el relevo. Golpea en su armadura, sonando como una campana. A su lado, Evangeline hace girar sus cuchillos, deslizándolos sobre sus nudillos con una sonrisa.

—Esto no va a ser como antes, Roja —dice—. No hay trucos que puedan salvarte ahora.

Trucos. Evangeline conoce mis habilidades mejor que nadie; sabe que no son trucos. *Pero ella cree. Ignora la verdad por algo más fácil de entender.*

El hijo Haven, Stralian, sonríe para sí mismo. Igual que su hermana Elane, es una Sombra. Cuando parpadea fuera de la visibilidad, desapareciendo en la luz del sol



brillante, Cal se mueve más rápido de lo que pensaba posible, balanceando su brazo en un amplio arco como si estuviera lanzando un puñetazo.

Un rugido de llamas sigue a su brazo, quemando la arena, separándonos de ellos. Pero el fuego es sorprendentemente débil. *La arena apenas arde.*

No puedo dejar de mirar hacia Maven, con ganas de gritarle, sólo para descubrir que todavía está mirándome con esa insufrible sonrisa torcida. No sólo me ha quitado mis habilidades, sino que también está limitando a Cal tanto como le sea posible.

—Bastardo —maldigo en voz baja—. La arena...

—Lo sé —dice Cal, incendiando más pedacitos del suelo con un gesto de la mano.

Directamente frente a nosotros, la línea de fuego se separa por un segundo, seguido de cerca por un amargo grito de dolor. En el otro lado del agonizante fuego, Stralian se desvanece de nuevo de la vista, bateando llamas de sus brazos. Osanos le rocía con un gesto vago, apagando el fuego con una ola de agua. A continuación, vuelve sus sorprendentes ojos azules hacia nosotros, al muro de Cal, y en un sólo movimiento, dirige el agua a través del fuego débil como el golpe de una ola. El agua sisea y escupe, en un destello hirviendo en densas nubes de vapor. Atrapado por la cúpula de cristal, el vapor se instala a través de la arena, nos envuelve en una niebla blanquecina fantasmal. En remolinos y giros, nos envuelve en un mundo blanco donde cada sombra podría ser nuestra perdición.

—¡Prepárate! —grita Cal, una mano llegando a mí, pero Ptolemus carga fuera del vapor en un rugido de carne y acero.

Golpea a Cal por el medio, tirándolo al suelo, pero Cal no permanece el tiempo suficiente para que Ptolemus lo apuñale con sus cuchillos. Los cuchillos se clavan en la tierra segundos después de que Cal salta, con las manos en la armadura de Ptolemus. El acero se derrite bajo su toque, sacándole un grito al enloquecido Ptolemus. Sólo puedo correr mientras Cal intenta cocinar a un hombre en su propia armadura.

—No quiero matarte, Ptolemus —dice Cal a través de los gritos de dolor. Cada cuchillo, cada fragmento de metal de Ptolemus busca apuñalar a Cal mientras se desvanece por su intenso calor—. No quiero hacer esto.

Tres cuchillos brillantes cortan a través del vapor, apenas exhibiendo una imagen borrosa. *Demasiado rápido para derretirse en el aire.* Golpean la espalda de Cal, rasgando través de su camisa antes de derretirse. Grita de dolor, perdiendo la concentración por un segundo mientras tres puntos de sangre plateada manchan su camisa. Los cuchillos son demasiado pequeños para cortar profundo, pero lo debilitan más. Ptolemus toma su oportunidad y en un abrir y cerrar de ojos, sus cuchillos se funden en una sola espada monstruosa. Arremete, con intención de cortar a Cal en dos, pero él lo esquivo a tiempo, ganando un rasguño en el abdomen.

Aún con vida. *Pero no por mucho tiempo.*

Evangeline aparece a través del vapor, con los cuchillos girando alrededor en una demostración reluciente. Cal se inclina y esquivo sus cuchillos, lanzando ráfagas de fuego para dejarla fuera de juego. Pelea con ambos, lanzando un ritmo loco que le

permite luchar contra dos Magnetrones, a pesar de su fuerza y poder. Pero la sangre mancha su ropa y nuevas heridas aparecen con cada segundo que pasa. El arma de Ptolemus cambia, de una espada a un hacha a un látigo de metal muy estrecho, mientras que las estrellas dentadas de Evangeline siguen cortando. *Lo están agotando. Lento pero seguro.*

Mi rayo, pienso con tristeza, mirando hacia atrás a Arven en nuestra puerta. Todavía está ahí, una presencia negra para atormentarme. Una pistola cuelga de su cintura; ni siquiera trato de luchar contra él. *No puedo hacer nada.*

Cuando un gran trozo de hormigón sale fuera del vapor, dirigiéndose directamente hacia mí, apenas tengo tiempo de esquivarlo. Se hace añicos contra la arena donde yo estaba hace unos segundos, pero antes de que tenga tiempo de pensar, otra viene hacia mí, aullando a través del aire. El cielo está lloviendo hormigón sobre mí. Igual que Cal, encuentro mi ritmo, corriendo por la arena como una rata, hasta que algo me detiene en seco.

Una mano. Una mano invisible.

El agarre de Stralian se cierra en mi garganta, me ahogo. Puedo oírlo respirando en mi oído, aunque no lo vea.

—Roja y muerta —gruñe, apretando su mano.

Mi brazo se abre hacia afuera, hincando un codazo en lo que supongo son sus costillas, pero él se mantiene firme. No puedo respirar y unos puntos negros nublan mi visión, amenazando con extenderse, pero sigo luchando. A través de la bruma, puedo ver al Brazosfuertes Rhambos merodeando, con los ojos fijos en mí. *Me destrozará.*

Cal todavía lucha contra los hermanos Samos, haciendo todo lo posible por no ser apuñalado. No puedo gritar por él, incluso si quisiera, pero de alguna manera se las arregla para lanzar una bola de fuego hacia mí. Rhambos tiene que saltar hacia atrás, tropezando con sus enormes pies, dándome unos segundos más. Jadeante, asfixiada, arañando con mis uñas otra vez, tratando de alcanzar una cabeza que no puedo ver. Es un milagro cuando siento el rostro y luego sus ojos. Con un grito jadeante, sigo arañando, los pulgares en las cuencas de sus ojos, cegándolo. Stralian ruge, dejándome ir. Cae de rodillas, parpadeando de nuevo a la existencia. Caen regueros de Sangre plateada de sus ojos como lágrimas de espejo.

—¡Se suponía que ibas a ser mío! —grita una voz, y giro para ver a Evangeline de pie sobre Cal, su espada levantada. Ptolemus ha luchado con Cal hasta el suelo, los dos ahora rodando por la arena con Evangeline cerniéndose sobre ellos, sus cuchillos salpicando el suelo a su alrededor—. ¡Mío!

No se me ha ocurrido que correr de cabeza hacia un Magnetron podría no ser una buena idea hasta que choco con ella. Caemos juntas, mi rostro roza toda su armadura. Me duele, pica y *sangra*, goteando rojo para que todos lo vean. Aunque no puedo ver las pantallas, sé que cada una difunde la imagen de mi sangre a través del país.

Evangeline chilla, arremetiendo con sus cuchillas bailarinas. Detrás de nosotros, Cal lucha en pie, empujando a Ptolemus lejos con una llamarada de fuego. El



Magnetrón choca con su hermana, golpeándola segundos antes de que sus cuchillos me corten.

—¡Agáchate! —grita Cal, lanzándome a la arena cuando otra losa de hormigón vuela sobre nosotros, haciéndose añicos contra la pared del fondo.

No podemos seguir con esto.

—Tengo una idea.

Cal escupe en la arena, y creo que veo algunos dientes mezclados con sangre.

—Bien, porque me he quedado sin ellas hace cinco minutos.

Llega otro bloque, obligándonos a saltar separándonos, y justo a tiempo. Evangeline y Ptolemus regresan por venganza, bloqueando a Cal en una danza caótica de cuchillos y metralas. Sus poderes sacuden la arena alrededor de nosotros, llamando a más metal desde lo más profundo, lo que obliga a Cal a tener cuidado de dónde pisa. Fragmentos de tuberías y cables asoman a través de la arena, la creación de una carrera de obstáculos mortales de metal.

Uno de ellos apuñala a Stralian donde está arrodillado, todavía gritando por sus ojos. El tubo va directamente a través de él, pasando a través de su boca para acallar sus gritos para siempre. A través de los escombros, oigo el grito del público en el estadio y jadeo ante la vista. Para todas sus formas violentas, todo su poder, siguen siendo cobardes.

Mis pies golpean la arena mientras rodeo a Rhambos, desafiándolo a atacarme. Cal tiene razón, *yo soy más rápida*, y aunque Rhambos es un monstruo de músculos, se tropieza con sus propios pies tratando de perseguirme. Rompe las tuberías dentadas de la tierra, lanzándomelos como lanzas, pero son fáciles de esquivar y ruge en señal de frustración. *Soy roja, no soy nada, y aun así puedo hacerte caer.*

El sonido del agua corriendo me trae de vuelta, acordándome del quinto verdugo. *La Ninfa.*

Me vuelvo justo a tiempo para ver a lord Osanos partir el vapor como una cortina, dejando libre el suelo de la arena. Y a diez metros de distancia, todavía peleando fuerte, está Cal. El humo y el fuego explotan de él, haciendo retroceder a los Magnetrones. Pero a medida que avanza Osanos, y el agua se arrastra en un manto de remolino, las llamas de Cal retroceden. Aquí está el verdadero verdugo. Aquí está el final del espectáculo.

—¡Cal! —grito, pero no hay nada que pueda hacer por él. *Nada.*

Otra tubería pasan por mi mejilla, tan cerca que siento el aguijón frío, tan cerca que me hace girar y caer. La puerta está a unos metros de distancia, con Arven aún en la entrada, medio envuelta por la oscuridad.

Cal envía una ráfaga de fuego a Osanos, pero la sofoca rápidamente. El vapor grita por el choque de agua y el fuego, pero el agua está ganando.

Rhambos avanza, empujándome hacia la puerta. *Acorralada. Dejo que me acorrale.* Las rocas y el metal rompen contra la pared detrás de mí, suficiente como para romperme los huesos. *Rayo, mi cabeza grita. RAYO.*



Pero no hay nada. Sólo la humareda oscura de los sentidos muertos, asfixiándome.

A nuestro alrededor, la multitud salta a sus pies, sintiendo el final. Puedo oír a Maven por encima de mí, animando con todo el resto.

—¡Acaba con ellos! —grita. Todavía me sorprende escuchar tanta malicia en su voz. Pero cuando miro hacia arriba, sus ojos encontrándose con los míos a través del escudo y el vapor, no hay nada más que ira, rabia y maldad.

Rhambos apunta, con un tubo largo y dentado en la mano. *La muerte ha llegado.*

Por encima del estruendo, escucho un rugido de triunfo: Ptolemus. Él y Evangeline dan un paso atrás alejándose de una esfera de agua arremolinada, y la figura borrosa que hay dentro. *Cal.* El agua hierve, y su cuerpo trata de liberarse, pero no sirve de nada. *Se va a ahogar.*

Detrás de mí, casi en mi oído, Arven se ríe abiertamente.

—¿Quién tiene la ventaja? —se burla para sí mismo, repitiendo sus palabras del Entrenamiento.

Mis músculos duelen y se crispan, pidiendo que se acabe. Sólo quiero acostarme, admitir la derrota, para morir. Me han llamado mentirosa, tramposa, y *tenían razón.*

Tengo un truco más bajo la manga.

Rhambos apunta, fijando sus pies en la arena, y sé lo que debo hacer. Arroja su lanza con tal fuerza que parece quemar el aire. Me dejo caer, lanzándome a la arena.

Un silencio repugnante me dice que mi plan ha funcionado y el grito de la electricidad que están volviendo a la vida me dice que podría ganar.

Detrás de mí, Arven se desploma, una tubería le traspasa por la mitad.

—Tengo la ventaja —le digo a su cadáver.

Cuando vuelvo a mis pies, truenos, relámpagos, chispas, descargas y todo lo que posiblemente pueda controlar sale de mi cuerpo. La multitud grita en voz alta, Maven por encima de todos ellos.

—¡Mátala! ¡MÁTALA! —ruge, apuntando hacia mí a través de la cúpula—. ¡DISPÁRALE!

Las balas se clavan en la cúpula, brillando y golpeando contra el blindaje eléctrico, pero se mantiene firme. Se suponía que era para protegerlos, pero es eléctrico, es rayo, es *mío*, y el escudo me protege *a mí* ahora.

La multitud queda boquiabierta, sin creer lo que ven sus ojos. La sangre Roja gotea de mis heridas, y los rayos tiemblan en mi piel, declarando lo que soy para todos. En lo alto, las pantallas de vídeo se apagan. Pero ya me han visto. No pueden detener lo que ya ha sucedido.

Rhambos da un paso atrás temblando, su aliento se queda atrapado en su garganta. No le doy la oportunidad de tomar otro.

Plateado y Rojo, y más fuerte que ambos.



Mi rayo le golpea, hirviendo su sangre, friendo sus nervios, hasta que se derrumba en un montón de espasmos de carne.

Osanos cae después mientras mis chispas le recorren. La esfera líquida salpica el suelo, y Cal se derrumba en la arena, escupiendo agua con una tos áspera.

A pesar de las puntas de metal irregulares perforadas a través de la arena, que intentan atravesarme, empiezo a correr, esquivando y saltando sobre todos los obstáculos. *Me han entrenado para esto. Es culpa suya. Han ayudado a crear su propia perdición.*

Evangeline ondea una mano, enviando una viga de acero a mi cabeza. Me deslizo por debajo, con las rodillas casi rozando el suelo, antes de llegar a su lado, empuñando rayos en mis manos.

Ella invoca una espada de metal, forjando una cuchilla. Mi rayo rompe contra ella, golpeando a través del hierro, pero aun así ella lucha. El metal cambia y se divide a nuestro alrededor, tratando de luchar contra mí. Incluso sus arañas vuelven para derribarme, pero no son suficientes. *Ella no es suficiente.*

Otra ráfaga de rayo golpea sus cuchillos alejándolos y la envía lejos, tratando de escapar de mi ira. *No lo hará.*

—No es un truco. —Respira, tomada por sorpresa. Sus ojos vuelan entre mis manos mientras se aleja, los trozos de metal flotan entre nosotros en un escudo apresurado—. No es una mentira.

Puedo saborear la sangre roja en mi boca, fuerte, metálica y extrañamente maravillosa. Escupo hacia fuera para que todos lo vean. En lo alto, el cielo azul se oscurece por la cúpula blindada. Unas nubes negras se reúnen, pesadas y llenas de lluvia. *La tormenta se acerca.*

—Dijiste que me matarías si alguna vez me metía en tu camino. —Se siente tan devolverle sus palabras—. Aquí está tu oportunidad.

Su pecho sube y baja, pesado con cada respiración. Está cansada. Está herida. Y el acero detrás de sus ojos casi ha desaparecido, dando paso al miedo.

Arremete, y me muevo para bloquear su ataque, pero nunca llega. En su lugar, *corre*. Huye de *mí*, corriendo hacia la puerta más cercana que pueda encontrar. Voy detrás de ella, corriendo para cazarla, pero el rugido de frustración de Cal me detiene en seco.

Osanos está de nuevo en pie, peleando con renovada fuerza, mientras Ptolemus baila a su alrededor, en busca de su oportunidad. *Cal no es bueno contra las Ninfas, no con su fuego*. Recuerdo lo fácilmente que fue superado Maven en su propio entrenamiento hace tanto tiempo.

Mi mano se cierra alrededor de la muñeca de la Ninfa, impactando a través de su piel, obligándole a que vuelva su ira contra mí. El agua se siente como un martillo, lanzándome hacia atrás en la arena. Se estrella una y otra vez, por lo que es imposible respirar. Por primera vez desde que he entrado a la arena, la mano fría del miedo se aprieta alrededor de mi corazón. Ahora que tenemos la oportunidad de ganar, de vivir,



tengo tanto miedo de perder. Mis pulmones gritan por aire y no puedo dejar de abrir la boca, dejando que el agua me ahogue. Duele como el fuego, como la muerte.

La más pequeña chispa me recorre, y es suficiente, propagándose a través del agua hasta a Osanos. Grita, saltando hacia atrás lo suficiente para que me libere, deslizándose por la arena mojada. El aire abrasa mis pulmones mientras respiro, pero no hay tiempo para disfrutar de él. Osanos está sobre mí otra vez; esta vez con sus manos alrededor de mi cuello, me sostiene por debajo del remolino de agua.

Pero estoy lista para él. El tonto es tan estúpido como para tocarme, para poner su piel contra la mía. Cuando libero el rayo, descargándolo a través de la carne y el agua, grita como una tetera hirviendo y se cae hacia atrás. A medida que el agua se cae, drenándose en la arena, sé que está realmente muerto.

Cuando me levanto, mojada, temblando por la adrenalina, el miedo y la fuerza, mis ojos vuelan a Cal. Está cortado y magullado, sangrando por todas partes, pero sus brazos tienen fuego de color rojo brillante, y Ptolemus se encuentra a sus pies. Levanta las manos en derrota, pidiendo clemencia.

—Mátalo, Cal —gruño, con ganas de verlo sangrar. Por encima de nosotros, el escudo de rayos pulsa de nuevo, sobrecargado con mi ira. Si tan sólo fuera Evangeline. Si tan sólo pudiera hacerlo yo sola—. Ha intentado *matarnos*. Mátalo.

Cal no se mueve, respirando con dificultad a través de sus dientes. Parece tan destrozado, ávido de venganza, consumido por la emoción de la batalla, pero también volviendo a ser el hombre tranquilo y reflexivo que solía ser. El hombre que ya *no puede* ser.

Pero la naturaleza de un hombre no se cambia tan fácilmente. Da un paso atrás, y las llamas se desvanecen.

—No lo haré.

El silencio hace presión, un maravilloso cambio de los gritos, una multitud abucheadora que hace unos minutos quería vernos muertos. Pero cuando miro hacia arriba, me doy cuenta de que no están mirando. No están viendo la misericordia de Cal o mi capacidad. Ni siquiera están allí. La gran arena se ha vaciado, sin dejar testigos de nuestra victoria. El rey los ha enviado lejos, para ocultar la verdad de lo que hemos hecho para que pueda suplantarlos con sus propias mentiras.

Desde su palco, Maven comienza a aplaudir.

—Bien hecho —grita, se mueve hacia el borde de la arena. Se asoma hacia nosotros a través del escudo, con su madre junto a su hombro.

El sonido duele más que cualquier cuchillo, haciéndome temblar. Hace eco a través de la estructura vacía, hasta que los pies marchando, botas sobre la piedra y arena, lo ahogan.

Seguridad, Centinelas, soldados, todos ellos llegan a la arena desde cada puerta. Hay cientos, miles, demasiados para luchar. Demasiados para huir. Hemos ganado la batalla, pero hemos perdido la guerra.

Ptolemus se revuelve, desapareciendo entre la multitud de soldados. Ahora estamos solos en un círculo cerrándose de manera constante, sin nada ni nadie.



No es justo. Hemos ganado. Les lo hemos demostrado. No es justo. Quiero gritar, golpear, descargar y luchar, pero las balas me golpearían primero. Unas lágrimas calientes por la ira llenan mis ojos, pero no voy a llorar. No en estos últimos momentos.

—Siento haberte hecho esto —le susurro a Cal. No importa cómo me siento acerca de sus creencias, él es el que verdaderamente pierde aquí. Yo conocía los riesgos, pero él era sólo un peón, dividido entre tantos jugando un juego invisible.

Aprieta la mandíbula, dando vueltas y vueltas mientras busca alguna manera de salir de esto. Pero no hay ni una sola. No espero que me perdone, y no lo merezco tampoco. Pero su mano se cierra sobre la mía, aferrándose a la última persona a su lado.

Poco a poco, empieza a tararear. Reconozco la melodía como la canción triste, con la que nos besamos en una habitación llena de luz de luna.

Los truenos retumban en las nubes, amenazando con estallar. Las gotas de lluvia golpean la cúpula por encima de nosotros. Descarga y arde en la lluvia, pero el agua sigue saliendo en un aguacero constante. *Hasta el cielo llora por nuestra pérdida.*

En el borde del palco, Maven nos mira. El escudo brillante distorsiona su rostro, haciéndole lucir como el monstruo que realmente es. El agua gotea por su nariz, pero no se da cuenta. Su madre le susurra algo al oído y se sacude, traído de vuelta a la realidad.

—Adiós, pequeña chica rayo.

Cuando levanta su mano, creo que podría estar temblando.

Como la niña que soy, aprieto mis ojos cerrándolos, esperando sentir el dolor cegador de un centenar de balas rasgándome. Mis pensamientos se dirigen hacia el interior, hacia días ya pasado. A Kilorn, mis padres, mis hermanos, mi hermana. *¿Los veré a todos pronto?* Mi corazón me dice que sí. Están esperándome, en algún lugar, de alguna manera. E igual que ese día en el Jardín Espiral, cuando pensé que estaba cayendo a mi muerte, siento una fría aceptación. *Voy a morir.* Siento que la vida se va, y la dejo ir.

La tormenta sobre nosotros explota con un trueno ensordecedor, tan fuerte que sacude el aire. El suelo retumba bajo mis pies e, incluso detrás de los párpados cerrados, veo el destello cegador de luz. Púrpura, blanco y fuerte, lo más fuerte que he sentido alguna vez. Débilmente, me pregunto qué va a pasar si me golpea. *¿Voy a morir o voy a sobrevivir? ¿Me forjará como una espada, en algo terrible y fuerte y nuevo?*

Nunca lo averiguo.

Cal me agarra por los hombros, tirando de ambos a un lado cuando un rayo gigante de truenos de luz desciende del cielo. Rompe a través del escudo, enviando fragmentos de color púrpura sobre nosotros como nieve cayendo. Arde contra mi piel en una sensación agradable, un impulso estimulante de poder para traerme de vuelta a la vida.



A nuestro alrededor, los hombres armados se acobardan, esquivando o huyendo, tratando de escapar de la tormenta. Cal intenta arrastrarme, pero apenas soy consciente de él. En cambio, mis sentidos zumban con la tormenta, sintiéndola crepitar por encima de mí. *Es mío.*

Cae otro rayo, golpeando en la arena, y los oficiales de seguridad se dispersan, corriendo por las puertas. Pero los Centinelas y los soldados no son tan fáciles de asustar, y vuelven a sus sentidos rápidamente. A pesar de que Cal me tira hacia atrás, tratando de salvarnos, nos persiguen; y no hay escape.

Tan buena como se siente la tormenta, me extenúa, agotando mi energía. Controlar una tormenta eléctrica es simplemente demasiado. Mis rodillas se doblan, y mi corazón late como un tambor, tan rápido que pienso que podría estallar. *Un rayo más, uno más. Puede ser que tengamos una oportunidad.*

Cuando mis pies tropiezan, con los tacones sobresaliendo sobre el abismo vacío que una vez contuvo el arma de agua de Osanos, sé que se ha acabado. No hay otro lugar para correr.

Cal me sostiene fuerte, tirando de mí hacia atrás desde el borde en caso de que me caiga. No hay nada más que oscuridad ahí abajo, y el eco del batir del agua en el fondo. Nada más que las tuberías y cañerías y la oscura nada. Y por delante de nosotros, las practicadas y brutales filas de soldados. Apuntan mecánicamente, levantando sus armas al unísono.

El escudo está roto, la tormenta se está muriendo, y hemos perdido. Maven puede oler mi derrota y sonríe desde su palco, sus labios forman una sonrisa aterradora. Incluso desde una tan grande, que puedo ver los puntos centelleantes de su corona. El agua de la lluvia corre por sus ojos, pero no parpadea. No se quiere perder mi muerte.

Las armas se elevan, y esta vez no van a esperar la orden de Maven.

Los disparos truenan, como mi tormenta, sonando a través de la arena vacía. Pero no siento nada. Cuando la primera línea de hombres armados cae, sus pechos salpicados de agujeros de bala, no lo entiendo.

Parpadeo a mis pies, sólo para ver una línea de pistolas de extraños que sobresalen por encima del borde del abismo. Cada cañón suelta humo y se levanta, aún disparando, derribando a todos los soldados en frente de nosotros.

Antes de que pueda entenderlo, alguien agarra la parte de atrás de mi camisa y me tira hacia abajo para caer por el aire negro. Aterrizamos en agua muy por debajo, pero los brazos nunca me dejan ir.

El agua me lleva, hacia la oscuridad.



Epílogo

El vacío negro del sueño decae, dando paso a la vida de nuevo. Mi cuerpo se balancea con el movimiento, y puedo sentir un motor en alguna parte. Chillidos de metal contra metal, raspando a alta velocidad en un ruido que reconozco vagamente. *El Tren Subterráneo.*

El asiento bajo mi mejilla se siente extrañamente suave, pero también tenso. No cuero o tela u hormigón, me doy cuenta, sino *carne* caliente. Se desplaza por debajo de mí, ajustándose cuando me muevo, y abro los ojos. Lo que veo es suficiente para hacerme creer que sigo soñando.

Cal se encuentra en el tren, su postura es rígida y tensa, con los puños apretados en su regazo. Mira hacia el frente, a la persona que me sostiene, y en sus ojos está el fuego que conozco tan bien. El tren le fascina, y su mirada parpadea de vez en cuando, echando un vistazo a las luces, las ventanas y los cables. Está deseoso por examinarlo, pero la persona a su lado le impide moverse en absoluto.

Farley.

La revolucionaria, toda cicatrices y tensión, se encuentra por encima de él. De alguna manera, ella sobrevivió a la masacre bajo la Plaza. Quiero sonreír, llamarla, pero la debilidad sangra a través de mí, manteniéndome quieta. Recuerdo la tormenta, la batalla de la arena, y todos los horrores que vinieron antes. *Maven.* Su nombre hace que mi corazón se apriete, retorciéndose con angustia y vergüenza. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera.*

Su arma cuelga sobre su pecho, lista para dispararle a Cal. Hay más como ella, custodiándolo con tensión. Están rotos, heridos, y son tan pocos, pero todavía parecen amenazantes. Sus ojos no se apartan del príncipe caído, observándolo como un gato lo haría con un ratón. Y luego veo que sus muñecas están atadas, con grilletes de hierro que él fácilmente podría derretir. Pero no lo hace. Simplemente se sienta en silencio, esperando algo.

Cuando siente mi mirada, sus ojos van a los míos. La vida chispea en él de nuevo.

—Mare —murmura, y algo de la ira caliente se evapora. *Algo.*

Mi cabeza da vueltas cuando trato de levantarme, pero una mano reconfortante me empuja hacia abajo.

—Acuéstate —dice una voz, una voz que reconozco vagamente.

—Kilorn —murmuro.

—Estoy aquí.



Para mi confusión, el viejo muchacho pescador empuja su camino a través de los soldados de la Guardia detrás de Farley. Tiene cicatrices ahora, con vendajes sucios en su brazo, pero se encuentra de pie. Y está *vivo*. Solo la visión de él envía un torrente de alivio a través de mí.

Pero si Kilorn está de pie allí, con el resto de la Guardia, entonces...

Mi cuello gira bruscamente, moviéndose para mirar a la persona por encima de mí.

—¿Quién...?

La cara es familiar, un rostro que conozco muy bien. Si no estuviera acostada, sin duda me caería. La conmoción es demasiada para soportarla.

—¿Estoy muerta? ¿Estamos muertos?

Él ha venido a llevarme. He muerto en la arena. Esto es una alucinación, un sueño, un deseo, un último pensamiento antes de morir. Todos estamos muertos.

Pero mi hermano niega lentamente, mirándome con unos familiares ojos color miel. Shade siempre fue el guapo, y la muerte no ha cambiado eso.

—No estás muerta, Mare —dice, su voz tan suave como la recuerdo—. Ni tampoco yo.

—¿Cómo? —Es todo lo que logro decir, sentándome para examinar a mi hermano plenamente. Tiene el mismo aspecto que recuerdo, sin las cicatrices habituales de un soldado. Incluso su cabello castaño está creciendo de nuevo, arruinando el corte militar. Paso los dedos por él, para convencerme de que es real.

Pero él no es el mismo. Igual que tú no eres la misma.

—La mutación —digo, dejando que mi mano apriete su brazo—. Ellos te mataron por eso.

Sus ojos parecen bailar.

—Lo intentaron.

No parpadeo, el tiempo no pasa, pero él se ha movido a una velocidad más allá de mi vista, incluso más que veloz. Ahora se encuentra frente a mí, al lado de Cal que sigue con los grilletos. Es como si se desplazara a través del espacio, saltando de un lugar a otro sin nada tiempo.

—Y fracasaron —termina desde su nuevo asiento. Su sonrisa es amplia ahora, agradablemente divertido por mi mirada boquiabierta—. Dijeron que me habían matado, les dijeron a los capitanes que estaba muerto y mi cuerpo quemado. —Otra fracción de segundo y él está sentado a mi lado otra vez, apareciendo de la nada. *Teletransportándose*—. Pero no fueron lo suficientemente rápidos. Nadie lo es.

Trato de asentir, trato de entender su habilidad, su simple *existencia*, pero no puedo comprender mucho más que el círculo de sus brazos a mi alrededor. *Shade. Vivo y como yo.*

—¿Y los demás? Mamá, papá... —Pero Shade me detiene con una sonrisa.



—Están a salvo y esperando —dice. Su voz se rompe un poco, abrumado por la emoción—. Los veremos pronto.

Mi corazón se hincha con el pensamiento. Pero como toda mi felicidad, toda mi alegría y toda mi esperanza, no dura mucho. Mis ojos se posan en la Guardia cargada de armas, en las cicatrices de Kilorn, en el rostro tenso de Farley y las manos atadas de Cal. Cal, quien ha sufrido tanto, escapando de una prisión a otra.

—Libéralo. —Le debo mi vida, *más* que mi vida. Seguramente le puedo dar algo de comodidad aquí. Pero nadie se mueve ante mis palabras, ni siquiera Cal.

Para mi sorpresa, él contesta antes que Farley.

—No lo harán. Y no deberían. De hecho, probablemente deberían vendarme los ojos, si realmente quieren ser cuidadosos.

A pesar de que ha sido derribado, expulsado de su propia vida, Cal no puede cambiar quien es. El soldado sigue en él.

—Cal, cállate. No eres un peligro para nadie.

Con un bufido, Cal ladea la cabeza, haciendo un gesto hacia el tren de rebeldes armados.

—Ellos parecen pensar lo contrario.

—No para nosotros, quiero decir —agrego, retrocediendo contra el asiento—. Él me salvó allí, incluso después de lo que hice. Y después de lo que Maven te hizo...

—No digas su nombre. —Su rugido es espantoso, me hace temblar, y no se me escapa la mano de Farley apretándose alrededor de su arma.

Sus palabras se deslizan entre dientes apretados.

—No importa lo que él haya hecho por ti, el príncipe no está de nuestro lado. Y no nos arriesgaré por tu pequeño romance.

Romance. Temblamos ante la palabra. *Ya no hay tal cosa entre nosotros. No después de lo que nos hemos hecho el uno al otro, y lo que nos han hecho. Sin importar lo mucho que podríamos quererlo.*

—Vamos a seguir luchando, Mare, pero los Plateados nos han traicionado antes. No vamos a confiar en ellos otra vez. —Las palabras de Kilorn son más suaves, un bálsamo para tratar de ayudarme a entender. Pero sus ojos chispean hacia Cal. Obviamente, recuerda la tortura en las celdas y la terrible visión de la sangre congelada—. Podría ser un prisionero valioso.

Ellos no conocen a Cal como yo. No saben que él podría destruirlos a todos, que podría escapar en un instante si realmente quisiera. Entonces, ¿por qué sigue aquí? Cuando encuentra mis ojos, de alguna manera, responde mi pregunta sin hablar. El dolor que veo irradiando de él es suficiente para romper mi corazón. *Está cansado. Está roto. Y no quiere seguir luchando.*

Una parte de mí tampoco quiere. Parte de mí desea poder someterse a las cadenas, a la cautividad y el silencio. Pero ya he vivido esa vida, en el barro, en las sombras, en una celda, en un vestido de seda. Nunca me someteré de nuevo. Nunca dejaré de luchar.



Tampoco Kilorn. Ni Farley. Nunca nos detendremos.

—Los otros como nosotros... —Mi voz tiembla, pero nunca me he sentido tan fuerte—. Los otros como yo y Shade.

Farley asiente y palmea una mano en su bolsillo.

—Todavía tengo la lista. Me sé los nombres.

—También Maven —respondo en voz baja. Cal se retuerce ante el nombre—. Él va a utilizar la base de datos de sangre para rastrearlos, y cazarlos.

A pesar de los vaivenes y sacudidas del tren, rodando sobre las vías oscuras, me obligo a ponerme de pie. Shade intenta sostenerme, pero aparto su mano. Debo levantarme por mi cuenta.

—Él no puede encontrarlos antes que nosotros. —Levanto la barbilla, sintiendo el impulso del tren. Me electrifica—. No puede.

Cuando Kilorn da un paso hacia mí, su rostro serio y decidido, sus moretones y cicatrices y vendajes parecen desvanecerse. Creo ver el amanecer en sus ojos.

—No lo hará.

Una extraña calidez me inunda, un calor como el sol a pesar de que estamos bajo tierra. Es tan familiar para mí como mi propio rayo, llegando a envolverme en un abrazo que no podemos tener. A pesar de que ellos dicen que Cal es mi enemigo, a pesar de que le temen, dejo que su calidez caiga en mi piel, y dejo que sus ojos quemen en los míos.

Nuestros recuerdos compartidos parpadean ante mí, desfilando cada segundo de nuestro tiempo juntos. Pero ahora nuestra amistad se ha ido, reemplazada por una de las cosas que todavía tenemos en común.

Nuestro odio por Maven.

No necesito ser un Susurrador para saber que compartimos un pensamiento.

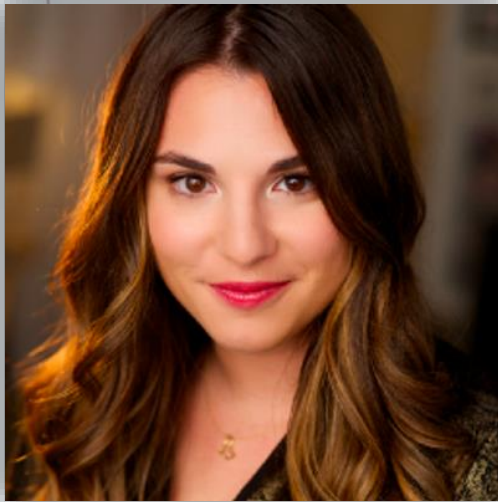
Lo mataré.

Fin



Sobre la autora

Victoria Aveyard



Victoria Aveyard nació y creció en East Longmeadow, Massachusetts, un pequeño pueblo conocido solo por el peor tráfico rotativo en todo el territorio continental de Estados Unidos. Se mudó a Los Ángeles para conseguir un grado de Artes en escritura de guiones en la Universidad del Sur de California, y se quedó ahí a pesar de la falta de estaciones. Actualmente es autora y guionista, y usa su carrera como excusa para leer demasiados libros y ver demasiadas películas. Puedes visitarla [online](http://www.victoriaaveyard.com) en www.victoriaaveyard.com.



272

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



273

